
Martín Albornoz
Cuando el anarquismo causaba sensación
La sociedad argentina, entre el miedo y la fascinación por los ideales libertarios
siglo veintiuno editores


Martín Albornoz
Cuando el anarquismo causaba sensación
La sociedad argentina, entre el miedo y la fascinación por los ideales libertarios
siglo veintiuno
editores

Índice

Referencias

Martín Albornoz

CUANDO EL ANARQUISMO CAUSABA SENSACIÓN

La sociedad argentina, entre el miedo y la fascinación por los ideales libertarios



XXI
siglo veintiuno
editores

Albornoz, Martín

Cuando el anarquismo causaba sensación / Martín Albornoz.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2021.

Libro digital, EPUB.- (Hacer Historia)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-801-108-0

1. Anarquismo. 2. Historia Argentina. I. Título.

CDD 982

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Diseño de colección: Tholön Kunst

Diseño de cubierta: María Elizagaray Estrada

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: octubre de 2021

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-108-0

A Juan Suriano, con cariño

Introducción

El anarquismo como una flor extraña

El 9 de septiembre de 1897, en la casa donde trabajaba como mucamo, José María Acha recogió el ejemplar de La Prensa que, al igual que todas las mañanas, un diariero había depositado en el zaguán. Aprovechando que sus patrones dormían, Acha se acomodó en un sillón del lujoso vestíbulo, hizo a un costado el plumero y la escoba que llevaba en sus manos, y se dejó llevar por la lectura. Pasó las páginas de los avisos clasificados que concentraban ofrecimientos y demandas de trabajo, ventas y alquileres de viviendas. No es posible saberlo, pero era difícil que tuviera tiempo para entretenerse con los extensos editoriales y folletines de la página 3. Lo que seguro capturó su atención estaba en el Boletín Telegráfico de la página 4. Allí, un gran titular daba cuenta de un atentado contra el ministro español Cánovas del Castillo perpetrado por el anarquista italiano Miguel (esto es, Michele) Angiolillo. La "sensacional información" lo puso al tanto de algo de lo que nunca había oído hablar: "No sabía entonces lo que eran esos señores anarquistas, ni lo que tal nombre significaba".[1]

Con el tiempo, el joven mucamo colmó de significados la palabra "anarquista", cuando se transformó en fiel representante del movimiento libertario rioplatense en su momento de esplendor.[2] Cincuenta y cuatro años después del asesinato de Cánovas, Acha decidió que había llegado el momento de dejar por escrito algunos trazos de su biografía, como muchos de sus compañeros de ideas. Pero su punto de partida era distinto al de las memorias militantes que, por regla general, subrayaron el impacto directo que tuvo la propaganda en favor de un mundo sin explotación y sin estados en los contactos iniciales con el anarquismo. No era eso lo que le había pasado a Acha: en su caso, la irrupción fue mediada por lo que sus camaradas del futuro despreciaban como "prensa burguesa".

Este libro se propone elucidar esa escena íntima para conectarla con las experiencias de una infinidad de lectores y lectoras que también se enteraron por los diarios e impresos de Buenos Aires de la existencia de una flor extraña llamada anarquismo, cuya aparición enigmática excitó la imaginación mundial

hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX. En ese contexto, una de las ideas que aquí se defienden es que cuando los porteños y porteñas tomaron contacto con “los señores anarquistas” no lo hicieron desde la realidad local de un movimiento en ciernes, sino por influjo de una geografía y de acciones internacionales. La prensa fue clave en ese proceso que puso en contacto la realidad de Buenos Aires con las ciudades de París y Barcelona, donde en la última década del siglo XIX se desató una verdadera fiebre de atentados que involucraron a anarquistas.[3] Siguiendo el hilo de la crónica internacional publicada en los grandes diarios de la capital argentina, el presente libro sostiene que el nacimiento del anarquismo en la ciudad no obedeció principalmente a la dinámica del conflicto social ni al desarrollo del propio movimiento libertario. Fue, en primer lugar, la expresión de un imaginario social tramado en íntima relación con la modernización periodística. Al señalar la importancia de este fenómeno –el anarquismo como representación–, el libro toma distancia de las interpretaciones más habituales sobre los orígenes y las características de su expresión porteña.

La historiografía sobre el anarquismo en Buenos Aires es abundante y diversa. Sin embargo, puede dividirse en dos grandes líneas de indagación. La primera, ofrecida por la historia social de fines de la década de 1970, tuvo como principal preocupación desentrañar cuánto incidió la presencia anarquista en la conformación del movimiento obrero argentino. De este modo, el devenir del anarquismo fue estudiado considerando la forma paulatina en que sus militantes –a fuerza de huelgas, protestas y confrontaciones– ganaron peso en el mundo gremial. Según esta lectura, su realización más importante fue imponerse primero en la Federación Obrera Argentina (FOA) y luego en la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), en cuyo congreso de 1905 se consolidaron “los principios económicos y filosóficos del comunismo anárquico” como horizonte de expectativas.[4] Correlativamente, este enfoque interpretó el ocaso del anarquismo como resultado de la pérdida de esa hegemonía gremial en manos del sindicalismo revolucionario y del comunismo.

Una segunda línea de investigación, más reciente, señaló que no era posible reducir la existencia histórica del anarquismo a la puja entre obreros y patrones, sino que su incidencia se debía a sus intervenciones culturales, que involucraban a otros actores de origen no proletario. Sin desentenderse de los tiempos del conflicto social, esta aproximación colocó en primer plano un sinfín de iniciativas políticas y culturales como la edición de folletos y periódicos, la organización de actos y conferencias, la construcción de un denso tejido

asociativo, la ocupación del espacio público y las propuestas pedagógicas anarquistas. Con los trabajos de Dora Barrancos y Juan Suriano, se abrió un camino más fértil y complejo para comprender sentidos inexplorados y novedosos que resituó la presencia del anarquismo en el panorama social y cultural porteño del cambio de siglo.[5] Sin embargo, esa apertura interpretativa, con el paso del tiempo, declinó en una agenda de investigación fragmentaria atravesada por la idea de que el anarquismo –por su propia predisposición doctrinaria– debía tener algo para decir sobre cualquier asunto y que sus opiniones fueron contrarias a los valores de su tiempo. Así, por ejemplo, con resultados muy desiguales, los anarquistas fueron emplazados a pronunciarse sobre la sexualidad, el amor, el arte, la lectura, la familia, la educación, la niñez, la violencia, el militarismo, la ciencia, la sexología, la salud, la muerte o la ley.[6] En definitiva, se los vio como protagonistas de una cultura contestataria, situada al margen y en oposición a la cultura "burguesa" dominante.

Ya fuera una expresión del movimiento obrero o de una cultura propia, tomados en conjunto, los estudios sobre el anarquismo de Buenos Aires compartieron ciertos trazos en común. El primero es haber exagerado su endogamia: con pocas excepciones, antes que analizar contactos, cruces y contaminaciones con otras corrientes ideológicas o culturales, las dos perspectivas terminaron por coincidir en que el desenvolvimiento del movimiento libertario implicó una suerte de proyección de adentro afuera, como si se tratara de una entidad autónoma. Este efecto se vio potenciado por el tipo de fuentes utilizadas, mayormente elaboradas por los propios anarquistas en su prolífica cultura impresa. El segundo elemento compartido ha sido un recorte geográfico que, más allá del evidente origen migratorio de muchos de los prosélitos de la anarquía, pocas veces se refirió a la conexión que ligó la realidad de Buenos Aires con la de otras ciudades del mundo. En los últimos años, esta inflexión fue subsanada por otra historiografía académica –principalmente producida en el exterior– que destacó que el anarquismo en realidad fue un movimiento transnacional de proliferación simultánea por fuera de los grandes centros europeos, en puntos tan distantes entre sí como Egipto, Perú, Sudáfrica, China, Brasil o la Argentina.[7] La clave de esa dispersión habría estado en la capacidad de los anarquistas de generar redes de intercambio y en el nomadismo de sus propagandistas.[8] Sin embargo, esta sugerente perspectiva no tuvo en cuenta que esa diseminación no se debió solo a la perseverancia y el internacionalismo de su militancia, sino que en gran medida fue resultado de la circulación de noticias y discursos que, como atinadamente observó Lila Caimari, hizo del anarquismo "el primer grupo disidente cuya descripción transcurre a escala global".[9]

Prestando atención a ese complejo caleidoscopio cultural y social conformado por matutinos como La Nación y La Prensa, vespertinos como El Diario o revistas ilustradas como Caras y Caretas, se puede oír el eco de las explosiones de París o Barcelona y comprender el estupor que el asesinato de un presidente francés o de un monarca europeo causó en los porteños. La evidencia es tan abrumadora que invita a pensar que en la ciudad, así como en casi todo el planeta, un ingrediente fundamental de la constitución del anarquismo fue su condición mediática, mucho más poderosa que la de su contemporáneo, el llamado socialismo científico. De este modo, también en Buenos Aires, con sus peculiaridades, se confirma una idea de Uri Eisenzweig: gracias al periodismo, en la época de los grandes atentados parisinos, el anarquismo se "transformaría de un fenómeno más o menos ignorado por el gran público en un factor, si no mayor, al menos siempre presente […] en el debate, o, para ser más precisos, en el imaginario político occidental".[10] Siguiendo esa propuesta, el punto de partida del libro, entonces, está dado por la lectura sistemática de la prensa diaria de Buenos Aires en un momento muy particular de su historia.

Espejos gráficos maravillosos

Cuando José María Acha recogió La Prensa una mañana de septiembre de 1897, ese diario, fundado por José C. Paz en 1869, imprimía alrededor de 80.000 ejemplares. La magnitud de su tirada (y el consiguiente abaratamiento de su costo) era un dato más de un proceso de modernización visible en la diagramación, la inclusión de grabados y fotografías, la publicidad, la diversificación noticiosa y la importancia otorgada a la primicia.[11] Que la información internacional haya sido punta de lanza de ese proceso fue algo de lo que se jactaron los propios editores. En enero de 1903, en un número especial ilustrado, La Prensa celebraba su condición de diario moderno guiando a los lectores por una suerte de trastienda de su redacción, su lujoso edificio y sus innumerables servicios, entre ellos y en un primerísimo plano sus servicios telegráficos y corresponsalías en el extranjero. A la vez que exaltaba esos avances, la oportunidad era propicia para caracterizar a su lector ideal como aquel "que busca ávidamente la nota que pique su curiosidad, excite su interés o deseo de las últimas novedades literarias, científicas o artísticas en alas de electricidad de allende los mares".[12] Ese impulso modernizante también fue

característico del otro gran matutino de la ciudad, La Nación, que para la misma fecha hacía circular unos 58.000 ejemplares. Según el exhaustivo estudio de Navarro Viola de 1897, uno de sus atributos era la "perfección alcanzada por su servicio telegráfico", que en el año del asesinato de Cánovas había permitido seguir en sus columnas "paso a paso" todos los acontecimientos mundiales.[13] Por vía de diarios que, según apuntó otro lúcido observador, se habían vuelto "espejos gráficos maravillosos, que nos hacen ver casi instantáneamente cuanta novedad o hechos de interés se producen en cualquier punto de la tierra", las ideas, las vidas, los actos y los retratos de los anarquistas ingresaron en la cotidianidad de Buenos Aires.[14]

Publicaciones como La Prensa y La Nación eran la cara más visible de una prensa en veloz expansión, que amplificaba todo lo referido al mundo ácrata. El éxito mediático del anarquismo generó una corriente de opinión internacional según la cual quien ponía una bomba o mataba a un rey o a un presidente lo hacía con un ojo puesto en su objetivo y otro en los periódicos que, indefectiblemente, transformarían el hecho en noticia. Por eso, el anarquista era visto como una encarnación moderna del mito de Eróstrato, el pastor de la Grecia antigua que incendió el gran templo de Artemisa en Éfeso con el único propósito de que su nombre fuera recordado eternamente. Esa sed de notoriedad a cualquier precio recibió en la época el nombre de erostratismo y fue esgrimida por la criminología como una explicación posible a los desconcertantes delitos anárquicos. Así, personas que de otro modo no habrían dejado rastros de su existencia estaban logrando vencer su intrascendencia inmediata gracias a atentados realizados al grito de "¡Viva la anarquía!".

Esta explicación no se limitó a escarnecer al "ingenuo" anarquista. También lanzó sus dardos al aliado de la era de los atentados: la gran prensa. En Lyon, ciudad que en 1894 fue escenario de uno de los magnicidios más resonantes, el criminólogo Pierre Valette defendió su tesis destinada a desentrañar los misterios del erostratismo; criticaba el lujo de detalles con que los principales matutinos parisinos informaban sobre todos los atentados anarquistas. En sus palabras, la modernización del crimen era indisociable del perfeccionamiento de la prensa comercial, a lo que se sumaría la curiosidad escabrosa de un público ávido de emociones fuertes.[15] Al poco tiempo, pero en Buenos Aires, uno de los protagonistas de este libro, José Ingenieros, hacía suya la teoría de Valette cuando la glosaba en un escrito titulado "La vanidad criminal".[16] En tono de burla, Ingenieros traía a colación la manía de los ácratas por acaparar las primeras planas de los diarios, apoyándose en los periodistas. Su argumento

puede resumirse del siguiente modo: los anarquistas más famosos de su tiempo, uno más audaz que el otro, antes que un reino de igualdad y libertad, buscaban alcanzar un fin más narcisista, ver su nombre impreso en letras de molde. Más allá de la explicación de fondo, las intervenciones de Valette e Ingenieros permiten recuperar el estrecho vínculo entre prensa moderna y anarquismo que, como señaló Benedict Anderson, involucró a un “público global”, gracias a la expansión informativa.[17]

Esto hizo que el anarquismo tuviera intérpretes en geografías muy diversas. El propio Anderson analizó la forma en la que el líder nacionalista filipino José Rizal se nutrió del poder expresivo de la dinamita para dar forma a su literatura y a su anticolonialismo. Para la misma época, en el otro extremo del planeta, el periodista y político cubano Manuel Márquez Sterling evocaba la fascinación que generaba en los lectores del periódico La Justicia la figura de François Claudius Koeningstein, más conocido como Ravachol, famoso por haber combinado el robo, la falsificación de dinero, la dinamita, la profanación de tumbas una apasionada defensa del anarquismo con el asesinato de un ermitaño, motivo por el cual fue guillotinado. Vázquez Sterling con resignación dejó apuntado: “Nada… Ravachol se impone. Los pacíficos habitantes de la región camagüeyana se preocupan demasiado con las gracias anarquistas y todo lo demás lo juzgan vulgar y falto de interés”.[18] Por su parte, desde París, el escritor portugués Eça de Queirós, habitual colaborador de la Gazeta de Notícias de Río de Janeiro, entabló una suerte de diálogo continuo con sus lectores cariocas al ritmo de las explosiones. Con escepticismo e ironía, consciente de que el telégrafo allanaba su camino, Eça de Queirós avanzó en una línea de reflexión reposada para tornar inteligible lo que se presentaba como un fenómeno opaco. Cuando en febrero de 1894 Auguste Vaillant dejó caer su bomba en plena sesión del Parlamento francés, el célebre novelista remarcó una triple condición en ese acto:

En un crimen como el de Vaillant caben, en suma, tres impulsos determinantes. En primer lugar hay un deseo de venganza, completamente personal, por las miserias padecidas durante mucho tiempo en el anonimato y la indigencia. Luego un apetito morboso de celebridad, como lo prueba el hecho de que Vaillant, la víspera del lanzamiento de la bomba, se hiciera fotografiar en una actitud arrogante mirando a la posteridad. Y por último, está el propio propósito de aplicar la doctrina de la secta que, habiendo condenado a la sociedad

burguesa y capitalista como único impedimento para la definitiva felicidad de los proletarios, ha decretado la destrucción de esa sociedad. Solo este lado sectario del crimen nos interesa especialmente respecto a su inutilidad, porque por los otros dos lados, el acto no fue inútil, ya que Vaillant cumplió su venganza y alcanzó la celebridad.[19]

A la vista de estos ejemplos, llama poderosamente la atención la sincronía global del intento por aventurar hipótesis explicativas sobre la conducta anarquista. Al mismo tiempo que Eça de Queirós escribía desde París para su público de Río de Janeiro, en Buenos Aires, el poeta nicaragüense Rubén Darío publicó un artículo en La Tribuna con el elocuente título “Dinamita”, lo que dio rienda suelta a una afectación abrumada al considerar al anarquismo, dentro del torrente principal del socialismo, como una expresión de igualitarismo morboso que amenazaba a la sociedad por renegar de la sensibilidad religiosa.[20] Darío, que no se privaba de considerar a Ravachol un “artista exquisito”, veía en el anarquismo “una savia dañina”. Con relación a los anarquistas, la metáfora botánica fue recurrente y sirvió para expresar temor pero también curiosidad frente a la posibilidad de que en el rico suelo agropecuario argentino llegaran a germinar esas flores exóticas.

El anarquismo a través del espejo

A finales del siglo XIX, el caudal de información sobre los atentados anarquistas en otras latitudes generó inquietud sobre cómo podía impactar en Buenos Aires un fenómeno que se consideraba impropio de la realidad local. En esa línea, el vespertino católico La Voz de la Iglesia publicó en 1898 un suelto en el que señalaba que el peligro no eran los anarquistas, sino las noticias sobre ellos, ya que en ciudades donde no los había el riesgo era crearlos. Así, en ocasión de otro resonante crimen, esta vez el de la emperatriz de Austria en Ginebra, un malhumorado redactor se quejaba de que se exaltara al criminal más de lo que se demostraba congoja y condena ante su atentado:

Los dos diarios grandes de esta capital, La Nación y La Prensa ostentan en sus columnas de ayer, no solamente la biografía del asesino de la emperatriz de Austria, sino también su retrato; es decir, todos los elementos para elevar al sujeto a la más alta popularidad, como si se tratara de un benefactor de la humanidad.

No escapará el buen sentido del lector que esta clase de publicaciones no debe hacerse, porque, lo mismo que en el caso de los suicidios, en el presente, la fabricación de la celebridad constituye una especie de aliciente para los asesinos.[21]

La alarma se encendía, una vez más, ante la posibilidad de que alguien en Buenos Aires intentara imitar al asesino de la emperatriz. Sin embargo, la emulación del atentado no fue una consecuencia inmediata, lo que no quiere decir que no haya habido otros efectos. Separados por una década entre sí, dos famosos caballos bautizados Ravachol –por ejemplo– descollaron en el hipódromo porteño.[22] También se supo que un pendenciero de barrio gustaba hacerse llamar como el insigne dinamitero.[23] Estos casos muestran que las esquirlas de las explosiones habían llegado a la ciudad, aunque no de un modo siniestro. Pero la aprensión católica ilumina un aspecto fundamental: la prensa estaba alimentando un frondoso imaginario social que se entreveró y nutrió experiencias e interacciones locales. Es importante tener en cuenta que cuando en este libro se habla de "imaginario" la expresión no alude a algo falso o instrumental, ni a una distorsión u oscurecimiento de una realidad más real, en la cual sería posible encontrar un anarquista esencial.[24] Por el contrario, fue cultural y socialmente productivo para quienes tuvieron que interactuar con los diferentes tipos de anarquistas disponibles para el abanico de consumos del público lector.

De este modo, el libro busca demostrar que a los anarquistas les cupo una extraña suerte: que en su historia resulta tan importante el modo en el que fueron representados por lectores de diarios y revistas, parlamentarios, policías, criminólogos, socialistas, periodistas, escritores e inmigrantes (preocupados por lo que sucedía en sus países de origen), como lo que ellos mismos hicieron y dijeron.

Interesarse por las representaciones del anarquismo implica ingresar en un

territorio histórico que ha sido balizado en sus inicios por aquellos cuyo propósito primordial fue denunciar el carácter distorsivo de esas representaciones, ya que, según se desprende de esta lectura, allí donde hubo un anarquista, algún poder al servicio del estado o la burguesía se habría mostrado dispuesto a estigmatizarlo con el único fin de justificar su represión. Como un imperativo moral, entonces, aquel que estudiase el anarquismo debía tener muy clara esa funcionalidad de la cultura para no dejarse engañar ni perpetuar el engaño. En la Argentina, la operación histórica que mejor condensó esa tendencia, replicada en muchos estudios posteriores, fue la del periodista y escritor Osvaldo Bayer. Estaba tan obsesionado Bayer por el efecto deformante de las representaciones sociales que, al escribir en los años sesenta la biografía de Severino Di Giovanni –el anarquista pistolero que en la década de 1920 tuvo en vilo a la sociedad porteña–, su interpretación consistió en refutar cuanto se había escrito al respecto por entonces.[25] Desde el anónimo redactor de crónicas policiales, contemporáneo a los sucesos que narraba, hasta los intelectuales consagrados de la posteridad, todos habrían sido responsables de un mal incalculable al repetir "la historia oficial". Este afán por combatir la demonización del anarquista provocó en Bayer un efecto distorsivo simétrico: la exaltación de sus inflexiones más agresivas, no solo frente a sus enemigos naturales, sino frente a los propios correligionarios de Di Giovanni que no vieron con buenos ojos que, en nombre del anarquismo, recurriera a una suerte de violencia sin forma. El resultado, como un juego de espejos, no es tan sorprendente. Tanto Bayer como aquellos a quienes hacía comparecer en su juicio histórico coincidían en subrayar la importancia de las bombas y los atentados como elementos distintivos del movimiento libertario en su conjunto.

Bayer no fue el único que transitó esa senda argumental que exaltó la violencia anarquista. En 1971, David Viñas publicó el primer tomo de un proyecto más amplio e inconcluso sobre las rebeliones populares argentinas, titulado De los montoneros a los anarquistas. Aunque no desconoció otros aspectos del complejo movimiento anarquista, su significación última solo se revelaba en una fecha bien concreta: el 14 de noviembre de 1909, cuando el anarquista ruso Simón Radowitzky asesinó al jefe de policía Ramón Falcón (y de paso a su secretario Alberto Lartigau) como respuesta a la represión durante la manifestación del 1º de Mayo de ese mismo año. Así, ese momento quedó fijado como representativo de una época: "Cuando Radowitzky elimina al jefe de policía, no solo elige a quien condensa al máximo la violencia del sistema, sino que se convierte en el emergente de inmigración frustrada. Su acto otorga sentido a todo un fracaso sin voz". Para fortalecer la generalización de un

aspecto marginal, Viñas remata: “La acción aparentemente individual de Radowitzky prefigura, en su secreto, la muerte de un sistema”.[26] Estas aproximaciones dan mucha más cuenta sobre el momento en el cual Bayer y Viñas escribieron que sobre la propia historia del anarquismo. Si Bayer vio en Severino Di Giovanni al Che Guevara y en Radowitzky Viñas vio el fin del mundo burgués, es muy probable que en esa celebración de los atentados fueran sus propias expectativas revolucionarias las que se asociaron con aquello que en el pasado parecía anticiparlas. Viñas explicitó esa remisión –que bien podría constituir la invención de una tradición en su versión más instrumental– al describir su aproximación al anarquismo como la búsqueda de “un rescate del pasado utilizable” para los combates del presente.[27]

La historiografía académica fue bastante más discreta en su acercamiento a las representaciones del anarquismo. Sin embargo, la mirada más sofisticada no borró el sesgo: los discursos e imágenes que tomaron al anarquismo tuvieron el propósito de brindar herramientas para su criminalización. Cuando Eduardo Zimmermann estudió el surgimiento de una fracción de la élite sensible a la cuestión social, en su análisis ese espíritu reformista estuvo condicionado porque le era necesaria la “exclusión del anarquismo”.[28] De manera similar, en su trabajo sobre las tensiones del estado oligárquico en materia social, Juan Suriano no dejó de señalar que combatir al anarquismo era un objetivo tan claro como los primeros intentos de intervenir frente al aumento de la conflictividad social.[29] En ambos casos, los intentos de las autoridades estatales se habrían valido de las teorías criminológicas obsesionadas por la defensa social y de la policía reducida a una simple herramienta. Quien dio un paso más en esa dirección fue Pablo Ansolabehere, al ponderar la diversidad de registros literarios y ensayísticos que incorporaron en su temática a los anarquistas. Pese a la variedad de obras y tonos analizados, Ansolabehere concluye que esa heterogénea literatura estuvo sostenida por el interés de las autoridades en criminalizar a todos los anarquistas sin más y, recuperando el concepto de “ficciones estatales” de Ricardo Piglia, sostiene: “La historia del anarquista delincuente es un caso paradigmático de ficción estatal, ya que en su elaboración participan una serie de instancias ligadas con el Estado o delineadas por el poder ejecutivo”. De este modo, a los ojos de sus contemporáneos, el anarquista era sinónimo de “delincuente” y el anarquismo, espejo del “mal”, sin matices.[30]

La perspectiva de este libro es diferente y, podría decirse, inversa. No busca recomponer los mecanismos de exclusión del anarquismo, sino, por el contrario, sus formas de inclusión en la realidad social y cultural de Buenos Aires desde

1890 hasta los primeros años del siglo XX. No niega en absoluto que los libertarios hayan sido objeto de políticas y prácticas represivas, pero tampoco presupone que estas hayan sido las únicas reacciones que tuvieron lugar en la arena cultural. A diferencia de los trabajos mencionados, no pone el acento en los momentos de mayor tensión dramática, sino que recupera la historicidad de las interacciones en las cuales, con un ritmo menos sincopado y hasta a veces más armónico, el anarquismo, aun con su brutal fama internacional, logró entreverarse con la historia de la ciudad. En este recorte, la prensa, cuyo desvelo por el anarquismo difícilmente pueda ser asimilado a lo que sea que se entienda por estado, ha sido una fuente principal, ya que gracias a ella es posible vislumbrar múltiples encarnaciones.

Si algún elemento distintivo tuvo el anarquismo fue el de haber sido vivido como un fenómeno radicalmente novedoso. En este punto, el libro demuestra que fue un elemento clave de la modernidad de la ciudad de Buenos Aires, que lejos de ser temido, fue esperado y deseado. Antes que reprimido, narrado. Cuando a comienzos del siglo XX la presencia del movimiento se volvió más evidente, ya hacía por lo menos una década que muchas personas creían tener una idea formada sobre lo que podía ser o llegar a ser. Esta constatación de que los anarquistas de Buenos Aires no eran como los de París o Barcelona trajo cierto alivio. Es el caso de Manuel Bilbao, quien en 1902 escribió un fresco histórico sobre la ciudad y allí dedicó un apartado especial al anarquismo porteño, adjudicándole un rasgo alentador. Sus 5000 adeptos, cantidad usualmente invocada en los albores del siglo XX, eran más teóricos que prácticos (en el sentido de “violentos”). Esto le permitía afirmar con serenidad:

Esta planta exótica de la vieja Europa no puede prosperar en un país joven como el nuestro, en el que las clases obreras y menesterosas no sufren las necesidades y miserias que allá pasan. Los anarquistas gozan de entera libertad, y entre ellos ha habido algunos que se reputaban peligrosos, pero que felizmente hasta ahora, no han producido ningún atentado.[31]

El optimismo de Bilbao sería puesto en cuestión muy poco después, con las huelgas y atentados que se sucedieron. Pero eso no implicó necesariamente un cambio de actitud general, ni una condena en bloque, sino que el nuevo

escenario puso de relieve una mayor diversidad de reacciones, que deben ser comprendidas en su especificidad. En efecto, cuanto más se adentra en los universos en los que la figura del anarquista caló, más difícil se hace sostener que hubo una sola manera de representarlo. Recuperando las huellas de la heterogeneidad y la potencia creadora de la alteridad, siempre en diálogo con lo que propagaban los grandes diarios de la ciudad, este libro busca destellos del anarquismo en una frondosa cultura impresa, característica distintiva de la ciudad.

Siguiendo estas coordenadas, el libro está organizado en cinco capítulos, cuyos ejes son específicos, pero interconectados. Si bien no siguen necesariamente un orden cronológico, el libro demuestra que durante la última década del siglo XIX se desplegó una suerte de preparación cultural en la forma de interpretar y representar al anarquismo, anterior a cualquier otra forma de existencia.

El capítulo 1 se propone reconstruir el formidable impacto que tuvo en Buenos Aires la miríada de explosiones de bombas y regicidios ocurridos en Europa y los Estados Unidos entre 1890 y 1905. Registros tan disímiles como telegramas, corresponsalías, fotografías, colaboraciones provenientes del exterior y crónicas locales son leídos con especial atención al modo en que se inscribieron en la ciudad. En este sentido, se presta particular atención a las significaciones locales de los atentados anarquistas, a las interpretaciones que circularon y a las reacciones populares que en forma de manifestaciones dolientes tomaron las calles de Buenos Aires.

El capítulo 2 se interesa por la vida porteña del anarquismo a partir de las noticias locales. Gracias a las crónicas policiales (tan atentas a lo escabroso y a los rumores), las exploraciones periodísticas que en vano buscaron a Ravachol en la ciudad y los relatos de huelgas en las cuales se percibía la insólita pero razonable presencia de anarquistas, se reconstruye un ecosistema diverso y complejo que permite afirmar que la germinación del anarquismo no reconoció una sola dimensión. A la vez, el capítulo hace foco en lo que fue presentado como un anarquismo cordial gracias a la presencia fulgurante del médico, criminólogo y agitador libertario Pietro Gori, quien entre 1898 y 1902 gozó de un abrumador prestigio y admiración públicas. Su éxito dice tanto sobre los propios encantos de Gori como de una ciudad que identifica en él a una celebridad moderna y refrescante, antes que un peligro para la sociedad.

El capítulo 3 cambia de escala y perspectiva: incursiona en las representaciones

y figuras que sobre el anarquismo desplegó el también incipiente socialismo en Buenos Aires. Su punto de partida surge de la lectura de periódicos como El Obrero y La Vanguardia y las evocaciones de sus militantes; de allí en más, reconstruye los diferentes espacios de sociabilidad capturando el clima de fervor y el tenor polémico que unió a socialistas y anarquistas. Más que sostener que ese combate fue una deriva necesaria de un desencuentro político y doctrinario, el capítulo muestra un prolífico repertorio de imágenes y giros retóricos que estuvieron fuertemente atravesados por lo que las noticias internacionales propagaban como rasgos propios del anarquismo. También se revela que fueron los socialistas quienes sí tomaron nota, y con más vehemencia, sobre la peligrosidad del anarquismo. Este recorte muestra cómo ciertas asociaciones del anarquismo con las bombas, la provocación y la irracionalidad no fueron en verdad monopolio de las élites políticas.

El capítulo 4 recompone la sinuosa trayectoria de la criminología en Buenos Aires y sus primeras aproximaciones al fenómeno anarquista. No se consideran aquí las perspectivas de los criminólogos como parte de un campo homogéneo; lo que salta a la luz es un posicionamiento diverso y cambiante que no es fácil de reducir a una dimensión instrumental. Aquello que médicos como José Ingenieros y Francisco de Veyga observaron e intuyeron estuvo tamizado por múltiples lecturas y experiencias, muchas de ellas construidas al margen de la grilla pergeñada por el célebre Cesare Lombroso. Otras referencias teóricas formaron parte del esfuerzo por dilucidar un fenómeno que, antes que nada, fue representado como irreductible a la aplicación de modelos de interpretación preestablecidos. Solo de este modo es posible comprender por qué, luego de que en 1905 fracasara un intento de asesinar al presidente argentino Manuel Quintana, fue el criminólogo Francisco de Veyga quien ensayó una conmovedora defensa del anarquista que le disparó con su revólver.

Por último, el capítulo 5 aborda la cuestión de la atención prestada por la institución policial al anarquismo desde fines del siglo XIX. Es sabido que la policía desplegó una temprana labor de vigilancia sobre el movimiento libertario en sus múltiples formas. Sin embargo, es muy poco lo que sabemos acerca de la sensibilidad específica de los miembros de la fuerza frente a uno de los principales asuntos que reclamó su atención en el cambio de siglo. El capítulo realza la mirada policial y acompaña a los agentes de investigaciones en sus derivas por el universo anarquista de la ciudad, bajo un imperativo que la propia fuerza condensó en la fórmula “conocerlos a todos y conocerlos bien”. Además, por la propia naturaleza de su objeto, el capítulo rescata la dimensión interactiva,

las zonas grises y el vínculo que unió a los anarquistas con los agentes policiales en diferentes momentos y situaciones. En diversos escenarios, se recuperan las percepciones y actitudes de los anarquistas, sus sospechas y temores frente a la intrusiva actividad policial. De esta manera, se intenta demostrar el carácter culturalmente creativo de la lucha, como una zona de conocimiento mutuo y disputa donde la afectividad –sobre todo, el odio y la burla, el recelo y el rencor, emociones válidas tanto para los anarquistas como para los policías– no fueron meros ornamentos, sino parte de la materia con que se forjó el vínculo entre ambos polos.

A diferencia de la mayoría de las obras que trataron el tema, este libro no se ciñe a lo que los anarquistas hicieron o dijeron sobre sí mismos. Si bien sus voces y refunfuños afloran una y otra vez, atacando o defendiéndose, el horizonte de interpretación es más amplio. Así, estas páginas recuperan el consejo de Marc Bloch: para comprender verdaderamente un fenómeno histórico no es posible limitarse a un tipo único de documento. Según sus palabras, “cuanto más se empeña el historiador en llegar a los hechos profundos, menos se le permite esperar la luz sino por rayos convergentes de testimonios de naturaleza muy diversa”.[32] De ahí que en este libro se apueste siempre por invocar la condición múltiple y coral del fenómeno anarquista, ya que no es posible narrar las peripecias libertarias del pasado sin atender a los modos en los que fueron figurados e imaginados. Dicho sea de paso, del análisis se desprende que esos modos fueron tan poderosos que muchas veces los anarquistas los hicieron propios.

* * *

El origen de este libro fue una tesis doctoral en historia defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a comienzos de 2015 y elaborada con el apoyo de dos becas del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas que me permitieron dedicarme exclusivamente a la investigación. Sin embargo, nada habría sido posible sin el acompañamiento y la guía de mi director Juan Suriano, de quien aprendí, entre otras cosas, que el anarquismo era históricamente relevante a pesar del anarquismo en sí. Su fallecimiento en 2018 me dejó un vacío imposible de llenar.

Siempre me sentí acompañado por muchas personas, a quienes deseo agradecerles muy especialmente:

En primer lugar, a Mirta Lobato por su cariño, paciencia y confianza.

A Christian Ferrer solo puedo agradecerle por todo. Menos que eso sería nada.

Igualmente agradecido estoy a Sandra Gayol, Ricardo Martínez Mazzola, Agustina Prieto, Sylvia Saítta, Pablo Ansolabehere y Lila Caimari, juradas y jurados de mis tesis de maestría y de doctorado, por sus observaciones críticas, que resultaron fundamentales.

Las páginas que siguen fueron leídas, releídas y discutidas por colegas a quienes les debo el entusiasmo y el cariño tanto como la sinceridad y el acompañamiento. Las reuniones campestres con Diego Galeano, Lila Caimari y Cristiana Schettini terminaron por darle forma a este libro. Tengo la suerte de que, además, son el historiador y las historiadoras con más creatividad e imaginación que conozco.

Roy Hora leyó con generosidad y rigurosidad. Todas sus recomendaciones fueron tenidas especialmente en cuenta porque siempre contribuyeron a mejorar el manuscrito.

Si no hubiera sido por Claudia Román, la reescritura habría sido mucho más árida. Su precisión y sentido del humor resultaron fundamentales.

Este libro, a la vez, forma parte de una intensa conversación sobre temas globales que sostengo con Martín Bergel hace largo tiempo. El murmullo de ese intercambio también resuena en cada capítulo.

También quiero agradecer a las personas que forman parte de la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (Idaes) de la Universidad de San Martín. En primer lugar, a mis compañeras del Núcleo de Historia Social y Cultural del Mundo del Trabajo: Laura Caruso, Viviana Barry y María Paula Luciani, por darme infinito respaldo; Cristiana Schettini, por las pasiones thompsonianas que nos unen; y Luciana Anapios, por demasiadas cosas que no caben en una línea. A las y los integrantes del Área de Historia del Idaes; en particular, a Valeria Manzano, Marina Franco y Hernán Confino.

Muchas amigas, amigos y colegas colaboraron de diversas maneras. Intercambios, conversaciones y proyectos de distinto tipo me unen a mis queridas Florencia D’Uva y Gabriela Mitidieri, Juan Buonuome, Paula Bruno, María Migueláñez Martínez, Sebastián Stavisky, Laura Fernández Cordero,

Pascual Muñoz, Eduardo Godoy Sepúlveda, Adriana Petra, Osvaldo Barreneche, Ricardo González Leandri, José Moya, Nicolás Duffau, Diego Echezarreta, Ivanna Margarucci, Jorge Canales Urriola, Mariana Sirimarco, Ariel Wilkis, José Garriga, Leandro López y a mis compañeras y compañeros del grupo Crimen y Sociedad y del proyecto "Intelectuales, prensa periódica y mundialización. El proceso de la opinión pública sobre temas globales (Buenos Aires, 1870-1940)".

También quiero agradecer al equipo de trabajo de la editorial Siglo XXI. En especial a Luciano Padilla López: su erudición y su acompañamiento sin dudas contribuyeron a mejorar el libro.

A mis padres Mario y Carmen. A mi hermano Facundo y mi hermana Guadalupe, y a la pequeña multitud que los acompaña.

Finalmente, a Victoria, por ser el principio de todas las cosas.

[1] José María Acha, Memorias de un anarquista, Montevideo, La Turba, 2013, p. 12.

[2] Véase una reseña biográfica más exhaustiva en Pascual Muñoz, "José María Acha", ibíd., pp. 5-8.

[3] En la actualidad, la historiografía de los atentados anarquistas es amplia. Acerca del caso francés, véase John Merriman, The Dynamite Club. How a Bombing in Fin-de-Siècle Paris Ignited the Age of Modern Terror, Londres, Yale University Press, 2016. Con relación al caso español, véanse Ángel Herrerín López, Anarquía, dinamita y revolución social. Violencia y represión en España de entre siglos (1868-1909), Madrid, Catarata, 2011; Rafael Núñez Florencio, El terrorismo anarquista, Madrid, Siglo XXI, 1983. Desde una perspectiva global, véase Richard Bach Jensen, The Battle against Anarchist Terrorism. An International History, 1878-1934, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

[4] El principal referente de este tipo de aproximaciones es el trabajo de Iaacov Oved, El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina, México, Siglo XXI, 1978. En la misma línea, véase Gonzalo Zaragoza, Anarquismo argentino (1876-1902), Madrid, De la Torre, 1996; Edgardo Bilsky, La F.O.R.A. y el movimiento

obrero (1900-1910), Buenos Aires, CEAL, 1985.

[5] Los trabajos pioneros más representativos de esta línea son: Dora Barrancos, Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo, Buenos Aires, Contrapunto, 1990; Juan Suriano, Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910, Buenos Aires, Manantial, 2001.

[6] En la última década, la Argentina, al igual que otras partes del mundo, asistió a una suerte de boom de los estudios sobre el anarquismo. Al ser realmente difícil resumir la trayectoria de los trabajos al respecto, recomiendo Laura Fernández Cordero, “Historias de un largo siglo: estudios del anarquismo en Argentina”, en Lucas Domínguez Rubio, El anarquismo argentino. Bibliografía, hemerografía y fondos de archivo, Buenos Aires, Anarres, 2016, pp. 75-97.

[7] Para el caso de las conexiones transnacionales del anarquismo argentino, véanse James Baer, Anarchist Immigrants in Spain and Argentina, Illinois, University of Illinois Press, 2015; María Migueláñez Martínez, Más allá de las fronteras: el anarquismo argentino en el período de entreguerras, tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2018.

[8] Steven Hirsch y Lucien van der Walt, “Rethinking Anarchism and Syndicalism: the colonial and post-colonial experience, 1870-1940”, en su compilación Anarchism and Syndicalism in the Colonial and Postcolonial World, 1870-1940. The Praxis of National Liberation, Internationalism, and Social Revolution, Leiden - Boston, Brill, 2010.

[9] Lila Caimari, La ciudad y el crimen. Delito, vida cotidiana en Buenos Aires, 1880-1940, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, p. 139.

[10] Uri Eisenzweig, Ficciones del anarquismo, México, FCE, 2004, p. 23.

[11] Claudia Román, “La modernización de la prensa periódica, entre La Patria Argentina (1879) y Caras y Caretas (1898)”, en Alejandra Laera (dir.), Historia crítica de la literatura argentina, a cargo de Noé Jitrik, vol. III, El brote de los géneros, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-38.

[12] “Cómo se hace un diario moderno. Progresos del periodismo argentino”, LP, 1º de enero de 1903.

[13] Jorge Navarro Viola, Anuario de la prensa argentina, Buenos Aires, Pablo

E. Coni e hijos, 1897, pp. 182-183.

[14] Ángel Menchaca, “El periodismo argentino”, en Alberto B. Martínez, Baedeker de la República Argentina, Buenos Aires, Peuser, 1900, pp. 84-88.

[15] Pierre Valette, De l’érostratisme ou vanité criminelle, Lyon, A. Storck, 1903 [ed. cast.: El erostratismo o vanidad criminal, Oviedo, Impr. de Eduardo Uría, 1911].

[16] José Ingenieros, “La vanidad criminal”, APyC, año VI, 1907, p. 163.

[17] Benedict Anderson, Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anticolonial, Madrid, Akal, 2008, p. 10.

[18] Manuel Márquez Sterling, Mesa revuelta. Política y literatura, Madrid, Hoeck y Hamilton Impresores, 1898, p. 79.

[19] José Maria Eça de Queirós, “Los anarquistas. Vaillant”, en Ecos de París, Barcelona, El Acantilado, 2004, pp. 141-142. El escrito sobre Vaillant fue originalmente publicado en tres partes en la Gazeta de Notícias entre el 26 y el 28 de febrero de 1894.

[20] Rubén Darío, “Dinamita”, publicado en La Tribuna, Buenos Aires, 27 de noviembre de 1893 y recopilado en Erwin Kempton Mapes, “Escritos inéditos de Rubén Darío: recogidos de periódicos de Buenos Aires”, Revista Hispánica Moderna, año 2, nº 2, enero de 1936, pp. 126-129.

[21] “Mala publicidad”, La Voz de la Iglesia, octubre de 1898. En el mismo sentido “La libertad de prensa y los crímenes anarquistas”, ibíd., 31 de marzo de 1894.

[22] Se pueden distinguir al menos dos momentos en los cuales caballos diferentes recibieron el nombre Ravachol. El primero, entre 1893 y 1896, surge de la lectura de la columna “Sports” del diario La Prensa. El segundo, entre 1902 y 1906, aparece en la sección dedicada al Hipódromo Argentino de la revista Caras y Caretas. Por lo demás, la zoomorfización de Ravachol es más que un dato peculiar de la ciudad de Buenos Aires. En efecto, el alcance mundial de su fama se puede corroborar, por ejemplo, en Pontevedra, Galicia, donde un loro que llevaba su nombre, conocido por su procacidad e irrespetuosidad con el clero, es hoy recordado con una estatua en pleno casco antiguo de la ciudad.

Tampoco parece haber sido una peculiaridad local bautizar caballos con su nombre. En el cuento “Una noche fantástica” de 1922, el escritor Stefan Zweig (Amok, Buenos Aires, Tor, 1957, p. 121) escenificaba una carrera en la cual, con febril insistencia, un apostador gritaba enfervorizado el nombre del caballo en que había depositado sus esperanzas: “¡Ravachol! ¡Ravachol!”.

[23] “Captura de Ravachol”, LP, 20 de diciembre de 1902.

[24] En este punto soy deudor de la aproximación del historiador francés Dominique Kalifa –“Escribir una historia del imaginario (siglos XIX-XX)”, Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales, nº 115, 2019, pp. 1-17–, quien, al repasar su propia experiencia analítica, afirmaba que cabe “calificar el imaginario de social, es decir, de dinámico, de móvil, en relaciones con contextos cambiantes y en evolución. […] La añaduría del adjetivo social, por lo tanto, era un recordatorio de que nos encontrábamos en el campo de lo colectivo, de la interacción de individuos y grupos, en la producción viva de la historia”.

[25] Osvaldo Bayer, Severino di Giovanni, el idealista de la violencia, reed., Buenos Aires, Legasa, 1989.

[26] David Viñas, Rebeliones populares argentinas. De los Montoneros a los anarquistas, Buenos Aires, Carlos Pérez, 1971, p. 271.

[27] David Viñas, Literatura argentina y realidad política, reed., Buenos Aires, Siglo Veinte, 1971, p. 203.

[28] Eduardo Zimmermann, Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916, Buenos Aires, Sudamericana - Universidad de San Andrés, 1995, pp. 150-172.

[29] Juan Suriano, “El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1916”, Anuario, nº 14, 1989-1990, pp. 109-137.

[30] Pablo Ansolabehere, Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1910), Rosario, Beatriz Viterbo, 2012, p. 193.

[31] Manuel Bilbao, Buenos Aires. Desde su fundación hasta nuestros días. Especialmente el período comprendido en los siglos XVIII y XIX, Buenos Aires, Imprenta de Juan A. Alsina, 1902, p. 125.

[32] Marc Bloch, Apología para la historia o el oficio de historiador, México, FCE, 1996, p. 174.

1. Espectros mundiales del anarquismo: un tema de todas las conversaciones

El 25 de junio de 1894, apenas levantado, Víctor Guiñazú, diputado por la provincia de San Luis, leyó en un matutino de Buenos Aires una noticia terrible. Pocas horas antes, en Lyon, el presidente de Francia Marie-François-Sadi Carnot había sido asesinado de una puñalada por el anarquista italiano Sante Geronimo Caserio. Ya en el Congreso, Guiñazú tomó la palabra para proponer que se levantara la sesión en señal de duelo, iniciativa que fue acompañada por todos los presentes con aclamaciones. En su brevísima intervención, sostuvo:

El seno dormido de los mares se ha sentido anoche agitado por la corriente eléctrica que transmitía en todas direcciones, por todos los ámbitos del mundo, una noticia consternadora. Y esa corriente eléctrica, condensada en la prensa diaria de la capital de la república, ha producido hoy una gran conmoción en toda la población de Buenos Aires.[33]

La escena debió sonar familiar a quienes lo oían. Hacía tiempo que la prensa diaria de la capital formaba parte de un entramado comunicativo internacional que gracias al telégrafo –esa "corriente eléctrica" interoceánica a la que se refería el diputado– permitía conocer, en pocos minutos, hechos que tenían lugar a miles de kilómetros.[34] La gravedad del acontecimiento contribuyó a multiplicar el efecto de inmediatez que no solo generó conmoción en el recinto. En calles, cafés, teatros y salones de la ciudad, el asesinato de Carnot produjo "una impresión vivísima".[35] En la redacción de La Nación, el clima era el propio "de los días de gran ansiedad pública". En resumen, el atentado contra el presidente francés se había convertido en "tema de todas las conversaciones".[36] Durante semanas, las páginas de los diarios entremezclaron telegramas, editoriales, artículos provenientes de Francia y detallados informes sobre los homenajes que en memoria de Carnot sucedían cotidianamente en Buenos Aires.

En medio de ese torrente informativo emergería inquietante y extraordinaria la figura de su asesino, junto con las ideas que enarbolaba. De esta forma, se fue conformando un imaginario denso ligado a un fenómeno global cuyos contornos podían resultar difusos, pero cuya irradiación local fue indiscutible.

La ligazón entre los atentados y su impacto mediático no escapó a los anarquistas. En 1885, el alemán Johann Most –fervoroso defensor de la utilización de la dinamita en la lucha contra las injusticias sociales– sostenía que tan importante como las acciones en sí mismos eran los efectos que generaban en la población. Desde esta perspectiva, la fuerte impresión que provocaban en la opinión pública a través de la gran prensa tenía consecuencias beneficiosas para la propaganda anarquista.[37] Sin su ayuda, los atentados anarquistas perdían su razón de ser. Años más tarde, los ácratas de Buenos Aires intentaron un argumento similar. Que la "prensa burguesa" del mundo les prodigara tanta atención permitía "cosechar en el campo enemigo", lo que habría de favorecer a la propia expansión del movimiento.[38]

Por optimistas que fueran estas consideraciones, lo cierto es que los libertarios no siempre pudieron capitalizar a su favor lo que se decía sobre ellos y sus atentados. Tampoco las reacciones que suscitaban. No solo porque las noticias eventualmente deformaran o demonizaran el ideal que aquellos profesaban, sino porque los atentados devenían un espectáculo de consumo masivo. A miles de kilómetros, esa espectacularización se acopló a la modernización de diarios como La Nación y La Prensa. Las columnas de telegramas, la reproducción de grabados y fotografías, las colaboraciones del extranjero y las crónicas locales encontraron en el anarquismo un objeto privilegiado para experimentar sus nuevos lenguajes periodísticos.

Cada vez que un anarquista dejaba caer una bomba, cada vez que con una bala o un puñal atravesaba el corazón de una figura de la política o la realeza, de forma más o menos consciente contaba con que el destino de su acción iba a repercutir inmediatamente a escala mundial. No solo se proyectaba internacionalmente, sino que era parte de la "cultura de lo sensacional" –como la denominó Lila Caimari–, que situaba a los anarquistas en un circuito de noticias que rápidamente los convertía en un "plato fuerte" cuyos efectos escapaban de mil maneras a su control.[39] En ese contexto, La Nación y La Prensa, pero también revistas ilustradas como Caras y Caretas, contaron con una enorme libertad para imponer tonos y temas a partir de los cuales quedaron delineadas las primeras representaciones del anarquismo en Buenos Aires. Al instalar las ideas y las

acciones libertarias como una flor extraña, la prensa se movió con un alto grado de libertad formal para referirse a un fenómeno que, en su primera encarnación, lejos estuvo de ser considerado un problema de orden público.

Una puñalada en el corazón de todas las repúblicas

El 6 de abril de 1894, en la columna “Telegramas” del diario La Nación podía leerse sobre una bomba arrojada en Génova contra la redacción de un periódico, el descubrimiento de explosivos en Madrid, la detención de anarquistas en Londres y un atentado en el restaurante Foyot de París que había dejado tres heridos.[40] Se trataba de pequeños textos que, aunque no incluyeran los pormenores de los acontecimientos que narraban, avisaban al lector de la existencia de una forma brutal del anarquismo.

Algunos meses antes, el 12 de febrero de 1894, el refinado anarquista Émile Henry, después de deambular entre varios bares del centro de París buscando el más concurrido, recaló en el café Terminus. Luego de tomar dos cervezas, arrojó desde la puerta, en dirección a la orquesta, una bomba que él mismo había fabricado. Para su mala suerte, la “máquina infernal” rebotó contra la araña del techo, rompió una tulipa y finalmente explotó sin conseguir la deseada masacre de burgueses. De inmediato, Henry fue detenido por la policía, con la colaboración de un peluquero presente en el lugar. Cuando ya en abril se dio a conocer su condena a muerte, La Nación publicó:

París, sábado 28.– Hoy ha terminado la vista del proceso del anarquista Henry. Este ha continuado prestando sus declaraciones con la misma serenidad con que empezó. Hasta el último momento en que estaban reunidos los jurados para dar el veredicto, ha mostrado gran tranquilidad. Antes de que el defensor pronunciase su discurso, el anarquista leyó una larga exposición de sus doctrinas y creencias. Cuando la defensa adujo en su descargo que el reo no estaba en pleno dominio de sus facultades mentales, este replicó que no era loco y que tenía conciencia de lo que había hecho.

El Jurado, después de una corta deliberación, dio su veredicto reconociéndolo enteramente culpable y sin que se pudiesen encontrar circunstancias atenuantes en el crimen.

El tribunal condenó a muerte al reo.

Henry oyó sin inmutarse la lectura de la sentencia.

Una vez concluida la lectura dijo: "Mis compañeros vengarán mi muerte. ¡Viva la anarquía!".[41]

Esa noticia condensaba un aspecto clave de las representaciones sobre los criminales ácratas: su conducta en los tribunales. Una vez cometido el delito, de cara a la sentencia que no pocas veces los llevaría al cadalso, los anarquistas desplegaron un repertorio recurrente de reacciones: calma, cinismo, falta de arrepentimiento, seguridad doctrinaria y certeza de que su muerte sería vengada. Las declaraciones de Henry, como las de otros tantos anarquistas, se publicaban regularmente, de modo que estaban a disposición de los porteños.[42]

El temblor eléctrico del telégrafo era incesante. En poco menos de un mes, los lectores de La Nación se enteraron de que en Barcelona los anarquistas se habían comportado de forma insolente. Uno de ellos, Paulino Pallás, acusado de atentar contra el general Martínez Campos en septiembre del año anterior, se lamentó por no haberlo matado. Otro se mostró entristecido porque una bomba en el Liceu barcelonés no había destruido por completo el teatro ni había sepultado a todos los concurrentes. Los anarquistas de Londres juraron que vengarían la detención de uno de los suyos. En Lieja estalló un artefacto junto a la iglesia abacial de Santiago el Menor. De nuevo en Barcelona, seis anarquistas fueron condenados a muerte. Jean Jaurès interpeló al Parlamento francés por las sumas que numerosos burgueses y sacerdotes supuestamente habían otorgado a los anarquistas para inmunizarse contra los atentados. Según el líder socialista, la burguesía y el clero financiaban los atentados de los cuales eran víctimas. Más bombas en Livorno y Ancona. El Palacio Chigi-Odescalchi en Roma también fue alcanzado por la dinamita. Anarquistas de Génova se declararon en huelga de hambre. En Madrid se discutía una ley represiva contra el uso de explosivos, mientras que en San Petersburgo se había descubierto que eran anarquistas (y no nihilistas) quienes habían intentado asesinar en Smolensk al zar.[43]

En diálogo con esas grajeas informativas, La Nación hizo uso de corresponsales en el exterior que ritmaban sus colaboraciones más extensas con algunas de las noticias que derramaba el telégrafo. La alternancia entre corresponsalías y

servicios telegráficos, antes que mostrar una oposición entre registros, señala que en la construcción de representaciones sobre el anarquismo en el extranjero confluían diversos recursos narrativos. Uno de los colaboradores habituales de la prensa porteña –Ernesto García Ladevese, residente en París– comentó con exhaustividad el mencionado atentado al restaurante Foyot en que había resultado herido el escritor simbolista Laurent Tailhade. Se trataba ni más ni menos que del poeta que después de que Auguste Vaillant arrojara una bomba en la Cámara de Diputados francesa había exclamado: "¡¿Qué importan las víctimas si el gesto es bello!?". García Ladevese observaba con extrañeza que, en su locura ponebombas, los anarquistas terminarían por aniquilarse entre sí.[44] Un mes y medio más tarde, en un reportaje reproducido en Buenos Aires, el propio Tailhade sostenía con desdén que haber sido víctima de un atentado anarquista era un gaje del oficio, "una contingencia sin importancia".[45] Por esos mismos días, Rubén Darío, que admiraba a su colega francés, trazó un perfil que puede leerse como respuesta a Ladevese: "¡El amado Tailhade anarquista! Él gusta de los buenos olores y de las cosas bellas y poéticas".[46]

Es imposible reducir a un único motivo las impresiones que despertó el anarquismo. Adelantando el tono que años más tarde desplegaría en Caras y Caretas, Eustaquio Pellicer se refería con humor a una estampida ocurrida en una iglesia de Madrid. Alguien había hecho correr la voz de que se produciría un atentado, y la multitud, presa del pánico, se agolpó a las puertas del templo de San Ildefonso; hubo escenas dramáticas de asfixia y rostros desencajados. Sobre la causa real de semejante hecho era poco lo que Pellicer podía aportar: "No se ha podido averiguar si a una niña de 10 o 12 años la tiraron de una trenza del pelo o le pisaron un pie[;] lo cierto es que lanzó un grito y este sembró la alarma entre la concurrencia. Creyó que se trataba de una bomba o cosa por el estilo". [47]

El anarquismo se presentaba como un fenómeno en plena expansión. Según La Prensa, todos los días surgía un nuevo "alucinado" dispuesto a vender cara su vida a cambio de la de sus semejantes. Idéntica impresión despertaba en ese medio la extensión geográfica del fenómeno y la diversidad de sus escenarios:

En la calle, en los edificios, en el teatro, en el parlamento, han ensayado sus procedimientos destructores, revelando la existencia de una secta fanática, como todas las que han nacido al calor de las demencias y exaltaciones de los

descontentos de la vida[;] es tenaz en sus propósitos y no busca soluciones sino [que] ejercita venganzas.[48]

También resultaban caprichosas las motivaciones. Los anarquistas en su obcecado duelo con lo existente “no piden nada factible dentro del orden de cosas establecido, no aspiran sino a destruir”.[49] Lo que proponían, a los ojos del redactor, era un vacío de sentido injustificable. Cualquiera podía ser víctima de un atentado anarquista en cualquier país, en cualquier lugar, en cualquier clase social. Su carácter ubicuo potenciaba la inquietud; por mera lógica, los gobiernos del mundo comenzaban a vislumbrar modos de defenderse de semejante amenaza.[50]

Este era el tipo de cosas que podían saberse sobre el anarquismo y los anarquistas cuando Sante Caserio apuñaló a Sadi Carnot. A plena luz del día, el joven anarquista se trepó al coche del presidente francés, que se dirigía a la Ópera, y, con un puñal que llevaba escondido dentro de un periódico, acabó de forma instantánea con su vida. Si hasta el momento los anarquistas no habían centrado sus acciones en determinado blanco, este asesinato fue el primer caso en el que la puntería libertaria parecía afinarse. Sin lugar a dudas, se estaba frente a un hecho particularmente ominoso. Carnot era el alma de todas las “virtudes cívicas”.[51] No se trataba del omnipotente zar de Rusia o del irritante Francesco Crispi, primer ministro italiano, a quien por esos días otro anarquista había intentado asesinar;[52] Carnot representaba otra cosa. No era ni un déspota ni un tirano, sino un “caballero y un patriota”.[53]

Ese tipo de ataque era una novedad. Parecía que los anarquistas estaban abandonando por fin los explosivos en espacios públicos, lo cual podría representar un alivio. Sin embargo, la amenaza a los principales mandatarios del mundo, inaugurada con el asesinato de Carnot, se cernía sobre el orden social republicano. Vista desde la Argentina, “esta joven República” tan atenta al desenvolvimiento global de las grandes naciones, la nueva modalidad resultaba, además de irritante e inusitada, particularmente grave.[54] ¿Qué representaba, entonces, el asesinato de Carnot? Lo lógico, para el editorialista de La Prensa, habría sido asignarle el estatus de asesinato político, pero ¿era realmente eso?

Nos resistimos a asignarle ese rango porque un crimen perpetrado por un individuo, detrás del cual no existe un partido reconocido como tal por el consenso de los pueblos cristianos del orbe, no puede ser contemplado ni juzgado como asesinato político, con fines políticos o de gobierno. La disolución por el incendio y por la muerte alevosa de la organización social moderna no es el programa de un partido de personería aceptable, porque sobre esos fundamentos, jamás en ninguna edad de la historia, se construyó una sociabilidad. […] El sangriento suceso tiene caracteres extraordinarios, que lo hacen único en la historia sombría de los atentados contra los hombres públicos y contra los gobernantes.[55]

Tan ejemplar era la nación francesa que ni aun en la insólita desgracia de perder a su querido líder –el “mártir de Lyon” como fue rebautizado– el principio republicano corrió peligro. Por el contrario, un leitmotiv de la época era que, al atentar contra el orden social, el anarquista solo conseguía fortalecerlo. Síntoma de esa paradoja era que la sucesión presidencial se llevara a cabo por “voto patriótico”, sin “extorsiones y sin estremecimientos”, algo que de paso debía llamar la atención del “deficiente” sistema político argentino.

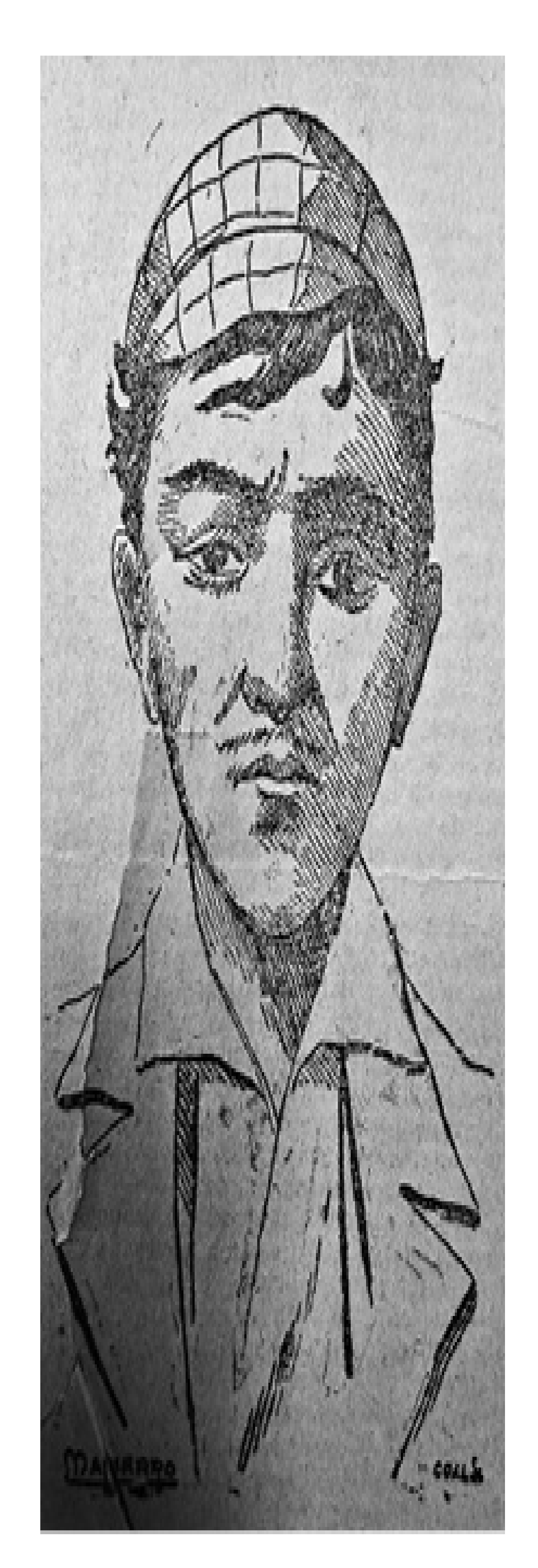
El clima de excitación favoreció todo tipo de fantasías. Uniendo fragmentos de noticias, un redactor de La Nación dio rienda suelta a su imaginación. Sin referirse a nadie en concreto, se permitió sostener que, aunque el anarquista aparentara tener ideas coherentes (e incluso lógicas), su arquitectura conceptual estaba montada sobre axiomas falsos. Su discurso se presentaba como racional pero era un engaño; por lo tanto, lo que dijera no tenía la menor importancia: “Discutir con un anarquista es tiempo perdido”. Lo importante eran sus actos que, como ya era sabido, la mayor parte de las veces lo destinaban al garrote vil, la guillotina o el pelotón de fusilamiento. Pero en eso residía el drama: el anarquista no temía a la muerte y derramaba su propia sangre con tanta naturalidad “como se bebe un vaso de agua”. Por lo demás, “es solitario y reconcentrado y cuando la idea de un atentado se ha presentado en su mente, la acaricia, la pule, vive embebido en ella, a solas, hasta realizarla”.[56]

Junto con la difusión de esa figura fantasmal y abstracta del anarquista reconcentrado y solitario, las crónicas del asesinato de Carnot entronizaron a su perpetrador. Se sabía que se llamaba Sante Caserio, que era natural de un pueblo cercano a Milán y que tenía 22 años. Era panadero y el puñal que había utilizado

era de acero de Toledo. Tras el atentado se negó a hablar. Una y otra vez se subrayaron su carácter excepcional y su “sangre fría sin ejemplo”. La conclusión era que “un criminal como Sante no se ha visto desde hace mucho tiempo”.[57]

El aspecto de este extraordinario personaje también fue objeto de interés periodístico. Después de infructuosas solicitudes a su corresponsal en París, La Nación publicó el primer retrato de un criminal anarquista en la prensa de Buenos Aires, original de Martín Malharro, habitual ilustrador de noticias policiales. Para trazar los rastros de Caserio, al igual que cualquier lector, el célebre pintor debió conformarse con lo que había leído. Bien mirado, según la descripción que lo acompañaba, la figura resultante no irradiaba acometividad ni reconcentración. Nada más lejano de la representación patibularia del anarquista que ansiaba matar para luego morir. Por el contrario, tenía rasgos juveniles “hermosos”; nadie lo creería “capaz de haber cometido el horrendo crimen de que es autor”. En la conformación de su cabeza y en su semblante, ningún psiquiatra encontraría los rasgos “típicos” del hombre delincuente. La imagen invitaba a cierta compasión por lo que ese joven debió haber sufrido. Si Caserio no hubiera abandonado su hogar a los 10 años, como informaba la prensa italiana, con seguridad habría continuado siendo “un buen muchacho” al amparo del cariño y consejo de su madre. En ese desvío de la vida familiar (y no en lo que sus atributos físicos transmitían) se detectaba el origen de “una fuerza perversamente destructora”.[58]

El estilizado retrato de Caserio, junto con sus antecedentes, el llanto de su madre, la humildad de su hermano y de prácticamente todos sus vecinos animaban más a la piedad que al desprecio. De algún modo, esta noticia ilustrada daba cuenta de mínimos desplazamientos en la construcción del estereotipo de anarquista criminal que con el tiempo se volvería, si no el único, al menos preponderante. No había límite a lo que podía decirse sobre el anarquismo, siempre y cuando quedase clara la condena del atentado. Días después, ese desacomodamiento inicial con respecto a lo previsible recibió su rectificación cuando el mismo diario publicó otro retrato que confiaba era más verosímil por proceder directamente del “reputado periódico parisino L’Illustration”.



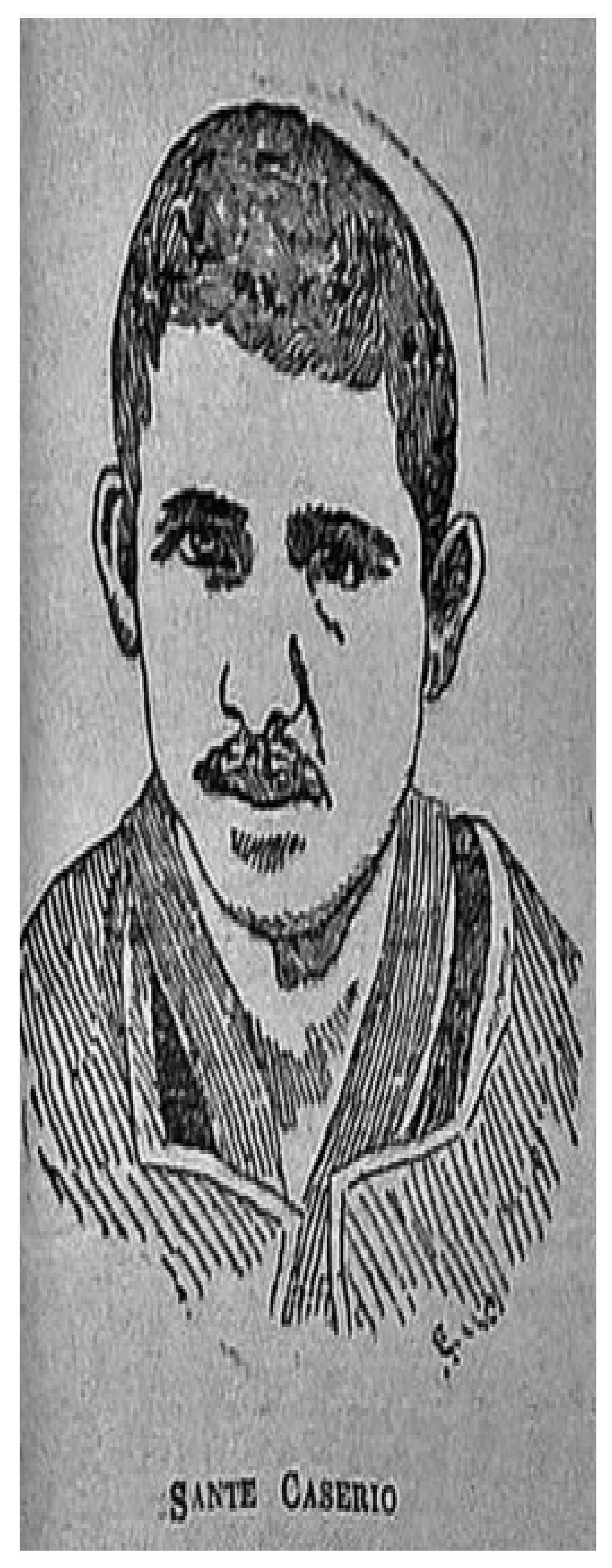

SANTE CASERIO

Figura 1.1. “Sante Caserio: lo que dice su retrato”, La Nación, 25 de julio de 1894

Figura 1.2. “Sante Caserio. Un nuevo retrato”, La Nación, 6 de agosto de 1894

El “nuevo retrato” en realidad no era exactamente el mismo del grabado publicado en L’Illustration, realizado a partir de una fotografía de Caserio en la prisión de Lyon, que permitía ver las amarras de cuero que lo inmovilizaban. La versión de La Nación era más bien un recorte: las amarras apenas se insinuaban asomadas a la altura del cuello, lo que atenuaba su ferocidad tanto como su calidad de prisionero. La actualización de la imagen no contradecía las licencias formales de Malharro. Era “el retrato moral” el que permitía reinterpretar a Caserio: “Lo duro de la mirada, así como lo cerrado, lo sañudo de la expresión general de esa faz de líneas toscas, bien claro dicen todo lo obcecado, todo lo enérgico del carácter de este mozo, humilde obrero de instrucción escasa”. Era otra persona y, si uno fuera un psiquiatra, “encontraría sin duda en los rasgos de Caserio no pocos de los signos característicos del hombre delincuente”. La expresión reconcentrada denotaba “la idea fija, avasalladora, implacable que le hace proclamar su crimen dando vivas a la revolución social, que lo exime de remordimiento, que le hace oír sin vacilaciones la sentencia y que le dará quizás fuerzas para subir mañana al patíbulo, convencido de que en vez del asesino repudiado es un héroe sobre cuya cabeza se cierne el nimbo del martirio”.[59]

Las representaciones del anarquista y del anarquismo estaban abiertas al libre juego de las interpretaciones y habilitaban una dimensión en la cual el conocimiento de las respectivas características era fundamental. Así lo demostró un extenso artículo de La Nación, en el cual se daba cuenta “a vuelo de pájaro” de los nombres y fechas fundamentales del movimiento desde su origen. La nota, pese a su título, intentaba registrar exhaustivamente nombres, fechas clave, publicaciones, atentados y huelgas que jalonaron el despliegue internacional del anarquismo hasta el asesinato de Carnot. Concluía sembrando la incertidumbre: “Lo que sigue Dios lo sabe”.[60]

Efectivamente era imposible adivinar qué iba a suceder con un fenómeno tan novedoso, difícil de comprender en sus propósitos, rizomático en su proselitismo y espectacular en sus manifestaciones. Lo que puede afirmarse es que, para los principales diarios de la época, el anarquismo se convirtió, sobre todo a partir del asesinato de Carnot, en garantía de repercusión mediática: podía o no cambiar el mundo, podía o no aterrar a la población, pero sin dudas funcionaba como acontecimiento informativo.

Una emperatriz que se muere

En los años que siguieron al asesinato de Carnot, las representaciones periodísticas de los anarquistas entraron en una fase de cierta normalización. Pasaron a formar parte de la geografía noticiosa internacional como expresión de una modernidad considerada problemática y atractiva, pero distante. Por eso, cuando el 8 de agosto de 1897 el ácrata Michele Angiolillo asesinó a Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros de España, la gran prensa porteña no mostró asombro ni tristeza. En comparación con la conmoción por el caso de Sadi Carnot, sus implicancias parecían menos graves: "Hay hechos que superan en atrocidad al más reciente, el asesinato de Carnot, por ejemplo", argumentaba un cronista de La Nación. Cánovas era un "hombre de lucha" y su muerte violenta una posibilidad.[61] Así pensado el anarquismo, sus acciones encontraban una explicación.

Un año más tarde, el 28 de agosto de 1898, La Nación publicó una nota en tono de lamento que no guardaba relación con el anarquismo. Isabel de Baviera, más conocida como Sissi, emperatriz de Austria y reina consorte de Hungría, "la caprichosa princesa que los vieneses llamaban hasta hace poco tiempo die irrende Frau (la dama errante)", se encontraba en el crepúsculo de su existencia "minada por un mal misterioso".[62] Insomne, inapetente, de andar débil y vacilante, en su fragilidad y melancólica declinación vital, era absolutamente inofensiva. Como rezaba el título del artículo, se trataba de "una emperatriz que se muere". Era inimaginable que diez días después alguien atentara contra su vida.

El 10 de septiembre Isabel se encontraba en Ginebra cuando, de improviso, se le acercó un desconocido que le atravesó el corazón con una daga. Desvanecida, fue llevada al hotel Beau-Rivage donde murió minutos después. El asesino, al ser detenido, exclamó, lacónico: "¡Ella debía morir!". Luego, en la comisaría, declaró que se encontraba en una pésima situación económica y que sencillamente odiaba a los ricos. A todos. Desde París, llegó la información de que se trataba de un francés de 25 años, descendiente de italianos: Louis Lucheni.[63]

Era una increíble recaída del anarquismo a su estado más inmotivado. El asesinato de la emperatriz, primera mujer víctima de un anarquista (así fue presentada), entrañaba el más atroz de todos los crímenes, aquel que se cometía contra “una señora anciana e indefensa”. No le interesaba la política, había llegado al trono más antiguo de Europa de “casualidad” y su vida “no podía ser causal de envidia de nadie”.[64] No había manera de justificarlo:

Esta vez es una mujer inofensiva, una emperatriz enfermiza que iba buscando alivio a sus dolencias, la víctima de la saña anarquista, quitando así al crimen hasta su carácter de venganza política, hasta el pequeño justificativo, si alguno pudiera tener, de castigar a los que mandan, a los que directa o indirectamente son responsables de las persecuciones que sufren, de la situación difícil pero justificada en que las leyes han colocado a los anarquistas.[65]

Desde las páginas de La Nación, Rubén Darío encontró en la literatura “romántica” de Edgar Allan Poe –particularmente en el relato “La máscara de la Muerte Roja”– una metáfora que explicaba el devenir de una “familia de testas coronadas perseguida por un rayo infalible”. El anarquismo se plantaba frente a ellos acelerando el proceso disolvente de la modernidad: “Los reyes se irán; pero estos son martirizados, heridos, echados del mundo por una cruel potencia”. Dios los estaba abandonando y los dejaba a la deriva, expuestos a los “más encendidos látigos del fuego de los cielos”, como un nuevo mal:

Horrible, muy horrible en verdad, el sacrificio de una pobre reina, que fue una bellísima y buena mujer[:] ¿quién le habría dicho, que después de Carnot y de Cánovas ella sería la elegida víctima de ese rojo dios desconocido, que hoy estremece de terror a la tierra? Tulio Hostilio el romano levantó un templo al miedo: la sociedad actual que palidece podrá levantar otro.[66]

El asesinato de la emperatriz de Austria dio ocasión a que múltiples sensibilidades se expresaran. El estremecimiento que tan bien interpretaba Rubén Darío era solo una de sus encarnaciones. Entre quienes fueron

convocados a impartir su opinión sobre la conducta del anarquista, sobresalió el célebre criminólogo italiano Cesare Lombroso, flamante colaborador de La Nación. Por lo general, los estudios sobre la recepción de este autor en la Argentina enfatizaron su impacto en ciertas capas profesionales y figuras políticas. Sin embargo, sus asiduas colaboraciones en la gran prensa demuestran que la presencia de sus ideas y su atractivo vocabulario tenían una resonancia mucho más amplia y perdurable. Diarios como La Nación y La Prensa, según observó Lila Caimari, no fueron meros agentes de transferencia de un discurso científico que se volvía hegemónico, sino que permitieron inflexiones particulares al abarcar un conjunto amplio de temas que distaron de ser monopolio de especialistas u hombres de estado.[67] Las problemáticas abordadas por Lombroso no tuvieron una temática privilegiada. Se referían a grandes artistas como Tolstói o Zola, al caso Dreyfus, los estados de ánimo sociales a propósito del fin del milenio, los museos criminales y la política mundial.[68] Todavía en 1908, su prestigio era suficiente como para publicitar una suerte de panacea, el reconstituyente Ischirogeno, que lo mismo curaba la diabetes, la ceguera, el raquitismo, la anemia o la caquexia.[69]

Con el escrito de Lombroso, los porteños accedían por primera vez a una síntesis argumental que ordenaba los elementos dispersos que hasta entonces componían las narrativas sobre las vidas anarquistas. No dejaba cabos sueltos y cada detalle de la biografía de Lucheni servía para sacar algunas conclusiones. Al analizar desde los caracteres de su escritura hasta su vida familiar, pasando por su fisonomía, el criminólogo concluía que en él no había nada extraordinario: era uno de los tantos anarquistas afines con el “hombre delincuente”. Como Sante Caserio, tenía una doble personalidad, observable en las oscilaciones de su caligrafía, a veces pequeña, a veces “exageradamente grande”. Al igual que Émile Henry, no temía a la muerte. Incluso la deseaba, aunque carecía del valor para procurársela por sí solo. En todos estos casos, las causas de los crímenes eran orgánicas; sin embargo, el de Lucheni presentaba algunas variaciones. Luego de narrar las peripecias biográficas, Lombroso finalizaba con una afirmación que, por muchas razones, en Buenos Aires podía resultar inquietante: los italianos, por el mero hecho de serlo, tenían “escaso horror a los crímenes de sangre”. Este argumento hacía de la –así llamada– dimensión “racial” un elemento clave para explicar la expansión del anarquismo: “Entre nosotros, en la raza latina, donde el homicidio es considerado como una acción heroica y sobrepasa en cifras a la raza anglosajona en más del décuplo, esos fanáticos concluyen por asesinar [a] una pobre mujer que en este caso tiene más [la] desdicha que la fortuna de llamarse emperatriz”.[70] Lo curioso es que la

recusación de este discurso –que hacía de la italiana una nacionalidad particularmente propensa al asesinato ácrata– provino del mismo diario que lo hacía público. En el momento en que el crimen de Lucheni agitaba a la opinión pública porteña, La Nación discutió abiertamente un artículo del prestigioso The Times de Londres sosteniendo que esa “era una acusación absurda”.[71]

Por idéntica razón, el escrito de Lombroso publicado por La Nación recibió la crítica de la flamante revista Criminalogía Moderna, dirigida por el abogado, poeta y orador anarquista Pietro Gori, recientemente arribado a la Argentina. El artículo “El regicidio de Ginebra” contradecía a Lombroso pero se mantenía fiel a su terminología. Para empezar, el retrato de Lucheni que se daba a conocer era muy distinto al difundido hasta el momento. Elegante y serio, ataviado con uniforme militar, distaba de la intimidante imagen publicada meses antes. Nada dejaba entrever una conducta criminal. Algo más profundo tenía que haber, y en esto se daba una coincidencia con Lombroso: “Como es fácil constatar, las líneas de la fisionomía no presentan asimetrías notables, perteneciendo Lucheni, como todos los violentos políticos, a la categoría de los delincuentes por pasión con fondo epiléptico”.[72]



LUIS LUCHENI

Figura 1.3. “La emperatriz asesinada”, LN, 9 de octubre de 1898



Figura 1.4. “El regicidio de Ginebra”, CM, año I, nº 1, 20 de noviembre de 1898, p. 11

Así, no era absoluta la discrepancia con Lombroso, que sin embargo radicaba en un punto sensible de la argumentación. Mientras para Lombroso el factor “racial” e ideológico era lo preponderante, para el crítico ganaba peso el factor social. La tópica desplegada justifica la extensión de la cita:

En estas explosiones salvajes de la ferocidad atávica en el hombre, siempre que se [lo] observe atentamente sin dejarse [uno] transportar en manera alguna por preocupaciones políticas, la estratificación del odio en almas calcinadas no sucede por la infiltración doctrinaria de ideas, sino que es el producto de una lenta intoxicación del espíritu, de una acritud por así decirlo, de las mejores facultades del altruismo que se extiende con la civilización, intoxicación y acritud debid[a]s a la miseria perenne, las inauditas privaciones diarias de todas las horas, de todos los instantes, al hambre no satisfecha la mayor parte de las veces, hambre de pan, de instrucción, de amor. No pretendemos, en manera alguna, atenuar la siniestra gravedad de hechos que, como el de Ginebra, hacen pensar con horror en el enorme abismo de rencores mortales que soca[v]a el fondo de tantas almas[;] pero debemos por lógica estrecha [estricta], pensar qué causas tanto o más espantosas de aspereza y de dolor deben haber abierto este abismo mortal.

Los anarquistas de Buenos Aires compartieron el espíritu de las palabras de Gori. No en vano era uno de los suyos. Pero dieron un paso más al diluir toda la culpabilidad del criminal, ya que no habría sido él sino la comunidad la responsable de armar el brazo regicida. En este desplazamiento, por lo general tendieron a repetir el argumento que exculpaba al regicida y cargaba las tintas contra la organización social en su conjunto. Sin injusticias no habría atentados. Sin embargo, esta posición que se declaraba prescindente de juzgar un acto individual era bastante reciente y apenas ocultaba la tentación celebratoria. Con muchas menos vueltas, años antes, en ocasión del primer aniversario del

magnicidio de Carnot, los redactores de El Perseguido no habían tenido reparos en dar rienda suelta a su entusiasmo apologético:

Ya pasó un año, y la burguesía cobarde e infame llora todavía. […] Llora pensando en la conciencia que el pueblo adquiere cada día[,] porque será esa conciencia la que hará pasar a todos los explotadores por el camino de la muerte. Mientras tanto el pueblo se ríe de la cobardía burguesa, y hoy, mientras la sentimental burguesía conmemora este día con lágrimas y sollozos, mientras esparce incienso sobre su despanzurrado cuerpo, y levanta himnos de gloria, nosotros gritamos fuerte, más fuerte todavía: ¡Viva Caserio! ¡Viva la anarquía![73]

Ni siquiera se salvaba la viuda de Carnot, esa "puta burguesa", a quien le deseaban un destino equiparable al de su marido. Años después, el abandono del lenguaje alegre e injurioso no implicó condenar sin más los asesinatos. Para los editores de La Protesta Humana, a lo sumo de lo que se trataba era de salvaguardar al anarquismo, "colectividad universal de hombres unidos por comunes aspiraciones", proclamando que nada tenía que ver "con la muerte de una anciana".[74] Esta posición fue refrendada por una eminencia como Kropotkin, quien en un artículo publicado en el periódico Freedom de Londres y reproducido en Buenos Aires, declaraba haberse sentido consternado por "la tragedia de Ginebra". Pero incluso para él, el hecho de que se hubiese producido una víctima inocente –tan inocente como el propio Lucheni– no había sido responsabilidad del anarquismo, sino de la "lucha social".[75]

Una de las consecuencias del asesinato de la emperatriz de Austria fue la inmediata convocatoria de la Conferencia Internacional para la Defensa Social, que tuvo lugar entre el 24 de noviembre y el 21 de diciembre, en Roma. Su propósito era establecer criterios legales comunes frente al anarquismo y aceitar los mecanismos internacionales de cooperación policial. Formaron parte delegados de más de veintiún países europeos; entre ellos, diplomáticos y embajadores, así como las cabezas de las policías de Rusia, Francia y Bélgica, y sus pares municipales de Berlín, Viena y Estocolmo.[76] La conferencia sesionó a puertas cerradas y organizada en comisiones de expertos. En términos generales, puede decirse que no logró sus propósitos; en parte, por las

diferencias existentes entre las tradiciones jurídicas y políticas de los países participantes. No hubo acuerdo sobre cómo legislar contra el anarquismo, ni siquiera en la caracterización del "acto anarquista" como tal. Sin embargo –como sostiene Richard Bach Jensen–, pese a sus escasos logros, la conferencia, además de proponer ciertas prácticas de extradición y el portrait parlé como moderna forma de identificación policial, devino punto de partida para el incremento de las relaciones entre las distintas policías de Europa en materia de comunicación e intercambio de información.[77]

De este lado del Atlántico, la conferencia no despertó el mismo interés periodístico. Los medios comerciales se limitaron a reproducir información telegráfica. La Nación hizo saber que un representante europeo, el día 26 de noviembre, imaginaba que el cónclave antilibertario iba rumbo al fracaso.[78] Semanas más tarde, agregó que se había logrado un mínimo consenso para coordinar la acción de las policías en la vigilancia de los anarquistas.[79] Otro aspecto destacado como engorroso por la prensa porteña fue la definición de "acto anarquista". Según un telegrama reproducido por el diario La Prensa, la discusión al respecto "ha sido larguísima y no se ha podido arribar todavía a la definición requerida".[80]

Más allá de esa cobertura local, la conferencia tuvo cierto impacto en Buenos Aires. Pietro Gori se congratuló de su fracaso, por considerarla un atentado a la libertad.[81] En un sentido contrario se expresó, meses más tarde, el senador Miguel Cané al redactar su famoso proyecto de ley de expulsión de extranjeros indeseables: el fracaso se había debido a que los gobiernos europeos solo se habían puesto de acuerdo "en la imposibilidad de ponerse de acuerdo".[82] Esto era una desgracia. Según el vaticinio de Cané, los anarquistas, perseguidos por todos los estados de Europa y luego de dar saltos de un país a otro, no tardarían en mirar como una tierra de salvación a la Argentina. En conclusión, según sus cálculos, el impacto del juego entre la violencia anarquista y su represión no tardaría en hacerse sentir en forma de inmigración indeseable.[83]

Pese a sus hipérboles, los augurios de Cané pronto se harían realidad. El impacto de los atentados y magnicidios perpetrados por anarquistas del Viejo Mundo y su intersección con la inmigración se percibirían en Buenos Aires pero no como suscitadores de una ola de xenofobia, sino todo lo contrario. A finales de julio de 1900, la noticia del asesinato del rey Humberto I de Italia, lejos de fortalecer la asociación entre extranjeros y anarquistas, sirvió –gracias a un fabuloso despliegue periodístico– para ensalzar una supuesta integración armónica entre

italianos y argentinos.

Duelo nacional

Eran pasadas las 22 hs del domingo 29 de julio de 1900. En Monza, Italia, el rey Humberto I acababa de entregar unos premios de atletismo cuando el anarquista Gaetano Bresci se acercó a su carruaje y lo tomó por sorpresa, tal como seis años antes había hecho Caserio con Carnot. No sería un puñal esta vez el arma elegida, sino un revólver. Bresci disparó tres balas contra el cuerpo del monarca; una impactó de lleno en su corazón y le provocó la muerte. Cuando se lee la prensa de los días inmediatamente posteriores al regicidio, se observa que la repercusión en Buenos Aires fue formidable.

Hacia 1900, los inmigrantes procedentes de distintas partes de Italia eran una enorme mayoría en los saldos migratorios; desde luego, esto se vio reflejado en su fuerte presencia en la sociedad porteña. El tipo de inserción en el país forjó un imaginario asociado a la “confraternidad ítalo-argentina”, que destacaba los vínculos de cercanía y consustanciación de esos migrantes en la construcción de la nacionalidad argentina.[84] Así, se entiende que para La Prensa el regicidio implicase un golpe al corazón de esa confraternidad: “Para la República Argentina la muerte de Humberto I es un duelo nacional”.[85] Con un tono un poco más mesurado, y valorando las primeras medidas tomadas por diversos sectores de la población, La Nación sostuvo una opinión similar: “La ilustre víctima tenía para nosotros títulos especiales de aprecio y admiración, que concurren a que los argentinos acompañen a los italianos en su duelo como si fuera propio”.[86] En las páginas de El Diario redundaba el mismo sentimiento.[87]

Interpretando esas emociones, los homenajes en Buenos Aires estuvieron a la altura. Durante dos semanas, como si Humberto I hubiese sido el rey de la Argentina, hubo una superposición inenarrable de iniciativas, manifestaciones públicas y conmemoraciones. En honor del difunto soberano, hombres y mujeres, estudiantes y (lo que no escapó a la atención de todos los diarios) inmigrantes de los barrios obreros tomaron las calles de la ciudad. La diversificación de actores y modos de movilización en torno al asesinato de Humberto I resultó reveladora de la enorme influencia que la gran prensa ya tenía en la ciudad. El diario La Prensa motorizó innumerables homenajes y

actividades, lo que desde un principio le permitió posicionarse como actor clave dentro de sus propias crónicas.

Antes de que el ejemplar del 30 de julio estuviera en la calle, a la medianoche, una llamada telefónica de la agencia Havas dio a conocer a los redactores de La Prensa la "trágica nueva" que minutos después se confirmaría en un despacho transmitido por la vía telegráfica Galveston. Enseguida se hizo sonar la sirena y se encendió la luz del faro que corona su edificio: era la primera vez que se ponía en funcionamiento ese dispositivo instalado en noviembre de 1898 y reservado para adelantar novedades importantes. En respuesta a ese llamado, se congregó en el hall "una concurrencia numerosísima" presa de "una emoción profunda".[88] Al mismo tiempo, un cronista se dirigió al domicilio particular del embajador italiano, el marqués de Malaspina. Tanto él como su "distinguida" esposa se encontraban abatidos. A las 2 hs, otro empleado del diario se dirigió al Círculo Italiano, que estaba cerrado. Esa noche, el telefonista del periódico, Julio Osores, tuvo que responder más de quinientos llamados.

En los días sucesivos, el ritmo de homenajes y manifestaciones públicas fue vertiginoso. Los detalles del suceso se acumulaban. La reina Margarita se desmayó al conocer la noticia de la muerte de su esposo y se realizó una minuciosa cobertura de todo lo relacionado con el funeral y con la asunción de Víctor Manuel III. Cualquier dato sobre Gaetano Bresci, al que durante varios días llamaron Angelo, era relevante. Había nacido en Prato, en la Toscana; tenía dos hermanos, uno zapatero y el otro teniente de artillería, y una hermana, detenida durante la investigación. Bresci había residido en Paterson, Nueva Jersey, razón por la cual comenzó a tomar cuerpo la hipótesis de un complot internacional que nunca se pudo demostrar. Un telegrama desde Roma informaba que un reportero del Corriere della Sera había podido observar al agresor. Era moreno, alto y elegante, de facciones regulares y con ojos negros que reflejaban una mirada serena. Usaba bigotes. En un primer momento mostró una profunda indiferencia por su situación y durante la indagatoria sostuvo que no le importaba atacar al rey sino al principio que representaba. Se aseguraba que era amigo de Lucheni.

Entretanto, circuló la versión de que años atrás había residido en Buenos Aires, en compañía del famoso anarquista Errico Malatesta. El dato era improbable pero no por eso se lo desestimó. El vespertino El Diario envió a un incrédulo cronista al barrio de La Boca a buscar alguna información al respecto. La conclusión de su pesquisa fue ambigua: "No es posible afirmar que en absoluto

no haya estado Ángel Gaetano Bresci en Buenos Aires, quizás semioculto por causas que ahora se nos escapan".[89] La misma pista habían seguido antes un reportero y un fotógrafo de Caras y Caretas, quienes tuvieron algo más de suerte, pero tampoco mucha. Al menos pudieron dar con un anciano toscano que juraba que uno de sus hijos había sido amigo de Bresci. Para demostrarlo, entregó a los periodistas una fotografía de un hombre que –aseguraba– si no era el propio regicida, al menos era su hermano. Pese al valor relativo de lo que el anciano toscano pudo aportar, el semanario ilustrado decidió publicar la imagen "a título de curiosidad informativa".[90]

En Buenos Aires, las manifestaciones y los homenajes rendidos a Humberto I adquirieron un ritmo frenético. La casa del marqués de Malaspina se convirtió en foco de peregrinación. Prácticamente no hubo día en que el representante de Italia no tuviera varios grupos de personas que exhibían su pesar. Algo parecido sucedió con el Etruria, buque de guerra de la armada italiana que estaba amarrado en la rada del puerto. Allí acudieron las damas italianas residentes en Buenos Aires vestidas de riguroso negro para entregar una corona de hierro que, en representación de la Argentina, iría hasta el sepulcro del difunto en Roma. La Prensa y La Nación no dejaron de resaltar una y otra vez el carácter espontáneo de las demostraciones. Las banderas argentinas e italianas enlutadas –y a media asta donde correspondiera– adornaban bares, tiendas, dependencias oficiales, asociaciones y casas de comercio. Las bandas militares y policiales tocaron notas fúnebres en cada acto. El Círculo Italiano se convirtió en una fábrica de iniciativas para brindar en día prefijado un espectáculo más importante. También el hall del edificio de La Prensa devino centro de reuniones: se dieron cita numerosas asociaciones de italianos y argentinos para compartir opiniones y generar todavía más iniciativas. No hubo dependencia estatal que no manifestara abiertamente la condena. En el Senado y la Cámara de Diputados, se levantaron las sesiones y se redactaron telegramas de pesar. El presidente Roca y todos sus ministros visitaron innumerables veces al representante italiano. Además de las asociaciones italianas que se estremecieron con la muerte de su rey, diversas instituciones se sumaron al duelo: el Club del Progreso, el Tiro Federal Argentino, el Círculo de la Prensa, la Unión Industrial Argentina, la Cámara Mercantil y el Círculo de Obreros Católicos.

La "juventud estudiosa" también entró en escena. El día en que se conoció la noticia, los estudiantes de la Facultad de Derecho abandonaron las aulas y alrededor de trescientos se lanzaron a la calle. Uno de ellos "interpretó los sentimientos de sus compañeros" y, dirigiéndose a los representantes del

gobierno italiano en la Argentina, clamó: “Una mano traidora ha cortado la noble existencia de vuestro amado Rey, y el mismo grito de dolor se ha arrancado de los corazones argentinos e italianos”. Los estudiantes, en estado de movilización permanente, representaron la faz más militante de las protestas. El 1º de septiembre salieron a la calle los alumnos del Colegio Nacional. Días más tarde, menos intempestivamente, se dieron cita en Plaza Lorea. En numerosas oportunidades, en la Facultad de Medicina varios cursos tuvieron que ser interrumpidos por fervorosos arranques de protesta. El futuro médico Pedro Labaqui se ofreció para ofrendarle a Malaspina: “El bálsamo de un cariño para que la desesperación, puñal envenenado, no os hiera en vuestro quebranto”.[91]

La Prensa destacó cada detalle que pudiera reproducir el consenso doliente. De eso se trataba: mostrar solidaridad por Italia, ese noble país que con sus enormes contingentes de inmigrantes contribuía a la grandeza argentina. Incluso se mencionó la “conmovedora” y “simpática” presencia de Ramona V. de Vázquez en el edificio del diario, quien dejó una nota de pésame con un fuerte tenor religioso. El mismo propósito animaba cada acto que tenía lugar en la “progresista parroquia” de San Juan Evangelista, en La Boca, donde también espontáneamente se habían reunido no menos de 400 personas.

De la miríada de homenajes, dos merecen destacarse: el funeral que en ausencia se le ofreció el día 9 de agosto en la Catedral Metropolitana y la gran procesión cívica cuatro días después. Sobre el primero, La Prensa sostuvo que “todo de cuanto tiene Buenos Aires de significación social, intelectual, política, administrativa y financiera, estaba dignamente representado en la vasta catedral, transformada en aquellos momentos en templo de sincero e intenso dolor, común a los italianos y argentinos”. Para el periódico La Patria degli Italiani, lo sucedido allí había escrito una pagina d’oro en la historia de los italianos fuera de Italia y una prueba de amor.[92]

El interior de la catedral fue decorado de negro, lo mismo que su exterior. Al final de la nave central, ante el altar mayor, se dispuso un soberbio catafalco sobre el cual, destacada por la potente iluminación eléctrica, fue ubicada una urna de oro con una corona de hierro que evocaba a la Casa de Saboya. Más atrás, se dispusieron cientos de ramos de orquídeas violáceas. Para completar esta escenografía ideal “para exaltar los ánimos”, se desató una silenciosa guerra de coronas de flores. Tal era su abundancia y hermosura que a los cronistas les costaba elegir la más bonita. El programa musical “de primer orden” interpretado por la orquesta del Teatro de la Ópera apenas dejaba respirar. Fue

acertadísimo: la Sinfonía Eroica, que Beethoven compuso en honor de Napoleón I; El Crepúsculo de los Dioses, que acompañaba el triste descenso de los guerreros que conducían “el cadáver del héroe Siegfried cobardemente asesinado por Hagen (¡Extraña coincidencia!)”; el Inflammatus et accensus del Stabat Mater de Rossini, interpretado por el exquisito arte lírico de la señora Carelli, y con arte similar e igualmente conmovedor la señora Mendioroz interpretó el Ave María del Otello de Verdi.[93]

A las 8 hs cien marineros del Etruria oficiaron de Guardia de Honor de la ceremonia. Dos horas después, llegaron las tropas de línea nacionales y la escolta presidencial para tributar homenaje militar al rey. En el templo, la recepción de los invitados estuvo a cargo de Malaspina, el intendente municipal y el jefe de la policía. A la orden del obispo, comenzó el desfile: el presidente de la república, sus ministros y el cuerpo diplomático fueron los primeros. Durante los dos días siguientes, la catedral fue visitada por un público “enorme” que La Prensa calculó en no menos de 15.000 personas.[94]

Habían pasado casi dos semanas y la fiebre humbertina no cesaba. En el Círculo Italiano hormigueaban los representantes de decenas de asociaciones ultimando los detalles de una demostración planeada para el domingo siguiente: el orden de las agrupaciones y las calles por las cuales debía confluir cada una de ellas. La Prensa pondría a disposición sus balcones para que las damas tuvieran una panorámica especial. El trazado del recorrido establecía que el comité organizador partiría desde Plaza Once hacia el puerto; primero, por Rivadavia, que recibiría a las columnas por las calles que la atravesaban; luego, por Avenida de Mayo hasta bordear la Plaza Victoria, actual Plaza de Mayo, para desembocar en el Paseo de Julio, actual Alem, y desde allí se llegaría hasta el muelle donde estaba amarrado el Etruria.

La demostración del 12 de agosto fue un éxito. Según los distintos diarios, entre cien mil y doscientas mil personas salieron a la calle, en una ciudad que todavía no había alcanzado el millón de habitantes. La Prensa, que había agitado las banderas de la confraternización entre ambos países y gustaba de las movilizaciones masivas, manifestaba extasiada:

¡Cuán hermoso espectáculo ha ofrecido ayer nuestra gran capital en la imponente manifestación de duelo, con que italianos y argentinos, unidos en

íntima comunión de aspiraciones y sentimientos han tributado a la memoria de Humberto I el homenaje póstumo reservado a las grandes personalidades, que encarnan en su genuina representación los más altos anhelos de su época y los ideales de todo un pueblo!

¡Cuántas reflexiones sugeridas por la contemplación de ese grandioso cuadro, de cuyo fondo se destaca, para ocupar el primer término, una colectividad extranjera que se siente aquí como en su propia patria y a cuyo alrededor se congregan, para prestarle el calor de sus afectos, las muchedumbres argentinas que, a semejanza del coro de la tragedia clásica, entonan los excelsos destinos humanos![95]

Con similar entusiasmo se expresó El Diario, prestando particular atención a la variopinta composición de los asistentes: “Buenos Aires, testigo de su propia jornada no necesita crónica. Él vio a su población concurrir al acto solemne, en todas formas –en la columna o adelantándose a ella, o agregándosele al paso, o tomando parte en el respetuoso saludo con que las familias veían desfilar al pueblo al lento compás de las marchas fúnebres”.[96]

Contrariamente a lo sucedido en casos anteriores, el atentado de Bresci no abrió demasiadas conjeturas sobre qué tipo de fenómeno era el anarquismo. Sin embargo, la resonancia del evento fue mayúscula. Un clima de fervor patriótico –que buscaba hacer de la italianidad un elemento constitutivo de la nacionalidad argentina–, una cultura de movilización aceitada y medios de prensa que producían efectos de simultaneidad a escala internacional coadyuvaron para que los homenajes póstumos, tanto civiles como religiosos, tuvieran una dimensión equivalente a la de los funerales de los principales hombres públicos argentinos.[97]

Frente al enorme despliegue de la prensa diaria, estaban los anarquistas y los socialistas porteños, casi sin público que les prestara atención. Mirados en perspectiva, además de los énfasis y puntos de vista, lo que resulta llamativo es el escaso potencial que tuvieron para contrarrestar los sentidos desplegados por los grandes diarios de la capital. Esto no se debió, en el caso del anarquismo, a lo exiguo de las tiradas de sus principales periódicos.[98] Más determinante fue que frente a la escenificación de la emoción popular, que tan bien capitalizaban y acicateaban La Prensa y La Nación, lo que tuvieran para decir los libertarios

sonaba asordinado. En el mejor de los casos, solo podía interesar a un reducido grupo de convencidos. En la prensa libertaria, el asesinato de Humberto I era un hecho que apenas si tenía relación con ellos. Una vez más, era la propia organización social la que debía dar cuenta de él. Por ejemplo, los redactores de La Protesta Humana, como “modestos sociólogos”, encontraban “las fuentes generatrices del mal en las bases mismas de la sociedad […] que convierten el mundo en semillero de irreconciliables, y profundos odios y violencias inauditas”. No era el anarquista el que mataba. Más bien era el orden social debía responder por el odio y la violencia que creaba: “Es su producto. No tiene más que tragárselo”.[99] De un modo muy similar se expresaron los diversos grupos anarquistas en un comunicado que el periódico L’Avvenire publicó en su portada del 4 de agosto.[100]

Si estas fueron las líneas directrices que primaban entre los redactores de la prensa anarquista, en sus listas de suscripción se observaba otro ánimo, menos proclive a contentarse con una modesta explicación sociológica. Durante el mes de agosto de 1900, proliferaron los aportes de entre $0,10 y $0,50 a las arcas de La Protesta Humana, firmados por personas que se escondían tras los nombres de: “Viva Bresci”, “Bresci es un justiciero”, “Ningún zapatero ha marcado punto como Bresci”, “Ya murió”, “Estoy muy contento con la muerte de Umberto”. Por su parte, L’Avvenire recibió cifras similares de “Morte alla Casa Saboya [sic]”, “Viva Bresci”, “Bresci martire”, “Un amigo de Bresci”.[101] Finalmente, con respecto de las multitudinarias demostraciones de dolor que tuvieron lugar en Buenos Aires y el resto del país, sostuvieron: “Tontos son todos los trabajadores que concurrieron por voluntad o por fuerza, consciente o inconscientemente a la manifestación de condolencia por Humberto”.[102] Más allá de la parquedad de su formulación, la mención era un reconocimiento de la masividad y pluralidad de sectores sociales que habían participado en las conmemoraciones. Los trabajadores porteños, en un enorme porcentaje italianos, parecían haberse vuelto más sensibles a las insignias patrias que a la bandera roja.

Por su parte, para los socialistas de La Vanguardia, el anarquismo era responsable de una “tonta paradoja”: matando al rey, los libertarios habían fortalecido el principio monárquico. Sin dejar de subrayar el “lloriqueo hipócrita y convencional que derrama torrentes de lágrimas por la muerte de un monarca, cuya vida vale para nosotros tanto como la de un obrero”, lo sucedido en Buenos Aires parecía confirmar ese diagnóstico. El regicidio había despertado un desborde “de sentimiento público” que podía ser sincero o fingido, pero que en

su masividad no podía ser ignorado.[103]

En cualquiera de los casos, la reivindicación de Humberto I era solo una parte del problema. La otra surgía de la ansiedad y la explotación comercial del asunto con la consiguiente extenuación de los trabajadores tipográficos. Un mes después de esos grandes homenajes, La Vanguardia denunció que La Patria degli Italiani, con el pretexto de aumentar su tirada e incrementar sus ventas, había hecho trabajar a sus empleados “27 días sin descanso” incumpliendo su promesa de abonarles horas extras.[104] Como se verá a continuación, no solo el vocero de la comunidad italiana en Buenos Aires procuró los réditos comerciales que los atentados anarquistas podían reportar.

Imágenes para el recuerdo

El asesinato de Humberto I afectó a la sociedad argentina con una potencia mayor que la de cualquier otro atentado anarquista de su tiempo. Cuando a principios de septiembre de 1901 le tocó el turno a William McKinley, presidente de los Estados Unidos, la gran prensa dio cuenta de la sorpresa y la condena, por supuesto. Sin embargo, el acontecimiento no logró involucrar a los porteños. Un cronista de La Nación captó la curiosidad distante que la muerte de McKinley había despertado. Conocida la noticia, en el edificio del diario la gente se arremolinó frente a los telegramas que se iban pegando en la pared del hall central. Reinaban la curiosidad y el asombro, pero no la congoja. Al comparar las reacciones con "las explosiones de dolor y de indignación" sucedidas un año atrás, "la impresión no era tan viva".[105]

Todavía hoy la ciudad conserva algunas huellas de aquel primer impacto. A pocas horas de conocerse la noticia del regicidio, el Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires aprobó por unanimidad que la calle Comercio pasara a llamarse Humberto I.[106] Casi dos meses después, aprovechando la conmemoración del 20 de septiembre de 1900, fecha clave del calendario patriótico italiano, se procedió a la inauguración de la primera placa con el nombre del homenajeado. Durante la ceremonia, el intendente Adolfo Bullrich tuvo palabras que estuvieron a la altura del discurso generalizado: "La mano armada de un degenerado, de un perseguido, ha dado ocasión al mundo entero para reconocer las cualidades sobresalientes de ese hombre, de ese monarca ilustre que tanto se desvelaba por su patria, que tanto amaba su pueblo".[107] Desde entonces, una calle del Sur nos recuerda que hubo un momento en el que la sociedad porteña se vio conmovida por el asesinato de un rey a más de 11.000 km de distancia.

Otras iniciativas no prosperaron. La más notable: erigir un monumento a Humberto I.[108] La propuesta del Congreso y su puesta en marcha por las asociaciones italianas quedaron en la nada. La conformación del panteón nacional era una derivación sensible de la construcción de la nacionalidad y, como en la capital ya existían una estatua en honor a Giuseppe Mazzini (desde 1872, en la plaza homónima, actual Plaza Roma) y un monumento de Garibaldi

(desde 1883, en Plaza Italia), quizás se haya juzgado excesivo que, en los términos del diario La Nación, una república joven rindiera homenaje a un rey.[109]

En los días en que la prensa de Buenos Aires no hablaba de otra cosa más que de la muerte de Humberto I, se encontraba de visita en la ciudad el ingeniero genovés Guido Tabet. Dos años después, reflexionando sobre el altísimo grado de consustanciación entre Italia y la Argentina, en una carta publicada en Revista de Derecho, Historia y Letras (dirigida por Estanislao Zeballos), Tabet dejó testimonio de sus emociones:

Tengo delante, y lo refiero como un ejemplo, un número extraordinario de un periódico ilustrado de Buenos Aires: es de carácter satírico, literario y artístico a la vez. Este periódico dejó de reír en el aniversario del asesinato del Rey Humberto, guardó sus caricaturas y dedicó un número extraordinario y voluminoso, al recordar e ilustrar una a una todas las solemnes manifestaciones, que un año antes, desde las más grandes ciudades hasta los pueblos más pequeños de la República Argentina, se hicieron por los italianos y los hijos del país, no solo por los particulares sino también de los poderes públicos en prueba de dolor, de luto y de protesta.[110]

Tabet se refería al número especial de Caras y Caretas publicado en septiembre de 1900, muestra cabal de que una tragedia semejante podía devenir, a la vez, un suceso periodístico. Al respecto, Geraldine Rogers apuntó: “Los protagonistas y las circunstancias –un regicidio cometido en un atentado anarquista– eran propicios para suscitar la curiosidad popular y la revista aprovechó la oportunidad”.[111]

A esa evidencia, habría que sumarle el hecho de que la propia revista hizo de su cobertura un suceso periodístico sin igual: todos sus números, desde que fue conocido el atentado, priorizaron ese acontecimiento y pusieron a disposición de los lectores materiales fotográficos que difícilmente habrían podido encontrar en La Nación o La Prensa. Es interesante destacar la versatilidad de Caras y Caretas para percibir el sentimiento que despertó el asesinato. En el número posterior al regicidio, mostró esa sintonía, asociándose “al duelo de la nación italiana” y

condenando “el inicuo crimen que acaba de perpetrarse en Monza para mengua de la humanidad”. En ese mismo número se podían observar las fotografías de la movilización a Plaza de Mayo, de los estudiantes preparándose para una manifestación, de la legación italiana, también una detallada serie de imágenes de Monza y los aposentos del rey. El 18 de agosto Caras y Caretas ilustró sus páginas con imágenes de las honras fúnebres realizadas al monarca en la Catedral Metropolitana. Cada aspecto del acontecimiento, cada protagonista, tuvo su fotografía. Esa cobertura se condice con las afirmaciones de Sandra Szir cuando señala que la revista “construyó una narrativa visual otorgándole a la fotografía amplia capacidad de información y evidencia a la vez que mostraba orgullosamente su disponibilidad tecnológica”.[112]

El sumun de esa apuesta narrativa se materializó en la publicación (el 20 de septiembre) de un suplemento especial al nº 102 de la revista que tanto había impresionado a Tabet. Fue publicitado durante las semanas previas:

En la imposibilidad de dar cabida en este número a la crónica gráfica, completa y detallada de las demostraciones de duelo que en todo el país se han realizado, con ocasión del triste suceso que enluta a Italia –no obstante dedicar a esta actualidad la mayoría de las páginas, como verán nuestros lectores– y en el deseo de que este unánime movimiento de condolencia sea conocido en su verdadera magnitud, hemos decidido reunir en una edición extraordinaria toda la información fotográfica que poseemos, y que desde los más apartados puntos de la república nos han remitido nuestros corresponsales, respondiendo diligentemente al pedido que les hiciéramos.[113]

La campaña de promoción del “número extraordinario” fue constante y se confiaba en que el público se daría cuenta del esfuerzo “lisonjeándonos la creencia de que sabrá reconocer en nuestro trabajo la más alta nota de información ilustrada que se ha dado en el país”.[114] A su vez, con el propósito de que el volumen fuera accesible a todas las personas que deseasen “conservar este interesante recuerdo”, se lanzaría en tres tiradas en papel mate, a $0,50; en papel ilustración, al doble, y una de lujo en papel Japón. Una semana antes, a la promesa que entrañaba el número subyacía la certidumbre de que sería un suceso único dentro del periodismo local. Esa edición extraordinaria contaba con más

de 500 grabados, entre trabajos artísticos y fotografías, y se promocionaba como una publicación sin antecedentes “ni aun en Europa”.[115]

Antes de la aparición de ese número especial, el asesinato de Humberto I había opacado en Caras y Caretas cualquier otra noticia internacional del momento. Solamente la insurrección de los bóxers en China, por su ferocidad y antioccidentalismo, tuvo una repercusión semejante, aunque mucho menor.[116] Al mismo tiempo, para suerte de los editores del magacín, un anarquista francés llamado François Salson intentó asesinar al sha de Persia en París.[117] Las informaciones sobre el caso develaron que Salson era un tipo de anarquista aislado que, a diferencia de Bresci –se sospechaba que había estado implicado en un complot–, no había comentado su plan a nadie.[118]

Caras y Caretas explotó de forma sistemática el aspecto dramático y acongojado del asunto. Sin embargo, en sintonía con su tono más habitual, también se atrevió a cierta mirada satírica, cuando no comprensiva, sobre el anarquismo. Así, ironizando sobre el temor a ese movimiento y criticando la gestión de Bernardo de Irigoyen como gobernador de la provincia de Buenos Aires, publicó un poema bufo de Luis García en el cual se hacía referencia al grado de anarquía que caracterizaba su gestión: “El que lucha cada día por la anarquía ¿podría toparse con un Bresci? ¡Bah! ¡Si hasta su gobierno está en la mayor anarquía!”.[119]

De todos modos, como señalaba Guido Tabet, en su edición extraordinaria Caras y Caretas había dejado de reír, al menos por un rato. En efecto, no se trataba de una conmoción pasajera como la que generaban ciertas noticias telegráficas que durante pocos días se convertían obligadamente en temas de conversación: “Fue algo más hondo; algo que nos tocaba más de cerca y la conmoción fue más duradera y el sentimiento de dolor, sincero y angustioso, cual si ante nuestra vista se hubiera consumado el crimen”.[120]

CARAS Y CARETAS

EDICION EXTRAORDINARIA

INMORTALIDAD

Homenaje á Humberto I

Figura 1.5. CyC, Edición extraordinaria. Homenaje a Humberto I, suplemento al nº 102, 20 de septiembre de 1900

El número era efectivamente extraordinario.[121] Empezaba con fotografías de la familia real italiana, de los ministros de Humberto I y de la legación italiana en la Argentina. Se reproducían los "autógrafos" de los telegramas enviados a la reina viuda Margarita y al gobierno italiano por parte del presidente argentino, Julio Argentino Roca; también los del Senado, la Cámara de Diputados y el intendente de Buenos Aires. Luego se pasaba puntillosa revista a todas las manifestaciones de duelo en la capital y en el resto del país. Cientos de fotografías permitían recomponer y hacerse una idea de la magnitud del sentimiento, y en su mayoría destacaban los símbolos de la confraternidad argentino-italiana. No quedó registro sin incluir y se enfatizaba el carácter nacional del duelo. Así se podían ver imágenes del luto en la provincia de Buenos Aires: La Plata, Chacabuco, Azul, Barracas y Carmen de Areco. El resto del país también estaba fuertemente representado; por ejemplo, en una fotografía de la cámara ardiente de Concordia se veía una bandera de luto con la inscripción "Humberto I Rey de Italia. Víctima inocente del fanatismo ciego de una secta asesina". Del mismo tono era el estandarte colocado en la Iglesia Matriz de Catamarca: "Cayó alevosamente asesinado por un infame sectario fanático".

Exceptuada la nota de redacción, el suplemento no incluía mayores referencias textuales que las que acompañaban a las imágenes fotográficas. Estas eran consideradas elocuentes, lo cual resultaba novedoso. Si bien los diarios de la capital ocasionalmente ya habían hecho de las imágenes un instrumento muy importante para el tratamiento noticioso de los atentados anarquistas y para modelar el movimiento libertario, Caras y Caretas, en este como en otros temas, hizo de la cobertura iconográfica de la noticia su estrategia informativa. Así, el anarquismo no era tematizado. Lo realmente importante era el fenómeno social que galvanizaba a multitudes a lo largo y ancho del país. Los hombres, mujeres y niños movilizados para rendir un homenaje al rey eran la verdadera noticia.

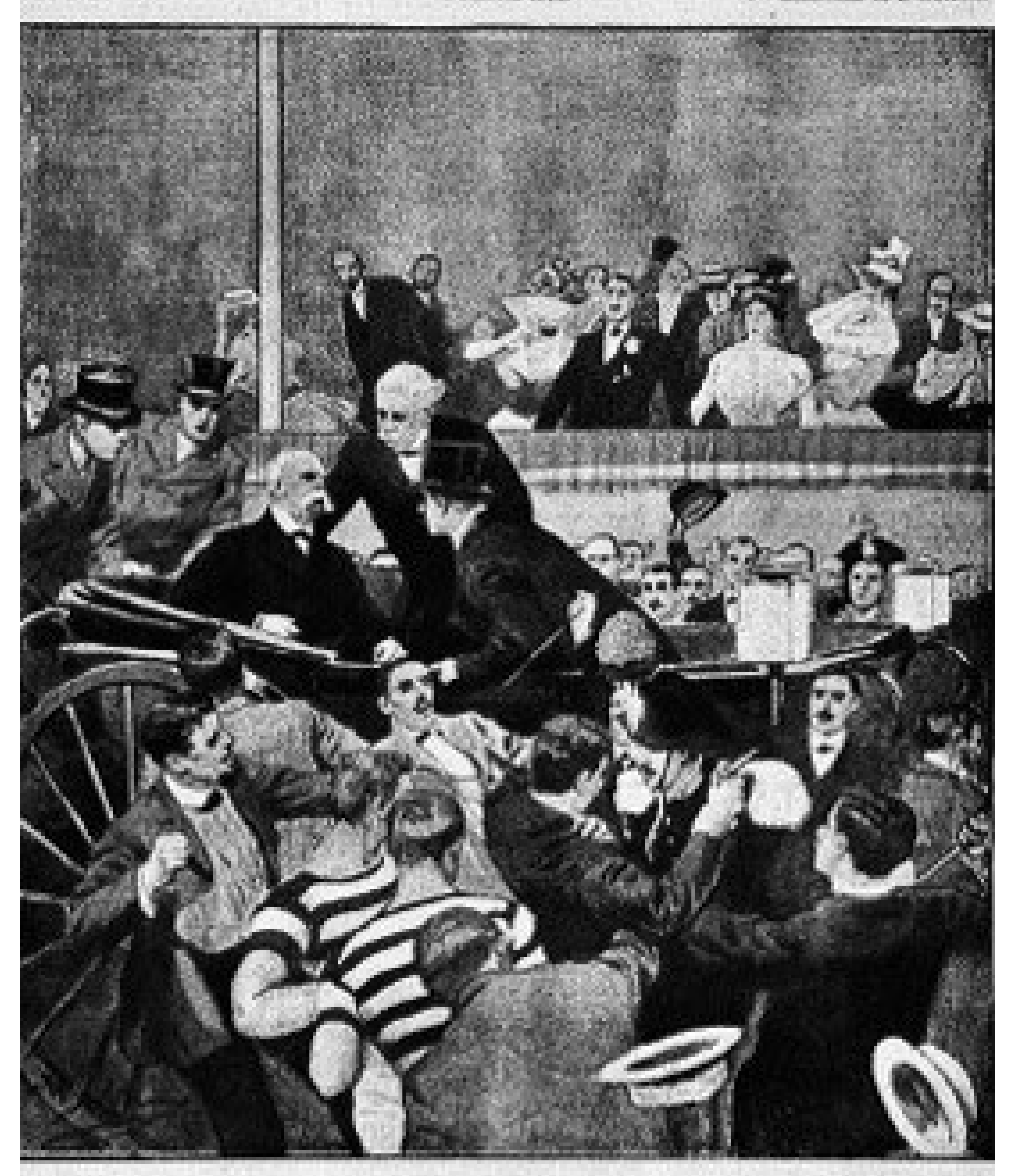
Solamente podía observarse el sobrevuelo del fenómeno libertario en los dibujos que acompañaron la edición. José María Cao, habitual caricaturista y dibujante

de muchas de las tapas satíricas del semanario, tituló su colaboración “El genio del Mal”. Por su parte, Cándido Villalobos, otro frecuente colaborador, bautizó su obra como “La humanidad y el fanatismo”. Sin embargo, en esas imágenes de Cao y Villalobos el anarquismo resultaba algo etéreo (un misterio lejano) si se las compara con las representaciones iconográficas del regicidio que circulaban en la prensa ilustrada europea donde la consumación del acto era esencial.

LA DOMENICA DEL CORRIERE

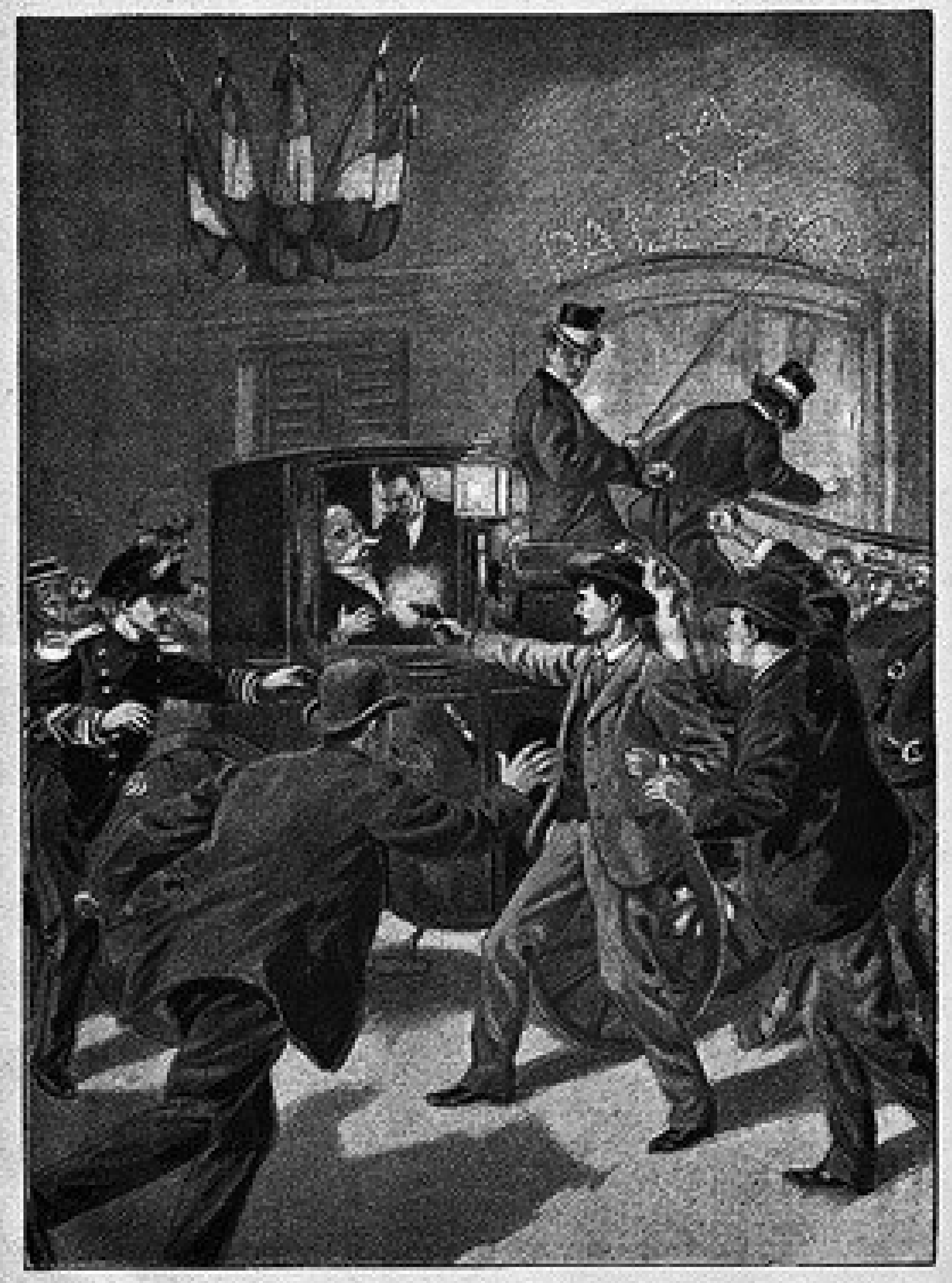
Dono agli Abbonati del "Corriere della Sera"

Anno II



L'ASSASSINIO DEL RE UMBERTO I° A MONZA, NELLA SERA DEL 29 LUGLIO.

Figura 1.6. “L’assassinio del Re Umberto I a Monza nella sera del 29 luglio”, portada de La Domenica del Corriere, 6 de agosto de 1900



ASSASSINAT DU ROI D'ITALIE HUMBERT Iᵉʳ

Figura 1.7. “Assassinat du roi d’Italie Humbert I”, Le Petit Journal, 12 de agosto de 1900, p. 256

LA HUMANIDAD Y EL FANATISMO



Figura 1.8. CyC, Edición extraordinaria. Homenaje a Humberto I, suplemento al nº 102, 20 de septiembre de 1900


EL GENIO DEL MAL
Composición y dibujo de Cas.

Figura 1.9. “El genio del mal”, íd.

En la Buenos Aires de 1900, pocas personas consideraban que el anarquismo fuera un peligro. Por esta razón, pese al desborde emocional que generó el asesinato de Humberto I, La Nación advertía a las autoridades policiales que no se excedieran en su celo contra los anarquistas que habitaban en la ciudad.[122] Sin embargo, pese a lo inofensivo que pudiera resultar, en el cambio de siglo el anarquismo se convirtió en un acontecimiento mediático difícil de soslayar. La gran prensa cumplió un rol excepcionalmente activo para instalarlo e integrarlo a pleno en la cultura y la sociedad porteñas. Eso era algo que no podían ignorar Cao y Villalobos, quienes, gracias al regicidio de Monza, lograron insertar sus creaciones en una edición de Caras y Caretas cuya tirada y repercusión no tenía antecedentes.

Pero el anarquismo convertido en noticia redituable no solo sirvió para promocionar e instalar un semanario ilustrado dentro de su universo periodístico. Con el regicidio de Monza como trasfondo, amplios sectores de la población se movilizaron fervorosamente por las calles. A la vez, los atentados anarquistas que sucedían en territorios lejanos permitieron explorar nuevos lenguajes en la prensa. La información internacional, la inclusión de ilustraciones y las colaboraciones del extranjero forjaron un imaginario de alto impacto cultural. El interés que despertaban los anarquistas dejó sus marcas en una enorme diversidad de representaciones y sensibilidades como la socialista, la criminológica y la policial. Al poco tiempo, cuando las hazañas de Ravachol, Henry, Caserio o Bresci comenzaron a ser tema de conversación social, fue surgiendo la razonable necesidad de averiguar cómo eran los anarquistas de Buenos Aires.

▪

[33] Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, t. I, 1894.

[34] Lila Caimari, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, Boletín del Instituto de

Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, 3ª serie, nº 49, segundo semestre de 2018, pp. 81-116.

[35] “Muerte de M. Carnot. Impresión en la Ciudad”, LN, 25 de junio de 1894.

[36] “El asesinato de Carnot. Impresión en la ciudad”, LN, 26 de junio de 1894.

[37] Johann Most, “La acción como propaganda”, en La peste, la bestia y el monstruo, Buenos Aires, Utopía Libertaria, 2014, pp. 73-74.

[38] “Cosechando en el campo enemigo”, LPH, ediciones del 17 de septiembre de 1899, el 16 de septiembre de 1900 y el 14 de octubre de 1900.

[39] Lila Caimari, La ciudad y el crimen, ob. cit., p. 139.

[40] “Telegramas”, LN, 6 de abril de 1894.

[41] “Telegramas”, LN, 27 de abril de 1894.

[42] “La declaración de Emilio Henry”, LP, 24 de mayo de 1894.

[43] “Telegramas”, LN, días 1º de mayo, 2 de mayo, 17 de mayo, 19 de mayo, 20 de mayo, 22 de mayo, 24 de mayo y 27 de mayo de 1894. Véase el “Boletín Telegráfico” de LP para esos días.

[44] Ernesto García Ladevese, “Carta de París”, LN, 29 de abril de 1894.

[45] “Hombres y cosas”, LN, 28 de mayo de 1894.

[46] Rubén Darío, “Los raros. Laurent Tailhade”, LN, 30 de mayo de 1894.

[47] Eustaquio Pellicer, “De España”, LN, 5 de mayo de 1894; Eustaquio Pellicer, “Carta de Madrid”, LN, 6 de julio de 1894.

[48] “En la cámara francesa”, LP, 10 de diciembre de 1893.

[49] Íd.

[50] “Los atentados del anarquismo”, LP, 11 de diciembre de 1893.

[51] “Sadi Carnot”, LN, 25 de junio de 1894.

[52] “Atentado contra el Señor Crispi”, LN, 18 de junio de 1894.

[53] Íd.

[54] “Los grandes modelos. Un ejemplo para los que quieren ser libres”, LP, 27 de junio de 1894.

[55] “El presidente Carnot”, LP, 25 de junio de 1894.

[56] “Anarquismo”, LN, 27 de junio de 1894.

[57] “Telegramas”, LN, 26 de junio de 1894.

[58] “Sante Caserio: lo que dice su retrato”, LN, 25 de julio de 1894.

[59] “Sante Caserio. Un nuevo retrato”, LN, 6 de agosto de 1894.

[60] “El anarquismo a vuelo de pájaro”, LN, 27 de junio de 1894.

[61] “De Bakunin a Cánovas”, LN, 20 de septiembre de 1897.

[62] “Una emperatriz que se muere”, LN, 28 de agosto de 1898.

[63] “Boletín telegráfico”, LP, 11 de septiembre de 1898.

[64] “Atentados anarquistas”, ibíd.

[65] “Nuevo crimen anarquista”, LN, 11 de septiembre de 1898.

[66] “Elisabeth de Baviera. La emperatriz asesinada”, LN, 11 de septiembre de 1898. La nota aparece sin firma, pero años después José Ingenieros (“Psicología del atentado”, LV, 1º de mayo de 1900) atribuyó este escrito a Rubén Darío.

[67] Lila Caimari, Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 188.

[68] Columna “De Lombroso” en LN, acerca de: “el asunto Dreyfus”, 26 de junio de 1899; “las primeras victorias de la libertad en Italia y Francia”, 17 de julio de 1899; “estudios sobre los italianos en América Latina”, 28 de agosto de 1899; “la condena a Dreyfus”, 24 de septiembre de 1899; “los dolores de la inteligencia”, 2 de noviembre de 1899; “Leonardo Bistolfi”, 15 de octubre de

1900; “el nuevo siglo”, 10 de febrero de 1901; “una consulta criminológica allende el Océano”, 28 de abril de 1901; una “visita a Tolstoi”, 22 de agosto de 1901. Véase también“Lombroso: su museo criminal”, LP, 16 de enero de 1910.

[69] “El profesor Lombroso”, LN, 6 de septiembre de 1908.

[70] “De Lombroso (especial y exclusivo para La Nación): Lucheni y el anarquismo en la raza”, LN, 28 de octubre de 1898.

[71] “Una acusación absurda”, LN, 7 de octubre de 1898.

[72] “El regicidio de Ginebra”, CM, año I, nº I, noviembre de 1898, p. 13.

[73] “Primer aniversario del despanzurramiento del cruel Carnot”, EP, 24 de junio de 1895.

[74] “El atentado de Ginebra”, LPH, 25 de septiembre de 1898.

[75] “Un juicio de Kropotkin sobre la tragedia de Ginebra”, LPH, 4 de diciembre de 1898.

[76] Richard Bach Jensen, “The international Anti-anarchist conference of 1898 and the origins of Interpol”, Journal of Contemporary History, vol. 16, 1981, p. 327.

[77] Ibíd., p. 324.

[78] “La conferencia antianarquista”, LN, 26 de noviembre de 1898.

[79] “La conferencia antianarquista internacional”, LN, 18 de diciembre de 1898.

[80] “Telegramas”, La Prensa, 26 de noviembre de 1898.

[81] Pietro Gori, “Delitos contra la libertad. A propósito de la Conferencia de Roma”, CM, año I, nº 2, diciembre de 1898, pp. 38-42.

[82] Miguel Cané, Expulsión de extranjeros (apuntes), Buenos Aires, Imprenta de J. Sarraillh, 1899, pp. 10-11.

[83] Cané, que había sido representante argentino en París poco tiempo antes, en

esta cuestión solo se hacía eco de una inquietud compartida por otros miembros del cuerpo diplomático argentino en Europa, algunos de ellos testigos presenciales de atentados anarquistas. Al respecto, véase Martín Albornoz, "Escenas de la lucha internacional contra el anarquismo en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina (1890-1910)", Revista Electrónica de Fuentes y Archivos, año XI, n° 11, 2020, pp. 48-66.

[84] Lilia Ana Bertoni, Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX, Buenos Aires, FCE, 2001, p. 237.

[85] "Asesinato del Rey de Italia", LP, 30 de julio de 1900.

[86] "En homenaje a la ilustre víctima", LN, 30 de julio de 1900.

[87] "Humberto I. Nuestro grande y leal amigo", ED, 29 y 30 de julio de 1900.

[88] "La primera noticia transmitida al público", LN, 30 de julio de 1900.

[89] "La tragedia de Monza. La pesquisa en Buenos Aires", ED, 3 de agosto de 1900.

[90] "En memoria del Rey Humberto I", CyC, año III, nº 96, 4 de agosto de 1900.

[91] "La juventud estudiosa", LP, 31 de julio de 1900.

[92] "La grande ceremonia di ieri nella Cattedrale di Buenos Aires", La Patria degli Italiani, 10 de agosto de 1900.

[93] "A la memoria de Humberto I", LN, 10 de agosto de 1900.

[94] "Homenaje a Humberto", LP, 11 de agosto de 1900.

[95] "La República Argentina y los hijos de Italia", LP, 13 de agosto de 1900.

[96] "La apoteosis de Humberto. La manifestación monstruo", ED, 12 y 13 de agosto de 1900.

[97] Sandra Gayol, "Los despojos sagrados: funerales de estado, muerte y

política en la Argentina del Centenario", en M. I. Tato y M. O. Castro (comps.), Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina, Buenos Aires, Imago Mundi, 2010, pp. 9-32; Sandra Gayol, "La celebración de los grandes hombres: funerales gloriosos y carreras post-mortem en la Argentina", Quinto Sol, Revista de Historia, nº 16, 2012, pp. 103-131.

[98] En el mes de agosto de 1900, LPH tenía una tirada de 3500 ejemplares y L'Avvenire, de 3000.

[99] "Víctimas y verdugos", LPH, 5 de agosto de 1900.

[100] "In difesa d'un ideale. Al popolo", L'Avvenire, 4 de agosto de 1900.

[101] Véanse las listas de suscripción de LPH del 5 al 14 de agosto de 1900 y las de L'Avvenire del 4 de agosto al 15 de septiembre.

[102] "Tontos", LPH, 19 de agosto de 1900.

[103] "La tragedia de Monza. El regicidio", LV, 4 de agosto de 1900.

[104] "La Patria degli Italiani. Cómo explotó el atentado de Bresci", LV, 22 de septiembre de 1900.

[105] "Un nuevo atentado", LN, 7 de septiembre de 1901.

[106] "Calle Humberto I", LP, 1º de agosto de 1900. La ciudad también tuvo su calle Sadi Carnot. La hasta entonces Bollini –actual Mario Bravo– homenajeó al presidente francés desde el 28 de junio de 1894 hasta 1949, cuando –por el Decreto-Ordenanza nº 10.060– se llamó Esperanza. Véase Alberto Gabriel Piñeiro, Las calles de Buenos Aires. Sus nombres desde la fundación hasta nuestros días, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2003, p. 312.

[107] "La calle Humberto I", LN, 21 de septiembre de 1900.

[108] Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, t. I, año 1900, 28 Sesión Extraordinaria, 1º de agosto de 1900, p. 690.

[109] Mar del Plata sí le concedió a Humberto I el privilegio de la estatua. El domingo 3 de marzo de 1901, en presencia de las autoridades municipales, el

marqués de Malaspina y un “selecto” público, se inauguró en el anexo del hotel Bristol una estatua en homenaje al difunto rey. El pedestal de seis metros de alto estaba realizado en piedra de Mar del Plata y coronado con un busto del extinto monarca en bronce, obra del escultor Garibaldi Affani; véase CyC, año IV, nº 128, 16 de marzo de 1901.

[110] Guido Tabet, “Los italianos en la Argentina”, Revista de Derecho, Historia y Letras, año V, t. XIV, noviembre de 1902, p. 87.

[111] Geraldine Rogers, Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino, La Plata, UNLP, 2009, p. 97.

[112] Sandra M. Szir, “Reporte documental, régimen visual y fotoperiodismo. La ilustración de noticias en la prensa periódica en Buenos Aires (1850-1910)”, Caiana, nº 3, diciembre de 2013, p. 9.

[113] CyC, año III, nº 98, extraordinario, Homenaje de la Argentina a Humberto I, 18 de agosto de 1900.

[114] CyC, año III, nº 99, extraordinario, En homenaje a Humberto I, 25 de agosto de 1900.

[115] CyC, año III, nº 101, extraordinario, En homenaje a Humberto I, 8 de septiembre de 1900.

[116] A lo largo de 1900 con el título de “Los sucesos en China”, Caras y Caretas publicó innumerables informaciones sobre la insurrección de los guerreros bóxers contra las autoridades europeas. Por ejemplo, en el nº 93 del 14 de julio de 1900 –días antes del asesinato de Humberto I–, la revista publicó una cruenta noticia, debidamente acompañada de fotografías, en la cual se narraba cómo “los feroces chinos” habían capturado vivos a dos misioneros ingleses “y los cortaron en pedazos”. Es interesante señalar, que por más arbitraria que pueda resultar, en no pocas ocasiones la asociación entre bóxers y anarquistas fue explotada por CyC. La lógica que unía ambos fenómenos no estribaba en sus elementos compartidos, que eran pocos, sino la forma en la que impactaban en tanto noticias mundiales en la prensa. Para esa época, junto con el anarquismo, la rebelión anticolonial en China fue otro de los grandes asuntos sobre los cuales, gracias a los telegramas, se volcó cotidianamente un bombardeo de información. Ese fenómeno fue un episodio entre otros, expresivo de las fantasías e imaginarios que despertaban los temas vinculados con oriente en la cultura

impresa de Buenos Aires. Al respecto, véase Martín Bergel, El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina, Bernal, UNQ, 2015, pp.73-94.

[117] “Atentado contra el Shah de Persia”, CyC, año III, nº 97, 11 de agosto de 1900.

[118] “Actualidad francesa”, CyC, año III, nº 100, 1º de septiembre de 1900.

[119] Luis García, “Un atentado”, CyC, año III, nº 99, 25 de agosto de 1900.

[120] CyC, Edición extraordinaria. Homenaje a Humberto I, suplemento al nº 102, 20 de septiembre de 1900.

[121] Caras y Caretas resultó excepcional no solo por su contenido. Por la propia revista sabemos que de esa edición se vendieron más de 60.000 ejemplares, mientras que –según calcula Rogers, ob. cit., p. 360–, el promedio semanal era 38.000.

[122] “La policía y los anarquistas”, LN, 4 de agosto de 1900.

2. ¿Anarquistas en Buenos Aires?

Los periódicos que todo lo averiguan

Cuando a partir de 1890 comenzaron a proliferar círculos y publicaciones ácratas, la curiosidad comenzó a avivar la pregunta sobre cómo serían los anarquistas locales. La fórmula con la cual la prensa porteña asoció la pertenencia del movimiento o sus exponentes a tal o cual ciudad –“el anarquismo en Barcelona”, el “de París”, “los anarquistas de Londres” o los “de Patterson”– se aplicó también a la descripción intrigada de su expresión local, el “anarquismo en Buenos Aires”.

En los diarios, el disperso y heterogéneo mundo del anarquismo porteño no se diferenció, en un primer momento, de otras tensiones de la vida en la ciudad, como accidentes, crímenes y catástrofes cotidianas. Por un lado, como fenómeno informativo tenía una cobertura fugaz y, por otro, en relación con la gigantesca atención dedicada al anarquismo extramuros, resultaba casi imperceptible. Esto no quiere decir que no hubiera despertado ciertas inquietudes. Se sabía de anarquistas que eran detenidos por la policía, que aparecían borrachos en los bares, y en huelgas, dando acalorados discursos y distribuyendo sus folletos; también que imprimían periódicos; uno de ellos, La Miseria, se refería a los burgueses como “hijos leprosos de raza emponzoñada”.[123] A eso se sumaron rumores y malentendidos de todo tipo.

El anarquismo era considerado poco perturbador para el orden social de la Argentina porque al país se le atribuía cierto carácter regenerador. Según esta percepción optimista, un país joven y generoso, de leyes liberales, con eventual movilidad social y abierto al mundo era tierra yerma para la expansión de un fenómeno propio del viejo mundo. Escenas dantescas como bombas en cafés, teatros, edificios de departamentos o el asesinato de grandes figuras de la política eran impensables de este lado del Atlántico. Esporádicamente, la prensa daba a conocer casos que parecían respaldar este argumento. En diciembre de 1893 fue detenido el anarquista italiano Alfredo Cantinello quien, sin vacilaciones, consintió en retractarse de sus ideas frente a las autoridades argentinas, asegurando: “No haré ningún trabajo por insignificante que sea a favor del anarquismo en la República Argentina, cuyo ambiente no se presta a su

germinación”. Distinta era la situación en Italia, donde Cantinello se había convertido en anarquista porque “el pueblo sufre cada día a causa de sus malos gobiernos”.[124]

La inmunidad de la Argentina al anarquismo también parecía demostrada por el hecho de que algunos dinamiteros célebres habían vivido en el país sin representar peligro alguno. Uno de ellos, Auguste Vaillant, había vivido en Buenos Aires en 1890 y, luego de trabajar penosamente casi tres años como peón rural en el Chaco, regresó a Francia para cometer el atentado contra la Cámara de Diputados francesa en diciembre de l893. En la declaración frente al tribunal, Vaillant se refirió a la expectativa con la que había emigrado a la Argentina. También a su desilusión: “En todas partes he visto las mismas heridas que hacen verter lágrimas de sangre, hasta el fondo de las provincias poco habitadas de Sudamérica […] donde tenía el derecho de creer que aquel que estaba cansado de los males de la civilización podía descansar a la sombra de las palmeras y estudiar la naturaleza”.[125] Cuando se supo que había residido en el país, La Prensa, sin el menor asomo de inquietud, hizo público “un documento curioso”: una carta que Vaillant había enviado a un amigo suyo de Buenos Aires el mismo día que cometió el atentado.[126]

Conforme el anarquismo ganó algún peso entre los trabajadores y ciertas franjas intelectuales, su presencia en la prensa diaria fue aumentando. Pero esa visibilidad distaba mucho del anarquismo como esencialmente propenso al terror que llegaba de Europa. Ni siquiera sonaron las alarmas cuando en 1900, a partir de un escrito del jefe de la policía, Francisco Beazley, circuló la información de que en la Argentina habitaban al menos cinco mil anarquistas. Suponiendo que gran parte de ellos vivían en Buenos Aires y burlándose de esa revelación que juzgaba exagerada, Eustaquio Pellicer señaló: “Vive uno en la mayor ignorancia de los peligros que lo rodean y si no fuese por los periódicos que todo lo averiguan y de todo nos precaven, no sabemos lo que sería de nosotros”.[127] Recuperando los resultados de esa voluntad de averiguarlo todo se puede reconstruir una zona de la vida del anarquismo en la ciudad distinta a la que surge, por ejemplo, de la lectura de los periódicos anarquistas.

Hacia 1904, el movimiento libertario distaba de ser aquel esmirriado y entusiasta conjunto de voluntades que fue a principios de 1890. Robusto, con control mayoritario de la principal federación obrera, había zanjado en favor de la organización sus discusiones internas. Contando con un matutino –el periódico La Protesta se había convertido en diario a partir del 1º de abril de ese mismo

año– y con una capacidad cada vez mayor de vehiculizar y poner en palabras el malestar social, los anarquistas se convirtieron en actores ineludibles de la vida social y cultural de la ciudad. No obstante, desde la perspectiva de la prensa diaria, no dejaba de ser una incógnita que se debía develar. ¿Cómo eran los anarquistas de Buenos Aires? ¿Dónde era posible encontrarlos? ¿Qué relación guardaban con sus correligionarios europeos? Estos fueron algunos interrogantes con los cuales periodistas y reporteros se lanzaron a la búsqueda.

Noticias policiales

En numerosas ocasiones, para encontrar alguna información sobre el anarquismo porteño, los lectores de los grandes matutinos de finales del siglo XIX debían desplazar su mirada a las columnas de noticias policiales que por lo general se encontraban en la quinta o sexta página. Allí, esporádicamente, algún anarquista se hacía notar enredado entre las tragedias cotidianas, grandes o pequeñas, que afectaban a gran parte de los habitantes de la ciudad. Confinado en esa sección, el anarquismo era un condimento más de los "hechos diversos" en que cristalizaban muchas de las ansiedades y preocupaciones urbanas de una ciudad en vertiginoso crecimiento y transformación. Entre ellas, despuntaba el aumento del delito que, según un editorial de La Nación de 1894, era "el asunto que más preocupa la atención pública".[128] De este modo, la "criminalización del anarquismo", al menos en estos años, no parecería ser resultado de una yuxtaposición artificial de las imágenes del anarquista y del delincuente como entidades separadas. Más bien podría pensarse que los anarquistas de Buenos Aires vivían en contigüidad y guardaban una relación espacial con ese mundo de las barriadas hacinadas, el hormigueo cotidiano, el pequeño delito, las fondas de mala muerte, las zonas inundables y todo ese ecosistema en el que se suponía, siguiendo al médico Ramos Mejía, habitaba "la fauna de la miseria".[129]

La columna "Policía" de La Nación del día 31 de julio de 1894 condensaba el drama en muy pocas líneas. La noche anterior, el niño Juan Ortiz de 14 años, pupilo en el colegio Rollin, había saltado a la calle desde un balcón de seis metros de altura y se había lesionado varias partes del cuerpo. No había querido evadirse ni suicidarse; solo era sonámbulo. El mismo día, en una casa de inquilinato situada en la calle Venezuela al 2100, Roque Spadaro, en medio de una pelea, había herido de un hachazo a Juan Tedesco. A esas noticias se sumaban un accidente laboral, el ataque de un perro rabioso en pleno centro y una información particularmente inquietante:

Ha aparecido en Buenos Aires una titulada sociedad tenebrosa que tiene el terrorífico nombre de la Mano Negra. La primera víctima que esta institución ha

tratado de hacer es un hombre manso, un sacerdote, el obispo Mariano Espinosa, probablemente porque los miembros de la sociedad creyeron que el candidato elegido para el primer atentado no daría cuenta a la policía de lo que contra él se tramaba.[130]

La Mano Negra remitía a una organización secreta anarquista que habría operado en Andalucía y a la que se le atribuyeron algunos asesinatos e incendios a principios de 1880. Si existió realmente o fue un plan urdido por las autoridades policiales es algo que todavía hoy la historiografía discute. Sin embargo, el imaginario asociado a grupos criminales fuertemente organizados que, invocando su nombre, operaban en las sombras y se dedicaban a la extorsión se propagó por ciudades de fuerte impronta migratoria desde Nueva York hasta Rosario, sobre todo desde comienzos del siglo XX.[131]

Al parecer, el caso narrado por La Nación se trató de un simple chantaje. Al día siguiente de la publicación, la policía detuvo al supuesto cobrador, un tal Salvador Salines, titular de la casilla de correos en la cual había sido depositado el dinero de la extorsión y que juraba no tener relación alguna con el asunto. Un detalle surgía de la investigación policial: la expresión vernácula de la Mano Negra había sido “creada para llenar de terror a la capital y sobre todo a los altos dignatarios de la iglesia”. El asunto era escabroso pero fue rápidamente olvidado. Unos meses después, cuando “del hecho nadie se acordaba”, Jerónimo Mopurgo se presentó en una comisaría con una carta firmada por la Mano Negra en la que le reclamaban $5000; de lo contrario, “le previenen que caerá bajo el puñal de los miembros de esa infernal asociación o será descuartizado”.[132]

El envío de amenazas anónimas fue corriente en esta época, aunque su vinculación con el anarquismo no siempre fuera evidente. La prensa, sin embargo, contribuyó a alimentar la presunción de que existían bandas de malhechores con nombres siniestros, con una estructura secreta y dispuestas a todo con tal de obtener un poco de dinero. Obviamente, no era anarquista Juan Sartore, detenido por enviar un “anónimo terrible” a Dorotea Piñero exigiéndole $200. En su nota, firmada como “White Chappel, el destripador” –versión libre de “El descuartizador de Whitechapel”, otro alias de Jack el Destripador–, avisaba que “va a concluir con la familia y con tal señora de un modo sangriento, horroroso y cruel, y le quemará en seguida con sus bienes, si no le entrega dicha suma”. Decía ser miembro de la sociedad “Contra la Vida”.[133]

La familiaridad del anarquista con esta clase de incidentes se tejía en la gran prensa al ritmo de las noticias policiales más diversas. Para dar una idea del contenido y del tono de ese entramado más general bastan unas pocas muestras. El 20 de octubre de 1894 fue detenido en una manifestación el anarquista José Triviño mientras arengaba a los trabajadores para que se sumaran a su causa. Junto con su detención, se informaba que, en la calle Europa (actual Carlos Calvo) 1939, José Fernández, bastón en mano, había disputado con José Villamil; que Vicenta Preto, de la calle Moreno al 3600, “cansada de vivir”, había intentado suicidarse tomando los fósforos de tres cajas, diluidos en agua. También que el niño Luis Pason había caído de la azotea del inquilinato de la calle Solís 959 mientras jugaba con su barrilete y que otro menor de edad había recibido una coz de caballo en pleno rostro y su salud estaba delicada.[134]

Mucha más atención recibió una noticia estrictamente criminal publicada en La Nación el 7 de noviembre de 1900. La noche anterior, en la fonda de Pedro Ancepo, situada en el 2653 de la calle Piedad (actual Bartolomé Mitre), había sido asesinado el sereno del lugar, Antonio López, de una puñalada. Su homicida, el español Manuel Cheigliada, era habitué de la fonda y nunca había generado mayores problemas, hasta que la noche anterior se presentó visiblemente alterado y alcoholizado preguntando de forma insistente por un matrimonio. Con gentileza, su futura víctima accedió a mostrarle el registro de huéspedes para tranquilizarlo: el matrimonio nunca se había alojado allí. Contrariado y “no conforme del todo”, Cheigliada se dirigió hacia una de las mesas del comedor, en la cual varias personas cenaban tranquilamente, sacó de su bolsillo un periódico anarquista e intentó convencer a los comensales de que se asociaran a “dicha sociedad”. La tensión fue en aumento. Los parroquianos se sintieron incómodos y le solicitaron al dueño que se deshiciera del anarquista ebrio, tarea que una vez más recayó en el diligente López. Con buenos modos, le hizo saber que ese no era el lugar para hacer “propaganda de aquella especie”. La recomendación no fue del agrado de Cheigliada, que intentó agredir al sereno. Este, rápido de reflejos, logró inmovilizarlo y, cuando se disponía a dejarlo en la calle, de pronto el agresor “desnudó una larga y filosa daga y se la sepultó en el costado izquierdo atravesándole el corazón”. Acto seguido, “el infeliz sereno cayó al suelo, lanzando un doloroso quejido y quedó muerto, con el cuerpo atravesado en el marco de la puerta”.

Si nos guiamos por las noticias policiales, con su pintoresquismo y regusto, no es posible saber si las élites económicas y políticas realmente consideraron al anarquismo como una amenaza. Lo que sí permiten es capturar fragmentos de

imaginarios a partir de interacciones mínimas. Eran las 4 hs del 18 de enero de 1902 cuando en el Departamento de Policía sonó el teléfono de guardia. Una voz temblorosa quería denunciar que unos individuos pretendían hacer volar por los aires la fábrica de cigarrillos del señor José León situada en la calle Castelli, entre Cangallo y Cuyo. El telefonista de la policía avisó a la comisaría 9ª que dispuso que el auxiliar Antonio Lopresti se trasladara de inmediato al lugar. Al llegar, Lopresti se entrevistó con quien había hecho la denuncia. Se trataba del mucamo José Lalanne, francés de 42 años, al cuidado de la casa de sus patrones que estaban de viaje. Estaba "lleno de terror" y aseguraba que por debajo de la casa los anarquistas habían hecho túneles para colocar una bomba y volar la fábrica de cigarrillos. Incrédulo, el policía miró hacia el supuesto objetivo. "Por allí", aseguró aterrado Lalanne, "se asoman las cabezas de los anarquistas", antes de lanzarse a correr desaforadamente. La crónica concluía de repente: "Estaba loco".[135] Podría agregarse que, en la ciudad de Buenos Aires, Lalanne no fue el único a quien trastornaba la posibilidad de un atentado ácrata.

El cuento del anarquismo

En 1892, al explorar los ambientes libertarios de París, el periodista belga Flor O'Squarr afirmó: "El arma del anarquista es, en efecto, la dinamita y el anarquista no la tiene".[136] Burlándose de la pretensión de poder compensar esa falencia por sus propios medios, O'Squarr dedicó un extenso capítulo de su libro Los entresijos del anarquismo a recabar las fórmulas químicas, en su opinión escandalosamente peligrosas, empleadas para fabricar "máquinas infernales". Entre todos los impresos, prestó particular atención a uno titulado L'indicateur anarchiste publicado en Londres. La declaración de principios de ese pequeño folleto de cuarenta páginas dejaba en claro que con decisión y paciencia "hasta un niño de doce años" podía fabricar cartuchos de dinamita y nitroglicerina en improvisados laboratorios instalados en sus hogares.[137]

Una década más tarde, en septiembre de 1901, la revista literaria El Sol de Buenos Aires, dirigida por Alberto Ghiraldo, daba a conocer la pronta aparición del Manual del perfecto dinamitero, traducción libre al español del famoso L'indicateur anarchiste. Se trataba de un volumen de ciento setenta y seis páginas, cuyo pedido debía tramitarse en las propias oficinas de la revista. La nota que acompañaba el anuncio era una respuesta al diario El País que, en un artículo publicado días antes y, a contramano, se alegraba de la inexistencia en la Argentina de anarquistas dinamiteros. Así pues, para contradecir esa opinión, los redactores de El Sol –revista cuya edición era puntualmente saludada mes a mes en términos laudatorios por el diario La Nación–[138] consideraron que era hora de que los anarquistas locales abrazaran el terror. Por esa razón, decidieron publicar el manual en el que cualquier interesado podría encontrar "un consejero excelente". Incluso se propusieron salvar una "lamentable" laguna en el capítulo de los fulminatos. Como fuera, el folleto enseñaba a fabricar la dinamita hasta al más profano de los anarquistas y, de paso, sugería algunos posibles blancos de ataque:

Si, por ejemplo, se colocaran contra las paredes de la Casa Rosada o del Departamento de Policía cuatro cartuchos en cada uno de sus pisos, estando uno

de aquellos en la parte central, la explosión de los del piso superior se conseguiría fácilmente tomando una desviación de la corriente de los cables de luz eléctrica de la azotea. El piso alto se derrumbaría y la explosión se produciría en los cartuchos de los otros pisos, siendo completa la destrucción del edificio.[139]

No hay dudas de que algunos libertarios porteños de entresiglos tuvieron ensoñaciones semejantes. Cualquier lista de suscripción de los periódicos anarquistas que circulaban lo dejaba entrever en los seudónimos que acompañaban los aportes voluntarios de sus lectores: “Un aficionado a la explosión”, $0,50; “Un dinamitero”, $0,25; “Uno que destruye”, $0,50; “Una bomba a los papas habidos y por haber”, $0,20; “Dinamita en las iglesias”, $0,50; “Uno que quiere quemar la casa de gobierno”, $0,50.[140] Como expresión de deseo, pero también como amenaza, las posibilidades que brindaban la química y los explosivos eran celebrados continuamente. El Perseguido advertía a la “canalla burguesa”: “¡Tiembla! ¡Ha llegado tu hora! Si tú pones instrumentos y máquinas terribles para destruir a los obreros, nosotros en cambio ponemos la fuerza que da la razón, y tenemos a nuestro alcance los secretos de la química”, cuyos elementos “nos proporcionan los medios para aniquilarte”.[141]

Es posible que la asociación del anarquismo con el terrorismo procediese de la combinación de las exageraciones retóricas de los libertarios y de la fascinación que la figura del anarquista dinamitero había despertado en la prensa comercial. Como señala Pablo Ansolabehere, el aura con la cual la imaginación anarquista describió al inventor de explosivos tuvo su réplica, por ejemplo, en Caras y Caretas, que solía prodigarse en extensas crónicas sobre el accionar de “conspiradores científicos” y sus habilidades para confeccionar bombas.[142] El anuncio de la publicación de El manual del perfecto dinamitero parecería situarse en esa intersección, pero sumándole otro elemento: la boutade literaria en la que incurrió Ghiraldo, y no solo él. Por ejemplo, el escritor nacionalista Manuel Gálvez recordaba en sus memorias que, a principios del siglo XX, “Alberto Gerchunoff, cuya bondad le hacía incapaz de matar una mosca, hablaba de tirar bombas de dinamita”.[143]

Hechas estas observaciones, es importante tener en cuenta que, en un contexto en el cual desde las páginas de La Nación se hablaba de la existencia de una

“química anarquista”, circularon una infinidad de rumores que se valieron de la fantasía del anarquista criminal.[144] Ya se ha mostrado lo chocante que resultó en Buenos Aires el asesinato de la emperatriz Isabel. Nada parecía ser más distante de la realidad inmediata que ese crimen y, sin embargo, el diario La Nación encontró un insólito e inesperado vínculo entre la lejana Ginebra y el mundo del delito porteño: el arma del homicida. Tras un telegrama recibido desde Suiza sobre las características del puñal utilizado por Lucheni, La Nación inició una investigación propia. El reportero que había asumido la tarea descubrió sorprendido que, entre varias dagas y puñales utilizados en la ciudad en distintos asesinatos, había un estilete idéntico al de Lucheni. La noticia del hallazgo incluía un dibujo del puñal en tamaño real y reunía datos que emparentaban el atentado de Ginebra y un crimen en el barrio de La Boca. Lo más llamativo era que ambos habían sido perpetrados por italianos que tenían una energía “feroz e inquebrantable”.[145]

EL CRIMEN DE GINEBRA

El arma regicida

EL ESTILETO DE LUCCHENI

ANALOGIAS CRIMINALES

EL TIEMPO

Figura 2.1. “El crimen de Ginebra. El arma homicida”, LN, 17 de agosto de 1898

Dominique Kalifa ha llamado la atención sobre la importancia del arma criminal en las crónicas policiales. En los casos más corrientes, un cuchillo, un revólver e incluso el vitriolo poseían una capacidad de síntesis asombrosa sobre el contenido de la propia noticia. Y cuando el instrumento utilizado era más inusual, se volvía el centro de la trama y, por lo insólito o lo misterioso, se transformaba en objeto de numerosas especulaciones.[146] En este sentido, el anarquismo, o al menos una parte de él, donó a la imaginación moderna un artefacto explosivo con el que se lo terminó identificando: la bomba.[147]

La posibilidad, siquiera remota, de que en Buenos Aires ocurriera un atentado anarquista se combinó con un fenómeno mucho más frecuente y cotidiano: las explosiones producidas por escapes de gas o por la torpeza en el traslado de sustancias inflamables e inestables. Por ejemplo, el 8 de abril de 1897, en pleno centro de la ciudad estalló un carro cargado de cohetes y otras materias explosivas. La conmoción fue grande, y la cercanía de la Casa de Gobierno y de la Bolsa de Comercio generó alarma. Se trató de un accidente por impericia en la descarga que a los pocos días obligó a la policía a establecer un protocolo para el manejo de materiales inflamables. Como consecuencia de la detonación murieron un adulto y un niño, y resultaron heridas de gravedad siete personas.[148] Situaciones como esta se repetían a menudo y no pocas veces el estruendo llevó a un cronista a preguntarse: “¿Era una bomba anarquista? ¿Era alguna terrible explosión de gas?”.[149]

En la última década del siglo XIX, en Buenos Aires se asistió a una verdadera fiebre por las “máquinas infernales”. Así se llamaron los complejos e imaginativos dispositivos que en un comienzo se utilizaron para atentar contra la vida de grandes figuras políticas. La expresión “máquina infernal” se acuñó cuando, en la nochebuena de 1800, un grupo de realistas atentó contra Napoleón Bonaparte con un barril de vino que contenía pólvora y metralla. La tremenda explosión ocasionó la muerte de decenas de personas, entre las cuales no se encontraba Napoleón. De ahí en adelante, su uso se generalizó hasta denominar también, años más tarde, a las bombas anarquistas.[150] En la Argentina,

probablemente nutriéndose de la experiencia francesa, la denominación “máquina infernal” fue utilizada en otro magnicidio frustrado, esta vez contra la figura del brigadier Juan Manuel de Rosas. En 1841, el entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires recibió una caja que en teoría contenía una serie de medallas que la Sociedad Real de Anticuarios del Norte de Copenhague le había enviado como regalo. Lo que no sabía era que el obsequio había sido interceptado por un grupo de unitarios residentes en Montevideo, que habían reemplazado las medallas por un complejo mecanismo. Cuando abriera la caja, estallarían dieciséis cañoncitos que dispararían su carga en todas direcciones. Cuando la hija de Rosas, Manuelita, movida por la curiosidad, quiso abrir el obsequio, se escuchó una leve detonación que denunció tanto el intento de asesinato como la falla de la máquina infernal.

Cincuenta años después, tras las explosiones en bares, edificios y calles de París, la sensación era que cualquiera podía construir una bomba y cualquiera podía ser víctima de ella. Ya no sería exclusivo de la alta política conspiradora. A tal punto esa percepción fue verosímil, que, según La Nación, el temor que la gente corriente tenía a las máquinas infernales estaba animando a los “raspas” y ladrones de la ciudad a utilizarlas como herramientas de extorsión.[151] El 18 de abril de 1897, un sastre llamado Luis Suriani recibió en su casa de la calle México una encomienda misteriosa procedente de La Plata. Rodeado por su mujer y sus hijos, comenzó a abrirla. Luego de retirar una arpillera, encontró “un cajoncito” con la inscripción “destornillar el tornillo sobresaliente”. Cuando, obediente, Suriani comenzó a desatornillarlo, se oyó un ruido semejante al de una explosión. Alarmada, la familia llamó a un vecino que temerariamente concluyó la operación: “Apareció entonces algo extraño, algo con una apariencia de bomba explosiva, casi una esfera de hierro, sobre la que se levanta un pequeño cilindro metálico, envuelto por un resorte en espiral”.[152] Inmediatamente se dio aviso al juez y este convocó al químico Atanasio Quiroga para que analizara el extraño hallazgo. El sastre no encontraba razones por las cuales alguien querría hacerle daño y la prensa, a falta de una mejor explicación, se interrogaba: “¿Se trata realmente de una caja explosiva, y cuyo resorte ha fallado haciendo escapar el fulminante o de una broma de mal género destinada a dar un chasco?”.[153] Todo indicaba lo primero y durante varios días fue un tema “sensación”, tanto que a la mañana siguiente La Prensa aclaró que poco podían agregar a lo ya dicho “para satisfacer la justa curiosidad del lector”.[154]

Con los días, se supo que el envío había sido realizado por un familiar de la mujer del sastre con quien tenía diferencias desde hacía un tiempo. Lo que

quedaba sin resolver era cómo había sido armada la bomba. En este caso, así como en otros, hacía su aparición la figura del químico encargado de develar el misterio; además, la fascinación por el artefacto técnico terminó por ocluir lo que a fin de cuentas era un mero problema familiar. Tanto La Nación como La Prensa destacaron la idoneidad del doctor Atanasio Quiroga, quien poco tiempo antes había estado en París tomando cursos sobre explosivos. De hecho, la experiencia parisina lo instruyó sobre los cuidados que se debían tener al manipular máquinas infernales. A diferencia de lo hecho con las bombas de Émile Henry y de Ravachol, que se hizo estallar una vez encontradas, Quiroga dispuso que el artefacto recibido por el sastre fuera trasladado a un corralón apartado para poder estudiarlo. Gracias a ese cuidado, los diarios La Nación y La Prensa publicaron extensas notas que describían el aparato con lujo de detalles compositivos y gráficos.[155]

Sucesos como el anterior eran usuales. Pocos días después de la última información sobre la “máquina infernal” recibida por Suriani, se descubrió, entre el alambrado perimetral y el muro de la Penitenciaría Nacional, otro paquete misterioso. La Prensa no lo dudó: era un complot, ya que en esa prisión se hallaban recluidos varios anarquistas dispuestos a todo para recuperar la libertad. Un policía encontró el paquete, lo levantó, abrió el envoltorio y vio en su interior otros tres paquetitos con un sello que decía “Nobel-Hamburg”. La noticia fue reproducida en todos los diarios. El policía “sin presentir aún de lo que se trataba” sacó uno de los paquetitos y examinó detenidamente su contenido. Era una pasta poco sólida, de color “café no muy cargado” que “se asemejaba en todo a una jalea o gelatina que parecía ser de frutas”. El agente le dio un mordisco y, con desagrado, supuso que era un dulce que los presos intentaban contrabandear. Convencido de que había resuelto el caso, llevó el paquete al puesto de guardia, donde un compañero reparó en que los sellos de seguridad rotulaban un contenido distinto: gelatina de dinamita. Sabido era que ese compuesto era mucho más peligroso que la dinamita común, porque no necesitaba percusión para explotar. Pasado el susto, el comisario Araujo realizó las primeras averiguaciones entre los penados. Uno de ellos le contó con lujo de detalles que en la imprenta del penal había escuchado a varios anarquistas conversar acerca de la posibilidad de volar uno de los muros de la cárcel para escaparse. Algo de cierto había en el relato: tres anarquistas trabajaban en la imprenta, pero nada tenían que ver con el descubrimiento del explosivo. Un cronista de La Prensa conjeturaba que quizás se le estaba dando demasiada importancia al asunto, pero la circunstancia de que al día siguiente se conmemorara el 1º de Mayo aumentaba las sospechas.[156]

En relación con la dinamita, todo fue malentendidos y conjeturas. Se llegó a pensar que un ferretero que había estado trabajando en el lugar la había dejado olvidada. Sin embargo, “con el objeto de dar a conocer lo sucedido y poner término a este asunto que por algunos días ha llamado la atención del público”, La Prensa dio la primicia: el explosivo pertenecía en realidad a un tal comandante Ortega quien, el año anterior, había instruido a un cuerpo del ejército en la voladura de puentes y edificios usando la dinamita “Nobel”. Al terminar los ejercicios se llevó a su casa los excedentes. Pero cuando luego hubo una explosión en otra parte de la ciudad, su mujer, temerosa, le imploró que sacara los explosivos del hogar. Pasaron los días y la gelatina seguía ahí. La noche anterior al hallazgo, enfurecida, decidió tomar cartas en el asunto y ordenó a su empleada, no se sabe bien con qué criterio, que llevara el paquete hasta el paredón de la penitenciaría. Quedaba así resuelto el misterio. No había hecho falta detener a ningún anarquista.[157]

Anarquistas que reivindicaban la opción por el atentado, químicos expertos en explosivos, periodistas ávidos de captar las zonas de lo ordinario bajo el signo de lo extraordinario, y la presencia de máquinas infernales y dinamita dan cuenta, entre otros elementos, de la curiosa insistencia en Buenos Aires por dotar de verosimilitud a algo que nunca sucedía efectivamente. Títulos del estilo de “¿Broma o amenaza?”, “Petardos”, “Las botellas explosivas”, “Broma estúpida” y “Rumor” se sucedieron durante todos esos años.[158] Aunque existieran realmente pequeñas explosiones, al ocurrir en ámbitos bastante alejados de los centros de gravitación social, no lograban conmocionar a la opinión pública. Como un hecho cotidiano más, bajo la rúbrica “Cosas de anarquistas”, La Nación ponía en conocimiento que la policía había recibido la denuncia de que en un establecimiento educativo se habían hecho prédicas anarquistas, que al señor Leandro Castelnuovo le habían dejado en su casa un pequeño petardo que le explotó en las manos y que en un restaurante había aparecido una bomba al lado del aparato telefónico.[159]

Cuanto más formidable era el trascendido, mayor la decepción. Por lo demás, crecía la sospecha de que la policía podía estar urdiendo planes para incriminar a los anarquistas. En mayo de 1894, los diarios de la ciudad anunciaron el desbaratamiento de una fabulosa conspiración anarquista que involucraba a una célula peligrosísima que terminó en la nada. El descubrimiento tuvo enorme repercusión y llevó al siempre cauto diario La Nación a exclamar: “Ya tenemos anarquistas y por añadidura dinamiteros”.[160] Buenos Aires parecía haberse transformado en un lugar extraño e inquietante. En esas mismas semanas, la

opinión pública se había estremecido y estaba pendiente del llamado “affaire Tremblié”: en varios puntos de la ciudad se habían hallado partes de un cuerpo descuartizado cuya identidad durante días fue un misterio.[161] Ambos casos consumieron, entretanto, gran parte de las columnas policiales de La Nación y La Prensa.

De la lectura de las crónicas periodística, surge el siguiente relato. Un agente de la Comisaría de Pesquisas trabó contacto con un sujeto llamado Fabián Fritz, austríaco, inteligente y poseído por la idea anarquista. Se hicieron amigos y Fritz, ignorante de que estaba siendo vigilado, lo invitó a sumarse a la “legión ácrata”. Enterado de la situación, el mismísimo y célebre comisario de pesquisas Belisario Otamendi asumió la investigación y dispuso que el agente profundizara su vínculo y que, para evitar toda sospecha, la comunicación fuera solamente por carta. La operación fue ganando volumen, razón por la cual se sumó un segundo agente encubierto. Para ese entonces, las reuniones, que se realizaban en una dársena del puerto y en varios hogares, comprometían a un número mayor de libertarios, todos dispuestos al crimen, aunque no tuvieran presupuesto para hacerlo efectivo. Fritz tenía un secreto que compartió con sus correligionarios y con el agente que seguía sus pasos. Cuando trabajaba en el ferrocarril transandino, había escondido una importante cantidad de explosivos dentro de una gruta mendocina. Con alto grado de ingenuidad, los anarquistas se entusiasmaron al instante. Fritz y otro anarquista, Juan Suzzi, le escribieron a un camarada de Mendoza para cerciorarse de que la dinamita aún se encontrara en su sitio. El plan estaba en marcha. El austríaco se empleó en una farmacia para conseguir otros materiales químicos que fue sustrayendo paulatinamente. Por su parte, la Comisaría de Pesquisas le facilitó el dinero del traslado a la región cuyana. Fritz y el agente secreto se dirigieron hasta allí, donde fueron detenidos por la policía local. Telegrama mediante, los policías mendocinos fueron informados de que todo era parte de un complejo operativo antianarquista y fueron puestos en libertad. La falta de recursos obligó al agente a volver a Buenos Aires y dejar a Fritz la tarea de hacerse con la dinamita.

Entre tanto, en Buenos Aires, el resto de los cómplices apuraba los preparativos. Habían convenido aprovechar las fiestas patrias de mayo para ejecutar sus planes. Pese a sus exiguos recursos, al parecer se proponían fabricar varias bombas que serían arrojadas en la Plaza de Mayo, en el Congreso y en algunos otros puntos, aprovechando la aglomeración de gente. Con el propósito de tenerlos bajo control, uno de los pesquisas que participaba del complot decidió llevarlos a su casa para que fabricaran las bombas. Las pericias revelaron que las

bombas eran precarias, construidas en cucharones ordinarios, cerrados en forma de media esfera, rellenos de pólvora, balines, tachuelas y los pedazos del mango del cucharón. Otra media esfera de madera completaba el recipiente y, a su vez, contenía una serie de elementos químicos, principalmente sodio, pero también potasa, azufre y carbón.

Cuando se hallaban en plena faena los anarquistas y los dos agentes, previo aviso al comisario Otamendi, varios policías de la sección sexta irrumpieron en el cuarto, detuvieron a los libertarios y secuestraron todos los elementos. En la exitosísima operación, fueron detenidos Juan Suzzi, austríaco, de 28 años, dependiente de farmacia; los franceses Georges Henry –de 37 años, matemático y periodista–, Guillermo Arnold –de 42 años, mecánico naval en la bombardera República– y Eduardo Plessi –jornalero y sin domicilio fijo–, y el italiano Alfredo Maresi, de 32 años, pianista. Tenían entre dos y diecisiete años de residencia en el país. Entre tanto, la policía de la ciudad se telegrafió con su par mendocina para que detuvieran al varado Fritz.[162] Las acciones judiciales fueron llevadas adelante por el juez Navarro: cuando tomó declaración a los detenidos, estos negaron rotundamente su vinculación con el anarquismo.[163] Días después, en aparente relación con el caso, se corrió la voz de que uno de los pesquisantes había sido amenazado por la calle por un individuo que le dijo al pasar: “Te mataré mañana o pasado, cuando pueda. Si no soy yo, serán mis compañeros”.[164] El hombre fue detenido y puesto en libertad.[165] Algo no terminaba de cuajar. La noticia era realmente atrapante, pero habría que decir que, más allá de la alarma inicial, de la celebración de la acción policial y algún que otro artículo suelto, con los días la espectacularidad fue tornándose incredulidad, para luego confirmarse que se trataba de un rústico complot alimentado por el celo policial. En cualquier caso, servía para confirmar lo extrañas que resultaban iniciativas de este tipo en el país.

El hecho es que falsos complots se sucedieron con insólita frecuencia y los anarquistas se volvieron hábiles detectores de estas trampas.[166] Pero no solo los libertarios denunciaron los atropellos y maquinaciones policiales. La Nación, sosteniendo tácitamente la tesis del carácter ilusorio o al menos inofensivo de los anarquistas porteños, dedicó un artículo a fustigar a la Comisaría de Investigaciones: “El cuento del anarquismo”. Dicho cuento, que no era otra cosa que hacer correr falsas versiones, fue usado en numerosas ocasiones para promocionar a la Comisaría de Investigaciones frente a “superiores timoratos”. Según La Nación, la detención de “infelices” se había vuelto una redituable “industria” que se aprovechaba de la ingenuidad de “la mayoría conservadora

del público” sensible al “cuento del anarquismo”. Entre las muchas denuncias que realizó el diario, aun después de la medida judicial iniciada por Otamendi, figura la detención arbitraria de Augusto Torres, preso en el Depósito de Contraventores. Según La Nación, mientras Torres esperaba el tranvía, “se hallaba leyendo unos periódicos anarquistas en la esquina de Esmeralda y Cangallo”, se presentaron los agentes de investigaciones Berti, Badano y Piva. Este último le arrebató los periódicos y, pistola en mano, le dio la orden de prisión.[167] Situaciones tan cotidianas como esta no ponían a la sociedad porteña en pie contra el anarquismo, sino contra la policía.

Un anarquismo cordial

En su tiempo fue muy usual que periodistas, intelectuales, criminólogos y policías, e incluso algunos libertarios sostuvieran que existían dos tipos de anarquismo. El primero, mayoritario, era considerado como deleznable y peligroso; sus ideas resultaban apenas una pátina para recubrir simples crímenes. Cuanto más aparatosas y carentes de sentido se presentaban sus acciones, más fascinación y rechazo provocaban. El segundo tipo era concebido como sabio y racional, polémico pero calmo. Su estilo era erudito y refinado, encarnaba al intelectual científico y al promotor cultural que disertaba con comodidad tanto en la cátedra y salones de la alta sociedad como en asambleas obreras y locales libertarios.

Cesare Lombroso, en su libro Los anarquistas –publicado en 1894 en Buenos Aires–, destacó ese dualismo. Según su opinión, intelectuales de la talla de Piotr Kropotkin, Henrik Ibsen y Élisée Reclus no debían ser confundidos con el resto de los anarquistas.[168] A su manera, diarios como La Nación y La Prensa reconocieron esa existencia bifronte. Dentro del sinfín de noticias telegráficas que asociaban irremediablemente al anarquismo con las bombas y los regicidios, se entremezclaban algunas con representaciones más amables. Por ejemplo, en 1895, La Nación publicó un artículo dedicado a dar cuenta de los notables avances del anarquista Élisée Reclus en sus investigaciones geográficas. De este modo, nos enteramos de que, en un curso dictado en Bruselas, Reclus planteaba la teoría geográfica de la “habitación y de la población”, según la cual toda una serie de obstáculos climáticos, topográficos y meteorológicos hacían retroceder a los hombres, hasta confinarlos a las regiones templadas del globo. En estas situaciones, Reclus proponía soluciones “fantásticas”. Entre ellas, por ejemplo, la altura, que hacía descender a las poblaciones al nivel del mar: el geógrafo libertario contraponía el uso de aeronaves. La nota concluía: “Reclus no olvida nunca su globo dirigible. Es el Nadar de la geografía comparada”.[169] Atentos lectores de lo que sobre ellos se escribía en la prensa comercial, los redactores del periódico El Perseguido criticaron agriamente esa distinción. Cuando La Nación anunció que “el gran sabio universal” se sumaría al equipo de colaboradores extranjeros, dieron rienda suelta a su desagrado: “Aduláis a los anarquistas de posición y hacéis escarnio de los anarquistas de manos callosas;

pero tened presente, entre nosotros no hay distinciones…Unos con la ciencia, otros con el puñal y la dinamita abren el abismo donde irán a estrellarse todos los privilegios, todas las injusticias e infamias de esta emponzoñada sociedad y tú también, prensa prostituta, embustera”.[170]

Más allá de lo que unos y otros pensaran, el anarquismo del cambio de siglo fue algo vivo y complejo. No era sencillo reducirlo a tal o cual modelo. Solo en ese marco es posible comprender la resonancia que tuvo la estadía en la Argentina del abogado, poeta, dramaturgo y criminólogo italiano Pietro Gori entre 1898 y 1902. Su importancia para el desenvolvimiento del movimiento libertario ha sido resaltada una y otra vez. Eduardo Gilimón, evocándolo en 1911, sostuvo que se debía “a ese poeta, sociólogo, jurisconsulto, orador sin rival y hombre cariñoso” el incremento del anarquismo en la primera década del siglo XX.[171] Para Diego Abad de Santillán, “fue el hombre que hacía falta”.[172] En esa línea, con acierto, Gonzalo Zaragoza sintetizó el paso de Gori por la Argentina en términos de “triunfo del anarquismo”.[173] Sin embargo, el presente apartado querría mostrar que su impacto trascendió con mucho a la dinámica interior del anarquismo. En cierto modo, el triunfo de Gori se debió a la aceptación de la sociedad porteña en general, en la cual hasta las ideas más avanzadas tenían su lugar. En Buenos Aires, incluso un anarquista huido de la represión europea podía encontrar una platea más dispuesta al aplauso que al abucheo.

El 26 de junio de 1898, un pequeño suelto en La Protesta Humana informaba que desde hacía algunos días Pietro Gori se encontraba en la ciudad.[174] “El bravo compañero” traía consigo una extensa trayectoria militante e intelectual. Nacido en Messina, Sicilia, en el seno de una familia en la que confluían, por vía paterna, militares y, por vía materna, miembros de la aristocracia toscana, realizó sus primeros estudios en Livorno y se graduó como abogado en la Universidad de Pisa con una tesis titulada Miseria y delito. Desde temprano comenzó a colaborar en publicaciones socialistas como Sempre Avanti de Livorno y a descollar como conferencista; fue por esos años cuando afrontó su primera causa por delito de imprenta. Es decir que, ya en su juventud, Gori alternó su profesión de abogado con una intensa labor de difusión anarquista en calidad de poeta, dramaturgo, ensayista y orador. En 1891, tras pasar unos meses en prisión por haber dado una conferencia el 1º de Mayo, se instaló en Milán. En junio de 1894 se supo que en el pasado había sido abogado de Sante Caserio, el asesino de Carnot. Por esta razón, decidió exiliarse en los Estados Unidos, donde vivió durante 1895 y parte de 1896. Luego de enfermarse gravemente en Londres, retornó a Italia en 1898. Pero al poco tiempo, acusado por el gobierno italiano de

instigar la revuelta que estalló en Milán en agosto de ese año, de nuevo se vio forzado a dejar el país. Para su llegada a Buenos Aires, decidió disfrazarse de turista inglés.[175]

La admiración que Pietro Gori despertó en Buenos Aires permite pensarlo como una celebridad. Obviamente esto fue así para sus correligionarios, y también para una pléyade de científicos, académicos, abogados, médicos, criminólogos y policías que se sintieron inspirados por su presencia. Dictó conferencias en diversas sociedades italianas, universidades y sociedades culturales como el Círculo de la Prensa, El Ateneo, la Facultad de Derecho y la Sociedad Científica Argentina. Supo combinar las giras de propaganda con los viajes de estudio. Sin embargo, su principal emprendimiento editorial, la revista Criminalogía Moderna, publicada entre noviembre de 1898 y finales de 1901, fue leída por los anarquistas con algo de perplejidad (cuando no con hostilidad).[176]

De todas sus habilidades, su gran oratoria fue unánimemente reconocida. Como encarnación de lo que Pablo Ansolabehere denominó “orador poeta”, Gori fue un encantador de auditorios.[177] Su delicadeza y su serenidad conmovían por igual. Sobre su primera conferencia en Buenos Aires, el 2 de julio de 1898 en el Círculo de la Prensa, La Protesta Humana dijo: “Fue bellísima”. El tema no podía ser más convocante: “La función histórica del periodismo en la sociedad moderna”. Al ocupar el escenario, con educación y agradecimiento, saludó a la prensa argentina en general y a los asistentes en particular. Luego “sin temor a la verdad” sentenció que la prensa no podía cumplir su misión transmisora de ideas y saber a causa de su marcado espíritu mercantilista. Al tomar como ejemplo el caso estadounidense, consideró que las grandes empresas periodísticas buscaban principalmente “noticias sensacionales” para enriquecerse vaciando los bolsillos del público pagano; ese periodismo mercantil, que hacía del reporter un hurgador de miserias humanas, ejercía una influencia nefasta, “envenenando la inteligencia del lector”. Gori ejemplificó sus argumentos comparando la suntuosidad chocante del edificio de The New York Herald con la humildad “inteligente” del pequeño edificio del parisino Les Temps Nouveaux. Atento a la realidad local, recomendó a los oyentes, con “arrebatadoras frases”, que aprovechasen la libertad de pensamiento de la Argentina y saludó, contagiado por el entusiasmo del ambiente, a los que en Italia eran procesados por expresar sus pensamientos.

Después de la andanada de aplausos, Gori manifestó cuál era en su opinión la verdadera misión de la prensa: “Propender con toda su fuerza al

engrandecimiento de los horizontes de la civilización, no por el impulso de intereses materiales, sino con el fin de acercarse lo más posible al perfeccionamiento humano y al reino de la justicia”. La respuesta del público fue la esperada: aplausos y más aplausos. La crónica concluía así:

Gori, a pesar de hallarse frente a una concurrencia compuesta en su mayoría de adversarios y de periodistas a quienes podía escocer con sus palabras, desarrolló su tema ampliamente, hablando clarito y sin andarse por las ramas, “con desfachatez de abogado” como él dijo. Y sin embargo, su palabra fácil y elegante seducía a todos, y nadie ocultó la buena impresión experimentada durante el curso de la brillante conferencia.[178]

Es improbable que Gori considerara que su auditorio estaba compuesto solo por adversarios. Estaba habituado a ese tipo de público al que rara vez buscaba confrontar. Para un cronista de La Nación, la composición fue “selecta” y diversa. El mismo cronista, obviamente, llamó la atención sobre lo avanzadas que eran sus ideas; sin embargo, más destacables eran su moderación y su versatilidad temática, “su elocuencia y su cultura”. Su disertación, además, tuvo algo apabullante porque “seguir paso a paso al orador en su brillante conferencia nos ocuparía mayor espacio del que disponemos”.[179] En sentido estricto, solo podían considerarse adversarios los socialistas que, hartos del embelesamiento generalizado, fueron los únicos en manifestar desagrado. A contramano de todo el mundo, consideraron que el festejado estilo de Gori era, en realidad, “vaporoso”, “azucarado” y de “vuelos poéticos” vulgares.[180]

Los primeros meses de actividad de Pietro Gori en Buenos Aires fueron febriles. Desde fines de julio hasta noviembre, se concentró principalmente en dar una infinidad de conferencias, que se sucedían semana a semana y cuyas crónicas se superponían con invitaciones a próximos eventos. Era incansable y versátil, rasgo que ya había desplegado durante su estancia en los Estados Unidos donde, en menos de un año, había disertado cientos de veces, varias de ellas imitando a los predicadores cristianos, acompañando sus discursos con una guitarra.[181] Los saberes que ostentaba eran inabarcables. Lo mismo podía referirse a la cuestión social y los derechos de los trabajadores, como al arte en el Renacimiento. Con enorme soltura, Gori disertó sobre la figura de Zola, en

especial sobre sus talentos como periodista, moralista y literato. Resultaron muy relevantes sus opiniones sobre el papel de ese escritor en el caso Dreyfus, “asunto que mantiene actualmente el interés del mundo entero”.[182] La geografía mental de Gori se condecía con la sensibilidad de quienes lo escuchaban: era un mediador entre Buenos Aires y otras ciudades que él conocía bien como Nueva York, Londres, Milán o París. Igual de abrumadoras eran sus referencias eruditas. En agosto de 1898, dictó un curso en la Facultad de Derecho. Solo en la primera clase, que fue transcripta en la revista libertaria Ciencia Social, invocó los nombres de Beccaria, Hegel, Kant, Platón, Spinoza, Lombroso, Garofalo, Ferri, Carrara y Víctor Hugo, entre muchísimos otros.[183]

Por esos mismos días participó de una jornada de controversia con el joven José Ingenieros, quien habría de convertirse, según Sergio Bagú, en su discípulo y amigo.[184] Los anarquistas de La Protesta Humana opinaron sin más que la “sesión fue borrascosa”. Ingenieros dio comienzo al debate con la lectura de una gran cantidad de papeles llenos de frases capciosas y sarcásticas con respecto a los anarquistas, “ganándose pronto la animosidad del público –bastante heterogéneo, por cierto–”. Áspero polemista, defendió al marxismo y sostuvo que los verdaderos propagadores de la organización obrera habían sido los socialistas. Luego replicó Gori, señalando las contradicciones entre las teorías de Marx y sus partidarios, a los que criticó por expulsar a los anarquistas de diferentes congresos obreros. Llegado a ese punto, un desencajado Ingenieros se dedicó lisa y llanamente a insultar a los anarquistas, a quienes calificó de “borrachos, provocadores y seres corrompidos”. Gori, que no estaba acostumbrado a semejante destrato, declaró públicamente que nunca más polemizaría con adversarios tan vehementes.[185]

Pasado un año y medio, Gori había dado una infinidad de conferencias y había recorrido parte del país en giras de estudio y propaganda. Tenía un estudio jurídico en sociedad con el abogado Arturo Riva, en Artes (actual Carlos Pellegrini) 629, y una sucursal en el barrio obrero de Barracas, en la calle Olavarría al 500. En su estudio, se satisfacían demandas en español, inglés, italiano y francés, sobre asuntos comerciales, civiles y penales. Por su parte, la revista Criminalogía Moderna hacía escuela y se volvía una referencia insoslayable entre expertos y profanos interesados en las “novedosas” ideas del positivismo criminológico y en las tendencias actuales en materia penal. A propósito del número aniversario de la revista, La Nación publicó una elogiosa reseña: “El número es un testimonio bien elocuente del éxito alcanzado por Criminalogía Moderna en su primer año, éxito que demuestra, contra la opinión

general, que hay ambiente entre nosotros para publicaciones puramente científicas, siempre que sepan mantenerse a la altura que exige un programa de esa índole".[186]

El alto grado de aceptación logrado por Gori en la Argentina de fines de siglo habilitó, según Patricio Geli, "una suerte de disputa pública sobre su verdadera pertenencia".[187] En ese tironeo, los anarquistas por momentos dejaron entrever su desconcierto. Desde el diario La Nueva Humanidad de Rosario, al reseñar el paso de Gori por esa ciudad, no pudieron obviar, molestos, que una de las conferencias científicas había tenido lugar en el Campidoglio, el "más aristocrático de los clubs italianos del Rosario", ante un "escogido" auditorio de "favorecidos de la suerte".[188] Asimismo, cuando las autoridades de la Facultad de Derecho decidieron levantar el curso mencionado más arriba –medida que fue rápidamente revisada, entre otras cosas por las protestas de la comunidad académica–, los libertarios de El Rebelde enrostraron a Gori su "obsesión" por codearse con "los maestros de la ciencia oficial" y buscar "para sus lecciones el privilegio de la sanción universitaria".[189]

Su presencia en el mundo obrero tampoco fue omitida por los grandes diarios de la ciudad. En agosto de 1901, los obreros empleados en la construcción del ramal de Olavarría a Bahía Blanca, del Ferrocarril del Sur, se declararon en huelga reclamando la presencia de Gori como mediador entre patrones y trabajadores. Gori, que fue siempre un defensor del arbitraje como mecanismo que los obreros debían promover, aceptó la invitación. El día 25 de agosto, acompañado por un corresponsal de La Nación, llegó a Bahía Blanca junto con el anarquista Arturo Montesano; fue recibido en el andén entre vivas y aplausos. Lo esperaba un carruaje que lo llevaría hasta el hotel, pero él decidió ir a pie entre la multitud.[190] Al día siguiente, el vestíbulo era un hervidero de obreros, trabajadores y lugareños que iban y venían poniendo al ilustre mediador al corriente del desarrollo de la huelga. A media mañana se reunió en calidad de abogado de los trabajadores con el señor Henderson, gerente de la empresa a quien hizo saber el pliego de demandas de los huelguistas. Tras arduas negociaciones, las partes llegaron a un acuerdo.[191] La huelga terminó el 5 de septiembre con el triunfo de los trabajadores. Días después, Caras y Caretas publicó un extenso reportaje fotográfico de lo sucedido en Bahía Blanca, y agregaba que la huelga había terminado, "siendo objeto de grandes aclamaciones el doctor Gori, defensor de los obreros".[192]

Durante su estadía en la Argentina, Gori se convirtió en el anarquista de

referencia de la Buenos Aires de fin de siglo, y logró una presencia destacada en la prensa comercial. Cuando el 6 de septiembre de 1901 el presidente de los Estados Unidos fue asesinado, La Protesta Humana y otros periódicos anarquistas reivindicaron o justificaron el asesinato, mientras que La Prensa recuperaba desde Rosario las palabras mesuradas del sabio italiano, para quien Leon Czolgosz –autor del hecho– no debía ser anarquista porque, contra toda evidencia, no era propio de un anarquista ese tipo de acción; antes bien, debía tratarse de un hambriento movido por la desesperación.[193]

Pietro Gori dejó el país el 14 enero de 1902. Su última conferencia patrocinada una vez más por el Círculo de la Prensa, tuvo lugar en el Teatro Victoria apenas dos días antes de su partida. La Nación, como era habitual, destacó que entre los asistentes se iban a contar numerosas personalidades científicas y políticas de la ciudad.[194] Por su parte, La Prensa, más cercana al mundo del trabajo que su colega, destacó en la invitación que el público "estará representado por un elemento numeroso de la clase obrera, entre la que ha conquistado tantas simpatías el conferenciante".[195]

Al día siguiente, Gori, acompañado por Alberto Gache, presidente del Círculo, habló largamente sobre la "América que piensa y que trabaja". Sobre lo que vio, sintió e interpretó, el reportero de La Nación escribió lo siguiente:

El orador habló en su lengua nativa, expresándose en un italiano tan fluido y comprensible, seguido de una mímica tan intensa, que por momentos el trabajo del espíritu en una continua asociación de ideas parecía hacernos escuchar nuestra propia lengua. Ya en el curso de su disertación el auditorio, puede afirmarse, se había identificado con el orador. Cabe decir que durante las dos horas que este usó la palabra no vaciló en la frase, haciendo gala de una verbosidad asombrosa, de una concepción de pensamiento facilísima, afrontando con igual certeza todas las situaciones, exponiendo unas veces serenamente la verdad, usando en otras de la más fina ironía, pero siempre con altura dentro de una forma correcta y galana.[196]

La estadía de Gori en Buenos Aires tuvo mucho de triunfo. Por mérito propio, pero sobre todo porque la ciudad cosmopolita y moderna supo ver en él a un

personaje atractivo, que pudo morigerar sus zonas más indómitas. Al menos eso fue lo que interpretó el secretario general de la Policía de la Capital, Manuel Mujica Farías, quien –de gira por Europa– refirió a la prensa española "pintorescamente" el paso de un peligroso agitador italiano perseguido en su país al que tuvo el gusto de recibir en su despacho. Era obvio que hablaba de Gori; en efecto, el famoso anarquista, a los tres meses de su arribo, "revalidaba su título de doctor en jurisprudencia, abría bufete y fundaba una revista muy interesante. Hoy es un hombre de positiva influencia, que asocia a su obra la institución cuya vigilancia le molestara tanto antes de ahora. Yo, secretario de policía, figuro en la redacción de esa revista".[197]

Pietro Gori abandonó la Argentina dejando en claro que algunos anarquistas podían ser cordiales y encantadores. En este consenso, la excepción más notable fueron los socialistas, quienes hicieron correr el rumor de que, para volver a su país, Gori había obtenido un salvoconducto firmado por el mismísimo presidente de la nación Julio Argentino Roca y, como contraprestación, se habría comprometido a hablar maravillas de la Argentina.[198] De este modo, el célebre libertario se habría convertido en una suerte de vocero del roquismo. Independientemente de que esto fuera cierto, es indudable que nunca fue molestado por las autoridades del país, que incluso en ocasiones asistieron a varias de sus conferencias.

Paseos por las sectas

La presencia de Pietro Gori en Buenos Aires propició una visibilidad positiva de los anarquistas en la gran prensa. De hecho, La Nación y La Prensa sin reparos daban publicidad a sus actividades. Por ejemplo, el diario fundado por Bartolomé Mitre anunció que el sábado 23 de septiembre de 1900 a las 20.30 hs, en el Centro Libertario, los señores Ross y Santiago Locascio disertarían sobre “la mentira del voto” y que al día siguiente Félix Basterra lo haría sobre la “muerte de una táctica”.[199] Con idéntica naturalidad, a principios de 1902, La Prensa ponía en conocimiento de sus lectores que distintos grupos obreros se habían reunido en el Skating Ring para constituir la Casa del Pueblo. Los oradores fueron todos anarquistas y la noticia no omitió ni un solo aspecto de la reunión ni del proyecto, que incluía la formación de una universidad libre para trabajadores y el dictado de numerosas conferencias.[200]

Este tipo de noticias convivió con otras de distinto tenor. De forma reiterada, desde los últimos años del siglo XIX, los diarios de Buenos Aires reflejaron el incremento de la actividad huelguística y de las movilizaciones de protesta, en las que se suponía participaban un gran número de anarquistas. Sin embargo, no todas las crónicas sobre huelgas y manifestaciones tuvieron por objeto advertir de la peligrosidad de la presencia anarquista en el movimiento obrero. Mayormente crítica del gobierno de Roca, la prensa de la capital contribuyó a visibilizar muchas causas de descontento social y a articular voces disidentes contrarias al presidente. Como era de esperar, el tono no era homogéneo y oscilaba entre la simpatía (y la curiosidad) y el recelo (y el temor) pero, como sostiene Inés Rojkind, en “cierta franja de la prensa burguesa” se registraba un discurso que defendía el derecho de los trabajadores a reclamar, incluso mediante la fuerza, contra la indiferencia del gobierno en materia social.[201]

A su vez, los dos grandes matutinos de la capital manifestaron sus reservas, cuando no su abierta oposición, a los proyectos presentados en el Congreso destinados a regular la llegada de inmigrantes y que buscaban, apenas disimuladamente, dotar al Ejecutivo y a la policía de nuevas herramientas de lucha contra el anarquismo.[202] Por ejemplo, cuando en 1899 el senador Miguel Cané presentó al Congreso su proyecto de expulsión de extranjeros, La

Nación lo juzgó excesivo y de frágil constitucionalidad.[203] La Prensa, por su parte, se limitó a hacer una somera descripción del debate, que culminó cuando el proyecto fue archivado por la Comisión de Asuntos Constitucionales.[204]

Mucho más inadecuado todavía resultó el proyecto presentado un año más tarde, en 1900, al Congreso por el Poder Ejecutivo. En el contexto del clamor local por el asesinato de Humberto I, el ministro del Interior Felipe Yofre elaboró una alambicada propuesta para depurar las corrientes migratorias de sus elementos "malsanos". A diferencia del de Cané –conformado por cuatro acotados artículos–, el nuevo proyecto estaba ordenado en tres partes, veintiún artículos, numerosos incisos, e incluía al anarquismo en el cuerpo de la ley, en calidad de secta, dando forma a una tentativa segregacionista que fue juzgada, también por sus pares, de excesivamente "lírica", "confusa" e "inaplicable". Incluso, cuando durante la huelga general de noviembre de 1902 ambas cámaras aprobaron casi sin cambios el "viejo" proyecto de Cané, La Prensa consideró que el recurso era inadecuado y que tanto el Congreso como el Poder Ejecutivo, al aprobar y promulgar con prisa y sin meditación suficiente la ley, "están positivamente fuera de la cuestión palpitante y fuera del rumbo de los problemas que envuelve":

Ningún ministro, ni congresal alguno de los que prestaron su apoyo al Gobierno, tuvieron un pensamiento, ni una sola palabra para la huelga, mirada como un movimiento obrero, suscitado por los conflictos entre el trabajo y el capital. Se contrajeron a armar al [E]jecutivo con la potestad amplia para expedir medidas de violencia.[205]

La misma falta de rumbo en la sanción de la Ley 4144 de Residencia fue señalada por La Nación: "Quedará en nuestros archivos políticos como una prueba elocuente de imprevisión de los gobernantes actuales, así como de sus conocimientos superficiales de la legislación comparada".[206] Hasta La Voz de la Iglesia –de fervoroso antianarquismo y que, por supuesto, celebró la aprobación de la ley– sostuvo que debía ser de uso acotado e inmediato contra los "agitadores profesionales" que monopolizaban "la buena fe" de los obreros, y que debía buscarse de forma más serena el estudio de las causas del conflicto obrero.[207]

Mal que mal, la adopción de una significativa voluntad organizativa, de enorme relevancia en el plano gremial y de vistosa presencia en las calles, otorgó a los anarquistas una forma de acción pública que anulaba las sospechas de que su único propósito era sembrar el caos y la destrucción. Hacia 1902, los anarquistas se habían impuesto a los socialistas en la conducción de la FOA, lo que los convirtió en voceros destacados de la naciente cuestión social.[208] A partir de ese momento, las asambleas de la FOA ingresaron a la crónica diaria. Los periodistas y cronistas de los grandes diarios describieron el humor que reinaba en las reuniones, el talante de los discursos, de sus participantes y las posiciones que permitían comprender la naturaleza y los matices del universo obrero. Esta dimensión también fue resaltada por Rojkind, al señalar que, en contextos huelguísticos, los cronistas se lanzaron "a explorar el entorno convulsionado" de la protesta obrera.[209] El anarquismo, hasta entonces visto como esencialmente opaco, comenzaba a adquirir contornos más precisos; estaba ahí para ser observado por quien quisiera verlo. De este modo, en el momento más álgido de noviembre de 1902, La Prensa describía con lujo de detalles la dinámica de las asambleas de la FOA, destacando la cantidad de concurrentes, "los ánimos un tanto excitados", la abundancia de "oradores ardientes", los temas, entre ellos la Ley de Residencia y la voluntad de declarar la huelga general.[210]

A veces, los relatos de asambleas y huelgas daban lugar a detalles casi cómicos sobre las peculiaridades anarquistas. En ocasión de una huelga de alpargateras en 1896, un reportero de La Nación sostenía que anarquistas había muy pocos, pero que se hacían notar reclamando ruidosamente la necesidad de la huelga general. Más adelante, el mismo periodista remarcaba que las libertarias y los libertarios no perdían oportunidad para hacer propaganda: "Ayer después de la asamblea, uno de ellos comenzó a distribuir entre las huelguistas un periódico anárquico, titulado La Voz de la Mujer, en el que se proclaman las excelencias del amor libre, tal como lo entienden los anarquistas".[211]

Estas crónicas y reseñas conectaban con un registro periodístico-literario desplegado con anterioridad que fusionaba el interés por retratar distintos espacios de la vida urbana en plena mutación y la detección y descripción, dentro de esos mismos espacios, del hábitat propio del anarquismo. Por ejemplo, en calidad de corresponsal de La Nación, el cubano José Martí, al narrar los acontecimientos huelguísticos de Chicago de 1886 –que al poco tiempo serían recordados cada 1º de mayo– suponía al ecosistema anarquista como esencialmente ruin y mórbido: túneles, hogares infernales donde se cocinaban explosivos y lugares abandonados donde los ácratas ensayaban sus crímenes.

Según su mirada, los anarquistas se alistaban en un ejército sombrío y enfermizo compuesto por “criaturas subterráneas” que desde las profundidades más insondables buscaban contagiar sus “lóbregas ideas en los espíritus menos racionales y más dispuestos por su naturaleza a la destrucción”.[212] Sin embargo, esta mirada horrorizada sobre la espacialidad libertaria, que el propio Martí tiempo después matizaría, dio pie a un marcado interés por el universo libertario.[213] Años después, Rubén Darío, también para el diario La Nación, describiría con lujo de detalles y con una conmoción francamente empática una conferencia anarquista en París. En un teatro “en el Montmartre” de los obreros, Darío observó a “viejos trabajadores de barba blanca”, “obreros con sus familias”, “jóvenes de rostros enérgicos y decisivos”, de caras “vulgares” y caras “hermosas”; también “faces de atormentadores y de bandidos”. Allí, “la insignia roja estaba en todas las solapas y en los corpiños de las mujeres”; “en las paredes se leen inscripciones conmemorativas, nombres de mártires de la causa”; “se conversaba, y no con grandes gestos ni a grandes gritos”; “todo el mundo tenía educación, tenía buenas maneras”; “había jovencitos cuya politesse era notable” que “se creería que en momento dado exclamarían con toda corrección: ¿una bomba de dinamita, s. v. p. [por favor]?”.[214]

La tensión entre la fealdad y la dignidad en la crónica del submundo libertario, y de la cual los relatos de huelgas también formaron parte, podría corresponderse de algún modo con lo que Julio Ramos denominó “paseo y representación del exterior obrero”. Según Ramos, estas crónicas combinaron el miedo con la curiosidad en una actitud “casi turística”: “En esos paseos el cronista emerge nuevamente como un productor de imágenes de la otredad, contribuyendo a elaborar un ‘saber’ sobre los modos de vida de las clases subalternas y aplacando su peligrosidad”.[215] Es difícil saber hasta qué punto los cronistas porteños tuvieron la deliberada intención de apaciguar, pero lo cierto es que en su búsqueda de anarquistas y un entorno criminal, lo que terminaron describiendo distaba mucho de generar inquietud. O, al menos, eso era lo que transmitía un periodista de Caras y Caretas que se sumergió en el circuito anarquista de Buenos Aires en agosto de 1900. El artículo era una detallada enumeración de las publicaciones periódicas, folletos, espacios e intelectuales anarquistas de la ciudad, acompañada por las fotos de los más caracterizados divulgadores de las ideas libertarias. Se ponía de manifiesto que los anarquistas de Buenos Aires se oponían a la violencia y a la lucha electoral. A su vez, se destacaban sus aspectos más evolucionistas y su deseo de controlar bajas pasiones tales como el alcoholismo, la haraganería y el delito. El escrito concluía: “Hay que confesar que, si todos los anarquistas del Plata opinan de esta manera, no hay motivo para

que sean molestados por la policía, y resultan tan inofensivos como los que creen en la metempsicosis".[216] Sostener esto, en pleno fervor por la muerte de Humberto I, no era poca cosa.

Pese a que la nota de Caras y Caretas les era favorable, para los anarquistas de La Protesta Humana fue motivo de disgusto. Particularmente molesta les resultó la publicación de las fotografías, "arrancadas" a la confianza de "algún compañero fiado en las garantías de seriedad que ofrecía la revista". Por lo demás, no les gustaba eso de ser llamados "secta inofensiva", y mucho menos verse víctimas del interés lucrativo de una empresa periodística. De este modo, sumaron al Index de publicaciones burguesas enemigas de la anarquía la revista dirigida por José S. Álvarez.[217]

El "periodista undercover" –según denominó Dominique Kalifa a aquel que penetraba con disimulo en los rincones más recónditos de la ciudad para obtener información de primera mano– recaló también en los lugares donde se concentraban los anarquistas.[218] Daba su opinión, muchas veces irónica, a la vez que otorgaba un sentido al caos urbano y desmentía las impresiones que podían emanar de otros registros, por ejemplo, el literario. Si como postula Pablo Ansolabehere, la ficción literaria desempeñó un papel central en la construcción del anarquista-delincuente, es posible sostener que no pocas veces el periodismo jugó en sentido contrario. Al modo ambiguo en que la prensa juzgaba la actividad huelguística a finales del siglo XIX y comienzos del XX –mezclando el reconocimiento de los justos reclamos obreros con la condena de los excesos e intransigencia de algunos huelguistas–, se sumó la certeza de que el anarquismo en Buenos Aires era un componente más de la heteróclita vida de la ciudad. Ni muy terrible, ni muy anómalo. Estaba ahí para ser explorado y narrado. El ejemplo más logrado de este tipo de aproximación fue la serie de artículos titulados "A través de las sectas", que fueron publicados en agosto de 1904 en El Diario, el vespertino dirigido por Manuel Lainez.

A la manera de un etnógrafo, y a lo largo de siete extensas entregas, el cronista retrató un aspecto de la vida del mundo obrero en la ciudad. Llamaba "exploración" a su investigación, que se centraba particularmente en el anarquismo y señalaba en él numerosas incongruencias con respecto al modelo europeo. Entre ellas, la de haber establecido sociedades gremiales bien estructuradas con sus comisiones urbanas, confederaciones provinciales, liga central y autoridades de todo calibre, lo cual redundaba en "una mala caricatura del régimen político imperante". Refiriéndose al IV Congreso de la FORA, que

tuvo lugar a principios de agosto y que una vez más confirmó la primacía anarquista, el cronista sostuvo que era una parodia risueña del parlamento nacional, con sus discusiones interminables y sus fugas oratorias “a los cerros de Úbeda”. En cualquier caso, el tema del anarquismo en sí, al que se le sumaban los violentos incidentes del 1º de Mayo de ese mismo año, justificaban el interés. Lo importante era señalar que “ya han pasado los tiempos feroces del cartucho dinamitero” y que “al presente todo es una seda”. En resumen, “vasto es el tema que vamos a desarrollar como en una cinta cinematográfica. La miseria y la opulencia, el taller y la taberna, el conventillo y la fábrica irán desfilando sucesivamente en escenas curiosas junto con tipos de todo pelaje que forman un mundo de pesadilla, digno de la pluma de Gorki”.[219]

La segunda entrega pretendía ser una caracterización dickensiana del barrio de La Boca con sus “edificios pintorescos” en cuyas calles “irregulares” pululaban nerviosamente los “desheredados”. Todo era vitalidad, un “rumor babélico”, en el cual se mezclaban la densidad del bosque de mástiles, chimeneas y “vaporcitos” que poblaban el Riachuelo con la “colmena proficua” de aserraderos corralones, carbonerías y personas trabajando. A su vez, tratorías, fondines y almacenes, los sólidos barracones y las viviendas particulares, señalaban con elocuencia que ahí se trabajaba y se producía, pero también se fermentaba el germen de los ideales más contradictorios; “todo es heterogéneo”. A uno de esos espacios típicos de la sociabilidad popular, atendido por un fondero anarquista, se dirigió el cronista, y allí escuchó a viva voz las polémicas entre libertarios y socialistas.

La mayoría de los habitantes de La Boca, según esta visión, eran anarquistas, lo que se explicaba por la enorme afluencia migratoria. Al asociar sus impresiones con la vulgata criminológica, de altísima eficacia periodística, a cada paso, el cronista veía “una cara terrible”, “asimétrica”, con “ojos de fulgor malsano”, cavada por el fanatismo y la miseria, en la que el alcoholismo añadía “una nota lóbrega al conjunto de la fisionomía estigmatizada por las taras de la degeneración”. Pese a todo, rápidamente aclaraba que “no debe caracterizarse, sin embargo, al anarquista, por el semblante patibulario y la expresión grosera. Hay hombres normales, figuras simpáticas de razonamientos convincentes”. Un ejemplo lo encontró al traspasar la puerta de entrada de una de “esas casitas pintorescas” de La Boca. Una vez dentro, en “un cuadro de pobreza honrada”, se topó con el dueño de casa:

Un hombre algo encorvado, de rasgos enérgicos y mirada dulce. Todo está en su sitio. Los muchachos hacen menos bullicio, los padres hablan del taller o de lo que deben al almacenero: luego se come frugalmente, a veces con tranquilidad, a veces con ceño adusto por el porvenir, y luego el hombre fuma su pipa, lee a su Kuropatkine [sic, por Kropotkin] o a su Grave, a menos que tenga que ir al local de su gremio para propagar la doctrina que quiere la libre expansión de la naturaleza humana, sin perjuicios, ni regímenes que coarten el individualismo.[220]

Por contraste con ese armónico hogar obrero, la indagación se trasladó con los mismos claroscuros hacia el conventillo y la fábrica. Al atravesar el zaguán se producía un shock en los sentidos: “En los fondos, de olores fétidos, las covachas cada vez más diminutas, yacen en una oscuridad constante. La humedad rezuma en las paredes, el frío penetra por las rendijas, y la atmósfera impregnada de vahos miasmáticos se torna irrespirable”. El cronista sintonizaba con el tono general de la época, que denunciaba en las casas de inquilinato condiciones habitacionales deplorables, donde la promiscuidad, la insalubridad y el hacinamiento eran una constante. En ese contexto, “el amor libre se profesa habitualmente en los tugurios de la miseria, aunque no como apoyo de una tesis”.[221] Lo mismo sucedía con la fábrica, la “verdadera obsesión del paseante” inspirado en las lecturas de Zola:

Allí adentro está el hombre inclinado ante la máquina, horas y horas, para hacer un trabajo informe que luego se modela hasta constituir una cosa despreciable que se llama un alfiler o un fósforo. Miles de opúsculos se han escrito sobre talleres y fábricas y el público sabe que existen antros devoradores de vidas, donde el obrero deja gota por gota toda su sangre.[222]

Dentro de la fauna que habitaba los márgenes obreros de la ciudad, junto al humilde trabajador, la madre agotada, el inmigrante recién llegado y los niños bulliciosos, se encontraban los intelectuales. Dos años después de su partida, la importancia de Gori no podía pasársele por alto al atento paseante: “En Buenos Aires, quizá por snobismo, el anarquista intelectual está en auge. Después de

aquellas célebres giras del italiano Pietro Gori, cuya verborragia meridional aún suena en los oídos con verdadero ruido de latas, la literatura revolucionaria se ha desarrollado vertiginosamente”. Los escritores que poco tiempo antes se perdían en los lirismos simbolistas y modernistas “han envainado sus liras policrónicas para cantar a los picratos y los explosivos”. El hábitat natural de estos, como era de imaginarse, no era la fábrica ni el conventillo, sino el café, en el cual podía observarse una variada gama de fanáticos. Dentro del café, “la atmósfera espesa por el tabaco y las emanaciones carbónicas del aliento impedía en los primeros instantes examinar las fisionomías”. Allí un grupo de artistas agitaba su melena revolucionaria, mientras debatía airadamente sobre la inminencia del cataclismo social final pronto a suceder ya fuera en Rusia, Japón o Buenos Aires. No lejos de ellos, dos duros obreros se burlaban de sus manos frágiles de “mujer”.[223]

Luego de escenas semejantes, que evidenciaban una fuerte vocación costumbrista por el detalle, un sentido del humor que tendía a matizar cualquier opinión taxativa sobre la monstruosidad anarquista y que incluso se mostraba piadoso y comprensivo, a la hora de cerrar su visita turística por el bajo fondo proletario, al cronista no se le escapaba cierto sinsabor que podía dejar su escrito:

¿Cómo así? ¿Entonces las sectas no tienen misterios tremebundos y pavorosos cónclaves donde se delibera sobre suplicios inquisitoriales? ¿Los iluminados no se reúnen en subterráneos y se entregan a misas sacrílegas, sacrificando burgueses con delirantes alaridos como las Bacantes enfurecidas cuando se apoderaron de Orfeo? ¿No existen tampoco algunas frías miserables catacumbas semejantes a la de los sectarios católicos para que los fanáticos sean sorprendidos por legiones de pretorianos en forma de brigadas de vigilantes y luego empalados y mutilados y quemados? ¿Y pretenden llamar “sectas” a esas efusiones verbales…?

Indignados formulan esas preguntas las pobres almas inocentes que esperan con emoción deliciosa sentir los espasmos del terror ante el relato sangriento de crímenes nefandos y folletinescas aventuras rojas. En vez de esa deliciosa perspectiva, los candorosos lectores solo han visto mucha miseria, mucho palabrerío insustancial, mucha escena tragicómica y mucha vida pedestre en esta llana excursión por los dominios de la clase obrera.

¡Qué le vamos a hacer![224]

Se puede imaginar la frustración de quien al leer la crónica de El Diario buscara emociones fuertes. Como en la nota de Caras y Caretas, el anarquismo de Buenos Aires lejos estaba del frondoso y tremebundo imaginario que lo asimiló con dinamiteros y magnicidas. Al desarmarse esa expectativa, lo que la prensa mostraba era que el anarquismo podía asimilarse a diferentes zonas de la vida social y cultural. Según las noticias policiales, los anarquistas no encontraron un lugar especial. Ahí estaban, junto a tantas otras incidencias de la vida urbana. La aparición de un paquete sospechoso podía satisfacer el deseo de emular lo que sucedía del otro lado del Atlántico, pero a la ilusión le sucedía el desencanto. No había dinamiteros en la ciudad. Mucho más notable fue el enamoramiento que despertó Pietro Gori. El ensalzamiento de su figura generó una extraña sintonía entre las ilusiones de una ciudad moderna y las expectativas dignas de un conjunto de libertarios que hacían de su ideal la expresión máxima de la civilización. Como fuera, la cordialidad supo ser un signo de su historia. Sin embargo, esto no implicó que el fenómeno ácrata fuera solo inofensivo. La cuestión estaba en cómo y quién lo observara. Ni los socialistas ni la policía se lo tomaron a la ligera. Pero en lo inmediato, en cuanto al tratamiento que recibió de la gran prensa, se puede dar sustento a la observación del ensayista uruguayo Carlos Real de Azúa, para quien el verdadero significado del anarquismo en la sociedad de su tiempo estuvo dado por lo “controversial y lo caótico”, antes que por la forma unívoca en la que lo recuperó mayormente la historiografía.[225]

[123] “La Miseria”, LP, 2 de noviembre de 1890.

[124] “Un anarquista en libertad”, LP, 3 de enero de 1894.

[125] “Declaración de Vaillant”, EP, 18 de febrero de 1894.

[126] “Un documento importante: una carta del anarquista Vaillant”, LP, 15 de enero de 1894.

[127] Eustaquio Pellicer, “Sinfonía”, CyC, nº 97, 11 de agosto de 1900.

[128] “Progresos de la Criminalidad”, LN, 26 de julio de 1895.

[129] Ramos Mejía, “La fauna de la miseria”, APyC, año III, enero-febrero de 1904, pp. 385-405.

[130] “La mano negra”, LN, 31 de julio de 1894.

[131] Claudio Grasso, “El caso de la Mano Negra en la historiografía española”, Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea, nº 14, 2016, p. 78.

[132] “La Mano Negra”, LN, 12 de noviembre de 1894.

[133] “Un caso de chantaje. Anónimo terrible”, LP, 1893.

[134] “Policiales”, LN, 21 de octubre de 1894.

[135] “Un perseguido”, LN, 19 de enero de 1902.

[136] Flor O’Squarr, Los entresijos del anarquismo, Madrid, Melusina, 2008, p. 79.

[137] L’indicateur anarchiste, Londres, Imprimerie Internationale Anarchiste, 1891, p. 1.

[138] Por ejemplo, LN el día 17 de febrero de 1902; la columna bibliográfica comentaba: “El último número de El Sol aparece en la mitad de su formato ordinario pero con 32 páginas de excelente material artístico. […] A juzgar por el número que tenemos a la vista la nueva etapa de El Sol representa un gran paso de progreso en su marcha. Los materiales son nutridos e interesantes, haciéndose notar algunas páginas de verdadero valor literario. […] Al iniciar su nueva vía saludamos a El Sol, deseando que continúe la prosperidad creciente que hasta ahora lo ha acompañado”. En la misma línea, “Bibliografía: El Sol”, LN, 11 de junio de 1899.

[139] “Manual del perfecto dinamitero”, El Sol. Semanario de Arte y Crítica, año IV, nº 131, 15 de septiembre de 1901, pp. 5-6.

[140] Los casos elegidos provienen de EP del año 1894.

[141] “A la burguesía”, EP, 10 de febrero de 1895.

[142] Pablo Ansolabehere, Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919), ob. cit., p. 303.

[143] Manuel Gálvez, Recuerdos de la vida literaria (I) Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios, Buenos Aires, Taurus, 2002, p. 153.

[144] “Química anarquista”, LN, 28 de marzo de 1899.

[145] “El crimen de Ginebra. El arma homicida”, LN, 17 de agosto de 1898.

[146] Dominique Kalifa, L’encre et le sang. Récits de crimes et societé à la Belle Époque, París, Fayard, 1995, p. 129.

[147] Ibíd., p. 131.

[148] “Explosión e incendio. El drama de ayer”, LN, 9 de abril de 1897; “Inflamables y explosivos. Medidas policiales y municipales”, LN, 21 de abril de 1897.

[149] “Una explosión”, LN, 21 de junio de 1899.

[150] Karine Salomé, L’ouragan homicide. L’attentat politique en France au XIXe siècle, París, Champ Vallon, 2011, pp. 19-30.

[151] “Ladrones dinamiteros”, LN, 11 de mayo de 1899.

[152] “¿Máquina infernal?”, LN, 18 de abril de 1897.

[153] “Una caja misteriosa. ¿Burla o atentado criminal?”, LP, 18 de abril de 1897.

[154] “La caja misteriosa”, LP, 19 de abril de 1897.

[155] “La máquina infernal. Aclaración de la incógnita”, LP, 24 de abril de 1897; “La máquina infernal. Todos los detalles”, LN, 24 de abril de 1897.

[156] “Glicerina de dinamita”, LP, 2 de mayo de 1897.

[157] “El verdadero origen del explosivo”, LP, 3 de mayo de 1897; “La dinamita. Todo explicado”, LN, 3 de mayo de 1897.

[158] Véanse específicamente del diario LN: “¿Broma o amenaza”?, 9 de mayo de 1899; “Petardos”, 15 de junio de 1899; “Botellas explosivas”, 17 de junio; “Broma estúpida”, 11 de julio de 1900.

[159] “Cosas de anarquistas”, LN, 18 de julio de 1900.

[160] “La bomba del día. Anarquistas en Buenos Aires”, LN, 25 de mayo de 1894.

[161] Véase Diego Galeano, Escritores, detectives y archivistas. La cultura policial en Buenos Aires, Buenos Aires, Teseo - Biblioteca Nacional, 2009, pp. 129-141.

[162] La crónica completa del acontecimiento proviene de dos textos publicados el 25 de mayo de 1894: “El anarquismo en Buenos Aires”, LN, y “Los anarquistas en Buenos Aires”, LP.

[163] “Los anarquistas el sumario”, LN, 27 de mayo de 1894.

[164] “Los anarquistas: ¿un atentado?”, LP, 29 de mayo de 1894.

[165] “Un anarquista en libertad”, LP, 30 de mayo de 1894.

[166] “La farsa del complot”, LPH, 6 de agosto de 1899; “De atentaditis. Cretinópolis policial. No se gana para sustos”, LPH, 20 de abril de 1901; “Cómo se fabrica un complot”, LPH, 2 de agosto de 1901; “Una infamia policial”, LPH, 10 de mayo de 1902.

[167] “Los abusos policiales. Comprobación de nuestras denuncias”, LN, 14 de diciembre de 1901.

[168] Cesare Lombroso, Los anarquistas, ed. porteña, Buenos Aires, Imprenta Elzeviriana, 1895, p. 22.

[169] “Eliseo Reclus en la Cátedra”, LN, 5 de julio de 1895. La cita alude al célebre Nadar, quien renovó la técnica fotográfica a mediados del siglo XIX (se destacó por la utilización pionera del globo aerostático para capturar imágenes aéreas de París). Además, retrató a los principales escritores de la época (como Charles Baudelaire, Gustave Flaubert e Iván Turguéniev), los revolucionarios anarquistas Mijaíl Bakunin, Piotr Kropotkin y el propio Élisée Reclus.

[170] “A La Nación”, EP, 13 de marzo de 1895.

[171] Eduardo Gilimón, Hechos y comentarios y otros escritos. El anarquismo en Buenos Aires (1890-1910), Buenos Aires, Anarres, 2011, p. 49.

[172] Diego Abad de Santillán, El movimiento anarquista en la Argentina (desde sus comienzos hasta 1910), Buenos Aires, Argonauta, 1930, p. 71.

[173] Gonzalo Zaragoza, Anarquismo argentino, ob. cit., pp. 232-246.

[174] “Bienvenida”, LPH, 26 de junio de 1898.

[175] Para un panorama más completo de su vida, véase Franco Andreucci y Tommaso Detti, Il movimento operaio italiano. Dizionario biografico, 1853-1943, ed. en 6 vols., vol. 2 [Cec-J], Roma, Riuniti, 1979, pp. 522-530.

[176] Para un estudio más exhaustivo de las actividades de Gori en la Argentina, véase Martín Albornoz, “Pietro Gori en la Argentina (1898-1902): anarquismo y cultura”, en Paula Bruno (coord.), Visitas culturales a la Argentina, 1898-1936, Buenos Aires, Biblos, 2014, pp. 23-49.

[177] Pablo Ansolabehere, Oratoria y evocación. Un episodio perdido en la literatura argentina, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2012, p. 74.

[178] “La conferencia de Gori en el Círculo de la Prensa”, LPH, 10 de julio de 1898.

[179] “En el Círculo de la Prensa. La conferencia de anoche”, LN, 2 de julio de 1898.

[180] “La conferencia de Gori”, LV, 9 de julio de 1898.

[181] Paul Avrich, Anarchist Portraits, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1988, pp. 165-166.

[182] “En el Ateneo. La conferencia del doctor Gori”, LN, 10 de agosto de 1899.

[183] Pietro Gori, “La evolución de la sociología criminal”, Ciencia Social. Revista Mensual de Sociología, Artes y Letras, año II, nº 3, septiembre de 1898.

[184] Sergio Bagú, Vida ejemplar de José Ingenieros. Juventud y plenitud, Buenos Aires, Claridad, 1936.

[185] “Conferencias Gori”, LPH, 4 de septiembre de 1898.

[186] “Criminalogía Moderna”, LN, 4 de diciembre de 1899.

[187] Patricio Geli, “Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900”, Entrepasados. Revista de Historia, año II, nº 2, 1992, p. 24.

[188] “El 1º de mayo en Rosario. Las conferencias de Gori”, La Nueva Humanidad. Periódico Sociológico, 1º de junio de 1899.

[189] “Incongruencias”, El Rebelde, 23 de septiembre de 1898.

[190] “La huelga del sur”, LN, 26 de agosto de 1901.

[191] “La huelga del sur”, LN, 27 de agosto de 1901.

[192] “La huelga de Bahía Blanca”, CyC, año IV, nº 153, 7 de septiembre de 1901.

[193] “El atentado de Mackinley [sic]. Una opinión del doctor Gori”, LP, 8 de septiembre de 1901.

[194] “Conferencia de Gori. Su despedida”, LN, 12 de enero de 1902.

[195] “La conferencia del Doctor Gori”, LP, 12 de enero de 1902.

[196] “La despedida del Dr. Gori. La conferencia de anoche”, LN, 13 de enero de 1902.

[197] “Un reportaje interesante. El doctor Mujica Farías en Madrid”, RP, 1º de septiembre de 1900.

[198] “Roca y Gori”, LV, 29 de marzo de 1902.

[199] “Conferencias”, LN, 22 de septiembre de 1900.

[200] “Asamblea obrera en el Skating Ring. Creación de la Casa del Pueblo”,

LP, 31 de marzo de 1902.

[201] Inés Rojkind, "'El malestar obrero'. Visibilidad de la protesta social en Buenos Aires del novecientos", Travesía, nº 10-11, 2008-2009, p. 17.

[202] Al respecto, véase Iaacov Oved, "El trasfondo histórico de la Ley de Residencia", Desarrollo Económico, vol. 16, nº 61, abril-junio de 1976, pp. 123-150.

[203] "Ecos del día. La expulsión de extranjeros", LN, 9 de junio de 1899.

[204] "Congreso nacional. Cámara de senadores", LP, 9 de junio de 1899.

[205] "Huelga, obreros, gobernantes", LP, 24 de noviembre de 1902.

[206] "Sin rumbo", LN, 24 de noviembre de 1902.

[207] "Ley de Residencia. Promulgación", La Voz de la Iglesia, 24 de noviembre de 1902.

[208] Sobre la preeminencia anarquista en la FOA, véase Iaacov Oved, El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina, México, Siglo XXI, 1978. Sobre la capacidad de enunciar la cuestión social, véase Juan Suriano, "Una aproximación a la definición de la cuestión social en Argentina", en Juan Suriano (comp.), La cuestión social en Argentina 1870-1943, Buenos Aires, La Colmena, 2000, p. 17.

[209] Inés Rojkind, "'El malestar obrero'", cit., p. 36.

[210] "Movimiento obrero. La gran huelga", LP, 24 de noviembre 1902.

[211] "Las huelgas. La reunión de las alpargateras - Los anarquistas y el amor libre", LN, 19 de agosto de 1896.

[212] José Martí, "El proceso de los siete anarquistas de Chicago", LN, 21 de octubre de 1886.

[213] José Martí, "Un drama terrible", LN, 1º de enero de 1888.

[214] Rubén Darío, "Mais quelqu'un troubla la fête", en Peregrinaciones,

Valencia, Renacimiento, 2014, pp. 127-139.

[215] Julio Ramos, Desencuentros en la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX, México, FCE, 2003, p. 135.

[216] “El anarquismo en el Río de la Plata”, Caras y Caretas, año III, nº 97, 11 de agosto de 1900.

[217] “Notas Varias”, LPH, 19 de agosto de 1900.

[218] Dominique Kalifa, Los bajos fondos. Historia de un imaginario, México, Instituto Mora, 2018, pp. 145-153.

[219] “A través de las sectas. Los obreros de Buenos Aires. Una exploración periodística”, ED, 5 de agosto de 1904.

[220] “A través de las sectas II - Un barrio obrero”, ED, 11 de agosto de 1904.

[221] “A través de las sectas III - El conventillo”, ED, 14 y 15 de agosto de 1904.

[222] “A través de las sectas IV - En la fábrica”, ED, 16 de agosto de 1904.

[223] “A través de las sectas. Intelectuales y dinamiteros”, ED, 29 de agosto de 1904.

[224] “A través de las sectas. Fin de la excursión”, ED, 11 y 12 de septiembre de 1904.

[225] Carlos Real de Azúa, “Ambiente espiritual del 900”, en Escritos, Montevideo, Arca, 1987, p. 145.

3. Socialistas y anarquistas: como perros y gatos

En sus memorias publicadas en 1949, el destacado militante socialista Enrique Dickmann otorgó a los anarquistas de Buenos Aires un lugar preponderante. Era lógico, ya que su propia conversión al socialismo estaba ligada a ellos. El 9 de septiembre de 1895 asistía a una reunión en Centro Socialista Obrero y, luego de que unos ácratas provocaran desórdenes, cayó en una redada policial. En el calabozo, tuvo oportunidad de trabar relación con Juan B. Justo, que también se hallaba preso. Los seguidores de Bakunin le habían hecho un impensado favor: no solo le permitieron conocer en persona al líder socialista, con quien desde entonces entablaría un vínculo político y afectivo que se reveló intenso y duradero, sino que, inesperadamente, lo convencieron de la superioridad del socialismo científico.

Como muchos otros de sus correligionarios, Dickmann ingresó a la política cuando el anarquismo comenzaba a llamar la atención y pudo observar su despliegue. Sabía muy bien que no todos los anarquistas eran iguales. Sin embargo, a la hora de resumir su significación histórica, ese saber se evaporaba: "Dos décadas, de 1890 a 1910, duró la intensa y violenta propaganda anarquista, individualista y organizadora[,] indistintamente. Ella desvirtuó el movimiento obrero y perturbó la organización del Partido Socialista".[226]

Poco importaba el hecho de que los ideólogos anarquistas porteños hubieran migrado, en pocos años, desde posturas contrarias a la acción colectiva hacia otras proclives a la organización y afiliación gremial. Su caracterización no daba cuenta de esos matices. En el mejor de los casos, el anarquismo –y en esto no pensaba distinto a Juan B. Justo–, había expresado la "rebelión instintiva" de un proletariado "explotado, mísero e ignorante".[227] Mucho más relevante era evidenciar que en sus acciones y actitudes demostraban una esencia destructiva. Según esta mirada, las principales actividades de los anarquistas porteños se limitaban a provocar polémicas inútiles, perjudicar a los trabajadores e ingresar exaltados en las reuniones socialistas propiciando escándalos que solían terminar con la acción de la policía.

Si bien los recuerdos de Dickmann eran arbitrarios, cincuenta años después de

los hechos tenían la virtud de recuperar un factor vital de la experiencia socialista y anarquista en la ciudad: su dimensión agonal, no evidente si solo se presta atención a la dimensión doctrinaria que diferenciaba a ambas corrientes. Durante la última década del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, los redactores de periódicos como El Obrero o La Vanguardia publicaron numerosos artículos y folletos que se proponían desnudar lo que era percibido como completamente extraño para el pensamiento científico. Las teorías y tácticas del anarquismo, en sus más variadas versiones, fueron pasadas por un tamiz crítico severo. El desprecio por la participación política, la justificación de la violencia (individual o colectiva), el rechazo por las reformas graduales y la urgencia revolucionaria, entre otras cosas, fueron discutidas hasta el hartazgo. Sin embargo, muchísimo más frecuentes fueron las crónicas y artículos destinados a apostrofar al anarquismo per se. Ni criminalizarlo ni denunciarlo: directamente insultarlo y agraviarlo. En este sentido, los socialistas construyeron un catálogo de injurias en el cual la autoproclamada superioridad teórico-política importaba menos que la descalificación. Los anarquistas eran tratados alternativamente de fanáticos, desesperados, dinamiteros, macaneadores, metafísicos, agentes provocadores, mistificadores, microcéfalicos y utópicos.

De más está decir que el mismo esmero taxonómico injuriante podía encontrarse en la prensa anarquista. Ya fuera en periódicos de las corrientes individualistas u organizadoras, los socialistas no eran otra cosa que “adormideras”, “infusorios”, “autoritarios” “jesuitas”, “traidores”, “carneros” y “burgueses”. Ese entusiasmo infamante no se limitó a la palabra escrita. Desde 1890 muchos anarquistas hicieron de las incursiones en las reuniones socialistas un verdadero estilo de propaganda. Esos encuentros “cara a cara”, con sus desmanes, insultos y eventuales intercambios de golpes, dejaron su marca en el imaginario de esa época y no pocas veces ingresaron vistosos en la prensa masiva. Siguiendo el ritmo particular de las noticias policiales, en 1897, un lector de La Prensa era puesto al corriente de que en un acto por el 1º de Mayo, organizado por los socialistas en el Club Vorwärts, cuando Juan B. Justo se preparaba para hacer uso de la palabra, un grupo de libertarios comenzó a gritar y a descalificar al orador. En este punto, la reunión degeneró en un “desorden” total. Ya nadie se escuchaba. Los concurrentes se dedicaron tan solo a intercambiar “palabras groseras” y, de no haber mediado la acción policial, la “tumultuosa asamblea” podría haber terminado en una batalla campal.[228] Al año siguiente, también en la columna de noticias policiales de La Nación, se informaba:

Ayer se celebraba una reunión socialista en la plazoleta General Pringles. Un grupo anarquista se mezcló en ella, originándose conflicto por los discursos provocativos de la autoridad. Fueron detenidos tres manifestantes y uno de los oradores. Algunos proyectiles fueron arrojados a los vigilantes, hierros y piedras sin conseguir lesionarlos. Los presos se alojan en la comisaría.[229]

El interés de la prensa por este tipo de enfrentamientos contribuía a acrecentar la fascinación por el anarquismo local. Muy rara vez recuperaba los argumentos que unos y otros esgrimían. Como noticia, la trifulca era mucho más atractiva que el debate de ideas. Este detalle no escapó a los propios implicados. Años después, uno de ellos –el anarquista Eduardo Gilimón, que en el pasado había sido redactor de La Vanguardia– evocó una sesión bochornosa que tuvo lugar en marzo de 1895. Los socialistas se disponían a conmemorar la Comuna de París. De pronto, como ya era habitual, los anarquistas comenzaron a lanzar gritos e improperios contra los organizadores. La tensión fue en aumento. Varios ácratas intentaron tomar por asalto el escenario; volaron sillas e incluso sonaron algunos disparos. En medio del desbarajuste irrumpió la policía y se llevó detenidos a doce asistentes. Al día siguiente –según recordaba Gilimón–, "la prensa se ocupó en la sección policial del incidente y millares de personas, los asiduos lectores de la crónica sensacional, pudieron enterarse de que en Buenos Aires había socialistas y anarquistas, y que se querían unos a otros como los gatos y los perros".[230]

La asociación entre los escándalos protagonizados por los anarquistas y la actuación policial fue forjando una imagen que perduraría en el imaginario socialista. Varios años después del incidente en el homenaje a la Comuna de París, La Vanguardia todavía sostenía: "A falta de polizontes que vengan a meter bochinche a nuestras reuniones, los señores soi-disants anarquistas aprovechan cualquier ocasión para sustituirlos y cambiar así una reunión de trabajadores en un desorden".[231] Sin embargo, con todo lo perturbador que podía tener la manía intrusiva de los anarquistas, los socialistas no rehuyeron el enfrentamiento; antes bien, lo alimentaron. En cientos de escritos polémicos se conservan las marcas teatrales y retóricas que contribuyeron a forjar la propia identidad como un ejercicio de defenestración del oponente.

¿A qué se debía tanta inquina? A diferencia de lo que sucedía con otras representaciones sobre el anarquismo en la ciudad, la propia de la sensibilidad

socialista tenía lugar en una tensión competitiva dentro de un espacio en el cual unos y otros disputaban un público similar.[232] No hay rivalidad más intensa que la que divide a los que chocan los codos. De esta manera, en una cultura política de símbolos y prácticas comunes, forjaron una “topografía polémica” dentro de la cual los aspectos racionales y emotivos, así como la lucha, se encontraban entremezclados.[233]

Teniendo en cuenta lo mucho que los ácratas atizaron el fuego retórico de los socialistas, el propósito del capítulo es capturar las representaciones que surgen de la lectura de la prensa socialista de Buenos Aires sin aislarla de un clima más amplio. Por eso, se presta particular atención a la resonancia de las noticias internacionales, que hacían de la violencia anarquista un motivo recurrente.

Las opiniones de Dickmann y Gilimón, entre muchos otros, ilustran de manera ejemplar un rasgo característico apuntado por José Aricó, según el cual “anarquismo y socialismo coexistieron durante largo tiempo realimentándose mutuamente”.[234] Esto quiere decir que, pese al desagrado que se profesaban, no tenían más remedio que convivir. No había anarquismo sin socialismo, ni socialismo sin anarquismo. No podían sino funcionar como una pareja, pero mal avenida. De hecho, influido por un dato de la realidad, un lúcido observador socialista al filo del siglo XX llegó a sostener que “debemos convencernos”: se “necesitan anarquistas”.[235]

Enemigos del desenvolvimiento lógico de las ideas

Dentro del panorama político y cultural porteño, la aparición el 12 de diciembre de 1890 del periódico El Obrero. Defensor de los Intereses de la Clase Proletaria –dirigido por el ingeniero alemán Germán Avé-Lallemant– representó una novedad. Por primera vez, bajo la invocación del "socialismo científico", el marxismo sería aplicado, con pretensiones de totalidad, al análisis de la realidad social y económica argentina. El proletariado era un actor privilegiado al cual había que dotar de una ideología y una organización política claras.[236] Sin embargo, al pasar sus páginas, queda claro que, entre sus objetivos principales, esa tarea, además de combatir a la burguesía, implicó escarnecer al anarquismo, lo que en sí mismo también era novedoso.

¿Por qué ocuparse de un fenómeno embrionario, apenas perceptible? El estado en el cual se encontraba el movimiento anarquista de Buenos Aires en ese momento no despertaba grandes inquietudes. No era todavía la gran atracción periodística en la que se convertiría en pocos años; tampoco algo que preocupara a la policía. El anarquismo porteño en aquel entonces –como recordaría el tipógrafo Augusto Kühn, asiduo colaborador de El Obrero– no pasaba de ser un pequeño conjunto de individualidades remisas a cualquier forma de organización. Era un caótico "tole tole" cuyo único punto de unión, según Kühn, era su "guerra implacable" al socialismo.[237] Quizás por esto, solo los socialistas encontraron en el anarquismo un tema digno de verdadera atención, aunque su temprana obsesión por defenestrarlos tuviera el efecto paradójico de otorgarles una entidad que se intentaba negar. Por su parte, los anarquistas, al menos quienes participaban en la edición de El Perseguido, estaban encantados con la atención que se les prodigaba y, para devolver el favor, rara vez dejaron una agresión sin responder. Así, entre ataques y contraataques, socialistas y anarquistas, a comienzos de la década de 1890 forjaron una zona de intercambios polémicos cuya virulencia era en sí misma mucho más persuasiva y entretenida que la más racional de las motivaciones.

Horacio Tarcus llamó la atención sobre la importancia del anarquismo dentro del registro argumental de El Obrero. Era una oposición productiva que, según el propio autor, podía resumirse en un enfrentamiento entre "socialismo científico"

y “romanticismo anarquista”. Sin embargo, “romántico” es un término que no logra dar cuenta de la intensidad del rechazo. El anarquismo era percibido como un completo despropósito. Era vacuo y burgués, pero sobre todo irracional. Al diseccionarlo, los socialistas de El Obrero solo encontraban desvaríos: su noción de individuo, su renuencia a la organización estable y su enaltecimiento de la violencia. En realidad, el anarquismo era un escándalo frente al cual la pretendida cientificidad socialista encontraba un límite. Sin embargo, ese era su objetivo: explicarlo, tornarlo inteligible, para lo cual era más útil la sensibilidad hiriente de la prosa panfletaria que la más razonada de las explicaciones científicas.[238]

Bajo esa tensión se puede comprender el tono de “El socialismo científico y el anarquismo”, el primer artículo dedicado por El Obrero a esclarecer qué era el movimiento libertario. Al reconstruir la historia socialista, al anarquismo le cabía un lugar cercano al socialismo utópico ya que, al igual que este, fundaba su dogma en las ideas de “justicia eterna” y “moral social”. El peligro de este tipo de expresiones era su ambigüedad: “Cada uno entiende algo diferente”. Eso, en el mejor de los casos. A partir de allí, todo era presentado de un modo taxativo: un conjunto de “contradicciones e inconsecuencias”, un culto a la “permanencia del caos”, una negación de “la idea de progreso”, una “absurda fantasía” y una “poderosísima arma de la burguesía”. A su vez, el anarquista tomaba cuerpo cuando se lanzaba a la guerra a mano armada contra “cualquier próximo” como “loco irresponsable o fiera bruta”. En suma, quien profesara el anarquismo era una persona “poco ejercitada en el trabajo crítico del cerebro”. Se entiende así que para El Obrero “jamás un hombre pensador o un filósofo de ilustrada capacidad, ha confesado el anarquismo, simplemente porque es un absurdo la tal teoría anárquica”.[239] Como era de esperarse, la conclusión era que de ningún modo anarquistas y socialistas podían marchar juntos. Sin embargo, el propio argumento señalaba otra cosa: que en cierto modo eran inseparables.

Es difícil aventurar hasta qué punto estas parrafadas llenas de veneno podían interesar a nadie más que a los propios implicados. Con todo, hay señales de que despertaron inquietudes en algunos lectores. En febrero de 1891, el periódico publicó una carta procedente de La Plata. Su autor, un socialista, estaba desconcertado. Por un lado, los libertarios de su ciudad le habían hecho saber su disgusto con el artículo de El Obrero y, enardecidos, vociferaron terribles amenazas. Por el otro, y esto era lo más desconcertante, esos vehementes anarquistas –“toda gente muy mansa y buena”– no sabían explicar qué cosa era el ideal que profesaban.

Lo anterior brindó la oportunidad para una nueva ofensiva clarificadora. Al responder la carta, los socialistas científicos no mostraron sorpresa: “Que los anarquistas hubieran de gritar contra nosotros lo sabíamos”. Otra vez el anarquismo era irracional. La anarquía era imposible: “Salvo que quisiera retrocederse […] a los tiempos primitivos de la comuna autónoma, lo que felizmente sería imposible de llevarse a cabo”. La pregonada “política de los hechos brutales […] hiere los sentimientos de justicia en las masas del pueblo”.[240] Una semana más tarde, continuó la respuesta al socialista platense. La característica más saliente era la enorme incongruencia “que ha dado por resultado una confusión espantosa en los cerebros de esta pobre gente, poco acostumbrados a la crítica lógica”.[241]

Por lo general, estas posiciones de El Obrero seguían la línea de las discusiones que se estaban dando en el seno de la Segunda Internacional y, de no ser por la insistencia de los anarquistas de la ciudad por responder, probablemente las referencias locales habrían sido mucho menos visibles. De hecho, con notorio fastidio, en una ocasión, los redactores aclararon:

Nos vemos en cierto modo obligados de entrar en explicaciones polémicas, que no son de nuestro agrado, pero a [las] que nos empujan nuestros opositores, que como los anarquistas, enemigos de la ciencia y del desenvolvimiento lógico de las ideas, recurren al arsenal de la fraseología y se empeñan [en] aturdir a las masas de los trabajadores por medio de frases retumbosas, desprovistas de sentido común.[242]

Pero los anarquistas no solo leían y contestaban todo lo que se decía sobre ellos. También les gustaba desbordar la discusión escrita reclamando la organización de controversias públicas. En El Obrero, observaban que, llegado el caso, esas reuniones podían ser favorables para templar el espíritu de los propagandistas. Sin embargo, sostenían que el método tenía enormes inconvenientes: la multiplicidad de idiomas, la constante vociferación y lo reducido de los espacios disponibles. Como contrapartida, sugerían: “Proponemos a nuestro colega El Perseguido, que se dice periódico comunista-anárquico, [una] controversia por la prensa, como la hemos ya iniciado”.

Ningún intercambio alteraba el hecho de que el anarquismo era, para los socialistas, un engendro. Una calamidad que mezclaba dosis inciertas de pensamiento religioso, utópico, individualista, utilitarista en un molde disparatado, caótico, fantástico y antirrevolucionario. Sobre esta base, más allá de los disensos tácticos, El Obrero anticipó la explícita voluntad de excluir al anarquismo como interlocutor. Por otra vía, y al igual que el "liberalismo reformista" estudiado por Eduardo Zimmermann, el tratamiento que el periódico marxista dio a los anarquistas fue solidario con la propuesta de liberarse de ellos como precondición para el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores.[243] No resulta extraño entonces que, en ocasión del Congreso Socialista de Bruselas de 1891, El Obrero festejara la decisión de apartarlos de sus sesiones: "Con las expresiones más sinceras de que podemos hacer uso […] con esta resolución quedan al fin los anarquistas definitivamente expulsados del seno del grande partido socialista, para el cual eran un oprobio, una vergüenza". Los seguidores "del infeliz Bakunin" –agregaba– "no solamente han sido un oprobio y una deshonra para la clase proletaria, sino que han causado incalculables daños y perjuicios al movimiento proletario, a la agitación en pro de la emancipación de la clase obrera".[244]

Pero Buenos Aires no era Bruselas. Si bien denunciaron la decisión de los organizadores de expulsarlos, en la capital argentina los anarquistas no se sintieron amedrentados por lo que sucedía a miles de kilómetros. La realidad inmediata era diferente y, por mucho que los socialistas rehuyeran de las discusiones, se vieron forzados a dar explicaciones. Así se entiende que un 9 de mayo de 1891 un contrariado Carlos Mauli, colaborador de El Obrero, utilizara las páginas del periódico para denunciar que en El Perseguido se habían referido a su persona comprometiendo "su dignidad como hombre". Particularmente molesto le resultaba que el autor de dicha crónica se ocultara bajo el seudónimo "Un carpintero", cosa contraria "al buen sentido". Más que pedir una rectificación por la denuncia del carpintero anarquista –según la cual Mauli era un autoritario y un ladrón de fondos de huelga–, lo que resultaba indispensable, para llevar adelante la polémica, era develar la identidad del firmante: "Mi deseo es elucidar quién se oculta, pero los lectores, bajo una máscara, no saben quién es, siendo para un oculto todo lícito".[245] Semanas más tarde, desde del El Perseguido, en la columna "Tribuna Libre", Juan Vila reconocía ser el autor de la nota que tanto había ofendido a Mauli. Por supuesto que no lo hacía para retractarse, sino para reiterar la acusación.[246]

El "ida y vuelta" continuó durante varios números de ambos periódicos sin que

ninguna de las partes reconociera en la otra ni un ápice de razón. Sin embargo, un aspecto resulta llamativo. Algo había en la estrategia elegida por El Perseguido contra Mauli que hería sus sentimientos y lo obligaba no tanto a elaborar una defensa del ideal, sino de su propia honorabilidad. Lo que El Perseguido atacaba, cuando se dirigía a los socialistas, no era un sistema de ideas, sino un conjunto de prácticas y personas. De ahí que resultara, como en este caso, completamente natural en su lucha contra el socialismo científico invocar acciones concretas, momentos específicos y comportamientos puntuales. Acusando recibo de este dardo, lo prioritario para Mauli era defenderse de los ataques que lesionaban "su honor y dignidad de hombre".[247] El pequeño incidente refleja entonces con bastante claridad cierto desacomodamiento en la polémica, a la vez que ilumina, al menos parcialmente, que lo que estaba en juego no era solo la verdad de las ideas profesadas, sino también la dignidad de los propios militantes.[248]

La experiencia de El Obrero fue breve. Los disensos internos entre los redactores del periódico determinaron que el número 88, del 24 de septiembre de 1892, fuera el último en salir de la imprenta. Varios de sus redactores comenzaron a publicar El Socialista. Si bien dentro del universo socialista existían tensiones entre aquellos que pregonaban la centralidad de la organización gremial y los que impulsaban la creación de un partido político específico de la clase obrera, las posiciones en lo referente al anarquismo fueron muy similares. Así, resumiendo de algún modo lo analizado en este apartado, El Socialista clasificaba a los anarquistas como

un grupo compuesto por dos clases de gente; a saber[:] los locos e ignorantes que se resisten a estudiar y a indagar la verdad de las cosas y obrar como la sana razón dicta, y […] agentes disfrazados de la policía que aprovechan la locura de estos infelices para provocar barullo y hechos brutales, que pueden servir de pretexto para que la burguesía aplique la fuerza contra el proletariado, sobre todo contra los socialistas, a los que no puede derrotar por argumentos y razones y por eso los busca siempre atacar bajo cualquier pretexto, por las armas y la fuerza bruta.[249]

Más allá del avatar polémico que colocaba a los anarquistas por fuera del mundo

habitado por la razón, la inteligencia, el movimiento obrero y sus intereses, algo cierto latía en la apreciación de los redactores de El Socialista. Los anarquistas en la Argentina del 90 arremetieron contra los socialistas (y contra El Obrero en particular) dejando de lado el terreno del escrito doctrinario y descalificador sobre el cual Lallemant había basado su intento por volver inteligible el caos anarquista y, en efecto, blandiendo otras armas.

Dinamiteros y agentes provocadores

Cuando el 7 de abril de 1894 apareció el primer número de La Vanguardia, los atentados anarquistas en otras partes del mundo eran un tema instalado en la opinión pública porteña. Ese mismo día, La Prensa informaba en su Boletín Telegráfico que una bomba había estallado en un parque cerca de Praga y que en Suiza se estaban aprobando medidas contra los ácratas. Por otro lado, los telegramas de La Nación se detenían en los detalles de una serie de explosiones en París.[250] La coincidencia entre la primera publicación del semanario socialista y el clima que propiciaba la asociación entre anarquistas y actos de terror no fue ocasional. De hecho, durante la última década del siglo XIX y los primeros años del XX, existió un enorme grado de sintonía. Por un lado, La Vanguardia se nutrió de las imágenes de la prensa comercial para robustecer su arsenal polémico contra el anarquismo. Por otra parte, la diferenciación entre socialismo y anarquismo, que esa apropiación buscaba alimentar, tuvo efectos más allá de su impacto en el interior de ambas corrientes. Rara vez la prensa o la policía confundirían a un anarquista con un socialista y, cuando ese solapamiento se produjo, enseguida fue desmentido por los propios implicados.

Esta situación propició un cambio en las formas y contenidos de las polémicas ya que, a diferencia de sus antecesores, La Vanguardia fue mucho más permeable a los lenguajes y prácticas periodísticas de la llamada “prensa burguesa”.[251] De este modo, las informaciones sobre las bombas y los puñales que algunos anarquistas esgrimían en Europa –y que tanto encandilaban a los porteños lectores de noticias internacionales– fueron incorporadas por los socialistas de manera casi natural. El efecto que tuvo esa apropiación fue aligerar todavía más la dimensión argumental y doctrinaria de la disputa. Las farragosas y redundantes explicaciones doctrinarias de El Obrero sobre qué cosa era el anarquismo y cómo debía refutárselo casi no tuvieron cabida en La Vanguardia. Sí cobraron peso las crónicas internacionales, muchas de las cuales eran obtenidas de los partes telegráficos de los grandes diarios. Cuando La Nación y La Prensa dieron a conocer que en un bar de París había explotado una bomba que había dejado tuerto al poeta simbolista Laurent Tailhade, desde el primer número de La Vanguardia no tuvieron más que glosar la noticia para concluir que “los anarquistas solo buscan el exterminio de la gente, no la desaparición del

sistema burgués, dado que lo mismo arrojan bombas sobre los proletarios, que sobre los burgueses".[252]

Años más tarde, la presencia de la actualidad remota todavía cumpliría un papel importante en la caracterización del anarquismo. En septiembre de 1905, La Vanguardia se convirtió en diario y, emulando a los más grandes, incorporó una columna de telegramas propios. Allí, los atentados anarquistas continuaron figurando entre las noticias más frecuentes. Incluso una cuidadosa labor de titulación permitía, aunque mínimamente, editorializar la información que surgía del telégrafo.[253] Por ejemplo, el 3 de septiembre de 1905, en la Rambla de las Flores de Barcelona una mano anónima arrojó una bomba sobre la multitud de paseantes. Frente a ese hecho ocurrido a miles de kilómetros, el flamante matutino socialista eligió titular "locura homicida" y "sectarismo sangriento", de una manera mucho más agresiva que La Nación y La Prensa.[254]

Volvamos a 1894: como era muy probable que muchos lectores de La Vanguardia ya supieran de antemano quiénes eran Ravachol, Émile Henry o Auguste Vaillant, no hacía falta explicar demasiado. La Nación y La Prensa allanaban el camino con un repertorio muchísimo más convincente y vistoso que la mejor argumentación que el socialismo científico pudiera dar sobre su pregonada superioridad. En todo caso, lo que había que poner en evidencia era en qué medida esas decisiones podían afectar el desenvolvimiento táctico del socialismo. Es importante aclarar que, compartiendo cierto clima de época, el socialismo reconocía la existencia de otros anarquistas merecedores de más respeto. De hecho, el periódico fundado por Juan B. Justo les confirió cierta dignidad a algunos de ellos. Así, en 1895 esa actitud explica las trabajosas pero respetuosas refutaciones que ensayó Eduardo García de la reciente publicación en Buenos Aires de La conquista del pan de Kropotkin.[255] Sin embargo, con el auge global del pánico y la fascinación por los atentados anarquistas como trasfondo, a mediados de la década de 1890, la mayoría de los textos publicados contra el anarquismo tendieron a alimentar y explotar la ominosa figura del dinamitero. Con este propósito, los redactores del periódico socialista cedieron espacio en sus columnas a la traducción de la carta que el anarquista Antoine Cyvoct –preso en Nueva Caledonia por ser el presunto autor de un atentado contra un café en Lyon– había enviado al matutino La Petite République de París. Cyvoct compartía con sus camaradas lo que había aprendido en prisión: la acción violenta era contraproducente. Aún peor –algo que no podía importar menos a los socialistas– los atentados con bombas eran la negación de la promesa amorosa del anarquismo. Así, les recomendaba a otros anarquistas:

Dominad esa especie de sobreexcitación que os impide ver claramente la meta que buscáis, resistid esa especie de vértigo que os arrastra a los peores excesos, y comprended por fin que no es por actos de violencia, que despiertan la general reprobación, como se preparan las revoluciones, sino ganando los corazones y conquistando las conciencias.[256]

Los redactores de La Vanguardia no creían que la voz de Cyvoct pudiera ser escuchada por sus correligionarios de Buenos Aires. De hecho, el principal periódico anarquista de la ciudad, El Perseguido¸ no dedicó una sola línea para discutir lo que podía ser considerada la deserción de un antiguo camarada o una provocación socialista. Es probable, sin embargo, que esto último no fuera así. Si la pretensión socialista hubiera sido fastidiar a los anarquistas, podrían haber incluido una segunda carta de Cyvoct –publicada en el mismo número de La Petite République–, en la que encarecidamente solicitaba al presidente francés que le concediera una conmutación de la pena.[257] Como fuera, La Vanguardia no volvería a ser tan contemplativa. En las demás ocasiones que se refirió a los atentados, la estrategia fue mucho más frontal. El anarquismo no era solo un escándalo teórico sino un problema de orden político y social.

Por supuesto, la caracterización del anarquismo como esencialmente dinamitero también debía mucho a lo que producían las principales plumas del socialismo internacional. Cercanos a los lugares en los que se producían los atentados, los socialistas europeos fueron impiadosos con sus rivales y compañeros de causa. Por ejemplo, por esos días, Jules Guesde, diputado por el Partido Obrero de Francia, desde Le Figaro de París no dudaba en diferenciar tres tipos de anarquistas: los policías, los desequilibrados y los fantasiosos. Es imposible que los socialistas porteños desconocieran este “ensañamiento retórico”, como lo denominó Uri Eisenzweig.[258] Muestra cabal de ese tipo de predisposición combativa fue un artículo que La Vanguardia levantó de Lotta di Classe de Milán titulado, elocuentemente, “Anarquía dinamitera”. Según el artículo, el anarquismo tenía su epicentro en Francia, donde venía decayendo. Eso, hasta que la policía se dio cuenta de que lo necesitaba como aliado. Así, reverdeció y comenzaron las bombas.[259]

En Buenos Aires, el anarquismo, ya se ha visto, no era dinamitero. Los pocos

ácratas que habitaban la ciudad en la última década del siglo XIX en general reivindicaron los atentados, pero nunca tradujeron su simpatía en actos. En todo caso, lo suyo era el bombazo retórico. Incluso, capitalizando la celebridad de ciertos nombres, llegaron a bautizar algunos de sus periódicos como La Voz de Ravachol o Caserio.[260] Sin embargo, esa diferencia, más que señalar una falta de concordancia entre bombas y anarquismo, habilitó un espacio que bien podía ser explotado por unos y por otros. Los anarquistas pudieron disfrutar de su fama tremebunda. Los socialistas pudieron apelar a esa misma fama para cuestionarlos.

Si la figura del dinamitero no cuadraba en la realidad del anarquismo porteño, en rigor, lo que hacía era darle una entidad que de otro modo no habría tenido. Ese fantasma les servía para acrecentar su incidencia. Paralelamente, el texto de Lotta di Classe provocaba un desplazamiento hacia otra representación que con el tiempo demostraría ser mucho más cercana a la experiencia socialista. Según el artículo aludido, la policía francesa, con el pretexto de horadar al socialismo científico, habría echado mano de los anarquistas. Para ello, se habría sumergido en los bajos fondos con el propósito de reclutar a "locos, cretinos y delincuentes" dispuestos a cualquier cosa por un poco de dinero. Así tomaba cuerpo la idea de la participación de la policía en la preparación de atentados anarquistas y hacía su aparición oprobiosa en el vocabulario político del socialismo la figura del "agente provocador".

Como todo lo que tenía que ver con el anarquismo, esa figura se nutría de elementos diversos. En 1885, el exjefe de la policía parisina Louis Andrieux publicó sus Souvenirs d'un préfet de police, en los cuales se jactaba de haber financiado el periódico libertario La Révolution Sociale. En su opinión, esto había sido un gran acierto, ya que le permitía establecer una comunicación directa entre la sala de conspiraciones y la comisaría. A la vez, Andrieux narraba con lujo de detalles cómo había financiado el atentado –a mediados de junio de 1881– contra la estatua de Thiers inaugurada el año anterior en Saint-Germain-en-Laye.[261] Esta desembozada y provocativa confesión fue tomada como cierta por los socialistas argentinos y se volvió un tópico que retomaron una y otra vez durante la década.[262]

Sin una organización desarrollada, sin voluntad (ni capacidad) para insertarse en el mundo gremial, el anarquismo de la década de 1890 se presentaba a los ojos socialistas como un espacio poroso, predispuesto para la infiltración policial. El agente provocador era una de sus expresiones más problemáticas e irritantes. O

al menos así le gustaba evocarlo a Enrique Dickmann. Según sus palabras, el libertarismo –ese “azote del naciente movimiento gremial y socialista”– fue tierra fértil para la proliferación de agentes encubiertos, “pues el gobierno prefería la obra negativa y destructora del anarquismo” que la paciente labor organizativa y partidaria del socialismo.[263]

Denunciar los vínculos sombríos de los libertarios con la policía fue una tarea que los socialistas encararon con pasión. Aunque, a veces, por lo grotesco, casi ni tenían que esforzarse. Cuando en mayo de 1894 fue descubierto el supuesto complot que pretendía hacer volar por los aires “media ciudad con sus correspondientes habitantes”, los redactores de La Vanguardia aprovecharon la ocasión para burlarse tanto de los anarquistas que supuestamente lo habían urdido como de la acción policial. Con ese fin, se detenían en uno de los presuntos implicados, Alfredo Maresi, “el popular acordeonista y pianista de los cafés del Paseo de Julio, cuyo implacable odio contra la sociedad lo ha llevado a exponer su vida a combinaciones químicas… de ginebra marca Ancla y coñac Pajarito”. De todos modos, pese a lo insólito y chapucero del episodio, advertían: “Son datos que podrán servir de apéndice a la anarquía dinamitera”.[264]

Las intromisiones de anarquistas en reuniones y actos socialistas fueron otro terreno de disputa, muy irritante para los socialistas. El irrefrenable deseo ácrata de controvertir con “el socialismo-autoritario” fue percibido por los redactores de La Vanguardia como un auténtico engorro provocado por la policía. El 1º de mayo de 1894, los socialistas se predisponían a la conmemoración. Como era de esperarse, al promediar el acto los “estrafalarios anarquistas” ingresaron al local de la celebración, prorrumpiendo en incesantes gritos contra los “legalitarios”. Curioso fue observar –se quejaba La Vanguardia– que, al disertar los socialistas, un grupo de personas gritaban vivas a la anarquía y que cuando hablaban los anarquistas se oían vivas al socialismo. A este extraño comportamiento se sumó la detección de un “pajarraco” que había ingresado en compañía de un vigilante. El dudoso personaje fue interceptado por un socialista que le salió al cruce “bruscamente”: “Dígame ¿quién es ese vigilante que entró con usted?”. El interpelado apenas logró tartamudear unas palabras y se perdió entre el público.[265]

Para los socialistas, la cohabitación entre elementos anarquistas y policiales era un hecho probado. En noviembre del año siguiente, durante un acto en el Centro Socialista Obrero en el cual Tomás Hollway disertaba sobre el socialismo, la

provocación anarquista requirió la intervención policial. La conferencia terminó con ochenta socialistas detenidos. La conclusión de La Vanguardia fue que, tomando nota del peligro que comenzaba a representar el desarrollo del socialismo en el país, la policía, una vez más, se valió de los anarquistas para encarcelarlos:

Todos estos atropellos prueban que ya empieza en este país el período de persecuciones para el socialismo, que, como en todas partes, serán fáciles para la policía, gracias a la ayuda que le prestan los anarquistas de todas clases, es decir, los que ella paga, y los pobres de espíritu para quienes en la vociferación y en el bochinche están los medios más eficaces para la emancipación obrera.[266]

No es fácil confirmar si los socialistas creían sus propias denuncias sobre la relación entre la policía y los anarquistas. Lo que es innegable es que ese posible entendimiento fue explotado propagandísticamente, lo que permitía concertar en un mismo compás la injuria al contrincante y el efecto de delimitación entre corrientes. Resulta útil parafrasear a Guesde: si se consideraba que los anarquistas no eran más que “criminales vulgares, locos y agentes provocadores al servicio de la policía”,[267] no era extraño que se llamara a desconfiar de cualquiera que se asumiese como tal:

En donde se sospeche por parte de uno de los compañeros alguna tendencia anarquista, debe desconfiarse en el acto y tomarse medidas de precaución sin consideración ni miramiento alguno. El que se lanza hoy en día a la propaganda anarquista debe ser considerado como un agente provocador y tratado como tal sin consideraciones de ninguna clase.

La figura del agente provocador era de utilidad mayúscula para los socialistas. Tenía una enorme carga peyorativa, que obturaba cualquier forma de diálogo entre ellos. Pero también porque, a su manera, permitía explicar lo inexplicable: la irracionalidad de la conducta anarquista. Sin embargo, la idea de que los ácratas pertenecían a una suerte de subproletariado “explotado, mísero e

ignorante" –que vivía en el terreno de la pura necesidad, a tal punto que se "vendía" a la policía– abría la posibilidad de que no fueran responsables de sus actos. De acuerdo con una crítica "científica de los hechos" y como ya se ha señalado, las acciones anarquistas (los atentados o las provocaciones) podían ser leídas, junto con los robos, los suicidios y la prostitución, como una consecuencia funesta del propio orden social. Según La Vanguardia, "no son más que el efecto, las excreciones purulentas de la enfermedad que corroe el cuerpo".[268] En la arena polémica, este argumento estaba lejos de disculpar la acción anárquica, pero atenuaba su culpabilidad. Más que enemigos del orden social, eran una de sus lacras.

Desde ese punto de vista, el anarquismo entrañaba una consecuencia lógica y fatal del estado de cosas "actual", e inútiles eran las leyes represivas promulgadas al calor del temor que aquel inspiraba. El símil que sostenía este argumento era de orden epidemiológico: "¿Qué se diría de un cuerpo médico que ante la difusión del cólera morbus, por ejemplo, se atuviera solamente a curar a los atacados por el terrible mal, y dejase que se propagara al resto de la población por medio de aguas contaminadas?". La burguesía actuaba de ese modo absurdo y compulsivo, encarcelando y fusilando a los que robaban y mataban, sin considerar las condiciones determinantes que los impelían a ese comportamiento antisocial. Demostrando su enorme torpeza, los poderosos del mundo se extrañaban cuando

Uno de esos obreros, cegado por el dolor y la miseria, exasperado por las vejaciones que sufre a cada momento, se resuelve al fin como una fiera y vuelca sobre la sociedad todo el odio, todo el furor que esa misma sociedad le ha inculcado en su seno. ¡Ah! Cuando hay tantos infelices que se arrancan la vida con sus propias manos, no debe [uno] extrañarse de que alguien trate de dirigir el arma contra los demás. Se dice que los atentados anarquistas son el fruto de una propaganda descabellada. De acuerdo; pero esa propaganda no podría fructificar si no tuviese un terreno preparado para ello.[269]

De este modo, la única solución posible al desafío planteado por el tándem anarquismo-burguesía era la transformación social por vía política propuesta por el socialismo: "Nosotros creemos que semejantes crímenes, los del anarquismo

como los de la burguesía, solo son posibles en una sociedad semi-bárbara como la actual". Frente a ese estado de cosas, el socialismo emergía como la única cura posible a los males sociales.

Además, se percibe fácilmente el eco de los postulados de la criminología tan en boga en el cambio de siglo. De hecho, no es extraño que los socialistas celebraran, por ejemplo, la publicación en Buenos Aires de Los anarquistas de Lombroso. Tampoco es de extrañar que el médico José Ingenieros fuera quien encarnase ese cruce entre determinismo social extremo y socialismo. En una fecha tan significativa para anarquistas y socialistas como lo era el 1º de Mayo, La Vanguardia incluyó un texto de Ingenieros que resumía lo que, según su interpretación, explicaba el fondo mismo de la conversión al anarquismo de innumerables proletarios alrededor del mundo:

Llega un día en que la siniestra Miseria, tristemente aconsejada por la ignorancia, despierta en el cerebro de la víctima un sentimiento de venganza, armando la mano del desgraciado para que hiera en desagravio de sus desventuras. La bomba estalla, el puñal punza; una emperatriz o un príncipe, un presidente o un banquero –personalmente virtuosísimo, pero que simboliza el principio de la autoridad– es inmolado por un fanático que la obsesión de la Miseria y la Ignorancia ha transformado en verdugo.[270]

Impiadosa o exculpadora, la caracterización de los socialistas, una vez más, no tuvo como consecuencia abismar sus vínculos con los anarquistas. Más bien todo lo contrario. Al intentar despejar la bruma irracional que supuestamente los envolvía, no pudieron evitar que se sintieran interpelados e invitados a dar su respuesta. Acusados de dinamiteros, de agentes provocadores o inconscientes víctimas del sistema, los anarquistas recogieron gustosos el guante.

El anarquista conquistado

El 23 de julio de 1898, un polemista nato como José Ingenieros remitió a la redacción de La Vanguardia una carta en un tono de infrecuente amabilidad en él. Reaccionaba contra la virulencia característica en las discusiones entre los anarquistas y los socialistas. Ni unos ni otros estaban observando las nociones mínimas de respeto debido al adversario y, la mayoría de las veces, las polémicas derivaban en “la injuria”, “la mentira” y “el insulto grosero”, como si esos ardides oratorios “pudieran servir de argumentos”. Para fundamentar su opinión, Ingenieros se detenía en un debate sostenido entre redactores de La Vanguardia y el periódico libertario L’Avvenire, cuyo motivo inicial ya nadie recordaba. Era evidente que de esa forma sería imposible que se convenciera a nadie de su error: “No es con esa fraseología estercoraria [sic] que los anarquistas convencerán a alguien de que están en lo cierto y los socialistas en su error, por otra parte no es retribuyéndoles una dosis análoga que probaremos a los anarquistas tener razón y no ellos”.[271] En el mismo sentido se expresó el médico libertario Emilio Arana al sostener que la superioridad de la propia doctrina debía demostrarse con belleza, bondad y sencillez, sin volcar sobre los adversarios “gritos desentonados” o “vaciando palabras sucias”.[272]

Las invitaciones a la moderación de Arana e Ingenieros no fueron escuchadas por sus correligionarios. Las polémicas entre anarquistas y socialistas ganaron espectacularidad y visibilidad gracias a encuentros de controversia públicos bien organizados, aunque nunca dejaron de escenificar cierta violencia. A comienzos del siglo XX, cada corriente dispuso sobre los escenarios a sus mejores propagandistas para que participaran en vistosos duelos oratorios. Ese tipo de interacciones ya no serían para cualquiera. En parte por el arte discursivo y performativo: requerían capacidad retórica, verba filosa y velocidad en la respuesta, además de un sólido conocimiento doctrinario.[273] Sus protagonistas eran –en palabras del anarquista Diego Abad de Santillán– “hombres muy capaces para la tribuna”.[274] Hubo quienes incluso se convirtieron en especialistas de este género. Por ejemplo, el socialista Nicolás Repetto, que no era famoso por su carisma, en el Almanaque de la Vanguardia de 1908, fue presentado como “la bête noire de los anarquistas porteños a los que solía zurrar de vez en cuando con metafóricos garrotazos durante aquellas memorables

conferencias de controversia que nadie ha olvidado aún".[275] Igual de beligerante y ensalzada era (al poco tiempo de la partida de Pietro Gori) la evocación anarquista de su paso por Buenos Aires:

En los primeros tiempos de estar Gori aquí, los anarquistas buscamos a las cabezas parlantes del Partido Socialista, las retamos a discusión, pero callaron como muertos. Gori en mil asambleas les tiró la lengua, les pinchó, les acosó en todos los sentidos, pintó ante los ojos del proletariado de este país con los feos colores de la realidad el cuadro antipático y mal oliente del corrompido y aburguesado socialismo democrático europeo, y pulverizó con argumentos mil las teorías marxistas sin que las cabezotas argentinas afectas al partido socialista que hoy despampanan como chorlitos se dieran por aludidas y defendieran su fe en buena o mala lid.[276]

La expectativa por presenciar el cruce entre grandes propagandistas del socialismo y del anarquismo llevó a un cronista de La Prensa a asistir al sostenido por el diputado socialista italiano Dino Rondani, de visita en el país, y el periodista libertario Félix Basterra. El encuentro se llevó a cabo en Balvanera, durante septiembre de 1902, en un atestado Teatro Doria. De acuerdo con un orden preestablecido, el primero se encargaría de exponer las virtudes de la lucha parlamentaria; el segundo, de refutarlas. Rondani se explayó sobre la experiencia italiana que, según él, había mostrado las virtudes del socialismo científico. En un momento dado, se dirigió al público: "¿Queréis tener el derecho de reuniros libremente y gozar de garantías de ciudadanos?". La respuesta afirmativa parecía indicar que el ambiente le era favorable. Entretanto, Basterra se empeñaba en dar sustento a sus ideas contrarias a la táctica electoral remitiéndose a la historia del socialismo desde Charles Fourier hasta Karl Marx. Frente a lo concreto del discurso de Rondani, la disertación de Basterra resultó errática, hueca, incluso para sus propios camaradas. La crónica anarquista dejaba ver cierta pesadumbre por el desempeño de su representante, al que excusaron por el clima hostil de un público mayoritariamente socialista y porque los contendientes hablaban en idiomas diferentes.[277] Por su parte, la narración de los hechos de La Prensa, de franca preferencia por los socialistas, agregó que cuando Rondani ya tenía contra las cuerdas a Basterra, "no pudo continuar desarrollando su tesis porque se produjo un tumulto en un palco, de donde se arrojaron sillas sobre los

conferenciantes y también sobre el público que a su vez repelió la agresión devolviendo gritos, insultos y las sillas".[278]

Es difícil saber en qué medida escenificaciones semejantes pudieron convencer a alguien de que la idea del rival era superior a la propia. En carta al intelectual libertario Pascual Guaglianone, amigo suyo, José Ingenieros ponía de relieve ese aspecto del problema. Las polémicas orales o escritas, sostenía, no tenían utilidad alguna. En ellas las ideas no desempeñaban un papel destacado; solo primaba la habilidad del que las emitía y el "apriorismo sectario" actuaba en "detrimento del pensamiento crítico".[279] En ese contexto, llegado el caso de que un socialista se volcara al anarquismo, y viceversa, el cambio no se debía a una convicción razonada, sino que habría ocurrido por "pasiones y disgustos personales". Por último, la justificación de ese cambio ante los excompañeros y los nuevos "co-apóstoles" era puramente instintiva, no racional. Quizás por respetar los códigos de una amistad que venía de tiempo atrás, Ingenieros omitió recordar en su carta que el propio Pascual Guaglianone era uno de esos conversos. En su faceta de propagandista activo del socialismo durante los últimos años de la década de 1890, en noviembre de 1899 fue presentado triunfalmente por los anarquistas de La Protesta Humana como uno más de los suyos.[280]

El caso de Guaglianone no fue el único. En efecto, a comienzos del siglo XX, algunos de los principales publicistas anarquistas tenían un pasado que los vinculaba tanto al Partido Socialista como a La Vanguardia. Las explicaciones del fenómeno fueron diversas. Por ejemplo, Leopoldo Lugones, un exsocialista, lo atribuía a que el anarquismo estaba de moda.[281] Pero no solo algunos socialistas se hicieron anarquistas. Las conversiones en sentido inverso tampoco fueron inusuales. En uno y otro caso, el movimiento que arrebataba un militante al adversario hizo gala de lo que se consideraba una victoria digna de ser publicitada en su prensa, mientras que aquel que lo perdía denunciaba la traición.

La reorientación ideológica trastornaba una fibra muy sensible de la cultura política en la cual ambas corrientes participaban. Era un contrasentido a lo que se consideraba debía ser definitivo: la conversión al socialismo o al anarquismo.[282] En palabras de Marc Angenot, esa conversión tenía que suceder como "un encuentro sorpresivo impensado", pero sobre todo "[dar] vuelta y compromet[er] sin retorno a quien ha sido el testigo y el objeto".[283] En efecto, algunas de las principales plumas del socialismo y el anarquismo de Buenos Aires testimoniaron ese momento crucial en el cual accedieron a una verdad nueva. En

la estructura dramática que sostenía a este tipo de narrativas era inconcebible una vuelta atrás. Cuando Juan B. Justo rememoró la forma en la cual se hizo socialista, no dejó dudas de que se encontraba frente a un suceso único e irrepetible en su vida.[284] Enrique Dickmann, al recordar el incidente que lo llevó al calabozo en compañía de Justo, no dudó en resumir esa experiencia como un “bautismo”.[285] Bautismo, pero de “sangre”, fue el que ungió a la libertaria Juana Rouco Buela cuando, en 1904, observó una carga policial contra un grupo de manifestantes.[286] Ese acontecimiento selló su biografía. Finalmente, Alberto Ghiraldo, en su autobiografía novelada, resumía en su alter ego Ruggero Aicardi los efectos que tuvo en él la palabra de un orador anarquista: “Revelación”.[287] Compartir la propia conversión no era cualquier cosa y a ello se abocaron no solo quienes tenían una larga trayectoria en algún movimiento político, sino que, entre otras cosas, era un poderoso insumo de propaganda del cual se nutrían las páginas de la prensa militante. Se entiende entonces que buscar nuevos rumbos, una vez atravesado ese umbral, fuera considerado una traición por quienes hasta el día anterior habían sido compañeros. De igual modo, era entendible que el bando ganador lo publicitara como un triunfo.

El converso no era aquel que había vivido en las brumas de la indiferencia, sino aquel que se había equivocado y que en ese momento estaba dispuesto a admitirlo en público. Uno de ellos fue Aquiles Peracchi, quien se confesaba: “He creído en el deber de apartarme del anarquismo y declarar públicamente, para que lo sepan todos los que me conocen, que de hoy en adelante seré un socialista”.[288] Como tantos otros –continuaba–, “se había dejado llevar por la propaganda anarquista”, creyendo que el socialismo era “una mistificación” y sus seguidores unos “vulgares ambiciosos”. Gracias a la lectura de La Vanguardia se había dado cuenta de su error. También el rutinario espectáculo de las intrusiones ácratas en reuniones socialistas le hizo “abrir los ojos”. Su conclusión, que no revelaba alto vuelo doctrinario, era que “los anarquistas en su mayoría son unos desvergonzados sin conciencia, más autoritarios que los mismos burgueses”.

Otros testimonios daban cuenta de un costo político y emocional mayor. El mecánico electricista Francisco Cúneo, que en 1914 llegaría a ser diputado por el Partido Socialista, fue hasta mediados de la década de 1890 un esclarecido anarquista. Una vez que se pasó al socialismo, sus excamaradas se ensañaron con él y durante más de un año lo hicieron blanco de sus ataques. “Vengo siendo objeto de las más ruines calumnias”, comentó en un artículo en La Vanguardia,

ante lo cual decidió hacer un pormenorizado repaso de su vida y explicar las razones de su cambio de ideas.[289] Cuando era un joven que todo lo ignoraba, cayeron en sus manos varios folletos y periódicos libertarios que, con “frases sentimentales y conmovedoras”, lo convencieron de que no había diferencias entre un burgués y un socialista. No obstante –aclaraba–, había madurado; comprendió mejor aquello que había despreciado y se dio cuenta de que el socialismo era superior. Más allá de todo, lo que motivaba sus aclaraciones no era la crítica razonada del pensamiento anarquista, sino el plan de desenmascarar a sus cabecillas, “unos vividores que en la forma anárquica ‘todo es de todos’ han hallado la mejor justificación para sus fechorías”. Eran personas que vivían sin trabajar y que pregonaban la expropiación, aunque solo expropiaran a los pobres. Jugando con las imágenes que los socialistas hacían circular sobre los anarquistas, Cúneo agregaba que no era extraño ver a esos “demoledores de la sociedad” confraternizando con la policía. Lógicamente, los anarquistas acusaron recibo de la carta y, desde las páginas del periódico proterrorista Caserio, calificaron su torsión ideológica de “apostasía”. La nota se deshacía en insultos para el periódico “manflora” de los “sucia-listas” y contra varias personalidades socialistas: el “alcahuete” de Adrián Patroni, el “maula” de Carlos Mauli y el “títere” de Cúneo. En términos teóricos, la recusación era mínima: “En su comunicado habla de cabecillas anarquistas: ¡qué bruto!”.[290]

La descalificación de quienes abandonaban las filas de uno y otro lado podía darse en gravísimas circunstancias, como lo ilustra el caso del socialista Eduardo García, que formó parte del grupo inicial de redactores de La Vanguardia. Allí, escribió numerosos artículos doctrinarios, algunos destinados a criticar al anarquismo. Hasta que, de forma imprevista, en 1895 abandonó el socialismo, cambió el García por Gilimón y se convirtió en un animador central del movimiento libertario porteño hasta por lo menos 1910.[291] Al conocerse su renuncia, el semanario socialista publicó un suelto en que lo denunciaba no solo por traidor, sino por ladrón:

El individuo Eduardo García ha desaparecido de esta ciudad, llevándose sumas de dinero pertenecientes a La Vanguardia, y otras destinadas a la propaganda. Ponemos esto en conocimiento de los obreros del país y de España, para que no se expongan a ser defraudados por ese desgraciado, que tan mal ha correspondido a la confianza depositada en él por los que lo consideraban su compañero.[292]

Como aseguraban los redactores, el pesar por la turbia salida de Gilimón no estaba motivado por el dinero faltante. Tampoco por el militante perdido, sino por ser un acto moralmente ultrajante, una “triste experiencia”, de la cual los socialistas se hacían en parte responsables:

No es extraño que en nuestra organización, abierta a todo el mundo, pueda introducirse algún individuo de intenciones torcidas. Pero siempre es doloroso ver confirmada esa sospecha y mucho más cuando en el culpable hemos depositado nuestra confianza. En el presente caso nuestra ligereza o nuestro error ya han traído su consecuencia.[293]

Por otra parte, denunciar a Gilimón no sirvió demasiado y, al parecer, generó algunos lamentables equívocos. Como nadie quería que lo confundieran con el traidor, mucho menos aquellos que tenían la desgracia de apellidarse igual, los redactores del periódico socialista publicaron otro suelto, esta vez aclaratorio:

Nuestro estimado compañero Mariano García, uno de los más viejos en la propaganda, que fue tesorero de la antigua Agrupación Socialista, y socio fundador del Centro Socialista Obrero, al cual ha prestado muy buenos servicios, desea no ser confundido con Eduardo García, que defraudó fondos destinados a La Vanguardia y a otros fines de propaganda.[294]

Algunos años después, el asunto de su súbita conversión resurgió, en una estocada ad hominem, a propósito de una polémica escrita entre Eduardo Gilimón y el socialista Pasqualetti que, como tantas otras veces, versaba sobre la acción política y la emancipación proletaria. A lo largo del intercambio se le reprochó la traición, frente a lo cual Gilimón se vio obligado a aclarar:

En una discusión de teorías sociológicas y de un modo así como traído de los cabellos, trátaseme de vilipendiar de nuevo en La Vanguardia […] y de sugerir sospechas en mis compañeros respecto de las intenciones con que a las ideas anarquistas me he afiliado. […] No tomo en cuenta nada de lo que de mí se dice y pueda en lo sucesivo decirse, en vista de la manifiesta mala intención con que tales ataques se me dirigen y además porque no creo que en un periódico propagandista de ideales se deban introducir asuntos personales. […] Vosotros seréis suficientes jueces –y todos los anarquistas– en las manifestaciones o hechos que pudiera yo realizar y que no encuadraran en los ideales y prácticas anarquistas.[295]

Estos ejemplos iluminan una zona indeterminada y fluida, algo recurrente en las interacciones entre anarquistas y socialistas. Era inevitable. En 1902, llegó a La Vanguardia la información de que el excompañero Pascual Guaglianone se había presentado como socialista en una conferencia en Rosario: según una nota indignada, era el "lobo con piel de cordero".[296] Al poco tiempo, se enteraron de que Alberto Ghiraldo había hecho lo mismo. Las dos mudanzas eran presentadas como escandalosas. Lo importante era que se dificultaba la tarea de denominarlos: "Nos fastidia a nosotros no saber cómo llamarlos. Porque cuando les conviene se llaman anarquistas. Otras veces disfrazan la palabra y se llaman ácratas; otras veces socialistas libertarios y otras se proclaman verdaderos socialistas".[297] Por su parte, desde La Protesta Humana se desestimó la posibilidad de que dos sólidos camaradas estuvieran ocultando su verdadera identidad: "Ghiraldo y Guaglianone, dos prófugos del campo socialista, conocen demasiado el paño legalitario para envolverse en él".[298]

Cierto o no, el caso de los anarquistas que se hacían pasar por socialistas era sintomático. Quizás, después de todo, no fueran tan distintos. Desde la perspectiva socialista, era un hecho que el anarquismo poco a poco se estaba ablandando y girando hacia posiciones reformistas. Eso, en el marco de las polémicas y controversias, no implicaba una amistosa bienvenida. En La Vanguardia, calificar a los anarquistas de "socialistas" tenía un indudable tono de burla. A su vez, estos anarquistas devenidos socialistas podían ser una mala versión, pero también demostraban que el viraje podía obrarse (muy a gusto con los socialistas) evolutivamente: "Quién lo creería, la idea madre anarquista ha degenerado en una copia del socialismo".[299]

En 1902, los anarquistas se habían impuesto en el congreso de la FOA, tenían un conjunto de publicaciones estables y un equipo de colaboradores más que respetable –muchos de ellos, provenientes del socialismo–. Y no solo sostenían la táctica organizativa, sino que abogaban por formas de intervención que –aunque de fuerte beligerancia, como la huelga general– eran mucho menos espasmódicas que el atentado y su glorificación. Si bien desde el socialismo era mucho lo que debían recorrer aún para ser completamente afines, quedaba demostrado que estaban bien orientados. Los anarquistas de antaño, los únicos dignos de ese nombre, denostaban la organización por considerarla una encarnación acabada del principio de autoridad. Por el contrario, para Jacinto Oddone, "todo lo que antes combatían los anarquistas hoy [los anarquistas contemporáneos] lo aceptan, y nos alegramos porque demuestran dejar a un lado el sectarismo para seguir evolucionando hasta llegar a encauzarse en la corriente de nuestras teorías".[300] En una línea similar se expresaba otro socialista:

En efecto, en un tiempo los anarquistas no admitían más que la insurrección violenta, como único medio para alcanzar el fin […] no reconocían la utilidad de la organización, […] no querían jefes en el sentido humano de la palabra […] y no se admitía siquiera que los anarquistas, con sus asociaciones, o grupos, como quiera llamárselos, con sus periódicos, la unidad de su programa y de sus medios de acción y métodos de propaganda, constituyeran un partido. ¿Y ahora? [¡]Ah! Todo ha cambiado, y por suerte nuestra, todo o casi todo ha sido revisado y corregido. […] Todo esto es consolador para nosotros: porque indica que es bueno el camino que seguimos […] es un camino semejante para ellos.

El articulista, que firmaba con el seudónimo Fulano, concluía sin ahorrarse provocación: "Vaya compañeros de fe, haced el paso y saltad el foso y venid completamente a nosotros, os encontraréis mejor".[301] Por supuesto, los anarquistas no estaban dispuestos a saltar el foso ni cosa parecida. La respuesta a este tipo de caracterizaciones e invitaciones resultó frecuente en La Protesta Humana. De hecho, con el seudónimo de "El otro fulano", un anarquista intentaba desmentir uno por uno los argumentos del socialista que "con marcada insistencia hemos oído más de una vez". Lo específico de los ácratas era que querían a toda costa la revolución, que "ningún cambio político ha traído bienestar al pueblo y mucho menos el sufragio universal, que ningún periódico

libertario serio ha combatido la organización”, y así sucesivamente:

Así pues, Fulano, desconsuélese, porque todo esto no indica que sea bueno el camino que los socialistas siguen, sino que nosotros no nos hemos movido del nuestro, ni hemos hecho evolución alguna hacia el suyo, y menos espere ese salto al foso, como V[d]. dice, porque ese es el salto a la urna y no estamos dispuestos a morir llevando con nos nuestros ideales, sino por el contrario, a hacerlos triunfar.[302]

Pese a esta autodefensa, la paradójica acusación de que los anarquistas progresivamente se volvían socialistas no dejó de ser habitual en La Vanguardia durante los primeros años del siglo XX. En la misma carta a Guaglianone, en la cual sentenciaba negativamente el destino de las controversias, Ingenieros se esforzaba por argumentar que tras la retórica insurreccional anarquista se escondía, en realidad, un módico reformista:

Por más que quieras seguir cacareando que ustedes son revolucionarios y nosotros archidormideras, el hecho es que los inteligentes de tus filas se vuelven poco a poco, y sin darse cuenta de ello, reformistas. […] No me dirás, por ejemplo, que las sociedades de resistencia que organizas tienen por objeto convertirse en batallones el día de la revolución social [R. S.]; no, hermano, no embromes: lo único que harás, no obstante, tus 200 atmósferas de presión anarquista, será alguna huelguita para mejorar las condiciones del trabajo, o influir para que los burgueses otorguen reformas para el bien del obrero. […] Si hablas alguna vez de la R. S. y del comunismo anárquico, lo haces convencido de que es algo remotísimo, a lo cual no crees que pueda llegarse sino por una serie de etapas, en las que se transforme el ambiente, y los individuos vayan adaptándose a condiciones de vida cada vez superiores.[303]

En lo inmediato, los hechos parecieron darle la razón al perspicaz Ingenieros. Los anarquistas de Buenos Aires, por lo menos en su encarnación más evidente, dejaron de pregonar las bondades de la bomba y el puñal, para comenzar una

intensa y cotidiana labor de organización cultural y gremial. Incluso intelectuales "faro" del anarquismo, como Pietro Gori, sostuvieron que podían obtenerse mejoras paulatinas más allá del finalismo revolucionario. Sin embargo, la percepción positiva sobre la mutación del anarquismo se fue ensombreciendo paulatinamente. Por ejemplo, en una jornada de controversia de 1902, Dickmann se expresó en ese sentido. Observados desde la perspectiva anarquista, sus argumentos fueron los siguientes:

Dijo, en esencia, que los anarquistas han evolucionado, ya que ayer su táctica fue antiorganizadora, mientras que hoy aceptaban hasta la presidencia en las sociedades; que antes rechazaban el boicot y ahora era aceptado, aunque bastante exageradamente; que en otros tiempos eran enemigos de las cooperativas obreras, en tanto que hoy las toleraban. Que las huelgas eran casi desastrosas. Que los anarquistas perdíamos el tiempo en combatir a los socialistas. Dijo muchas otras cosas sin importancia. Nos tachó de pamplineros, de desorientados, de enemigos de la práctica y de hombres reñidos con el buen sentido, empleando para esto toda una ironía de magister que concede perdones.[304]

En noviembre de 1902, la mirada benevolente de los socialistas con respecto a los anarquistas se terminó definitivamente. La declaración de la huelga general por parte de la FOA conducida por anarquistas, la aprobación de la Ley de Residencia y el estado de sitio decretado el 24 de noviembre probaban que difícilmente existieran mejores versiones del anarquismo. Solo quedaba la esperanza de que por fin se extinguiera. Algo que creían estaba sucediendo en 1903. Quien alguna vez había sostenido la ilusión de una transformación social repentina, quien había ensalzado los ideales libertarios, "comprenderá que debe abandonar por completo los lirismos estériles y las pamplinas anarquistas si quiere ser capaz de librarse de la infame explotación a la que hoy está sometido". Ese cambio, siempre según esta perspectiva, estaba en marcha: "Ya se está operando una reacción contra la charla hueca y completamente inofensiva. Los cultores de la frase y de la mímica ven reducir el número de sus cándidos oyentes". En conclusión: "Los anarquistas pierden terreno, y esto es inevitable".[305]

El vaticinio no resultó confirmado. El movimiento anarquista continuó teniendo

un peso social y cultural relevante, por lo menos durante el resto de la década. Sin embargo, no era lo descriptivo de las palabras lo que tenía mayor importancia. En realidad, la palabra tenía el valor de un arma en el intento por neutralizar polémicamente a lo que se consideraba un tenaz oponente al socialismo. Más allá del peso que ese propósito tuviera en la conformación de una cultura política compartida y autosuficiente, si se pone en perspectiva esa coyuntura, los socialistas participaron en los muchos esfuerzos que tuvieron lugar en Buenos Aires por dominar interpretativamente un fenómeno social y cultural que se presentaba esquivo y sorprendente. La relación de proximidad que los unía a los anarquistas no hizo más fácil la tarea, sino que le agregó más indeterminación y confusión. El anarquismo era muchas cosas, quizás demasiadas, incluso una versión del socialismo. Avizorando las dificultades que entrañaba la tarea de entender qué escondía la palabra “anarquista”, un pequeño artículo publicado en La Vanguardia en 1896 reconocía: “Es muy difícil dar con el anarquismo-tipo, porque cada anarquista guarda en su pequeño cacumen un plan de sociedad futura, y ve y aprecia las cosas de una manera propia y diferente a la de los demás”.[306]

▪

[226] Enrique Dickmann, Recuerdos de un militante socialista, ob. cit., p. 69.

[227] En 1910, a pedido de La Nación, Juan B. Justo bocetó la historia del socialismo en la Argentina. En su extenso recorrido, que remontaba los orígenes del movimiento socialista a 1810, a la hora de ajustar cuentas, no dudó en caracterizar la teoría anarquista como “literatura hiperbólica y sentimental”, como “frase pura y simple”. Sin embargo, a diferencia de lo que pensaban otros destacados socialistas, para Justo, el anarquismo supo “despertar y difundir en la clase trabajadora ese sentimiento de solidaridad colectiva” (“El socialismo argentino”, en La realización del socialismo, Buenos Aires, La Vanguardia, 1947, pp. 224-225).

[228] “Desorden en el Vorwärts”, LP, 2 de mayo de 1897.

[229] “Asamblea tumultuosa”, LN, 25 de agosto de 1898.

[230] Eduardo Gilimón, ob. cit., p. 39.

[231] “Esbirros sin montura”, LV, 2 de febrero de 1900.

[232] Ese rasgo competitivo no ha recibido mayor consideración en una historiografía mucho más atenta a las tensiones teórico-doctrinarias que a los rasgos compartidos. Una excepción puede encontrarse en el trabajo de Juan Suriano que –a falta de un mejor nombre– se refiere a “campo socialista” para dar cuenta de ciertos motivos y registros compartidos entre el socialismo y el anarquismo. Así, para Suriano, “campo socialista”, designa al “conjunto de las fuerzas que componían el espectro de la izquierda finisecular. Se entiende en su acepción más amplia que involucra a todas aquellas tendencias que sostenían la necesidad de activar un núcleo político con el objeto de orientar y definir el rumbo del movimiento obrero” (Anarquistas. Cultura y política libertaria…, ob. cit., p. 59).

[233] Se sigue aquí a Marc Angenot, “Anarchistes et socialistes: 35 ans de dialogue de sourds”, en Michel Murat, Jaqueline Dangelet y Gilles de Clerq, La parole polémique, París, Champion, 2003, p. 450.

[234] José Aricó, “Para un análisis del socialismo y del anarquismo latinoamericanos”, en La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 39.

[235] “Se necesitan anarquistas”, LV, 10 de junio de 1899.

[236] Sobre distintos aspectos del periódico y su ciclo vital, véanse: Horacio Tarcus, Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, pp. 184-195; Ricardo Martínez Mazzola, “Campeones del proletariado. El periódico El Obrero y los comienzos del socialismo en la Argentina”, Políticas de la Memoria, nº 4, verano 2003/2004.

[237] Augusto Kühn, “Apuntes para una historia del movimiento socialista en la República Argentina”, Políticas de la Memoria, nº 5, verano 2004/2005, p. 124.

[238] Como sostiene Angenot, el discurso panfletario se esfuerza por “restablecer una transparencia de evidencia” con respecto al objeto de su inquina (La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes, París, Payot, 1982, pp. 338-339).

[239] “El Socialismo científico y el anarquismo”, EO, 17 de enero de 1891.

[240] “Contra el anarquismo”, EO, 28 de marzo de 1891.

[241] “Contra el anarquismo (conclusión)”, EO, 4 de abril de 1891.

[242] “Los anarquistas y nosotros”, EO, 11 de abril de 1891.

[243] Eduardo Zimmermann, Los liberales reformistas, ob. cit.

[244] “El congreso de Bruselas”, EO, 3 de octubre de 1891.

[245] Carlos Mauli, “Comunicado”, EO, 9 de mayo de 1891. La nota a la cual daba respuesta Mauli apareció con el título “Más sobre abusos”, EP, 19 de abril de 1891.

[246] Juan Vila, “Tribuna Libre”, EP, 31 de mayo de 1891.

[247] Carlos Mauli, “Tribuna Libre”, EO, 4 de junio de 189.

[248] Véase Sandra Gayol, Honor y duelo en la Argentina moderna, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008. Si bien su estudio está centrado en el recurso al honor en las élites políticas y sociales, ha sido importante para captar el tenor de la ofensa de Mauli.

[249] “Correspondencia”, El Socialista, 9 de abril de 1893.

[250] “Boletín telegráfico”, LP, 7 de abril de 1894;“Telegramas”, LN, 7 de abril de 1894.

[251] Véase Juan Buonuome, “Los socialistas argentinos ante la ‘prensa burguesa’. El semanario La Vanguardia y la modernización periodística en la Buenos Aires de entresiglos”, Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, 3ª serie, nº 46, primer semestre de 2017, pp. 147-179.

[252] “La campaña anárquico-burguesa”, LV, 7 de abril de 1894.

[253] Sobre la incorporación de los telegramas y la modernización de La Vanguardia, véase Juan Buonuome, Periodismo militante en la era de la información. La Vanguardia, el socialismo y los orígenes de la cultura de masas en Argentina, tesis doctoral, Buenos Aires, Universidad de San Andrés, 2016,

pp. 103-106.

[254] “Telegramas”, LV, 5 de septiembre de 1905.

[255] “Anarquía y socialismo. La conquista del pan”, LV, 6 y 13 de julio de 1895.

[256] “Un anarquista a sus compañeros”, LV, 5 de mayo de 1894. La carta de Cyvoct fue publicada originariamente en La Petite République el 21 de marzo de 1894.

[257] “Un lettre de Cyvoct”, Le Petite République, 21 de marzo de 1894.

[258] Uri Eisenzweig, ob. cit., p. 79.

[259] “Anarquía dinamitera”, LV, 19 y 26 de mayo de 1894.

[260] La voz de Ravachol. Periódico Comunista Anárquico apenas alcanzó a publicar un número el 11 de noviembre de 1895, mientras que Caserio. Periódico Comunista Anárquico apareció en dos ocasiones. La primera el 14 de febrero de 1896 y la segunda el 18 de abril de 1896.

[261] Jean Maitron, Le mouvement anarchiste en France I. Des origines à 1914, París, Gallimard, 1975, p. 141.

[262] “La policía y la política”, LV, 12 de septiembre de 1896; “La conferencia anti-anarquista. Datos curiosos de la policía”, LV, 18 de febrero de 1899.

[263] Enrique Dickmann, Recuerdos de un militante socialista, ob. cit., p. 67.

[264] “Noticias de la semana. Locura sobre un atentado, complot”, LV, 26 de mayo de 1894.

[265] “Primero de mayo. Nuestras reuniones”, LV, 5 de mayo de 1894.

[266] “Ochenta socialistas presos. La alianza anárquico-policial”, LV, 2 de noviembre de 1895.

[267] “Hay que diferenciarse. Trabajadores y anarquistas”, LV, 5 de septiembre de 1895.

[268] “Los atentados anarquistas”, LV, 30 de junio de 1894.

[269] Íd.

[270] José Ingenieros, “La psicología del atentado”, LV, 1º de mayo de 1900.

[271] José Ingenieros, “Las polémicas entre anarquistas y socialistas”, LV, 23 de julio de 1898.

[272] Emilio Arana, “Sobre propaganda”, La Nueva Humanidad, 1º de mayo de 1899.

[273] Para un estudio más exhaustivo de las controversias entre anarquistas y socialistas, véase: Martín Albornoz, “Los encuentros de controversia entre anarquistas y socialistas (1890-1902), en Paula Bruno, Sociabilidades y vida cultural, Buenos Aires, 1860-1930, Buenos Aires, UNQ, 2014, pp. 187-218.

[274] Diego Abad de Santillán, “La Protesta. Su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur”, en Certamen Internacional de La Protesta. En ocasión del 30 aniversario de su fundación: 1897-13 de junio-1927, Buenos Aires, La Protesta, 1927, p. 40.

[275] “Siluetas socialistas”, Almanaque socialista de La Vanguardia, Buenos Aires, Imprenta y encuadernación de Lotito y Barberis, 1908, p. 64.

[276] “El socialismo se impone a los pillos”, LPH, 22 de febrero de 1902.

[277] “Controversia Basterra-Rondani. En el teatro Doria”, LPH, 20 de septiembre de 1902.

[278] “Conferencia de controversia. Rondani Basterra. Incidentes”, LP, 15 de septiembre de 1902.

[279] José Ingenieros, “Una carta a Pascual Guaglianone”, LV, 4 de mayo de 1901.

[280] “Uno más con nosotros”, LPH, 12 de noviembre de 1899.

[281] Leopoldo Lugones, “Nuestro socialismo”, ED, 12 de nombre de 1905.

[282] Sobre la conversión al socialismo, véase Francisco Reyes, “De lecturas, maestros, sociabilidades. Memorias militantes y conversión al socialismo en el fin-de-siglo”, en Alfredo Remo Lazzeretti y Fernando Manuel Suárez (coords.), Socialismo & Democracia, Mar del Plata, Eudem, 2015, pp. 167-192.

[283] Marc Angenot, “La conversión al socialismo”, en Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias, Córdoba, UNC, 2010, p. 133.

[284] Juan B. Justo, “Por qué me hice socialista”, en Juan B. Justo, La realización del socialismo, Buenos Aires, La Vanguardia, 1947, pp. 272-274.

[285] Enrique Dickmann, “Cómo me hice socialista”, en Ideas e ideales, Valencia, Prometeo, s.f., pp. 229-234.

[286] Juana Rouco Buela, Historia de un ideal vivido por una mujer, Buenos Aires, Tierra del Sur, 1964, p. 12.

[287] Alberto Ghiraldo, Humano ardor. Novela argentina, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1930, p. 144.

[288] “Carta de un ex-anarquista”, LV, 2 de noviembre de 1895.

[289] Francisco Cúneo, “Comunicado”, LV, 14 de diciembre de 1895.

[290] “Garrotazos”, Caserio, 18 de abril 1896.

[291] Sobre el derrotero de su militancia, véase Martín Albornoz, “Eduardo Gilimón y la obsesión por la propaganda”, en Eduardo Gilimón, Hechos y comentarios, ob. cit., pp. 7-24.

[292] “Aviso”, LV, 5 de octubre de 1895.

[293] “Triste experiencia”, LV, 5 de octubre de 1895.

[294] “No confundir”, LV, 16 de noviembre de 1895.

[295] Eduardo García [Gilimón], “Declaración a la redacción de La Protesta Humana”, LPH, 26 de junio de 1898.

[296] “Tres mentiras”, LV, 26 de abril de 1902.

[297] “Correspondencia de Redacción”, LV, 24 de mayo de 1902.

[298] “Socialerías”, LPH, 17 de mayo de 1902.

[299] El devenir socialista del anarquismo a nivel internacional fue señalado tempranamente en La Vanguardia: “Entre anarquistas y socialistas”, 14 de septiembre de 1895; “Lo que tenía que suceder. La evolución anárquica”, 29 de mayo de 1896; “Táctica anarquista”, 3 de octubre de 1896.

[300] Jacinto Oddone, “La evolución del anarquismo hacia el socialismo”, LV, 25 de mayo de 1902.

[301] “Están fuera de su centro”, LV, 23 de julio de 1898.

[302] “En nuestro centro. A fulano”, LPH, 7 de agosto de 1898.

[303] José Ingenieros, “Una carta a Pascual Guaglianone”, LV, 4 de mayo de 1901.

[304] “Una conferencia de controversia”, LPH, 21 de junio de 1902.

[305] “Triunfo del buen sentido”, LV, 31 de enero de 1903.

[306] “Programa anárquico”, LV, 3 de octubre de 1896.

4. Los criminólogos frente a los anarquistas: son todo y nada

En julio de 1894, el jurista cordobés Cornelio Moyano Gacitúa reorganizó los apuntes que había utilizado para dictar unas conferencias en la cátedra de Derecho Penal de la Universidad de Córdoba y publicó un pequeño folleto titulado Notas de filosofía penal. Sobre el anarquismo. Días después del asesinato de Sadi Carnot, Moyano Gacitúa pretendía desentrañar, con sus notas, las causas de esa “monstruosidad humana”. Quizás por la prisa, su formación o la naturaleza del objeto de su reflexión, arribó a una conclusión paradójica: cualquier explicación sobre el anarquismo terminaba por realzar su carácter inexplicable. Los atentados eran una novedad tan repentina como carente de etiología criminal clara: no poseían móviles personales, nacionales ni políticos. Iban dirigidos contra todos y contra nadie. Sus prosélitos eran una mezcla rara e indefinida. En relación con ellos la antropología criminal solo podía ensayar una mueca de asombro:

No son locos porque no deliran, pero tampoco hay relación entre el crimen y el fin como en los criminales comunes. No son los locos morales de Lombroso, ni los criminales natos de Ferri, porque les falta el interés y la cobardía, y les sobra el entusiasmo y el desprendimiento de la vida con relación a aquellos. No son criminales epilépticos porque estos no se asocian para delinquir, y, sin embargo, obran con ciegos e insensatos impulsos de epilépticos. No son locos y obran como locos, son todo y nada, mezcla informe de delirio y de razón, de fatalismo y voluntad.[307]

Sin embargo, esta publicación pionera en el ámbito local no resultó de un capricho intelectual. En principio, puede ser leída como un efecto del enorme impacto que tenían las noticias internacionales. No es difícil imaginar a Moyano Gacitúa compartiendo el estupor que produjo el asesinato del presidente francés

al que calificaba de virtuoso.[308] Al mismo tiempo, expresó su sintonía y disonancia con respecto al cariz que daban las preocupaciones de las principales plumas criminológicas a escala mundial. Acompasado con los atentados en París, para la fecha Gabriel Tarde ya había dado a conocer en la revista Archives de l’Anthropologie Criminelle –que codirigía con Alexandre Lacassagne– varios ensayos en los cuales el anarquismo era catalogado como expresión aguda de ciertos fenómenos sociales (concretamente, el comportamiento de las masas y los crímenes de odio).[309] Al mismo tiempo, el turinés Cesare Lombroso terminaba de ensamblar una interpretación del anarquista como criminal a partir de un rosario de determinaciones biológicas, raciales y clínicas. Si bien sus caminos explicativos diferían, tanto Tarde como Lombroso coincidían en una caracterización, como mínimo, negativa. De forma desigual, la naciente criminología argentina abrevó en esas fuentes, pero no fueron las únicas: el hoy olvidado libro de Augustin Hamon Psychologie de l’anarchiste socialiste, nacido al calor de la fiebre monográfica global, tuvo un impacto similar al de los escritos de Lombroso y Tarde.

En la Argentina, las referencias criminológicas internacionales se combinaron con peculiaridades locales; por otro lado, la recepción de la criminología como disciplina distaba de ser una mera reproducción de lo que llegaba del otro lado del Atlántico. Cuando Francisco de Veyga y José Ingenieros se dedicaron a pensar sobre el anarquismo, no calcaron lo que Lombroso o Tarde ya habían escrito.[310] La realidad particular del anarquismo en el país invitaba a ciertas licencias. A diferencia de lo sucedido en ciudades como París o Barcelona, en la Buenos Aires de finales de siglo XIX el anarquismo era un fenómeno incipiente. Además, las trayectorias personales de los criminólogos imprimían variaciones sobre aquellas lecturas. Así, por ejemplo, era bastante improbable que Francisco de Veyga hubiera interactuado con algún anarquista cuando decidió publicar sus primeras incursiones sobre el asunto; José Ingenieros, en cambio, gracias a su inserción en el campo de la cultura científica y de la política, podía condimentar sus intervenciones con vívidas impresiones que surgían de su íntimo conocimiento de los libertarios que habitaban la ciudad.

Al considerar conjuntamente las intervenciones sobre el anarquismo de los criminólogos porteños, resulta difícil atribuirles un sentido definido. Esto pone en discusión las conclusiones más habituales de la historiografía y la crítica literaria, siempre propensas a homogeneizar una corriente intelectual heterogénea.[311] Al exagerar el peso del canon lombrosiano, el discurso criminológico ha sido presentado como dirigido a la criminalización y la

exclusión de los libertarios. Sin embargo, por varias razones esto no fue así. La más evidente es que, en materia de orden social, los escritos de los criminólogos argentinos no siempre tuvieron como propósito el disciplinamiento. De hecho, algunos de ellos incidieron en sentido inverso, procurando, por medio de pericias médico-legales, atenuar condenas judiciales que consideraban excesivas. Por este motivo, me gustaría proponer que, más allá de sus simpatías, los criminólogos argentinos se interesaron verdaderamente por el mundo de los anarquistas, sus ideas, sus prácticas y sus motivaciones. De ese interés, genuino y en ocasiones empático, surgió un capítulo fundamental de la historia social y cultural del anarquismo en la ciudad.[312]

Un simple ejercicio de enumeración de los pareceres que algunos criminólogos argentinos volcaron en libros, revistas y folletos a finales del siglo XIX y principios del siglo XX refleja su diversidad y la ausencia de un programa predefinido. Algunos de ellos, como José Ingenieros o Francisco de Veiga –de ellos tratarán mayormente las páginas que siguen– legaron gran cantidad de testimonios y reflexiones sobre el anarquismo y los anarquistas. Pero también hubo quienes, al referirse al anarquismo aun de forma ocasional, dejaron huellas que no dan lugar a interpretaciones unilaterales. El meticuloso Eusebio Gómez –interesado en los efluvios viciosos de prostitutas, ladrones profesionales, rufianes, homosexuales y curanderos– encontró poco entretenidos a los anarquistas y en su estudio sobre la mala vida porteña los relegó al rol de actores secundarios.[313] El propio Cornelio Moyano Gacitúa, coherente en su rechazo, diez años después de su pionera intervención, les reconoció, sin embargo, el derecho a la existencia.[314] Por último, José María Ramos Mejía en una senda completamente diferente, al tratar de iluminar la enigmática figura de Juan Manuel de Rosas, se asombró cuando reconoció en ella el fantasma de Max Stirner, joven hegeliano alemán que, a mediados del siglo XIX, con su obra El Único y su propiedad, sentó las bases del anarquismo individualista.[315] Todos estos puntos de vista coexistieron en una época en la cual, además, el celebrado anarquista italiano Pietro Gori era el principal animador de Criminalogía Moderna, la primera revista sobre dicha materia en el país.

Lombroso en Buenos Aires

Cuando el torrente informativo por el asesinato de Sadi Carnot comenzaba a amainar, en el diario La Nación apareció un suelto que podía resultar prometedor: “El célebre criminalista Lombroso acaba de publicar el libro que estaba preparando, titulado Los anarquistas, en el que estudia los caracteres de estos hombres”. A modo de adelanto, la nota mencionaba que el médico había descubierto las causas que habían guiado la acción de Sante Caserio: una cardiopatía y “la pasión de amor a la anarquía” que, sin más, lo habría enloquecido.[316] Entre las publicaciones que se proponían develar la conducta anarquista, la de Lombroso fue un verdadero best seller. En Italia, dos tiradas de la primera edición se agotaron rápidamente. Una segunda edición apareció al año siguiente con un prefacio en el que Lombroso se defendía de las críticas que había recibido.[317] El texto fue rápidamente traducido al español por la casa editorial Sucesores de Rivadeneyra de Madrid, que lo incluyó dentro de la colección Biblioteca Social Contemporánea.[318] Lo taxativo de sus afirmaciones y su enfático determinismo fisionómico, a la par de su detallismo para narrar vidas criminales, formaron parte de una teoría que interesó tanto a expertos como a legos.

La amplitud de su impacto en la cultura porteña puede explicar que el primer editor local de Los anarquistas no fuera un criminólogo ni un funcionario estatal, sino alguien cercano al mundo libertario: el tipógrafo veneciano Pedro Tonini, dueño de la imprenta y librería Elzeviriana. Tonini fue un activo difusor del anarquismo porteño durante la última década del siglo XIX. De sus prensas salió cada mes la revista La Questione Sociale. También imprimió la primera serie de folletos anarquistas que aparecieron en la ciudad con continuidad sostenida. Ese conjunto de ensayos breves alternaba el interés por temáticas feministas con la propaganda estrictamente anarquista.[319] En ese contexto, retomando el ejemplo español, Tonini concibió una ambiciosa colección titulada “Biblioteca de Estudios Sociales”, cuyo propósito era difundir “las modernas doctrinas” en pequeños volúmenes que por “la modicidad de su precio” pondrían las obras de los “grandes pensadores contemporáneos” al “alcance de todos”.[320] El hecho de que, reproduciendo la traducción publicada por sus pares madrileños, la colección fuera inaugurada con un escrito tan antianarquista como aquel de

Lombroso era un detalle que no se mencionaba en la presentación de la colección.

En cuanto a la recepción de la obra, no han quedado vestigios de que el mundo científico diera cuenta de la aparición de Los anarquistas. Quienes sí se sintieron gratamente interpelados fueron los socialistas, trabados en una vistosa e incómoda lucha contra el anarquismo por aquellos años. Antes de que el libro fuese editado en la ciudad, La Vanguardia ya le había dedicado una elogiosa reseña. La inclusión de Lombroso como una autoridad en el debate contra los anarquistas no fue un artificio o una provocación, sino que sintonizaba perfectamente con las tendencias más cientificistas del propio socialismo. Por otra parte, se trataba de recuperar en Lombroso una faceta sensible a la cuestión social y con voluntad de proponer formas no traumáticas de resolverla.[321] Para el reseñista de La Vanguardia, el libro ponía en evidencia el absurdo de las ideas anárquicas, su poco valor como crítica de la sociedad, el sinsentido de sus prácticas, así como la estupidez de los gobiernos, el egoísmo de los ricos, la falibilidad de los diputados y la perniciosa omnipresencia del militarismo. En fin, que ese “extraño partido” de la anarquía era un fenómeno socialmente determinado más que patológicamente constituido y que, aunque reclutase sus miembros de las capas más demenciales y pauperizadas de la sociedad, su auge se debía sobre todo a la torpeza gubernamental.[322]

Entre los libertarios, la decisión de Pedro Tonini de publicar Los anarquistas no fue bien recibida. Desde El Perseguido se denunció al veneciano como explotador de sus trabajadores y como editor del libro del “loco Lombroso”.[323] Menos frontales, los redactores del periódico platense La Anarquía se quejaban de no tener espacio en sus páginas para criticar las “tonterías” que contenía el volumen del “célebre macaneador”.[324]

Más allá de estas primeras reacciones, un equívoco vinculó a Los anarquistas de Lombroso con la realidad argentina. El 10 de mayo de 1886, el presidente Julio Argentino Roca, vistiendo “con elegancia su uniforme militar”, se dirigió al Congreso nacional para inaugurar las sesiones anuales. Se disponía a subir las escalinatas cuando “un hombre oscuro” se le acercó apresuradamente y le asestó un fuerte golpe en la cabeza con una piedra. El atentado desató el caos. Hubo quienes reclamaron que liquidaran al agresor con una espada sin más trámite; otros pidieron que se lo entregara a la justicia. Él mismo suplicó: “¡Mátenme, mátenme!”. Alguien exclamó: “¡Mueran los anarquistas!”. Roca, luego de pasarse la mano sobre la frente ensangrentada, intentó calmar los ánimos y, “con

voz entera”, dijo: “No es nada, no es nada”. Así fueron las cosas según la reconstrucción que se hizo varias décadas después.[325]

Quien se propuso acabar con la vida de Roca en medio de un acto público no era anarquista, aunque Lombroso decidiera sumarlo a la serie de personajes en su estudio, junto a Ravachol, Caserio y Vaillant. Se trataba de Ignacio Monjes, un correntino de 36 años, vinculado con las élites de su provincia, que había actuado –aseguraba– bajo el imperativo de “salvar a la patria”. Durante el juicio, se le encargó al médico Antonio Piñero que realizara un examen del detenido con el fin de determinar si estaba demente.[326] El informe fue traducido al italiano y publicado en Archivio di Psichiatria, Scienze Penali ed Antropologia Criminale acompañado por una elogiosa nota de Lombroso que subrayaba la perfección de la pericia médica, la cual “hacía empalidecer las que se publican en Europa”.[327] Por esta circulación internacional de la criminología, de forma algo inesperada, Monjes se ganó un lugar entre las figuras más virulentas del anarquismo finisecular.

Lombroso resumió la biografía del perpetrador del siguiente modo: Ignacio Monjes, correntino, comerciante de poca monta, hijo natural y epiléptico; tenía un físico vigoroso, un temperamento neuropático y el cutis moreno. Su pelo era negro, lo mismo que sus ojos; el desarrollo de su cráneo, mediano. También se refirió a sus braquicéfalos, a la presencia de plagiocefalia –asimetría– izquierda anterior, al largo de su rostro, a su boca, sus labios y sus cicatrices, producto de ataques epilépticos. De sueño corto y entrecortado por ensueños tristes, el melancólico e hipocondríaco Monjes poco pudo decir sobre los móviles de su atentado. Solo argumentó que no había sido capaz de contener la emoción que le produjo el espectáculo de las fuerzas armadas en formación de ceremonia y que, al contemplar al general Roca, lo asaltó la idea de matarlo.[328]

Las teorías de Lombroso sobre el vínculo entre anarquismo y delito fueron puestas a prueba años más tarde, en Montevideo, por el intento de asesinato de que fue objeto el presidente uruguayo Juan Idiarte Borda.[329] La tarde del 21 de abril de 1897, Borda llegó a su casa acompañado por su edecán. Al bajar del carruaje, un joven de unos 20 años se abalanzó sobre él empuñando en su mano derecha un revólver que, según el corresponsal de La Nación, por una “rara fortuna” no funcionó. Sobre el fallido magnicida Juan Rabecca, el mismo corresponsal dio su opinión: era “un tipo verdaderamente repulsivo”.[330] A los pocos días, la prensa dio a conocer parte de la indagatoria en la que Rabecca se definía como anarquista. Esta confesión era sorprendente, ya que todo el mundo

había atribuido el intento a miembros del Partido Blanco. El mentado anarquismo puede haber sido una suerte de desvío de la atención. Al respecto, declaró frente al juez: “Si he de decirle la verdad, me gustaba más el Partido Blanco; pero eso era cuando chico, botija. Desde que empecé a ser hombre me hice anarquista”.[331]

La tentativa de asesinato por parte de Juan Idiarte Borda brindó al médico Francisco de Veyga –flamante titular fundador de la cátedra de antropología criminal en la Universidad de Buenos Aires– la posibilidad de ensayar una interpretación sobre los móviles de los magnicidios que por aquel entonces asombraban a la opinión pública mundial.[332] Su objetivo era contribuir a la “tipologización” del delincuente “bajo las diversas fases que ofrece su etiología y su profilaxia”.[333] Siguiendo en esto a Lombroso, el primer paso consistía en identificar el delito y aislarlo de la masa criminal, con el propósito de formar un tipo caracterizado. Para ello, De Veyga diferenciaba dos encarnaciones de ese tipo, cuyo rasgo común, a falta de una mejor denominación, era el delirio místico-político. La primera encarnación del delincuente político era el tipo puro, cuya moral era intachable y cuya intelectualidad no había tenido otra esfera de desenvolvimiento que la del delirio mismo. Por su extrema pureza, esos casos eran raros y dignos de admiración. Ahora bien, De Veyga señalaba que por cada Charlotte Corday –girondina que había dado muerte a Marat– habían existido docenas de locos, extraviados y “criminales travestidos”, que constituían el tipo más frecuente e impuro. Frente a estos, una primera forma de reconocimiento era la simple impresión que producía en quien lo observara: “Su figura moral produce más bien lástima o repugnancia”.

De Veyga concluía que no había delincuentes ni alienados en los antepasados y allegados de Rabecca. Su padre poseía un tipo físico bien constituido, al igual que sus hermanos, todos sanos e inteligentes. En materia política, toda su familia era simpatizante del Partido Blanco. Sin embargo, José era diferente. Sin llegar a “ser tonto”, tenía otro carácter. De niño había padecido una larga enfermedad infecciosa con complicaciones cerebrales, tras la cual afloró una epilepsia de la que nunca habría de librarse. A la fragilidad de su salud sumó un carácter retraído y una predisposición a la lectura que le permitió ingresar a la universidad. En ese momento le sobrevino una “pertinaz” espermatorrea, convertida desde entonces en motivo de razonable inquietud e incomodidad. Por todo esto, De Veyga afirmaba que “José Rabecca tiene en su propia epilepsia el germen del delito”. Sobre la base de estos trastornos e incomodidades, el analista llegaba a la conclusión de que la idea de matar al presidente no había sido

espontánea, sino que Rabecca la había tomado de un entorno hostil a Borda. No había habido otra cosa: apenas un delirio devenido en misticismo político. Dentro del conjunto de las observaciones reunidas por De Veyga, el hecho de que el atacante se declarara anarquista no recibió siquiera una mención.[334]

Pocos meses después del análisis de las causas que llevaron a Rabecca a atentar contra la vida del presidente uruguayo, Francisco de Veyga publicó un ensayo en el que estudiaba el anarquismo y sus vinculaciones con el mundo del crimen. Titulado “Anarquismo y anarquistas”, ha sido el más transitado por los estudios históricos y literarios para remarcar la intención que tenía de criminalizar al anarquismo en su conjunto.[335] Sin embargo, la interpretación de De Veyga demostraba menos cerrazón que la de Lombroso.

¿De qué se trataba ese fenómeno con epicentro en la otra orilla del Atlántico y de reverberaciones que fascinaban y atemorizaban a la opinión pública porteña? En primer lugar, Francisco de Veyga tomaba distancia respecto de “esas rebuscadas protestas de indignación que parecen obligatorias de cualquier asunto que pueda referirse al anarquismo”, y además no las consideraba sinónimo de delincuencia. Ni siquiera suponía que al anarquismo pudiera caberle alguna culpa por los crímenes que en su nombre se cometían.[336] Es más, se permitía destacar la altura moral y la sinceridad de los libertarios. A contrapelo de lo que, por ejemplo, podía leerse en la prensa socialista, escribía: “Anarquista no quiere decir dinamitero, ni asesino, sino simple sectario de esa doctrina”.[337]

Con algún acierto histórico, consideraba al anarquismo una escisión del socialismo llamado “autoritario” al que se enfrentaba: a los principios de concentración de todas las energías sociales, oponía una lógica de dispersión que tenía su centro en el individuo. Curiosamente, para De Veyga esa contraposición entre anarquistas y socialistas era expresión de un invariante histórico que remitía al enfrentamiento entre Confucio y Lao-Tse. Afirmaba que en la historia siempre han existido dos tendencias divergentes: aquellas personas que toman el mundo para transformarlo y aquellas que, negándolo, se erradican de la vida social. A partir de esta diferenciación, el anarquismo –lejos de ser un delito– era un estado del alma místico más cercano a la religión que a la ciencia.

En cuanto al nimbo de violencia en torno al anarquismo, De Veyga no se explayaba doctrinariamente, sino que lo atribuía a la coyuntura y a una histórica vinculación con la masa política concebida como delincuente en momentos históricos de particular tensión, como las revoluciones de 1848 y la Comuna de

París. De esta masa, el anarquismo extraía su fermento agresivo, sito no tanto en las ideas (recordemos, perfectamente morales y racionales), sino en su peculiar temperamento. Este último los llevó –cuando los socialistas se volcaron a la formación de grandes unidades políticas y partidarias– a confinarse en pequeños grupos, tornándose secta. En los intersticios de la masa devenida secta, el anarquismo fue penetrado por un universo desigual y amorfo, el del mero delito. La delincuencia anarquista era una degeneración individual de esa delincuencia anterior y colectiva:

La delincuencia anarquista, que en principio se confundía con la delincuencia de las muchedumbres, tomando los caracteres de ella, se convierte después en sectaria, cuando el partido toma el partido de una secta y efectúa su propaganda activa por medio de complots, para venir a cambiarse al fin en delincuencia individual.[338]

Con su evangelio, sus mártires y sus apóstoles, el libertarismo terminaba por asemejarse más a un sujeto colectivo poroso, en el cual sus adeptos compartirían una constitución emocional común. Esta idea de recuperar una psicología colectiva específicamente anarquista no dimanaba de la lectura de Lombroso. Por el contrario, remitía a la teoría del sociólogo libertario francés Augustin Hamon, quien –como veremos, a la zaga de Le Bon– pretendía comprobar la existencia de caracteres mentales compartidos por aquellos que profesaban un sistema de creencias semejante. El enfoque de Hamon –a quien De Veyga seguía al pie de la letra– "no supone anarquista a todo el mundo que tiene la buena ocurrencia de llamarse tal".[339]

Para Francisco de Veyga, si en el nervio del anarquismo existía alguna pulsión delictiva, siquiera latente, las medidas represivas solo habían servido para exacerbar a aquellos rotulados como anarquistas para atentar individualmente contra la autoridad. La justicia había confundido a delincuentes con militantes conscientes. E incluso más: en muchos casos los representantes de la justicia "han dirigido sus golpes contra los sectarios de pensamiento, contra los doctrinarios pacíficos que hacen del anarquismo una materia de fe debido a su convicción científica". De este modo, la represión estatal había confundido dos figuras que en principio debían separarse: una cosa era el delincuente y otra, el

ácrata.[340]

En síntesis, el esfuerzo de De Veyga no era más que una propuesta de dilucidación científica y (hasta cierto punto) de descubrimiento. No era una condena. A su manera, iba más allá de la consideración lombrosiana, que postulaba un ensamblaje automático entre anarquista y criminal por vía del componente biológico y hereditario. Sin negar la importancia que el médico turinés haya podido tener en la obra de De Veyga, lo cierto es que su aproximación al problema se mixturaba con otras lecturas del heterogéneo universo teórico del anarquismo, algunas de las cuales le resultaban dignas de admiración. Por ejemplo, sobre La filosofía del anarquismo del francés Charles Malato, militante libertario y masón, apostillaba: “Para el estudio de la doctrina moral del anarquismo véase la obra de Malato, libro que, por su estilo, por su acento y por su verdad constituye una obra de arte literaria”.

Lo que estas referencias indican es que, según Francisco de Veyga, el anarquismo era un fenómeno complejo y que para comprenderlo imitar a Lombroso no le resultaba lo más recomendable.

Todos los anarquistas

Además de Los anarquistas, durante la última década del siglo XIX, Lombroso escribió una infinidad de artículos y folletos para a dar a conocer sus interpretaciones sobre los vínculos posibles entre libertarismo y crimen. Pensados para públicos muy diversos, muchos de esos textos fueron reproducidos por la prensa porteña que presentaba al célebre médico como la máxima autoridad mundial en el tema. Sin embargo, su punto de vista tenía una peculiaridad: hasta 1899 Lombroso nunca había observado directamente a ningún anarquista. Todos sus análisis previos estaban mediados por artículos periodísticos, pericias realizadas por otros y, por supuesto, sus propias conjeturas. Por eso, en un breve ensayo aparecido en la revista Popular Science Monthly en enero de 1900, no disimuló su emoción cuando, en la cárcel de Turín, tuvo la ocasión de volcar todo su arsenal científico sobre un anarquista concreto: Francesco Chiesa, acusado de querer asesinar en 1898 a Humberto I, rey de Italia. Entonces, reafirmó lo ya sabido: el sujeto tenía todos los estigmas físicos habidos y por haber. Sin embargo, Lombroso llegó a una conclusión paradójica: Chiesa era un hombre amable que, en condiciones normales, difícilmente podría haber concebido la idea de un regicidio. Luego de darle vueltas al asunto, buscando una explicación, Lombroso decidió someterlo a ingestas graduales de alcohol tras las cuales pudo observar la transformación: su virulencia anarquista estallaba conforme aumentaba la alcoholemia. Era algo novedoso: si bien los estigmas físicos tenían una relación “profética” con el crimen, no alcanzaban para explicar la conducta. Algo tenía que mediar, alguna situación determinante.[341]

Si se lo compara con la demora lombrosiana en avanzar por el camino de la experimentación personal, habría que considerar a José Ingenieros como a un pionero. Su propia trayectoria lo dotaba de un punto de vista privilegiado. Como militante del ala más radicalizada del Partido Socialista, en 1900, con apenas 23 años, ya había polemizado con todo tipo de anarquistas en asambleas, manifestaciones y controversias públicas. Las columnas de la prensa de izquierda documentan el tenor burlón y agresivo de sus intervenciones. La relación de amistad que lo unió a varios de esos anarquistas no lo hacía más piadoso. Con el tiempo, cuando tomó distancia de los intercambios propios de la

vida militante porque ganaba un lugar eminente dentro de la criminología local, tampoco dejó de interactuar con los ácratas. Desde 1902, tuvo oportunidad de estudiar a los que por complicadas derivas personales recalaron en el Servicio de Observación de Alienados –inaugurado poco tiempo antes en el Depósito de Contraventores 24 de Noviembre por la policía–. Amparado en su doble condición de científico y conocedor del mundo anarquista, en 1903 se jactaba: "Hablo con la autoridad que puede darme el conocer personalmente a casi todos los anarquistas que han pisado Buenos Aires, desde los intelectuales Malatesta y Gori hasta la última canalla carcelaria que se titula anarquista".[342]

Esta deriva de Ingenieros, de pionero del socialismo a pionero de la criminología en la Argentina, tuvo diversas interpretaciones. Décadas más tarde, Dardo Cúneo, más que sorprenderse por esos cambios, consideraba que las piruetas políticas y teóricas eran propias de José Ingenieros;[343] sin embargo, sus contorsiones han obsesionado a más de un historiador.[344] Incluso hubo quienes entrevieron a un joven Ingenieros anarquista, apreciación que en primer lugar lo habría ofendido tanto como a los propios anarquistas.[345] Como fuera, hacia 1903, él mismo consideraba que su arrebato revolucionario de juventud estaba agotado. Luego de leer El crepúsculo de los gauchos del intelectual libertario Félix Basterra –un venenoso libelo contra la Argentina–, se confesaba incapaz de sentir "entusiasmos sociales": esa etapa había pasado, y se veía "saturado de escepticismo".[346]

El problema de las continuidades y las rupturas se atenúa cuando se tiene en cuenta que, como hemos visto, el universo socialista en que se movió Ingenieros estaba muy bien dispuesto a celebrar las teorías de Lombroso. Pero más todavía si se presta atención a su sostenido desprecio por el anarquismo, al que nunca le dedicó una línea positiva. Sus adeptos le resultaban una mala mezcla de impaciencia revolucionaria, violencia, individualismo, sugestión, arcaísmo, sectarismo, metafísica, simulación y erostratismo. Su visión fue mudando y combinándose de distintas maneras a medida que sus intereses intelectuales cambiaban. Pese a su rechazo en bloque, era capaz de detectar matices. A Ingenieros no se le escapaba que no todos los anarquistas reivindicaban el terror y que había otros que se inclinaban por la organización obrera. Lo que sucedía con estos últimos es que, a sus ojos, ya no eran libertarios como sí lo seguían siendo los editores del efímero periódico La Autonomía, en el cual reconocía "al verdadero defensor de la táctica anarquista tal como siempre la hemos comprendido: libre iniciativa, atentados individuales, antiparlamentarismo".[347] De más está decir que, aunque no se trataba de un elogio, los redactores de

La Autonomía se sintieron complacidos por la caracterización.[348] A diferencia de Francisco de Veyga, para Ingenieros también las plumas más relevantes del anarquismo internacional eran insufribles. Al aparecer en 1897 en traducción castellana El individuo y la sociedad de Jean Grave, sostuvo: “No puede negarse que está saturado de esa metafísica social que es común a todos los dialécticos anarquistas; a cada paso se tropieza con la idolatría por los principios abstractos y por las palabras sugestivas: hay fanatismo por la libertad, el individuo, la rebelión”.[349]

Algunos años antes, sin inmediata conexión con las opiniones de Ingenieros, la prensa libertaria de Buenos Aires había reproducido una carta procedente de Francia. Cuando la asociación entre anarquismo y crimen estaba en pleno auge, el remitente, Augustin Hamon, contrastaba por su amabilidad:

Querido compañero:

¿Quiere usted responder a las siguientes preguntas y mandarme la contestación lo antes posible?

¿Por qué es usted anarquista-comunista?

¿Por qué se volvió anarquista?

¿Cuál es su edad, profesión y nacionalidad?

¿Desea que su respuesta sea anónima o no?

Todas las respuestas no deberán tener más de 700 palabras. Se suplica la circulación de este cuestionario. Es para un estudio científico.

Fraternalmente suyo.[350]

Semanas más tarde, El Perseguido amplió la solicitud. Pidió a sus lectores que reunieran folletos, libros, manifiestos, hojas sueltas, canciones y dibujos relativos al anarquismo, y que sin demora los enviaran al 132 de la Avenue Clichy parisina. Allí serían recibidos por Hamon, quien ese mismo año, con los

materiales recibidos desde diversas partes del mundo, iba a publicar Psychologie de l'anarchiste-socialiste. Hamon fue una de las tantas figuras que a su modo –y contemporáneamente– intentaron conciliar la sensibilidad libertaria con los postulados críticos de las nacientes criminología y sociología. Colaborador asiduo de Archives de l'Anthropologie Criminelle –plataforma desde la cual los criminólogos franceses discutían los postulados lombrosianos–, su preocupación principal fue abonar el campo de la psicología social para comprender las conductas de comunidades específicas. En esa línea, había dado a conocer, en 1894, Psychologie du militaire professionnel. Para entonces, Hamon era un autor de referencia en los medios libertarios internacionales, que lo tomaban como uno de los suyos, principalmente porque en nombre de la ciencia defendió sin ambages al anarquismo de los ataques que la criminología francesa, cuando el estruendo de las bombas de Ravachol todavía resonaba.[351]

En 1898, Pedro Tonini, quien tres años antes había editado Los anarquistas de Lombroso, sacó a la luz la versión castellana del libro de Hamon: Psicología del socialista anarquista. Dedicándole la obra "al profesor Lacassange en prueba de simpatía al hombre de ciencia", Hamon emprendía la dura tarea de restituir dignidad al libertarismo. Su propuesta general era, por un lado, demostrar que los anarquistas del mundo tenían una misma constitución psíquica. Por otro, que bajo el paraguas de "anarquista" habían sido colocados una infinidad de sujetos que no respondían a esa unicidad de pensamiento y que, por tanto, debían ser excluidos del análisis. Para Hamon, no eran anarquistas en sentido estricto los ultraindividualistas que reclamaban la libertad absoluta e irrestricta. Tampoco lo eran quienes así se denominaban por simple "protestación" contra una organización social que los perjudicaba, pero en realidad no profesaban ideal alguno. Desde luego, debían ser excluidos de este rótulo aquellos que barnizaban de altruistas ciertos actos que por su motivo, perpetración y objetivos eran inmorales. Estos últimos "son simples criminales que no tienen con los adeptos de las doctrinas anarquistas-socialistas otra relación que el nombre".[352] Por último, existían "los desechos sociales", víctimas puras de la sociedad cuyas leyes pesaban sobre ellos como el plomo y que, sin ser anarquistas, encontraban en el grito de "¡viva la anarquía!" una válvula de escape a todo su rencor y odio.[353]

Hamon intervino en la discusión sobre los condicionamientos que explicaban la existencia del anarquismo, pero lo hizo tomando un camino distinto al de Lombroso. Comenzaba constatando que había anarquistas chinos, lapones, escandinavos, bretones, estadounidenses o argentinos. Si los climas y regiones

eran diversos, lo mismo sucedía con las profesiones desarrolladas por los adeptos del socialismo-anarquismo. Había eruditos, médicos, peones, periodistas, empleados de comercio, profesores, artesanos, artistas, obreros, industriales, rentistas, ingenieros, abogados, literatos, funcionarios de toda clase, hasta militares. En realidad, lo que Hamon advertía en el trasfondo doctrinario era una psiquis particular que se desplegaba a partir de determinaciones secundarias. En su visión, el factor determinante no era biológico ni social en sentido pleno. Sin desmerecer esos datos, procuraba aislar ciertos factores anímicos y subjetivos que podían encontrarse en todos los anarquistas:

En suma, los anarquistas-socialistas –adeptos de una misma doctrina– han nacido en las regiones más diversas del globo; han nacido en las clases sociales más distan[tes unas de otras]; se han educado en religiones variadas; ejercen las profesiones más diferenciadas. A pesar de estas diferencias de ambientes climatéricos, telúricos, familiares, profesionales, sociales obrando sobre cerebros predispuestos hereditariamente. Estas condiciones mesológicas, según su género y su grado, según la disposición hereditaria de sus percipientes atrofian, hipertrofian o desarrollan mediante ciertas tendencias manifestadas por el órgano cerebral. Así se fijan ciertas tendencias, así se determina la mentalidad filosófica específica del anarquista socialista.[354]

Dichas “tendencias manifestadas” –situadas en alguna zona del encéfalo– eran el espíritu de rebeldía, el amor a la libertad, el amor al yo, el altruismo, el sentimiento de justicia, el sentido de la lógica, la curiosidad por conocer y el deseo proselitista. Sin lugar a dudas, esa figura moralmente plena estaba en las antípodas del defectuoso y estigmatizado anarquista lombrosiano.

La aparición en Buenos Aires del libro de Hamon despertó lógica expectación y entusiasmo entre los anarquistas, y respeto, con algo de desconfianza, entre los socialistas. Fue José Ingenieros quien, en un extenso ensayo publicado en El Mercurio de América, encaró la tarea de sopesar aportes y fulminar equívocos. Es posible vislumbrar un efecto de apertura en su reseña. Para el militante socialista que Ingenieros había sido, el anarquismo no merecía otra caracterización que la de misticismo absurdo; para el Ingenieros criminólogo, en cambio, la diversidad de encarnaciones del anarquismo se volvía casi ilimitada.

Esta flexibilidad esbozaba un interés por el ácrata concreto, algo que –como se mencionó– ni a Lombroso le había importado. En este sentido, para Ingenieros, la principal debilidad del libro era un recorte excesivo de su objeto de estudio. Al haber excluido diversas subespecies y derivas menores por considerarlas impuras, Hamon había construido "un tipo ideal" incapaz de notar las peculiaridades del movimiento que se proponía estudiar. Sin los individualistas partidarios de la violencia, por considerarlos simples criminales políticos; sin los que se autodenominaban anarquistas por simple protesta contra el sistema social; sin los "mattoides" [desquiciados] que no podían comprender la doctrina que decían profesar; sin los ladrones vulgares que justificaban sus delitos con apelaciones doctrinarias; sin todos los repudiados por la sociedad; sin los artistas y los estetas –mencionaba explícitamente a Rubén Darío– que con el título de anarquistas demostraban su odio al burgués y al mediocre, sin todos estos tipos humanos, el anarquismo resultaba apenas una cáscara vacía.

Ingenieros se sentía en condiciones de corregir esas limitaciones proponiendo su propia versión del espíritu anarquista. El primer rasgo que agregaba era su sugestionabilidad y su tendencia al "unísono psicológico". Esta característica explicaría el tipo de vínculos que el grueso de los militantes establecía con unas pocas personas –"jefes", según los llamaba Ingenieros–, rasgo "tanto más interesante por cuanto está reñido con el principio esencial en cuyo nombre lucha la secta: supresión de la autoridad". Si entre la masa de adeptos y el meneur [líder] se creaba un nexo autoritario, la constitución anímica y cerebral de los anarquistas era independiente de la teoría. Entonces, los libertarios no eran tales por su racionalidad, sino por un ánimo compartido que repartía roles. Aquí los jefes, allá la masa de adeptos. Ingenieros consideraba que una segunda característica de los ácratas era su emotividad exagerada, mórbida y patológica, atributos que trascendían los límites de lo fisiológico y lo propiamente patológico de la emoción.

Para Ingenieros, no era necesario apelar a esas figuraciones abstractas en Buenos Aires, donde era sabido que no había magnicidas ni dinamiteros. Sin embargo, la emotividad, la sugestión, el egocentrismo desmesurado y la propulsión mística estaban presentes en grado ejemplar en la persona del arquitecto y ensayista Julio Molina y Vedia. Este tipo de anarquista, desechado por Hamon, era aquel que en realidad reunía las tres principales características de la sensibilidad anarquista:

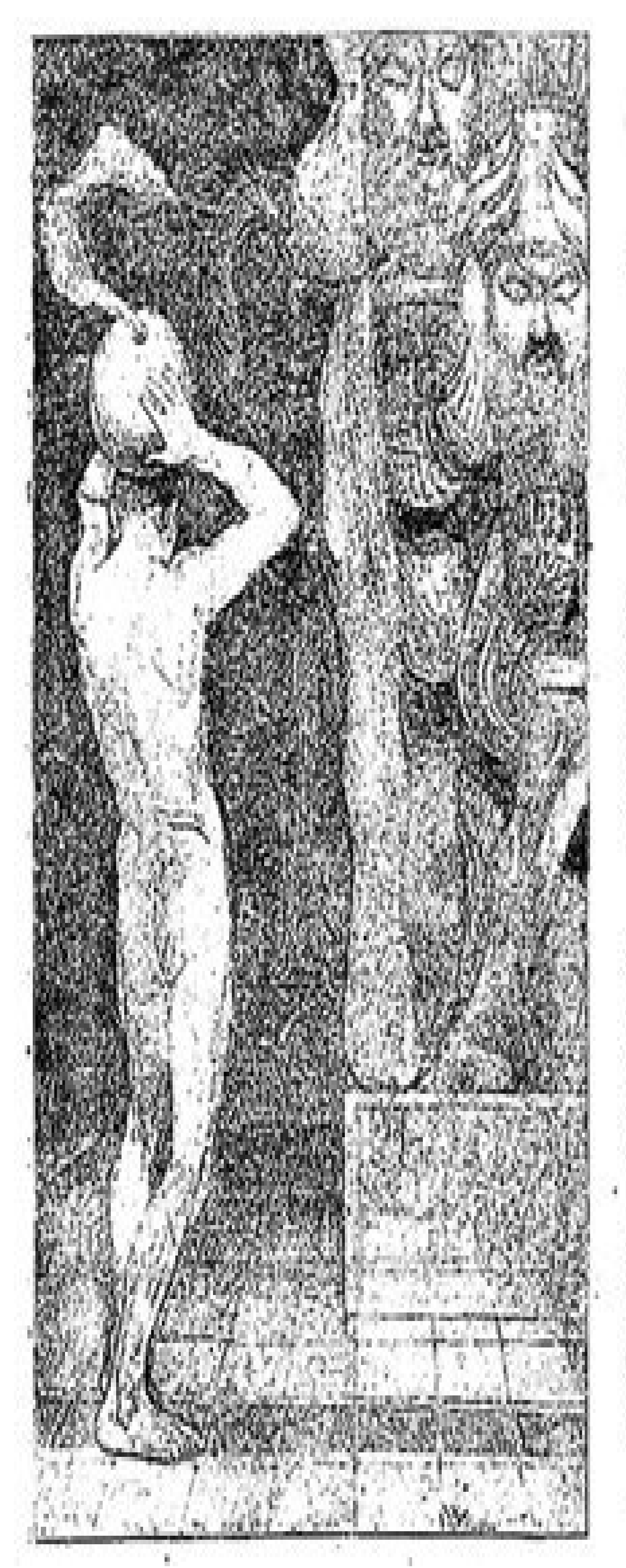
Un inteligente amoral, Julio Molina y Vedia, que se titula anarquista, siendo al mismo tiempo un desorientado, no tiene noción exacta de las relaciones entre el yo y el no yo; publicó en Buenos Aires, en 1895, uno o dos números de una revista que llamó La Expansión Individual; muchos rasgos de su mentalidad evidencian en él (aparte de cierta pose) alteraciones de la personalidad debidas a las tres causas indicadas. En una proporción menor el hecho es frecuente entre los anarquistas y, en general, entre todos los miembros de las sectas que predican alguna reforma social.[355]

Este tipo de interpretación fijaba sus coordenadas dentro de una matriz de enorme pluralidad. Había muchos tipos de anarquistas, reconocibles en distintas situaciones y que respondían a una amplísima cantidad de contextos y estímulos. Frente al universo armonioso y homogéneo descripto por Hamon, el anarquismo multiforme de Ingenieros parecía responder a una diversidad que se condecía mejor con la enorme heterogeneidad social de las ciudades modernas. Había militantes sabios, pendencieros, alucinados, borrachos, ladrones, gregarios, solitarios e incultos.

José Ingenieros quiso demostrar esa insuficiencia de las formas puras para pensar al anarquismo con otro tipo de argumentos, y para ello se focalizaría en la obra del médico y escritor Francisco Sicardi. Concretamente, se centraría en Hacia la justicia (1902), quinto y último tomo de la extensa novela Libro extraño. Allí Sicardi escenificaba el desventurado destino del libertario Germán Valverde.[356] Medio social, degeneración psíquica y anarquismo se sintetizaban en él trazando una suerte de historia clínica implacable. Por haber nacido en un sucio conventillo, Germán odiaba a los ricos. Había tenido una infancia triste, vivida entre golpes y alimentación de basurero. El ocio lo había convertido en una “larva siniestra” que desde niño hacía gala de crueles saberes criminales. Luego, recluido en un colegio, al que había llegado con “espíritu amargo y sombrío”, comenzó compulsivamente a leer las hazañas de quienes predicaban el desorden y la anarquía. Esas lecturas insuflaron en su corazón ansias de venganza. El mundo estaba únicamente habitado por dos clases de personas: las víctimas y sus victimarios. Descubrió que dios estaba del lado de los burgueses que se aprovechan de la miseria ajena. El niño se convirtió en un “adolescente tétrico” que seguía leyendo literatura anarquista sobre mártires y verdugos. Todos esos hilos, entre los que había que contar una herencia paterna infame, fueron tejiendo la personalidad de un destructor. Lejos estaba de enseñar

el amor por los débiles; antes bien, los despreciaba por considerarlos cómplices de su propia desgracia. Germán intentó agitar a las masas. Fracasó y, desde entonces, solo tuvo a mano la bomba de dinamita. Con el auxilio de la literatura, entonces, y exagerando muchos de los argumentos que circulaban en la época contra del anarquismo, Sicardi había alumbrado un monstruo perfecto.

Así, en Archivos de Psiquiatría y Criminología Ingenieros abordó, según sus propias palabras, "una intromisión crítica" en Hacia la justicia de Sicardi. En términos generales, calificaba el libro como meritorio. De hecho, se permitía sugerir que Hamon, tan preocupado por la psicología anarquista, podía leerlo con provecho. Sin embargo, por sus propias virtudes, Hacia la justicia resultaba problemático por su extrema coherencia. Germán era una síntesis psicológica perfecta, tan perfecta que se volvía irreal: "Es el anarquista como debería ser, no como es". La novela no servía para describir a los anarquistas realmente existentes. Tampoco para ejemplificar lo que, para Ingenieros, el arte aportaba al atentado anarquista: la belleza gestual. En Hacia la justicia, todo era extremadamente feo y patético. En una extraña concesión al esteticismo simbolista de Laurent Tailhade, Ingenieros contraponía a la novela de Sicardi la litografía Der Anarchist del pintor y escultor Sascha Schneider, reproducida en la revista El Sol, que dirigía Alberto Ghiraldo.[357] El estilizado y atlético anarquista de Schneider, que de forma elegante estaba a punto de arrojar una bomba a los pies de un conjunto de ídolos religiosos orientales, plasmaba mejor la tarea de la creación artística que la figura de Germán Valverde: "El genio de la destrucción debe ser siniestramente solemne. […] Y dígalo si no la tela [sic] sensacional de Schneider, El anarquista, en que un bello hombre, de virilidad soberbia, se prepara para arrojar, con gesto casi sacerdotal, una bomba humeante a los pies de los ídolos. El bello gesto es la disculpa artística del destructor". [358]



A MANERA DE EXPLICACION

¿Que qué significa este grabado?

Voy á decíroslo, á mi modo, y abrigo la esperanza de que me comprenderéis.

Ante todo el dibujo es, como véis, una verdadera obra de arte, de arte simbólico. Pertenece á Schneider, un revolucionario alemán á quien los lectores de EL SOL *conocen.*

¿Que dónde está el símbolo?

Pues ahí, fijáos bien, en la bomba que va sobre la cabeza sostenida por dos brazos robustos. La bomba es la idea. Mirad otra vez el dibujo. ¿Véis esos ídolos? Bien. Son los que tienen que caer de sus pedestales. Y el hombre de la bomba va á derrumbarlos.

¿Que no, que no está claro?

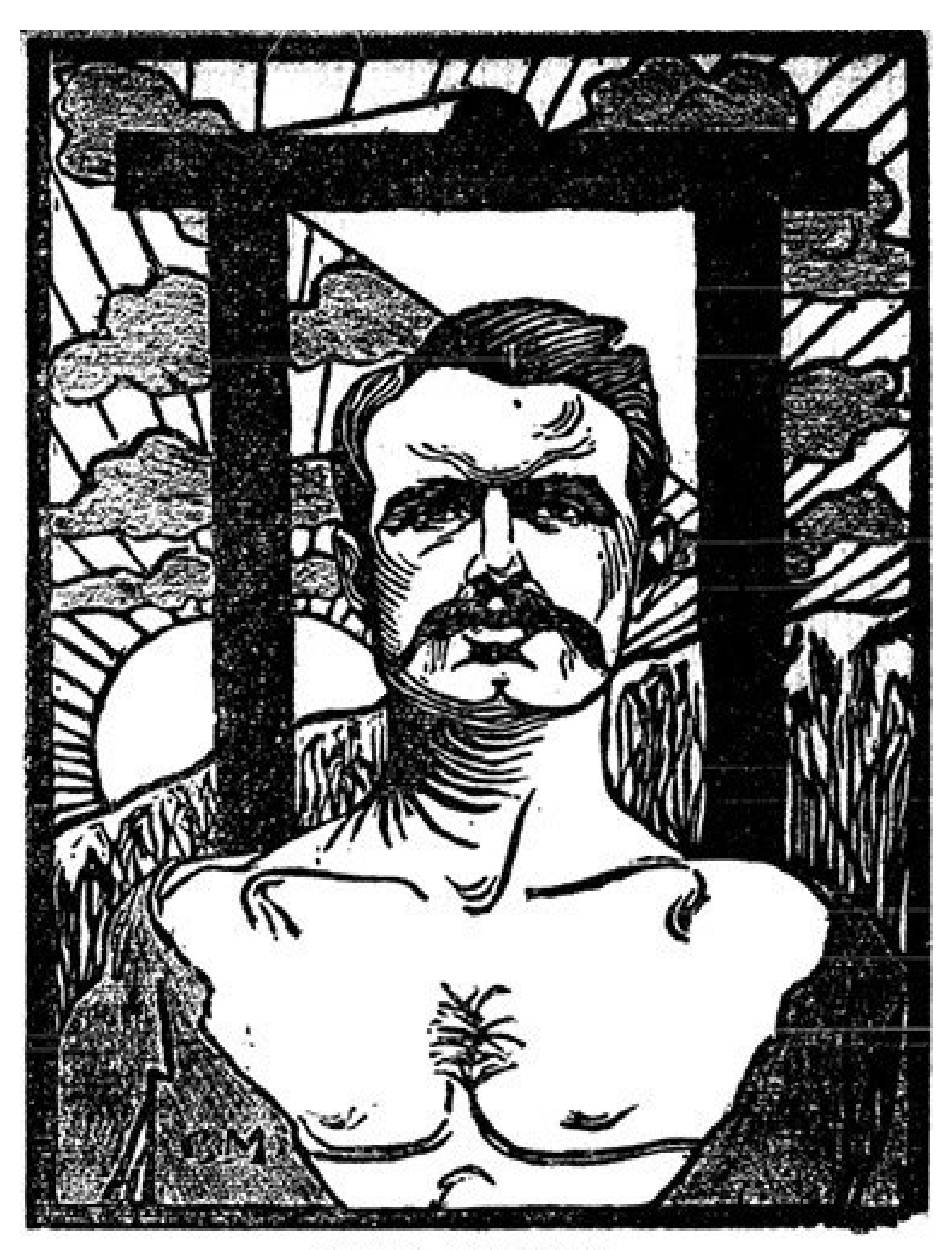
Bueno. Materializad la idea. Los ídolos, esos que van á caer, son, por ejemplo, el Imperio, la Monarquía, la República. ¿Queréis nombres? Bien. Decid: Nicolás de Rusia, Guillermo de Alemania, Campo Salles del Brasil, Julio Rocá Argentino. Esto, hoy por hoy.

¿Y el hombre que lleva la bomba? Pues, cualquiera: un cuadrillero municipal si acaso. Todos los hombres son iguales ¿verdad? todos pueden, por lo tanto, tener ideas, es decir, bombas; y teniéndolas, sobrentendido que pueden arrojarlas á los piés de los ídolos...

A. G.

Figura 4.1. El Sol. Semanario de Arte y de Crítica, año III, nº 98, 24 de octubre de 1900

Las obras de Sicardi y Schneider, pese a sus diferencias, eran valoradas como lo que eran: representaciones del anarquista que no podían sustituir a la realidad. En todo caso, gracias a la mirada médica, podían contribuir a esclarecer algunas de sus encarnaciones y su impacto en la cultura científica y literaria. No era el caso de otros registros estéticos que enaltecían la acción de anarquistas dinamiteros y regicidas. Para encontrar una de las expresiones más sórdidas de esa alianza entre delito, ideología y celebridad, Ingenieros recordaba que en la librería del belga Émile Piette, en la calle Esmeralda, podía comprarse el almanaque del semanario libertario Le Père Peinard. Quien hojeara esa publicación de corte satírico, editada en París y dirigida por Émile Pouget, encontraría en la página 45 un famoso grabado del pintor Charles Maurin con el epígrafe “Le Ravachol symbolique”.



RAVACHOL

Figura 4.2. Almanach du Père Peinard, 1894, p. 45

Ingenieros no lo encontraba de su agrado. A diferencia del grabado de Sascha Schneider, Maurin sí buscaba un efecto reivindicativo al evocar en Ravachol a la figura de Cristo. Amén del mal gusto que suponía esta asociación, Ingenieros identificaba en gestos de esa índole la consagración del tándem crimen-celebridad que tanto denostaba. En sus palabras, el de Maurin era un "pésimo grabado", además de "la apoteosis del bandido": "La cabeza de Ravachol, encuadrada en un armazón de la guillotina, resaltada sobre la luz sangrienta de una gran noche simbólica: como un astro".[359]

Observada con ojos de criminólogo, pensaba Ingenieros, la realidad era más complicada: menos bella o apoteósica; menos irreal. En la Buenos Aires de ese entonces, los anarquistas no eran célebres como Ravachol ni perfectos como el de Schneider. La escritura informaba sobre encarnaciones antisensacionalistas que no eran sencillas de rastrear si se tomaba en consideración únicamente al ritmo de la cuestión social. Se trataba de otro mundo, habitado por quienes respiraban las partículas de anarquismo que flotaban en la atmósfera cultural y social de la época pero que nunca habían sido vistos en un acto libertario.

Entre ellos estaba, por ejemplo, H. B., un argentino de 36 años, laborioso y de buen carácter. Si bien cultivaba la lectura de periódicos y folletos libertarios, no era dado a asistir a reuniones. Su anarquismo era reservado; no molestaba a nadie. Sus días pasaban en calma hasta que, para celebrar un acontecimiento familiar, aceptó, contra su costumbre, unas copas de alcohol. Ese pequeño desvío desató un infierno: se sintió agitado, su anarquismo discreto devino delirio. H. B. intentó con insistencia que sus familiares y amigos dieran vivas a la anarquía y mueras a la burguesía. Los presentes intentaron detenerlo, pero, en pleno frenesí, salió a la calle con un cuchillo desafiando a "toda la Policía de la ciudad". Al verse rodeado, lanzó cuchilladas al aire e hirió en la mano a uno de sus amigos. Controlada la situación, fue trasladado al Servicio de Observación de Alienados. Al día siguiente, más sereno, apenas recordaba lo ocurrido. Dados sus óptimos antecedentes y sin que se iniciase proceso judicial alguno, fue puesto en libertad tres días después.[360]

En casos como el de H. B., el anarquismo no necesariamente traducía convicción ideológica; tampoco se correspondía con alguna de las encarnaciones que han interesado a los historiadores: antes bien, combinaba emociones y actitudes diversas. Preocupado por los libertarios concretos, para Ingenieros el anarquismo también podía significar una simulación. En personalidades tan peculiares, las apelaciones exageradas al amor por el prójimo o al odio por la burguesía bien podían ser una fachada que, en combinación con otras actitudes, recubrieran un fondo vital turbio, amoral o delictivo. También existía el riesgo de que, aprovechando los intersticios legales, un simple delincuente escenificara una locura ácrata para evadirse de la responsabilidad penal que le cabía por sus hábitos criminales.

La tarea de diferenciar unos de otros no era sencilla. Incluso en un lugar tan fuera de su control como el Servicio de Observación de Alienados, quienes eran estudiados planteaban sus resistencias y astucias. Levantaban barricadas mentales para impedir que el estudioso accediera a sus motivaciones profundas. Los treinta y nueve casos que Ingenieros incluyó como base empírica para Simulación de la locura surgen de esa zona conflictiva inherente al encuentro entre criminales y criminólogos. El hecho de que la única voz audible en esos testimonios –por rigor profesional ni siquiera sabemos sus nombres– sea la del criminólogo no debería llevarnos a despreciar la información que incluyen. Sin embargo, el propio paciente desplegaba, en función de su estrategia simuladora, un sinfín de astucias y engaños. Tanto era así que Ingenieros incluía en su estudio un extenso apartado destinado a describir ciertas estratagemas de las que el médico se valía para quebrar la resistencia del observado. El engaño deliberado o la astucia, los recursos coercitivos como duchas heladas o golpes eléctricos –ineficaces por su carácter inquisitorial e “inhumano”–, los agentes tóxicos –drogas hipnóticas como el opio, el hachís, el éter–, la inducción de estados de ánimo en el presunto simulador –mostrarle un revólver, una mujer, un cráneo– eran todas armas esgrimidas por el criminólogo y el psiquiatra en la “lucha entre simuladores y peritos”. Entre todos esos métodos, Ingenieros prefería sin dudas el “interpretativo” y desaconsejaba los demás. Solo la observación paciente y prolongada podía lograr un diagnóstico capaz de determinar el grado de veracidad de una locura o enfermedad invocada como causal de un crimen.

Gracias a los registros que surgieron del contacto de Ingenieros y otros criminólogos con “la canalla carcelaria”, es posible recomponer una zona en la que el anarquismo era un dato en las filiaciones y características de un

delincuente real o aparente. Veamos, por ejemplo, el caso XXXV: argentino de 23 años, descripto como ladrón profesional, soltero y blanco. Este jornalero de profesión estaba incluido en la galería de ladrones conocidos y "en sus antecedentes psicológicos se registran intensas y prolongadas sugestiones político-religiosas que lo hacen sectario del anarquismo y del espiritismo". Tenía carácter frívolo y constitución física pobre. Su aspecto era "mixto de imbecilidad y de tristeza". Existía la sospecha de que se estaba haciendo pasar por loco y anarquista para eludir el castigo a sus delitos.[361] Algo similar sucedía con el caso XXVIII: italiano, jornalero de 60 años, blanco, anarquista, indigente, robusto, aunque algo decaído. De estado mental "degenerado", no pudo resistirse a las "sugestiones" anárquicas. Al llegar a Buenos Aires desde Bahía Blanca, se enteró por la prensa libertaria de que, en un taller, el dueño trataba pésimamente a los obreros. Por su tosquedad emocional, tuvo "la desgraciada idea de presentarse al patrón para pedirle trabajo con el fin de asesinarlo". Lo hizo luego de una discusión sin testigos. Una vez detenido, simuló un estado de confusión mental de completa amnesia.[362]

Si el rigor científico mantenía a algunos protagonistas de estos casos conflictivos como "anónimos", otros tuvieron su momento de celebridad. El de José Mastandrea, por ejemplo, planteó un recorrido más complejo. El anarquismo no se presentaba en él como justificación, real o aparente, de ciertos impulsos criminales, sino que se filtró como una fantasía terrorífica. Mastandrea tenía 32 años y había nacido en Italia; se encontraba casi completamente solo en Buenos Aires. Practicaba el espiritismo y en algún momento había trabajado como albañil. Tenía una fuerte inclinación por el alcohol. El 2 de marzo de 1904, con el cuerpo lastimado, fue encontrado por la policía en una plaza mientras hacía "ademanes estrafalarios frente a un grupo de pilluelos que lo miraban con amena curiosidad".[363] Se sentía irritado y juraba que las heridas le habían sido infligidas por anarquistas y radicales que procuraban evitar que entregara el mando al general Julio Argentino Roca. Entre gritos terribles, fue conducido a la comisaría segunda, donde fue atendido por Francisco Sicardi, quien sin demora indicó que se lo enviara al Servicio de Observación de Alienados. Una vez ahí, cara a cara con Ingenieros, se mostró "ansioso y espantadizo" y, de a ratos, "exaltado y satisfecho". La indigencia, el delirio persecutorio, el alcoholismo y cierta agresividad visible en sus momentos de agitación bastaron para que el 21 de marzo Ingenieros recomendara su internación en el Hospicio de las Mercedes. Sin embargo, durante las tres semanas entre su detención y la internación, Ingenieros tuvo tiempo de observar en él otras conductas. Así, llegó a señalar que "llama la atención la tendencia de Mastandrea a formular teorías delirantes

para explicar todas las cosas y fenómenos”. Efectivamente, tenía una extraña y personalísima teoría sobre el origen del mundo y del hombre, que le asignaba a él mismo un lugar primordial en la preservación del equilibrio del universo. Dividía a los hombres entre aquellos que tenían una “esencia pura” y “los falsos”. Los primeros eran los anarquistas compuestos por tres partes de mujer y dos de hombre. En su carácter de hombre de esencia pura, poseía congénitamente el “mando anarquista”, que solo podía transferir a un semejante: el presidente Roca, tan puro como él. Esa transferencia era lo que buscaban evitar los anarquistas y los radicales con sus ataques: lo amenazaban por medio de teléfonos invisibles y de espíritus. Se consideraba a sí mismo como el hombre más genial del mundo, poseía en un palacio y, dentro de un arca, cuatro libros en los cuales estaba expuesta la doctrina del anarquista puro, que no era otra que la de Cristo, quien en el año I había bajado del cielo a la Tierra dentro de una bomba de dinamita no explosiva, con el objetivo de purgar el pecado de Adán y Eva.

Ingenieros tomó prolija nota de las complejísimas teorías de Mastandrea sin una sola marca de desprecio o de burla, algo completamente inusual en él. Además, ciertas referencias le permitieron reconstruir una trama que consideró algo más real. A partir de ciertos intercambios con la jefatura de policía, supo que Mastandrea había estado preso en Sierra Chica y, gracias a una “investigación privada”, se enteró de que había asesinado a balazos y sin motivos manifiestos a un tal Juan Quinteros. En la cárcel, su delirio se había hecho tan ostensible que las autoridades consideraron preferible trasladarlo al Hospicio de Melchor Romero. Su locura propició que fuera dejado en libertad, y en ese estado se encontraba cuando hacía ademanes en el banco de plaza. La secuencia de malos diagnósticos, instrucciones perezosas y pésimas decisiones indignó a Ingenieros.

Cuando José Ingenieros se jactó de conocer a todos los anarquistas de Buenos Aires, no exageraba. No tanto porque efectivamente fuera así, sino porque tenía evidencias de que las encarnaciones reales de los ácratas no podían reducirse a una idea preconcebida. Por el contrario, su conocimiento distaba de provenir de modelos; lo guiaban su propia experiencia y su interés empírico. Así reponía una heterogeneidad que las aproximaciones más usuales a la historia de la criminología ni alcanzaron a entrever.

Un suceso felizmente extraordinario

El 11 de agosto de 1905, el anarquismo de Buenos Aires amagó ponerse a la altura de sus representaciones más inquietantes. Ese día, el tipógrafo anarquista catalán Salvador Planas y Virella intentó asesinar al presidente de la república Manuel Quintana. Pasado el primer impacto, la prensa y la opinión pública debieron aceptar una realidad hasta cierto punto frustrante: Planas nada tenía de extraordinario. Era ensimismado, pero sus peculiaridades no causaban molestia alguna. Incluso se lo tenía por un obrero modelo, dedicado y cumplidor en el trabajo.

Al día siguiente, La Nación señaló que se trataba de un acontecimiento “felizmente extraordinario en nuestro país”.[364] Dos fotografías de Planas ilustraban la noticia. Una lo mostraba con bigote y otra, más reciente, sin. También sus huellas dactilares fueron reproducidas como testimonio de identidad. Con la abundante información obtenida de primera mano de la policía, se podía establecer que tenía 23 años, que había nacido en Sitges (Cataluña) y que sus padres, ancianos e indigentes, vivían en Barcelona. Hacía tres años y medio había llegado a Buenos Aires, donde ejercía su oficio en varios talleres. No resultó demasiado llamativo que estuviera afiliado a la FORA. Tampoco que formara parte de los comités de ayuda a los presos sociales. Su reputada buena conducta le jugaba a favor. No registraba antecedentes penales y “los que le conocen afirman que siempre se condujo correctamente, que era buen operario, inteligente, laborioso y exacto en el cumplimiento de sus deberes”. Planas se mostró solícito a los requerimientos de las autoridades y sobre la premeditación del atentado aclaró que, debiéndose todos “los infortunios de la clase trabajadora a la deficiente organización de la sociedad”, quiso asesinar a Quintana con la esperanza de que su sucesor “fuera un hombre más benévolo”.

EL ATENTADO DE AYER

Contra el presidente de la república — El Dr. Quintana ileso

ANTECEDENTES DEL CRIMINAL

REPERCUSION DEL SUCESO EN LAS PROVINCIAS—REPROBACION UNANIME

Un suceso, felizmente extraordinario en nuestro país ha tenido lugar ayer en esta capital: un atentado contra el presidente de la república.

La tentativa fracasó debido á la mala calidad de los proyectiles usados, y el primer magistrado de la nación resultó ileso, continuando su viaje á la casa de gobierno.

El autor fué detenido por la policía y sometido en el acto á la justicia de instrucción.

Tratado el asunto con el detenimiento que merece en la sección correspondiente, réstanos tan solo hacer aquí la crónica del hecho, con todas las circunstancias que le rodearon, y dejar constancia de la impresión unánime de reprobación provocada en el público por el criminal atentado.

He aquí la información general referente á este suceso:

El autor

Salvador Planas y Virella, autor del atentado contra el presidente de la república, es español, nacido en Barcelona, soltero, de 23 años de edad, tipógrafo de profesión.

De nuestras investigaciones particulares resulta que Salvador Planas y Virella nació el 4 de febrero de 1882, en la calle Jesús núm. 37, de la villa de Sitges, provincia de Barcelona, siendo bautizado ocho días después en la iglesia parroquial, de los Santos Bartolomé y Tecla, con los nombres de Salvador Enrique José.

Sus padres, ancianos ya, viven desde hace 16 años en la ciudad de Barcelona, y se llaman Pedro Planas, nacido en Ribas, y Francisca Virella, natural de Sitges.

Llegó de su país natal hace tres años y medio, y ejerció su oficio en varias imprentas. Últimamente trabajó en el establecimiento tipográfico de Tailhade y Rosselli, calle Reconquista 314.

Antes estuvo de suplente en la imprenta del diario anarquista *La Protesta*.

Los que le conocen afirman que siempre se condujo correctamente, que era un buen operario, inteligente, laborioso y exacto en el cumplimiento de sus deberes.

Un viaje accidentado

El Dr. Quintana, para quien había pasado totalmente inadvertido el atentado dirigido contra su persona, siguió en su carruaje, siendo enterado de todo lo ocurrido, poco después, por su edecán.

La relación del hecho no había terminado aún, cuando ocurrió un nuevo contratiempo.

A causa de la humedad del suelo, uno de los caballos que arrastraban el carrua-



El último retrato de Salvador Planas
(Fotografía de La Nación)

je presidencial cayó en las calles Florida y Tucumán, arrastrando al otro caballo en la caída.

A fin de evitar pérdida de tiempo, el

ciándose el sumario, al que sirve de base la nota pasada al juez por el comisario de investigaciones, Sr. Rossi.

Planas y Virella, alojado momentáneamente en la oficina del comisario, donde se había constituído el tribunal, empezó poco después su declaración indagatoria, dando pruebas de una serenidad asombrosa.

Es casi seguro que en ella manifestó lo que dijo á varias personas momentos antes de ser llevado ante el juez, palabras que reproducimos en otro sitio de esta crónica.

Los retratos del procesado

En la puerta del despacho del comisario Sr. Rossi esperaban varios cronistas y fotógrafos.

Consultado Planas al respecto, manifestó que no se oponía á que le retratasen, penetrando entonces á la oficina del comisario los fotógrafos de La Nación y de la revista *P B T* y el de la oficina antropométrica policial, únicamente.

Planas se sentó cómodamente en una silla, se arregló el cabello y la corbata y, sonriendo, manifestó que estaba listo.

El otro retrato que publicamos, en que el procesado aparece con bigote, nos fué facilitado anoche por un amigo de éste.

En casa del criminal

Los hermanos Salvador y Angel Planas y Virella alquilaban en 15 $ mensuales una pieza en la casa calle Viamonte 1367, la que fué ayer tarde visitada por la policía.

Se secuestraron de ella numerosos libros y folletos, toda una biblioteca anarquista, diarios y revistas y algunos cuadros.

Entre éstos hay uno en que aparecen los dos hermanos, formando parte del Orfeó Gracienc, y rodeando con los demás consorcios la tumba del poeta Verdaguer, en el cementerio de Montjuich, en Barcelona.

Entre los impresos secuestrados hay varios escritos en francés, idioma que Salvador traducía correctamente.

La novia del procesado

El hermano del autor, Angel Planas, tipógrafo de la casa de M. Lionel Mortlock,

Figura 4.3. “El atentado de ayer”, LN, 12 de agosto de 1905

La reconstrucción periodística corrió pareja con las averiguaciones de la policía. La mañana del atentado, Salvador Planas había permanecido en el cuarto que compartía con su hermano Ángel, en Viamonte 1367. Cerca del mediodía, salió de su casa, fue a la peluquería de Augusto Corradini, en Montevideo 652, y se hizo afeitar. De ahí, comiendo naranjas y bananas, “su único alimento habitual”, caminó en dirección a la calle Artes. Bajo una incipiente llovizna –y luego de pasar frente a la mansión presidencial, en el 1255 de esa calle–, se detuvo a metros de la Plaza San Martín, sobre la calle Santa Fe, entre Maipú y Florida, y esperó. A las 14.20 hs vio llegar a la comitiva presidencial. Quintana viajaba en su carruaje acompañado por su edecán, el capitán de fragata José Donato Álvarez, seguido a pocos metros por otro carruaje guiado por el agente de investigaciones Antonio Mallato y el subcomisario Felipe Pereyra. Cuando el presidente y su escolta pasaron ante él, Planas saltó a la calle y “esgrimiendo un revólver siguió corriendo un corto trecho detrás del vehículo apuntando en dirección a este”. Gatilló; pero el arma falló. Después de un breve forcejeo, fue detenido por Álvarez.

Según el relato de testigos, el presidente ni se enteró del episodio. Una vez en la Comisaría de Investigaciones, el agresor fue revisado. En sus bolsillos encontraron cinco balas de revólver Smith & Wesson 9 mm, un ejemplar miniaturizado del Don Quijote y una suscripción al diario anarquista La Protesta. La Nación pudo averiguar también –dato que sería fundamental durante el juicio– que había planificado el atentado “bajo la desagradable impresión que le causó a principios de esta semana el fracaso de sus intenciones matrimoniales, pues Salvador se hallaba ciegamente enamorado de una joven” que “no profesaba la menor simpatía por sus ideas avanzadas”.

El periódico La Prensa, con idéntica sorpresa y alivio, remarcó lo extemporáneo del suceso: “Afortunadamente el atentado no tiene la menor relación con las cuestiones políticas argentinas, ni aun con el movimiento socialista. Conviene al nombre del país hacer constar esas circunstancias que concurren a demostrar, a propios y extraños que el conato de asesinato es extraño a la situación política y social de la República”.[365] Que el 21 de mayo de ese mismo año un violento

enfrentamiento entre anarquistas y policías en Plaza Lavalle dejara al menos dos muertos y que los anarquistas del Río de Plata –clamando venganza– responsabilizaran del hecho a Quintana tampoco resultó llamativo, ni se creyó necesario asociarlo con el atentado.

La crónica de La Prensa era muy similar a la de La Nación, aunque la caracterización de Planas intentó ser más precisa: “El autor es un anarquista individualista, lo que quiere decir que no pertenece a ninguna secta, y que por lo tanto no ha obedecido a instigaciones extrañas en su agresión”. Aislado de su entorno y de los conflictos sociales cada vez más frecuentes en la ciudad, lo que importaba era resaltar su enorme singularidad. Planas era un vegetariano militante “que había suprimido todas las superficialidades de la vida para dedicarse con las economías que esas privaciones le reportan a enriquecer la importante biblioteca de obras que tratan de las teorías libertarias”. Al día siguiente La Prensa, como primicia, publicó su firma autógrafa.[366]

Los días pasaron y la narrativa del atentado fue perdiendo trascendencia. Una semana después, Caras y Caretas, fiel a su estilo, se permitió bromear con el asunto. Con una caricatura titulada “A la última moda”, el semanario ilustrado ponía en escena a un convaleciente y anciano Quintana frente a un consejo de monarcas –un rey, un zar y un sultán– que lo condecoraba con una piedra por “ser el único gobernante de América que se permite el lujo de ‘hacerse atentar’”. No había mucho que agregar: ni cómplices, ni complot aparente. A lo ya sabido, Caras y Caretas sumaba una reconstrucción de la fuga y varias fotografías en las que podía verse, entre otras cosas, la austera habitación del anarquista. En síntesis, sin nexos políticos o sociales significativos, del atentado solo quedaba por explicar esa esfinge anarquista en que se había convertido Salvador Planas.[367]

Con el escenario dispuesto de esa manera y luego de varias apelaciones, en marzo de 1908 el acusado fue condenado a diez años de prisión.[368] La estrategia de su primer abogado –Ricardo del Campo, quien años antes había secundado a Pietro Gori en la redacción de Criminalogía Moderna– consistió en intentar demostrar la inimputabilidad del acusado. La tarea no era sencilla. Salvador Planas había confesado sin titubeos haber querido matar al presidente; lo había premeditado, había comprado el arma y se había afeitado para evitar ser reconocido. Con citas de Augustin Hamon y desplegando un rosario de determinaciones sociales, biológicas, hereditarias y sectarias, Del Campo quería dejar claro que en el acto de Planas poco había tenido que ver el propio Planas.

La prensa anarquista encontró desagradables los argumentos del defensor. De hecho, veía una llamativa falta de entusiasmo y vigor en sus palabras, lo que revelaba que el doctor Ricardo del Campo había tomado el caso queriendo aprovechar la fama que “el palpitante sensacionalismo popular y periodístico” podía prodigarle.[369] Si Del Campo había querido hacerse famoso gracias a sus alegatos, no es posible saberlo. Pero es seguro que no consideró que su intervención fuera tan pusilánime y apagada como la juzgaron los libertarios, ya que en 1906 decidió publicarla en un folleto titulado Defensa de Salvador Planas.[370]

No fue el único escrito sobre el caso. Cuando todavía era posible creer que se estaba ante un acontecimiento de importancia, con gran sentido de la oportunidad, el abogado Román Pacheco publicó, en tiempo récord, su opúsculo Los regicidios en 1905. Consideraciones médico-legales. Era poco lo que aportaba, más allá de consideraciones genéricas sobre los regicidas del mundo, sus pautas de conducta y las reacciones frente a su crimen. Pacheco presentaba a Planas como un caso típico: era un exaltado, de imaginación inflamada, de carácter triste y vegetariano. Sin saber cuál sería su destino, ya que el juicio estaba en sus comienzos, proponía la creación de un asilo especial para delincuentes de semejantes características. No alcanzaba con el pabellón del Hospicio de las Mercedes, donde los criminales “son punto de mira de la curiosidad de una ciudad como Buenos Aires”. Específicamente, proponía mantener lo más lejos posible a “especímenes” como Planas: “Yo quisiera ver este asilo lejos de toda gran ciudad, con personal idóneo y abnegado. Quisiera además estampar en la puerta las palabras Silencio y Olvido”.[371] La reseña que hicieron desde las páginas de Archivos de Psiquiatría y Criminología fue categórica: el librito de Pacheco era malo, escrito por alguien que ignoraba la materia de “eterna actualidad”.[372]

El 20 de abril de 1907, Salvador Planas y Virella fue condenado a trece años y medio de prisión, algunos menos de los que pedía el fiscal Reyna. Basándose en una primera pericia médico-legal practicada a Planas pocos días después de su detención, el juez Eduardo French dictaminó que el imputado no padecía ninguna forma de alienación y que se encontraba en pleno uso de sus facultades. No había razón para no condenarlo.[373] Su abogado apeló inmediatamente la sentencia, pero días después renunció a la defensa arguyendo problemas de salud. Entonces se hizo cargo de representar a Planas el célebre abogado Eusebio Gómez, quien a su vez también dejó la causa “por razones de orden privado”.[374] En su reemplazo, lo acompañaría hasta su condena definitiva Roberto J.

Bunge, quien de inmediato redactó una encendida defensa del acusado en la que pedía la absolución, “por no ser responsable, Salvador Planas, del atentado contra la vida del Dr. Manuel Quintana, fraguado y realizado bajo la influencia de una crisis emotiva que no le es en manera alguna imputable y que altera totalmente sus facultades mentales”.[375]

Como el propio Bunge aclaró, su escrito de apelación se basó en el segundo informe pericial de la causa, pedido por la defensa en septiembre de 1906 y realizado por el criminólogo Francisco de Veyga y el doctor Adolfo Puebla.[376] El propio De Veyga publicó una versión del escrito en la revista Archivos de Psiquiatría y Criminología. Este no solo se convirtió en un documento central del proceso judicial, sino en una muestra de lo matizadas que podían ser las posiciones y diagnósticos de la criminología en relación con el anarquismo a principios del siglo XX.

Para De Veyga, pasado un año, el atentado había quedado reducido a un “simple ademán” más cómico que trágico, y probablemente “la mitad de la población de Buenos Aires [lo] haya olvidado”.[377] Ahora bien, si el episodio se había vuelto borroso para la opinión pública, para el médico, en su calidad de profesor y experto en la materia, el caso “se presenta como un hecho original, cuya historia merece por más de un concepto agregarse a las muy numerosas de delincuentes políticos que la psiquiatría criminal ha analizado y comentado en los últimos tiempos”. De Veyga no perdía de vista que estaba en juego el destino del propio Planas, de quien, en suma, el informe sostenía que estaba en completo uso de sus facultades mentales tanto en los momentos anteriores como posteriores al delito mentado y meditado. Este, sin embargo, había sido consecuencia directa de “un estado anormal del espíritu”, como acto mórbido que no pudo ser contrarrestado por su voluntad. Precisamente el descalabro emotivo lo había impulsado.

El estudio incluía una pormenorizada descripción del aspecto físico de Planas (por cierto, bien conformado, de “regular parecido”). En suma, un buen exponente “del obrero moderno, bien educado, esmerado en su persona y en sus ropas” y de buenos modales. Luego de esta primera exploración, De Veyga escrutaba el pasado y los antecedentes familiares con idéntico resultado: ningún problema, ningún atavismo. Es más: el vínculo familiar se sostenía en el honorable principio de ayuda mutua entre sus miembros y “su vida tiene, mirándola bajo ese prisma, más de un atractivo que mueve a simpatía, y la página trágica que este proceso se encarga de juzgar, si bien ilumina con un

siniestro resplandor la figura del actor, no atenúa, sin embargo, el colorido sentimental del cuadro sobre el cual ella se proyecta".

Los contactos de Planas con el anarquismo databan de los momentos inmediatos a su llegada a Buenos Aires; pero su vida cotidiana en la ciudad describía un itinerario siempre monótono, de casa al trabajo y del trabajo a casa. Lo movilizaba a esta retracción vital el deseo de instrucción al que abocó todas sus energías:

No frecuentaba teatros ni diversiones de ninguna otra especie. Para lo primero no le faltaban inclinaciones, pero le faltaban los recursos; para lo segundo lo que le faltaba era el gusto. Detestaba el café por repugnancia al vicio y al bullicio. En cuanto al placer carnal, sus preocupaciones de salud, de un lado, y sus ideas morales por otro, le impedían entregarse a sus goces fuera de la medida, para él muy restringida, de la necesidad biológica.

Con estas mínimas incidencias se sucedían los días de Planas, "convertido en un puritano mórbidamente exagerado" hasta que hicieron su aparición los primeros síntomas de contrariedad de orden afectivo. En un contexto "normal", su romance con Josefa Yánez, hija de uno de los pocos conocidos a los que frecuentaba, apenas ocupaba un lugar relevante, hasta que se topó con la oposición de sus padres al "amor libre" sobre el que pretendía fundar su relación. A partir de ese momento, principios de 1905, la relación para Salvador cobró un carácter apasionado. Fue en julio de ese año cuando Josefa decidió romper definitivamente el tibio lazo que los unía, lo cual generó en el introspectivo anarquista una reacción furibunda contra sus propios progenitores, quienes por esos mismos días le enviaron una carta llena de reproches porque no les enviaba dinero.

Cuando Josefa Yánez fue citada como testigo, tanto la caracterización que hizo de Planas como sus argumentos sobre por qué había decidido romper el vínculo fueron mucho menos líricos. Yánez, española, de 20 años, había mantenido durante bastante tiempo una relación afectiva con Planas, a quien había conocido en la casa de sus padres. Nada dijo sobre el "amor libre" y declaró, siempre de forma escueta, desconocer cualquier simpatía puntual de Salvador Planas por el

anarquismo, aunque por ser ella misma obrera le hablara mucho de las huelgas. Sí señaló que luego de un tiempo había notado que tenía “un carácter violento”, razón por la cual, por sugerencia de su padre, decidió separarse, lo que hizo por carta. Al ser interrogada acerca de si sabía que Salvador tenía un arma en su poder, contestó que no y que, si bien era de temperamento fuerte, jamás se había mostrado pendenciero ni agresivo con nadie.[378]

Para De Veyga, nada en el carácter de Planas hacía presuponer que iba a cometer un hecho cruento. La idea de matar a Quintana habría sido concebida por él en el mismo instante en que las contrariedades se hicieron presentes. En una especie de Maelstrom mental, Planas habría simbolizado, según De Veyga, del siguiente modo las situaciones por las que atravesaba:

Sobre el rechazo del que había sido objeto por parte de su pretendida, sobre la tristeza que le infundía la situación de su familia, no vio según él, otra cosa que la figura del Jefe del Estado, resumiendo en su autoridad toda la injusticia social reinante y apareciendo responsable, por acto consecuente, de la intolerable situación de que él era víctima. Vio al Doctor Quintana defendiendo con tesón, hasta llegar a la violencia, los fueros de la burguesía en abierta colisión con el proletariado. Recordó las huelgas pasadas. Vio atravesar por las calles de la ciudad, a paso de carga, soldados de línea y gendarmes imponiendo a golpes de sable, por orden de aquel, ese arbitraje ominoso de la fuerza contra el cual él estaba en abierta rebelión. […] Tanto odio sobrevenido de improviso y desalojando por entero de su mente todas sus ideas y todos sus afectos, podía sin embargo haber quedado reducido a ese estado de pasividad a que habían sido condenadas por él tantas otras tendencias pasionales. Pero no fue así. La reacción que se había producido en su ser era tan brutal que no tuvo otro derivativo que el crimen. “Y hay que concluir con esto”, se dijo, y por concluir entendió: matar al presidente y matarse él enseguida.

De Veyga acumulaba impresiones: Planas tenía una mirada triste. El clima incidía marcadamente en su ánimo. Además, su régimen alimenticio mostraba los rasgos de su carácter; no solo era vegetariano, era frugívoro. Su formación ideológica era algo rudimentaria como producto de un autodidactismo monomaníaco y de estrecho radio espiritual; por lo tanto, su anarquismo era un

catecismo reducido a una serie de frases hechas. A lo sumo, alcanzaba para expresar: “Esa protesta doliente con que el proletariado consciente de su desgracia se alza contra un régimen que lo oprime y hace ostensible sus anhelos de reparación”.[379]

En suma, la tonalidad principal de su carácter era el sufrimiento personal. Por eso, eran las especificidades lo que resultaba importante. La explicación remarcaba el hecho de que, si bien existía una suerte de estructura mental similar a la de miles de proletarios, y no sería Planas la excepción, lo cierto es que conversando con él uno se enteraba de que en realidad el odio que sentía por Quintana no era pleno en el momento de intentar asesinarlo y que además, por razones de adscripción doctrinaria, el propio Planas se oponía a la violencia.

Ya en la cárcel, la constante en Planas fue su calma, “su temperamento reposado”, “apacible”, “suave”, su escaso interés en sobresalir, tan distinto en esto a la mayoría de los sectarios, y su deseo obsesivo de “leer para instruirse”. Este dato fue destacado insistentemente por De Veyga. Planas pasaba el día entero estudiando en su celda. Antes de ser detenido, había comenzado el estudio del francés y planeaba lanzarse a recorrer América Latina. Sus costumbres eran sencillas y ajustadas a una moralidad sin vicios; era abstemio. En materia sexual, se ha dicho ya, era igualmente sobrio.

Si se indaga la historia de los magnicidios, la situación de Planas era anómala. A lo largo de los siglos, los hombres y mujeres que habían atentado contra reyes y autoridades del Estado tenían algún signo de lo que se calificaba como impureza moral o deterioro psíquico: megalomanía, misticismo religioso, visitas de ángeles, melancolía, búsqueda del cielo, grafomanía, amnesia, epilepsia, sugestión, degeneración mental, y alucinaciones. Nada de esto había en Planas, ya que ser anarquista (algo crepuscular), desordenado lector, fructívoro, abstemio y casto, no entrañaba, más allá de la extrema excentricidad, ningún peligro para la sociedad.

Como se ha visto, para Francisco de Veyga las ideas anarquistas en sí mismas nunca eran suficientes para explicar una conducta criminal. Por eso, la comprensión del intento de Planas recaía en las dos experiencias inasimilables a las que se había visto expuesto. La primera era la del desaire amoroso. El atacante estaba apasionadamente enamorado y “no por tratarse de un anarquista, esclavo de su dogma hasta en la forma de realizar su dicha, se ha de aminorar el valor que tenía en él aquella tendencia”. La segunda era la miseria que le

impedía satisfacer la demanda de dinero de sus progenitores. Con respecto a esto, marcando una suerte de clímax empático con Planas, De Veyga señalaba que había que reconocer que sus padres habían sido injustos con él. Soportar esta "adición emocional" requería una calma demasiado grande para ser posible.

Que de ese estado podrían haber surgido otras consecuencias era, según De Veyga "cuestión que cabe discutir". Pero lo cierto es que cualquier otra imagen que hubiera podido emerger de esa yuxtaposición emocional habría provocado determinaciones psicológicas parecidas. Incluso lo más razonable habría sido que, ante la inevitabilidad del impulso delictivo, si no hubiera atentado contra Quintana, recayera en la agresión física al padre de su novia o en el suicidio.

Cabe entonces preguntarse, ¿por qué Quintana? Según el informe, la respuesta rozaba la candidez. Por un lado, era propio de los anarquistas tener presente a las personalidades dirigentes del país. Por otro, porque sintetizaba todas las razones de sus desgracias de manera dogmática; tanto su infortunio amoroso como la miseria en la que se encontraban inmersos él y su familia se debían exclusivamente al régimen social del momento y, por ende, era responsabilidad de su máximo representante. Así, todo en el delito de Planas, desde su concepción hasta la realización, resultaba de un desorden mental, cuyo origen directo respondía no a un impulso deliberado, sino a circunstancias fortuitas extrañas y que él, lejos de poder combatir, tuvo que soportar.

Como corolario de su extensa exposición, De Veyga postulaba que, en el momento de atentar contra el presidente, el acusado era plenamente inimputable. Además, con respecto a la posibilidad de que como resultado de su examen fuera puesto en libertad, se mostraba ciertamente pesimista. De todas formas, dejaba en claro que "el criterio médico y el criterio legal no siempre están de acuerdo, partiendo como parten de puntos de vista tan diversos en sus apreciaciones, por más que, al menos entre nosotros de un lado, tratemos de unificarlos en lo posible".

La argumentación de Francisco de Veyga permite afirmar que, a comienzos del siglo XX, ni siquiera ante un acontecimiento tan radical como el intento de asesinato de Quintana existía un consenso total a la hora de juzgar las relaciones entre anarquismo y crimen. Mientras el juez, el fiscal, algunos periodistas e incluso los ácratas, con sus peculiaridades, consideraron que el sentido del acto de Planas era transparente y lógico, para el criminólogo el panorama era menos claro. Según la lectura de Francisco de Veyga, la clave no se cifraba en la vía

política y doctrinaria, sino en las contrariedades espirituales de un sujeto particular. Este enfoque empático con el criminal anarquista, al que buscó vanamente eximir de prisión –tal como señaló Hugo Vezzetti–, despolitizó en extremo el magnicidio frustrado mostrando incluso un costado “humanitario” de una criminología que buscaba modernizar sus referencias más allá de un supuesto canon lombrosiano.[380] En efecto, como se ha demostrado a lo largo de este capítulo, es difícil hablar de un canon lombrosiano.

Es indudable que la criminología tuvo su momento de preocupación por el anarquismo. Desde sus primeras expresiones, en los últimos años del siglo XIX, el planteo de la criminología de Buenos Aires sobre el movimiento mostró ser heterogéneo y dialógico. En paralelo al fenómeno que interrogaba, fue resultado de una búsqueda que no dudó en incorporar teorías que explícitamente cuestionaban la equiparación automática entre anarquismo y delincuencia. Al dar cabida en el debate a las ideas de Augustin Hamon y otros teóricos libertarios, los criminólogos José Ingenieros y Francisco de Veyga llegaron a la conclusión de que los modelos preconcebidos no echaban luz sobre la realidad del anarquismo. Munida de esa sensibilidad empírica, la criminología buscó demostrar que no había un modelo de anarquista que funcionara en todo momento y en toda situación.

▪

[307] Cornelio Moyano Gacitúa, Notas de filosofía penal. Sobre el anarquismo, Córdoba, La Patria, 1894.

[308] Sobre el impacto del asesinato de Sadi Carnot más allá del ámbito de la ciudad de Buenos Aires, véase Diego Gabriel Echezarreta, “Noticias inquietantes. La prensa argentina y los anarquistas a la luz del asesinato de Sadi Carnot”, Travesía, vol. 17, nº 2, 2015, pp. 35-58.

[309] Entre los ensayos sobre el anarquismo publicados por Gabriel Tarde en Archives de l’Anthropologie Criminelle, se destacan “Foules et sectes au point de vue criminel” y “Les crimes de haine”, ambos incluidos en Essais et melanges sociologiques, París, A. Maloine, 1895.

[310] Al respecto, véase Máximo Sozzo, “‘Traduttore traditore’. Traducción, importación cultural e historia del presente de la criminología en América

Latina”, en Máximo Sozzo (coord.), Reconstruyendo las criminologías críticas, Buenos Aires, Ad-Hoc, 2006, pp. 374-382.

[311] Elementos de esta posición recurrente se pueden recuperar en Ricardo Salvatore, Subalternos, derechos y justicia penal. Ensayos de historia social y cultural argentina 1829-1940, México, Gedisa, 2010; del mismo autor, “Criminología Positivista, reforma de prisiones y la cuestión social/obrera en Argentina”, en Juan Suriano (comp.), La cuestión social en Argentina 1870-1943, Buenos Aires, La Colmena, 2000; Jorge Salessi, Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina (Buenos Aires: 1871-1914), Rosario, Beatriz Viterbo, 2000, pp. 124-127; Pablo Ansolabehere, Literatura y anarquismo en Argentina, ob. cit., pp. 217-222.

[312] En este punto, mi enfoque es deudor de la perspectiva de Ricardo Salvatore quien, aun poniendo en entredicho sus aproximaciones anteriores al problema de las relaciones entre Estado y criminólogos, propone leer la criminología de entresiglos como algo más que una mera invención instrumental. De esa forma recupera el interés de Eusebio Gómez por conocer empíricamente las realidades delictivas del bajo fondo porteño (“Usos científicos en La mala vida de Eusebio Gómez”, en Ricardo Salvatore y Osvaldo Barreneche [eds.], El delito y el orden en perspectiva histórica, Rosario, Prohistoria, 2013, pp. 99-121).

[313] Eusebio Gómez, La mala vida en Buenos Aires, Buenos Aires, Juan Roldán, 1908.

[314] Cornelio Moyano Gacitúa, El delito argentino ante algunas causas y teorías, Córdoba, F. Domenici, 1905, pp. 393-294.

[315] José Ramos Mejía, “Personalidad de Juan Manuel de Rosas”, APyC, año VI, 1906, p. 385.

[316] “Lombroso”, LN, 15 de agosto de 1894.

[317] Cesare Lombroso, Gli anarchici, Turín, Fratelli Bocca, 1894; 2ª ed. aumentada, 1895.

[318] Cesare Lombroso, Los anarquistas, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1894.

[319] Gran parte de esas publicaciones fue compilada en un volumen: Christian Ferrer y Martín Albornoz (eds.), Folletos anarquistas en Buenos Aires. Publicaciones de los grupos La Questione Sociale y La Expropiación, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2015.

[320] "Al lector", nota editorial incluida en Cesare Lombroso, Los anarquistas, ed. porteña cit.

[321] Al analizar la publicación bajo el sello de Rivadeneyra, Andrés Galera Gómez ("Acracia y antropología criminal: ciencia y revolución social decimonónica", Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia, XXXIX-1, 1988, p. 250), para mostrar la ambigüedad y los sentidos múltiples de ese libro, afirma: "En el texto de Gli anarchici encontramos un Lombroso prosélito del socialismo frente a la insurrección ácrata; deslizándose sutilmente por los vericuetos de la injusticia social y la represión gubernativa desde una dimensión teórica y con un sentido reformista, en contradicción con su postrera teoría determinista, componiendo una alocución ambigua y ecléctica".

[322] "Los anárquicos. El nuevo libro de Lombroso", LV, 29 de septiembre de 1894; "Los anárquicos. El nuevo libro de Lombroso", LV, 6 de octubre de 1894.

[323] "Siempre adelante", EP, 10 de febrero de 1895. Antes de que los anarquistas intentaran medirse cara a cara y en un mismo terreno con la criminología, por lo general prevalecieron estas reacciones de rechazo directo. A inicios de 1896 –más exactamente, el 8 de enero–, el primer número del periódico La Voz de la Mujer presentaba a Lombroso como "uno de los tantos anatemizadores del anarquismo; este es el que dice que somos todos y todas, según su macanología, predispuestos al crimen por esto y por lo otro". Sobre la recepción de Lombroso dentro de la intelectualidad libertaria, véase Patricio Geli, "Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900", Entrepasados. Revista de Historia, año II, nº 2, comienzos de 1992, pp. 7-25.

[324] "Los anarquistas", LA, 11 de marzo de 1895.

[325] Ismael Bucich Escobar, El atentado contra Roca. Perspectiva finisecular de una histórica agresión, Buenos Aires, Librería Americana, 1935, pp. 13-21.

[326] Sobre las incidencias del juicio, véase Máximo Sozzo, Locura y crimen. Nacimiento de la intersección entre los dispositivos penal y psiquiátrico, Buenos

Aires, Didot, 2015, pp. 413-459.

[327] Ibíd., p. 439, n. 445.

[328] Cesare Lombroso, Los anarquistas, ed. porteña cit., pp. 35-37.

[329] Sobre el caso, puede consultarse Nicolás Duffau, Historia de la locura en Uruguay. Alienados, médicos y representaciones sobre la enfermedad mental, Montevideo, CSIC - Universidad de la República, 2019, pp. 230-232.

[330] "Noticias uruguayas. Atentado contra el presidente", LN, 22 de abril de 1897.

[331] "Noticias uruguayas. Rabecca anarquista", LN, 25 de abril de 1897.

[332] Para un recorrido más amplio de la vida de Francisco de Veyga, véase Patricia Weissmann, "Francisco de Veyga. Prolegómenos de la clínica criminológica en la Argentina", Temas de historia de la Psiquiatría Argentina, nº 7, verano de 1999.

[333] Francisco de Veyga, "Misticismo político accidental. Epilepsia", La Semana Médica, 27 de mayo de 1897, p. 161.

[334] Ibíd., p. 164.

[335] Jorge Salessi, Médicos maleantes y maricas, ob. cit., pp. 124-127; Pablo Ansolabehere, Literatura y anarquismo en Argentina, ob. cit., pp. 217-222.

[336] Francisco de Veyga, "Anarquismo y anarquistas", Anales del Departamento Nacional de Higiene, nº 20, p. 437.

[337] Ibíd., p. 438.

[338] Ibíd., p. 448.

[339] Ibíd., p. 451.

[340] Ibíd., p. 455.

[341] Cesare Lombroso, "A paradoxical anarchist", Popular Science Monthy, vol. 56, enero de 1900, pp. 312-315.

[342] José Ingenieros, “La psicopatología en el arte”, APyC, año II, nº 1, enero de 1903, p. 29.

[343] Dardo Cúneo, El romanticismo político, Buenos Aires, Transición, 1955, pp. 75-79.

[344] Oscar Terán, José Ingenieros: pensar la nación, Buenos Aires, Alianza, 1986. Una aún insuperable biografía es la de Sergio Bagú, Vida ejemplar de José Ingenieros. Juventud y plenitud, Buenos Aires, Claridad, 1936.

[345] Una interpretación de la pertenencia de José Ingenieros al universo libertario puede encontrarse en el trabajo de Marcela Croce, La Montaña. Jacobinismo y orografía, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1995.

[346] José Ingenieros, “A Félix B. Basterra”, en Félix Basterra, El crepúsculo de los gauchos, Montevideo, Juan Grave - Claudio García, 1904, pp. 1-2.

[347] José Ingenieros, “La Quincena. Anarquistas y socialistas”, La Montaña, nº 6, 15 de junio de 1897.

[348] “A La Montaña”, La Autonomía, 1º de agosto de 1897.

[349] José Ingenieros, “El individuo y la sociedad”, La Montaña, nº 9, agosto de 1897.

[350] Augustin Hamon, “A los anarquistas”, LA, 27 de enero de 1895.

[351] 22 de noviembre de 1894, 12 de diciembre de 1894, 1º de enero de 1895, 18 de enero de 1895. Alexandre Bérard, “Les Hommes et les théories de l’anarchie”, Archives de l’Anthropologie Criminelle, 1892, pp. 609-636. En particular, El Perseguido dio a conocer –como folletín, entre el 22 de noviembre de 1894 y el 31 de abril de 1895– una extensa refutación al artículo de Bérard, procurador general de Grenoble: A. Hamon, “Los hombres y las teorías de la anarquía”.

[352] Augustin Hamon, Psicología del socialista anarquista, Buenos Aires, Imprenta Elzeviriana, 1898, p. 35.

[353] Ibíd., p. 34.

[354] Ibíd., p. 37.

[355] José Ingenieros, “Psicología colectiva. Un libro de A. Hamon”, El Mercurio de América, Buenos Aires, julio de 1898, p. 41.

[356] Un análisis de Hacia la justicia de Sicardi puede leerse en Pablo Ansolabehere, Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919), ob. cit., pp. 235-247. Véase un análisis conjunto de los diferentes tomos en Miguel Vitagliano, La novela extraña de Sicardi. Una lectura de Libro extraño, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1996.

[357] Sobre la repetida aparición de Sasha Schneider en la revista El Sol en los años 1899 y 1900, véase Laura Malosetti Costa e Isabel Plante, “Imagen, cultura y anarquismo. Las primeras publicaciones ilustradas de Alberto Ghiraldo de El Sol a Martín Fierro”, en Laura Malosetti Costa y Marcela Gené (comps.), Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires, Buenos Aires, Edhasa, 2009, pp. 206-209.

[358] José Ingenieros, “La psicopatología en el arte”, e APyC, año II, nº 1, enero de 1903, p. 28.

[359] José Ingenieros, “La vanidad criminal”, APyC, año VI, 1907, p. 167.

[360] José Ingenieros, Criminología, Madrid, Daniel Jorro, 1913, p. 14.

[361] José Ingenieros, Simulación de la locura [1918], Buenos Aires, Ramón Roggero y Cía. Editores, 1949, p. 157.

[362] Ibíd., p. 147.

[363] José Ingenieros, “Liberación y abandono de alienados delincuentes. Modelo de delirio evolutivo”, APyC, año VI, 1907, pp. 559-564.

[364] “El atentado de ayer”, LN, 12 de agosto de 1905.

[365] “Atentado contra el doctor Quintana”, LP, 12 de agosto de 1905.

[366] “El atentado contra el Dr. Quintana”, LP, 13 de agosto de 1905.

[367] “El atentado contra el presidente de la república”, CyC, 19 de agosto de

1905.

[368] Véase un análisis más exhaustivo del juicio en Martín Albornoz, "'Un estado anormal del espíritu': el intento de asesinato del presidente Manuel Quintana en agosto de 1905", Estudios del ISHiR, 15, 2016, pp. 7-34.

[369] "La defensa de Planas", LPT, 19 de mayo de 1906.

[370] Ricardo del Campo, Defensa de Salvador Planas Virella en el proceso por tentativa de homicidio contra el ex-presidente Manuel Quintana, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1906.

[371] Román Pacheco, Los regicidios en 1905. Consideraciones médico-legales, Buenos Aires, Imprenta y casa editora de Agustín Etchepareborda, 1905, p. 23.

[372] Armando Andes, "Los regicidios en 1905", APyC, año IV, 1905, p. 750.

[373] Archivo General de la Nación (AGN), Tribunal Criminal, Salvador Planas, P-136, 1905, "Informe sobre el estado mental del procesado", ibíd., ff. 73-90.

[374] Ibíd., f. 300.

[375] Roberto Bunge, AGN, Tribunal Criminal, Salvador Planas, ff. 315-321.

[376] Ibíd., ff. 211-263. Hay que decir además que la defensa del doctor Bunge fue recibida con mucho agrado por los propios anarquistas, quienes no solo la reprodujeron íntegra en las páginas de La Protesta, sin objetarle una palabra, sino que la publicaron como folleto. Véanse de Roberto Bunge: "La defensa de Planas", LPT, 27, 28, 29 y 30 de junio de 1907; y Justicia por Salvador Planas, Buenos Aires, Centro Anarquista, 1907.

[377] Todas las referencias al informe provienen de Francisco de Veyga, "El anarquista Planas y Virella", APyC, Buenos Aires, 1906, pp. 513-548.

[378] AGN, Tribunal Criminal, Salvador Planas, ff. 41-43.

[379] Una vez más, De Veyga se muestra atento e interesado por la variedad de "curiosas" formas que adoptaba el anarquismo realizando un pequeño listado de las lecturas de Planas, aquellos textos y folletos que este podía recitar casi "al pie de la letra": Manual del soldado, ed. y trad. por la Biblioteca Huelga General de

Barcelona; la Generación voluntaria, de la misma biblioteca; Cómo nos diezman, de la Agrupación El Libertario de Montevideo; la Alocución de las madres, que reparte gratis la Biblioteca de la Juventud Moderna de Buenos Aires. Asimismo, Planas podía explicar de manera razonable obras de “poco alcance filosófico” como La sociedad muriente y la Anarquía de Jean Grave, Los placeres del exilio de Charles Malato o En el café de Errico Malatesta.

[380] Hugo Vezzetti, ob. cit., p. 221.

5. Entre policías y anarquistas: la zona gris

La tarde del 27 de septiembre de 1889, policías a las órdenes del comisario de pesquisas Belisario Otamendi allanaron una pequeña imprenta del barrio de Barracas. Tenían información de que allí se estaba imprimiendo un manifiesto "contra la burguesía argentina". El dato resultó certero. Al ingresar en el local, los efectivos detuvieron a ocho individuos e incautaron 10.000 ejemplares del manifiesto cuya tinta todavía estaba fresca. La crónica periodística destacó que uno de los detenidos tenía en su poder un ejemplar del periódico Il Pugnale en el cual se aconsejaba "amablemente" la utilización de bombas de nitroglicerina y clorato de potasa.[381] Más allá de la sorpresa inicial, el descubrimiento no concitó gran atención pública. Faltaban algunos años para que el anarquismo se convirtiera en "tema de todas las conversaciones". Ni siquiera resultó preocupante que el hecho hubiese ocurrido en un contexto huelguístico particularmente agudo. Nadie vinculó estos dos fenómenos, y el allanamiento fue considerado un hecho curioso pero sin trascendencia.

Esa percepción fue compartida, al menos en parte, por la policía: un informe que la jefatura elevó al Ministerio del Interior meses después sostenía que, comparada con la situación europea, la presencia en la ciudad de agitadores y discursos de este tipo tenían poco arraigo y mínimas posibilidades de ganar el favor de los trabajadores. En Buenos Aires, el trabajo se remuneraba "generosamente", las fortunas estaban "ampliamente" repartidas y las diferencias sociales no clausuraban la movilidad social. En ese contexto, las huelgas no lograban alcanzar un estatus inquietante, en parte porque los patrones solían acceder a los reclamos. Siempre según esta descripción, los detenidos no pasaban de ser un grupúsculo de extranjeros cuya adscripción ideológica era, con seguridad, anterior a su llegada al país.

Sin embargo, el episodio fue de suficiente relevancia para que el informe reprodujera y comentara algunos pasajes del manifiesto. De esa lectura surgía que a sus redactores, autodenominados "comunistas-anarquistas" –una variante desconocida en la ciudad de lo que hasta el momento se nombraba simplemente como "socialismo" o "comunismo"– no les importaban la patria ni los

andamiajes legales, que no los guiaban valores políticos ni religiosos y que estaban en contra de la propiedad y la autoridad. A la vez, pertenecían a grupos cuyos nombres –“11 de Noviembre” y “Tierra y Libertad”– no aludían a situaciones locales. El informe no avanzaba mucho más; tan solo acotaba que la institución policial estaba perfectamente capacitada y equipada para afrontar la tarea de sofocar cualquier “movimiento anárquico”. Con todo, solicitaba que el Congreso sancionara alguna ley especial que inspirara un “temor saludable a los propagandistas de este ideal quimérico”.[382]

Como en Buenos Aires no se publicaban periódicos libertarios, los detenidos en Barracas debieron apelar a las páginas de la prensa anarquista internacional para dar testimonio de su infortunio. Desde la Penitenciaría Nacional, el español Victoriano San José logró enviar a Il Socialista de Montevideo una carta en la cual narraba la “edificante anécdota”. Si el asunto del “manifiesto escamoteado” representó un contratiempo, el futuro se mostraba promisorio y la ocasión había servido para que los anarquistas se mostrasen victoriosos y desafiantes. Todos los involucrados afirmaron enfáticamente conocerse entre sí y ser “anárquicos-comunistas”. Eso –agregó San José– dejó perplejas a las autoridades: “No podéis imaginaros, compañeros, el efecto que ha causado esta solidaridad, ante la policía y el juez, viendo que ninguna vez negábamos nuestra existente amistad y relaciones con respecto a las ideas”.[383] Un mes y medio después, los lectores del barcelonés El Productor tenían noticias de que otro de los encarcelados –el anarquista español Indalecio Cuadrado, que poco tenía que ver con la redacción del manifiesto– había sido interceptado por la policía cuando entraba a su trabajo e introducido en un coche en compañía de un comisario y cuatro agentes. Todo este “aparato” hacía “reír” y demostraba que las promocionadas libertades republicanas de la Argentina eran un fiasco.[384] Por lo demás, el asunto dejaría su marca en el nombre de uno de los principales periódicos de la historia del anarquismo porteño: El Perseguido, fundado seis meses más tarde.

Lo que en 1889 un puñado de policías y anarquistas no podía saber era que, casi veinte años después, ese acontecimiento discreto y nada espectacular sería leído como el primero de una abigarrada y reiterada serie de encuentros que, entre un siglo y otro, contribuyeron a moldear parte de la acción policial y del desenvolvimiento libertario en Buenos Aires. En 1908, el auxiliar Federico Foppiano, jefe de la sección Orden Social de la Comisaría de Investigaciones, elevó a la jefatura un exhaustivo reporte sobre la actividad huelguística de la ciudad. Al comentarlo, la Revista de Policía reconocía el inevitable vínculo con los anarquistas: “El perfeccionamiento de los medios puestos en juego por los

anarquistas y por los agitadores de todos los matices en el mismo orden de ideas, ha llevado a su vez a las autoridades a perfeccionar los métodos de investigación y vigilancia, entablándose una verdadera puja de esfuerzos cuyos resultados son forzosamente indecisos”. Como en un juego, el resultado de esa interacción incesante y accidentada era dispar: “Muchas veces triunfa la autoridad, pero otras la autoridad es derrotada”.[385]

La metáfora del juego fue utilizada por el periodista libertario Julio Camba en sus memorias. Durante los tres años que participó del anarquismo porteño, los policías ocuparon un lugar protagónico. Mezclados entre cantantes, prostitutas y ladrones, los pesquisas espiaban los cafés, detenían a obreros en las huelgas, enfrentaban a manifestantes, y vigilaban domicilios, actos y redacciones de periódicos. Desde noviembre de 1902, fueron además los encargados de redactar los informes por los que numerosos ácratas serían expulsados del país en virtud de la Ley de Residencia. Entre ellos, el propio Julio Camba, quien en 1904, dos años después de ser desterrado de Buenos Aires, reflexionaba desde una celda de la Cárcel Modelo de Madrid: “Dijérase que estamos jugando con una pelota: el adversario la tira al rostro, y nosotros, antes de que nos haya herido, lanzámosla al rostro del adversario, quien, a su vez, nos la devuelve para evitarse el golpe”.[386]

En la historiografía sobre el anarquismo porteño (y el nacimiento del movimiento obrero) esos intercambios resultaron virtualmente invisibilizados y la respuesta a la pregunta sobre cómo se comportaron unos y otros se resumió de modo transparente: la policía actuó de policía y los anarquistas, de anarquistas. Con el acento puesto sobre el carácter unilateral e instrumental de las tareas policiales, y dada la índole cristalizada de las identidades de estos actores, el complejo juego de observación, aprendizaje y enfrentamiento quedó reducido a un único y gran drama vinculado con la defensa de los intereses de la “burguesía”. En esta situación, a los anarquistas les habrían quedado dos posibilidades: victimizarse o reflejar la resistencia. Esta rígida interpretación se fundó en la idea de que, entre 1890 y 1910 –si tomamos un recorte temporal clásico–, el orden conservador fue completamente reactivo a cualquier protesta o reclamo por parte de los trabajadores.[387] En estudios más recientes y sensibles al grado de apertura de las élites gobernantes frente a la “cuestión social”, la policía siguió ocupando un lugar despojado de iniciativa y sensibilidad propia. Si bien desde el estado comenzaban a esbozarse proyectos e iniciativas que registraban la necesidad de un cambio en la legislación laboral y social, la institución policial no demostraba otra faceta que la de un perfeccionamiento

represivo ineluctable.

Sin embargo, hacia 1900, la consideración policial sobre la escalada de huelgas y manifestaciones parece haber sido más ambigua; incluso dejaba traducir cierta sensibilidad reformista. En 1905, José Rossi, reemplazante de Otamendi en el cargo de comisario de Investigaciones, no ponía en duda que el malestar social estaba acicateado por un tipo de anarquista "experimentado" proveniente del extranjero, pero esa "evidencia" no le impedía reconocer que el descontento estaba, al menos en parte, justificado. La "clase obrera" no contaba con "una legislación que la protegiese señalando equitativas limitaciones al esfuerzo exagerado del capital" y en muchos casos carecía "de elementales consideraciones de humanidad respecto a la salud del trabajador".[388] En esa tensión, desde Revista de Policía, no escatimaron elogios para Joaquín V. González: lo consideraron "el más correcto, el más sincero, el más eficaz intérprete de las aspiraciones del pueblo trabajador de la república", por haber presentado el proyecto de Ley del Trabajo de 1904.[389] Al poco tiempo, con idéntico beneplácito, recibieron la noticia de que un decreto auspiciado por el Ministerio del Interior establecía que, como representante del estado, la policía oficiaría de mediadora y árbitro "amistoso" entre obreros y patrones en las huelgas, tarea que en realidad ya realizaba.[390] Como era de esperarse, los anarquistas se opusieron al decreto: "La propia educación proletaria enseña que estos mediadores son enemigos, menos resueltos y francos, quizá por eso más peligrosos".[391] Sin embargo, en su rechazo, reconocían tácitamente que la acción de la policía en el mundo del trabajo no siempre se resolvía con sablazos y encarcelamientos.

Por otra parte, la vigilancia del "elemento sectario", como gustaba denominarlo la jerarquía policial, no se limitó a la observación e intervención en huelgas. Por fuera de las fábricas, el anarquista se desplazaba por un mundo confuso y diverso que hacía de la ciudad entera su campo de operaciones. Teatros, calles, tabernas, fondas, embarcaderos y conventillos conformaron una cartografía urbana en la cual la búsqueda e identificación del anarquista corrió pareja con el intento de prevenir la acción de una pléyade de delincuentes profesionales. Con el cambio de siglo y la profesionalización, la policía intentó responder a esa diversidad, en una ciudad cuya transformación adquiría por momentos un ritmo imprevisible.

Iluminar la acción de la policía de la capital implica entonces recuperar un amplio repertorio de prácticas y escenarios a partir de los cuales se forjó el día a

día de los intercambios con los anarquistas. Si bien los archivos que podrían contribuir a un conocimiento más profundo sobre el tema no son accesibles de momento, se cuenta con la prolífica cultura impresa de la policía, que permite recuperar registros y representaciones que fueron igualmente importantes. De un valor fundamental resulta, entre otras fuentes, la Revista de Policía, que en sus páginas supo albergar gran parte del imaginario que los miembros de la institución cultivaron sobre el anarquismo. Dirigida por comisarios, la publicación tuvo como lector ideal al personal subalterno de la fuerza.[392] Ante la inexistencia de instancias más articuladas, sus páginas intentaron subsanar algunas de las carencias de formación de los agentes. Por ejemplo, respondiendo a la duda planteada por el agente Ventura Ortiz sobre si se podía sin más incautar La Protesta Humana, los redactores se vieron obligados a aclarar: “Los agentes no tienen facultad para secuestrar los periódicos anarquistas en los casos que menciona en su consulta”.[393]

Por lo demás, para la policía, comprender qué era y cómo se comportaba un anarquista no fue un ejercicio abstracto, que dependía de la lectura de relatos o manuales. En esto, la mirada de esa fuerza se diferenciaba de las primeras aproximaciones de los criminólogos o de los consumidores de noticias internacionales. El movimiento anarquista del cambio de siglo, de forma creciente, buscó deliberadamente llamar la atención de los agentes. Empujado por la propia dinámica de los intercambios, los militantes no se conformaron con el mero papel de víctimas. Por lo menos así lo expresaba en 1904 Dante Silva, en una carta dirigida a los miembros de la Comisaría de Investigaciones: “Nosotros los anarquistas queremos ser tomados en cuenta. […] No nos conformamos con ocho días de detención, no nos conformamos con ocho días de cárcel injusta, queremos la igualdad; que nos atropellen para atropellar [también nosotros,] que nos castiguen para castigar y que beban nuestra sangre para beberla a nuestra vez”.[394] Las palabras de Dante Silva ejemplifican bien el desafío que el anarquismo lanzó a la autoridad policial, ya que tienen un tono fácilmente reconocible por cualquiera de sus camaradas: la ironía, la burla y la provocación fueron formas de rebajar la acción policial. En efecto, desenmascarar la inutilidad de los agentes era un imperativo militante.

Siguiendo la pista del humor y de la denuncia, este capítulo se propone capturar, a través de la escritura anarquista y policial, ciertos momentos en los cuales emergen diferentes formas de encuentros y desencuentros entre agentes y libertarios durante la última década del siglo XIX y los primeros años del siglo XX. El orden de la exposición no intenta ser cronológico. Puestas unas sobre las

otras, las situaciones narradas procuran capturar, en esas intersecciones, diferentes variaciones en prácticas, argumentos y representaciones. También las confusiones entre ellas y sus recurrencias.

Conocerlos a todos y conocerlos bien

Mediados de agosto de 1900. Dos semanas después del asesinato de Humberto I en Italia, el editorial de la Revista de Policía no agregaba nada nuevo al condenar el “bárbaro crimen” que hería “profundamente el corazón de la humanidad entera”. Tampoco al considerar que el anarquismo era un problema europeo.[395] Sin embargo, ese diagnóstico, compartido por gran parte de la opinión pública, no reflejaba la realidad de la preocupación policial ni la del movimiento anarquista de Buenos Aires.

El desarrollo local del anarquismo fue uno de los tantos temas que concitó la atención de las autoridades policiales y los años que siguieron al episodio de Barracas de 1889 dan cuenta de su interés creciente en la cofradía libertaria. En 1894, el jefe de policía, general Manuel Campos, se congratulaba al observar que, respecto del fenómeno libertario, las actividades policiales se habían limitado a vigilar sus publicaciones y a observar con atención lo que sucedía en sus sociedades.[396] Al año siguiente, los anarquistas ya eran nombrados como tales y, al parecer, buscaban una mayor visibilidad “por medio de varios periódicos y revistas, con reuniones en locales determinados y hasta conferencias al aire libre”. La policía –proseguía el informe– siempre había intentado prohibir esos “espectáculos”, “cuyo único propósito es proclamar el desquicio social y sublevar las masas ignorantes contra toda institución y toda autoridad”.[397] Ni en esas ocasiones ni en las huelgas –donde la participación anarquista se consideraba irrelevante– habían tenido que lamentarse hechos perturbadores. Aun así, se recomendaba tomar las medidas necesarias para coartar “la propagación posible del anarquismo”, ya que “su sola presencia es una amenaza para el porvenir”.[398]

A comienzos del siglo XX, la densidad del movimiento ya era muy diferente. En una nota remitida al Ministerio del Interior, el jefe de policía Francisco Beazley calculaba que en la Argentina, principalmente en su capital, vivían no menos de 5000 anarquistas, en su mayoría extranjeros. Pero no todos representaban un peligro: gran parte de ellos eran incapaces de empuñar un arma. Apenas si aportaban modestas sumas de dinero a la causa, asistían, de tanto en tanto, a reuniones o leían alguno de los periódicos que se publicaban regularmente. Algo

más preocupante resultaba un pequeño grupo de ácratas aislados, “muy difíciles de observar”, cuyos “procedimientos son ignorados y sus propósitos ocultos”. Frente a esa situación, las capacidades de la policía se mostraban limitadas. Según Beazley, para controlar a toda la comunidad libertaria, la institución solo contaba con cuatro agentes secretos.[399]

El editorial de la Revista de Policía a propósito del asesinato de Humberto I retomó la nota de Beazley y la hizo pública. Sin embargo, no dejaba entrever preocupación. Era cierto que la cantidad de anarquistas era importante, pero las tareas principales de la policía debían mantenerse como en el pasado. No hacían falta medidas de excepción ni grandilocuentes ademanes represivos. De lo que se trataba era de “conocerlos a todos y conocerlos bien”, “asistiendo a sus reuniones y a sus fiestas, leyendo sus periódicos, escuchando a sus oradores, procurando estar al corriente de sus movimientos partidistas, de la creación de nuevos clubs o agrupaciones”.[400]

Durante la década de 1890, las tareas de lectura, observación y detección recayeron en la Comisaría de Pesquisas. Creada en 1875, después de marchas y contramarchas, de cierres y reaperturas, en 1897 cambió su denominación por Comisaría de Investigaciones y se dotó de un nuevo reglamento que, si bien no esclarece la realidad de su funcionamiento, sí muestra la expectativa que lo animaba.[401] A diferencia de las seccionales, no se limitaba a tal o cual barrio, sino que hacía de la ciudad entera su teatro de operaciones. Incluso, si la situación lo requería, podía traspasar sus límites. Por la naturaleza de su servicio, los miembros de la dependencia estaban eximidos de vestir uniforme, a lo cual se sumaba la flexibilidad horaria. Se estipulaba que los integrantes de la Comisaría de Investigaciones tendrían una jornada de trabajo irregular, cuyo propósito, además de cubrir la totalidad del día, era hacer capturas infraganti. Por último, una puntillosa enumeración de los lugares en los cuales policías de incógnito podrían hacerse presentes muestra cierta voluntad de lograr la ubicuidad: “En los teatros, bancos, establecimientos públicos, iglesias, hoteles, fondas, posadas, casas amuebladas, de compraventa, prostíbulos, domicilios de ladrones, reuniones, fiestas públicas, hipódromos y frontones”.[402]

Sobre la conformación de su plantel, se sabe que a principios de 1898 la Comisaría de Investigaciones contaba con ciento veinticinco agentes y veinticuatro empleados superiores distribuidos en tres brigadas (dos destinadas a la vigilancia de la ciudad, vapores y ferrocarriles, y otra, a investigaciones criminales). Además, la Memoria de la Policía de la Capital de 1897, publicada

en Revista de Policía, sostenía que pese a que la plantilla profesional era francamente deficiente –“personas poco prácticas”–, el desempeño había sido bueno ya que en menos de un año se habían realizado setecientas veintiuna capturas. No se sabe exactamente cuántos anarquistas formaban parte de ese total pero, desde luego, estaban bajo observación.

Según los ácratas, la presencia de agentes de policía de incógnito en ámbitos tan diversos –entre los cuales estaban incluidos sus espacios de sociabilidad– a veces quedaba delatada por su insólita torpeza. Julio Camba recordaba que, a mediados de 1900, todos los anarquistas de Buenos Aires vestían unas deslumbrantes corbatas rojas. Este hecho despertó sospechas en un “pesquisa” encargado de vigilarlos, que tomó esa parte del atuendo como una “contraseña” y “para ver si un individuo tenía o no importancia dentro del anarquismo, le miraba la corbata”. La anécdota brindó la ocasión para que Camba elucubrara una sugestiva teoría sobre la relación entre vestimenta y opiniones estético-políticas. Pero la realidad era más prosaica. El anarquista Orsini, cuyo padre tenía un almacén de ramos generales, había recibido un saldo de corbatas con la expresa obligación de venderlas. Haciendo caso omiso de ese mandato, Orsini las regaló a quien se le presentase, fuera o no militante libertario. Por esta razón,

un día fue detenido misteriosamente un señor que paseaba por la calle y fue llevado a la Comisaría de Investigaciones, donde lo retrataron y ficharon como anarquista.

– ¿Yo anarquista? –decía muy asustado–. ¡Si yo soy tenedor de libros!

– Tenedor de libros, ¿eh? ¿Y esa corbata?

El desdichado llevaba una corbata que era como una bomba: una corbata Orsini. Aquella corbata constituía una profesión de fe.[403]

Aunque de dudosa veracidad, la anécdota muestra que la burla fue una de las formas de las que se valieron los anarquistas para denunciar el accionar de la Comisaría de Investigaciones, en particular, y de la policía, en general. Antes del episodio de las corbatas, en 1894, El Perseguido ya advertía a sus lectores que tuvieran cuidado. Varios policías se estaban haciendo pasar por carpinteros y, en

reuniones gremiales, entre susurros, ofrecían “toda clase de explosivos”. Uno de ellos fue reconocido en la puerta de una taberna. Los anarquistas no lo dejaron entrar. Otro espía fue descubierto mientras husmeaba en varios conventillos. Desde ese momento, desenmascarar agentes encubiertos se convirtió en una de las tantas habilidades que los anarquistas incorporaron a sus logros militantes.[404]

A fines de noviembre de 1898, La Protesta Humana denunció que los abusos policiales se habían vuelto cada vez más rutinarios. Describía la actividad de los agentes como monomaníaca. Pero más que la persecución, lo que resultaba particularmente humillante era la modalidad. Los “niños pesquisantes” se valían de estratagemas insidiosas, disimuladas e indignas. Por ejemplo, disfrazarse de empleados postales “para husmear en los domicilios de nuestros compañeros”. Por otra parte, cada vez que un anarquista era conducido al Departamento de Policía sufría el máximo de detención provisora y, amén “de algún coscorrón”, se lo fotografiaba, se lo medía y se lo incomunicaba. Tan extenuantes y repetidas eran estas situaciones que, con ironía, señalaban: “Nosotros[,] que somos enemigos declarados de toda legislación y de todo código, casi nos sentimos con ganas de pedir a nuestros gobernantes que nos legislen, aunque sea temporalmente, cuánto podemos hacer y decir para saber a qué atenernos”.[405]

A partir de 1903, con la llegada de Rossi a la dirección de la Comisaría de Investigaciones, la vigilancia del anarquismo se intensificó. El antiguo modelo de las brigadas fue reformulado: una división por secciones buscaba optimizar y especializar la tarea de los agentes. Así surgieron las divisiones de Seguridad Personal, Robos y Hurtos, Defraudaciones y Estafas, Leyes Especiales y Orden Social (esta última, especialmente dedicada a todo lo que tuviera que ver con el movimiento obrero y, en particular, con el anarquismo). A los ojos de los libertarios, su performance continuó siendo rocambolesca pero su incidencia era cada vez más asidua.

Con la organización de sus secciones, el aumento de su personal, la especialización de saberes, la aplicación sistemática de técnicas de identificación y la construcción de un archivo específico para cada rama, la Comisaría de Investigaciones estuvo mejor preparada para satisfacer el anhelo de “conocerlos a todos y conocerlos bien”. Y si bien los anarquistas distaron de ser el único grupo que capturaba su interés, lo cierto es que –como ya vimos– pasaron a engrosar la legión de sujetos que, detenidos por agentes de civil en la calle, iban a parar al Departamento de Policía. Esa experiencia revelaba otro ámbito de las

interacciones con esa fuerza, el cual servía muchas veces como instancia de afirmación identitaria (o así, al menos, lo presentaba La Protesta). Todos los detenidos, al regresar del calabozo en el que a veces no pasaban ni un día, juraban que jamás habían ocultado su condición de anarquistas. Era un orgullo que, a menudo, invitaba a licencias y exageraciones retóricas. Sin embargo, esa conducta inquebrantable tenía sus bemoles. Mostrarse desafiantes podía empeorar las condiciones de detención. Contra ese empeño se rebeló el calmo militante Pierre Quiroule: en carta a la redacción del diario La Protesta, aseguraba que el drama de muchos arrestados se hubiera atenuado si simplemente hubieran respondido que no, que no eran anarquistas. Negarlo no debía darles vergüenza; por el contrario,

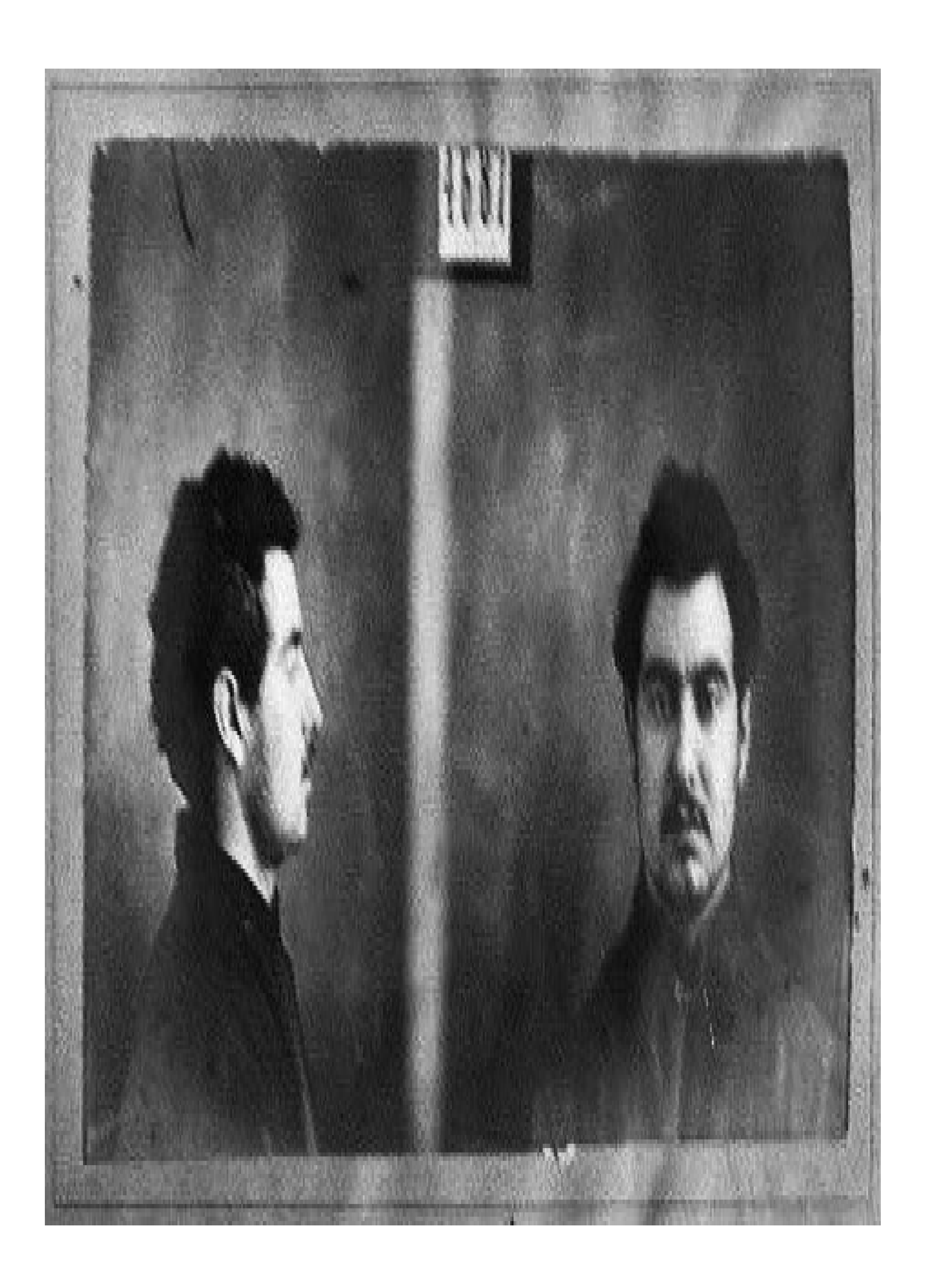
todos los seres, en la naturaleza, tratan de ponerse fuera del alcance de sus enemigos. La débil perdiz perseguida por el cazador emplea mil tretas para despistarlo y se comprende: si no lo hiciera así[,] pronto sería su víctima. No hay pues ninguna cobardía de parte del perseguido a burlarse de sus perseguidores. La lucha no es igual y para salir bien de ella la simulación es de buena guerra. [406]

La intervención de Quiroule tenía como propósito iluminar la situación de los anarquistas anónimos, víctimas de los policías, pero también de ciertos libertarios “cuyo rígido purismo parece deleitarse cuando se cierran sin ruido sobre un propagandista las horribles puertas de los sombríos edificios carcelarios”.

El sensato pedido tenía un problema: su rendimiento propagandístico era bajo. De allí que en La Protesta siguieran prevaleciendo relatos como el de Perfecto López, quien el 8 de junio de 1904 había sido interceptado por un “lindo” y “rubio” empleado de Investigaciones cuando se dirigía desde la redacción de La Protesta hacia su casa. El solícito agente lo condujo “galantemente” hasta el Departamento de Policía. Una vez allí, luego de esperar dos horas en un calabozo, fue entrevistado por el jefe de Orden Social, Víctor Valle. Su comportamiento en el interrogatorio incluyó todo lo que tanto preocupaba a Quiroule: orgullosa reivindicación del anarquismo, respuestas burlonas y defensa de la violencia. Luego Perfecto López fue llevado a la oficina antropométrica,

donde le tomaron sus huellas dactiloscópicas y lo retrataron.[407] Su crónica era una entre cientos de igual tenor.

Desde el 1º de abril de 1904 –cuando, en coincidencia con la reorganización de la Comisaría de Investigaciones, La Protesta se convirtió en matutino–, no hubo un solo día en el cual no se narrase algún tipo de encuentro con la policía. De hecho, una columna titulada “La acción policial” perduró en sus páginas sin interrupción durante gran parte de la primera década del siglo XX. En ella podían leerse situaciones como la que le tocó en suerte a Juan Angelucci quien, al salir de una reunión del gremio de los albañiles, fue detenido por la policía y llevado al Depósito de Contraventores, por supuesta portación de un cuchillo.[408] Al año siguiente, Ramón Artoneda caminaba por la calle Moreno y un policía de civil le salió al cruce. Al igual que Angelucci, debió pasar unos cuantos días en el calabozo.[409] Ambos fueron fue prontuariados. Como solía hacerse para informar a otras ciudades del país, sus retratos y perfiles biográficos fueron remitidos desde Buenos Aires a Rosario, donde se conservan hasta el día de hoy. Asimismo, por la numeración que se les adjudicó (el 3847 a Angelucci; el 5653 a Artoneda) puede verse cómo había crecido el archivo policial en el curso de un año.




14300

Figura 5.1. Archivo General de Santa Fe, subsede Rosario. Archivo de Prontuarios de Orden Social

En efecto, las tareas de la sección Orden Social de la Comisaría de Investigaciones se habían intensificado tanto que merecieron un registro estadístico. En las memorias que sintetizaban sus tres primeros años de actuación al frente de la policía, el entonces jefe Ramón Falcón incluyó un exhaustivo cuadro comparativo que demostraba cómo, año tras año, se incrementaba el archivo de prontuarios de anarquistas. En 1906 se habían elaborado 1919 prontuarios. Al año siguiente, el total llegaría a 4529 y en 1908, a unos 5159. [410]

El trato entre policías y anarquistas se forjó en la opacidad y la rutina de la vigilancia y la intromisión. También en la visibilidad que la prensa libertaria intentó darle en sus páginas. Esas coordenadas informan sobre la definición de un escenario en el cual, a su modo, unos y otros parecieron desempeñar el papel que les correspondía. Sin embargo, no todo se resolvió en un juego de espejos. Las relaciones de proximidad entre ácratas y agentes fueron de una intimidad tal que, por momentos, dieron lugar a una figura confusa en la cual los contornos de unos y otros se volvieron difíciles de delimitar.

¿Puede un vigilante ser anarquista?

El Obrero Panadero de Buenos Aires hizo una advertencia a sus lectores. En la redacción de La Anarquía de La Plata había al menos dos policías. Uno era Roque Junco, quien durante cuatro años había trabajado como vigilante en la Policía de Buenos Aires y que, con el nombre falso de J. Rojo, estaba a cargo de toda la correspondencia del periódico. El otro, José Castro, miembro del comité editorial, todavía prestaba servicio en una comisaría platense.[411] El caso era grave. Entre anarquistas, "policía" era un agravio frente al cual las respuestas del acusado oscilaban entre la ofensa airada y la negación nerviosa.

Sin embargo, La Anarquía no solo no desmintió la información de El Obrero Panadero sino que la confirmó. En efecto, José Castro era vigilante desde hacía "algún tiempo" aunque no formaba parte de la administración de la hoja anarquista. En realidad, era un simple suscriptor. Para existir, los periódicos libertarios necesitaban dinero y si el día de mañana "el mismísimo jefe de policía quisiera concurrir con su bolsillo al mantenimiento de nuestra hoja, no dudaríamos en aceptar convictos de hacer un bien a la propaganda". No había nada de malo en ello. Sin ir más lejos, en las listas de suscripción de El Perseguido de Buenos Aires se repetía un "vigilante de la 28" y nadie se escandalizaba.[412] El segundo caso era más problemático: Junco/J. Rojo sí había sido policía y efectivamente estaba a cargo de la sección "correspondencia" del periódico; pero su pasado estaba saldado. Sus compañeros ya lo habían juzgado y "rehabilitado".[413]

El propio Rojo, decidido a limpiar su buen nombre, intervino en el intercambio. Argumentó que entre 1891 y 1892 había pertenecido al cuerpo de vigilantes y, si bien en esa etapa no había tenido vínculos orgánicos con ningún periódico anarquista, sí había contribuido materialmente a la propaganda revolucionaria, al igual que Castro. En 1892, luego de pedir la baja, partió a Brasil. A su regreso dos años después, trabajó de "cualquier cosa" y, cuando en 1895 un grupo de camaradas lo invitó a sumarse a la redacción de La Anarquía, aceptó sin dudar un segundo. Devolviendo el ataque, Rojo puntualizaba que, en cualquier caso, "más vale haber hecho de vigilante en caso de extrema necesidad, que explotar y dormir a los obreros como están haciendo los redactores de El Obrero

Panadero”.[414]

El ejemplo pone de manifiesto un fenómeno recurrente en la cultura anarquista del cambio de siglo: anarquistas y policías convivían en una zona gris. Como se ha visto, la interacción con agentes secretos era habitual (o al menos, no sorprendente). Pero este caso era distinto. Se trataba efectivamente de anarquistas que no ocultaban su condición de policías. Para procesar la existencia de esos peculiares correligionarios, se ensayó una explicación que, como ocurría casi siempre en el anarquismo, descansaba sobre un fuerte determinismo social. Pésimas condiciones de vida material y moral, inestabilidad del mercado laboral y bajos salarios empujaban a humildes trabajadores a ingresar a una institución que los denigraba. Un argumento semejante –y de tan fácil aplicación– debió de bastar para que “el vigilante de la 28” que contribuía con sus centavos a El Perseguido sintiera algún alivio al leer, en ese mismo periódico, que los policías no eran enemigos, sino “simplemente obreros que no han encontrado otro trabajo”.[415] Mucho más difícil era concebir una vocación policial o, siquiera, cierto gusto por este servicio.

Una década después del episodio de La Anarquía, la pregunta seguía vigente. En 1904, La Protesta publicó un suelto titulado “¿Puede un vigilante ser anarquista?”. La respuesta era menos concesiva que la de El Perseguido. Podía suceder, claro, ya que “no negamos que hay vigilantes con ideas anarquistas”. Los “vaivenes de la vida” proletaria eran así de imprevisibles. Sin embargo, había una sola manera de resolver el dilema. Quien se sintiera aludido debía procurarse un medio de vida más “sano” dejando de “prostituirse” dentro del “ambiente autoritario y degradante de la policía, inaguantable para el verdadero anarquista”.[416]

La inquietud también salpicó las páginas de Revista de Policía. A finales de 1901, su correo de lectores recibió una pregunta que bien podría haber sido dirigida a la redacción de La Protesta: “¿Los anarquistas pueden ser agentes de policía?”. No era un planteo abstracto, ya que “cierta comisaría del sud” había dado de alta a uno. La respuesta de los editores de la revista, aunque de tono formal, no dejó de transmitir su desagrado. De ser cierta la noticia, solo cabía alertar con urgencia al comisario respectivo quien debería proceder “como corresponde”. No mucho más.[417]

Como confirmando la cuestión planteada por Revista de Policía, varios años después, el periódico La Protesta publicó en su primera página una carta para la

que sus redactores no ahorraron elogios: bella, pura y sincera. Su contenido iba a dejar perplejo al lector. El prolífico publicista Fag Libert, que tanto había colaborado en distintos periódicos libertarios e incluso dirigía uno, se confesaba: “Soy anarquista y he sido policía hasta ayer”. Su verdadero nombre era Federico Gutiérrez y en la carta, luego de narrar todas sus peripecias biográficas, aclaraba que se había mantenido tanto tiempo en esa “doble y difícil actuación” porque estaba preparando un volumen destinado a desenmarañar la psicología policial.

En un sorprendente espectáculo autorreferencial, Federico Gutiérrez hizo salir a la luz su sinuosa trayectoria. Había ingresado a la fuerza a los 16 años, ilusionado con recibir un gran sueldo. Corría el año 1895 y sobre la policía pensaba lo que “cualquier niño”: que se trataba de una institución moral, justa y de orden. Sus primeros pasos habían sido en el Depósito de Contraventores. Allí conoció al famoso y temible anarquista Juan Ragazzini. Frecuentador del calabozo, en una oportunidad Ragazzini le regaló La conquista del pan de Kropotkin y Evolución, revolución y anarquía de Reclus. Esa lectura lo impactó. Fue como una epifanía y a eso –recordaba Gutiérrez– le debía la libertad.

A partir de ese momento, la permanencia en la repartición se le hizo difícil. Después de siete años. logró que lo trasladaran a la comisaría 7ª, donde su anarquismo fue un secreto a voces. Aprovechó el servicio para asistir a cuantas conferencias anarquistas pudo. Allí, como un policía entre libertarios, estrechó relación con muchos propagandistas. Comenzó a colaborar con La Protesta y escribió una pequeña obra de teatro con el significativo nombre de El atentado. Luego de tres años de servicio, se presentó a examen para ganar un ascenso. Casi sin estudiar, se jactaba, obtuvo la calificación más alta. Con humor sostenía: “Heme aquí Oficial, Jefe de Tercio, Teniente de Policía”. Fue entonces cuando, ante el Comisario de Órdenes, reveló su identidad como el reconocido Fag Libert. Un último y extraño orgullo le quedaba: se negó a presentar su renuncia y fue exonerado.[418]

En su apología, Federico Gutiérrez omitió estratégicamente un pequeño incidente que parece haber sido el origen de su confesión (remitía a los sempiternos recelos entre anarquistas; su sola mención le habría restado brillo y decisión). Semanas antes, a mediados de junio, la redacción de La Protesta estaba envuelta en un verdadero caos: tres de sus miembros habían sido expulsados por un tribunal de compañeros. Según parece, no eran lo suficientemente anarquistas. La cuestión es que las columnas del diario se abrieron a quienes quisieran expresarse sobre lo sucedido. Entre decenas de

notas, un enfurecido Antonio Meigide acusó a los editores de La Protesta de expulsar a tres buenos camaradas mientras daban protección a Fag Libert, a quien desenmascaraba como Federico Gutiérrez, agente de policía. Fue la primera vez que esos dos nombres aparecían juntos. Nadie (salvo él mismo, continuaba Meigide) había tenido la “altivez” de “arrancarle la careta” a ese impostor. Y concluía con una recomendación que funcionaba también como acusación: “A estos individuos son a los que hay que expulsar de nuestras filas y no a los compañeros que llevan dentro de sus robustos cerebros la más sublime de las ideas”.[419]

Como era sabido por cualquier militante anarquista más o menos informado, la vigilancia policial no solo alcanzaba a personas. Muy tempranamente, también los periódicos libertarios, fuente de información formidable acerca de individuos y lugares, cayeron bajo el ojo policial. Por esta razón, no sería extraño que la jefatura tomara nota de la doble condición de Gutiérrez gracias a la denuncia de Meigide. Así, su confesión, más que un acto de honestidad militante, puede interpretarse como producto de la crisis de una insostenible situación laboral: la doble pertenencia era tan mal vista por los anarquistas como por la policía.

Como fuera, a diferencia de los casos anteriores, la confesión de Federico Gutiérrez tuvo una importante repercusión pública. La Nación lo consideró “un caso extraordinario”.[420] Caras y Caretas publicó una extensa crónica que mezclaba retazos biográficos, fotos y escritos del “poeta anarquista expulsado de la policía”.[421] Estas y otras notas fueron reproducidas prolijamente por La Protesta. Era un pequeño triunfo de la anarquía sobre la policía. Ese momento de alta visibilidad era muy preciado, incluso cuando estuviera teñido de cierta extravagancia.[422]

Un poeta anarquista expulsado de la policía



Federico A. Gutiérrez, director del periódico anarquista «Labor», que fué exonerado de su empleo de oficial de policía

En 1892 ingresó en la policía, como oficial escribiente, un joven de 17 años, que hacía versos y se llamaba Federico A. Gutiérrez. Su musa cantaba á la Fe, á la Oración, á Cristo, á Dios y al doctor Alem; se rebelaba ante las injusticias sociales, bendecía á los buenos y maldecía á los malos. Sin embargo, ni eran los versos de un creyente ni los de un anarquista. La prueba está en que la crítica no se puso de acuerdo sobre el particular cuando apareció su libro «Gérmenes». Eran sencillamente los versos de la juventud, de temperamento combativo, para saber la lucha en la misión del poeta. Hay muchos jóvenes de la América latina en este caso, y podríamos poner á su cabeza un poeta de renombre.



La propaganda revolucionaria en el hogar.—El poeta con su hijito Solidaridad Gutiérrez, que ya á los diez años dice ser anarquista y le llama compañero á Osvaldo

Huérfanos de un ideal que concrete las ambiciones de su musa de acuerdo con su concepto del deber literario y las novedades de su espíritu, mientras lo encuentran adoptan el «ideal», ese de impenetrable misterio.

Los poetas de este número, en Norte América serían partidarios de Roosevelt, y en el siglo XIX hubieran sido cruzados. En la América latina, concluyen frecuentemente por hacerse anarquistas ó socialistas. Es, justamente, lo que sucedió con Gutiérrez. En el depósito de contraventores, donde trabajó cinco años, tuvo la visión de la miseria y la injusticia social, próximas y al desnudo. Esto hirió su cuerda sensible y avanzó sus iras contra la injusticia, cada vez más próximo á la rebelión. Los agitadores que iban á pasar allí algunos períodos de la saga, le interesaron. Departió con ellos, trabó estrecha amistad con uno, y pronto se estableció entre el poeta y el anarquista un continuo intercambio intelectual. Hecho revolucionario, se propuso abandonar la policía. Instaló una imprenta, con la que editó el periódico «Labor». La comisaría de Investigaciones lo supo, y se le pidió la renuncia. No renunció, y le exoneraron.



Gutiérrez se siente más libre desde que fué exonerado, y encuentra el sol más brillante

He aquí una muestra de sus versos de anarquista:

FRAGMENTO

De un libro en preparación.

Puede justificarse la ignominia.
Hay siempre, en lo recóndito del [alma],
una pasión que impulsa al delincuente;
tal vez la sed de amor, la sed de [illegible],
la sed de libertad. Cuando en la noche,
[illegible] el puñal ensombrecido, rasga
el corazón que le llenó de [illegible]...
¡el juez castiga, pero el hombre absuelve!...
Puede justificarse hasta la infamia.
Hay siempre un pensamiento que vigila
la soledad del hombre. Cuando [illegible],
el [illegible] no sabe de virtudes...
Cuando en la noche silenciosa y [illegible]
el cuerpo vibra y se estremece, todo
convida á delinquir...

. . . .

No basta ser juez para ser justo. ¡Quién ha visto
una flor gasta en la [illegible]
de un marqués!... ¡En qué [illegible]
está el capitalista que robara
una bolsa de oro?... La justicia
no es esa letra de la ley creada
por unos hombres hartos y felices
para unos hombres infelices, para
unos hombres hambrientos...
En el lodo,
allí del suburbio junto á las aguas,
hay muchas criaturas que no comen...
pero Dios no las ve, Dios no las ama.
¡Dios no les da policía!... Viven
entre degenerados y canallas,
que también fueron niños como ellos...
Tienen guedejas de color de ámbar
y tienen corazón. Yo los he visto
cerca del cadalso, con dos alas,
sirviendo de modelos al artista
que decoró el altar de tus plegarias
en un templo en que se piden cobres,
con bandejas de plata!
La ley no los corrige, los encierra
como si fueran delincuentes... ¡Nada
[illegible] la eterna sombra y el [illegible]
para el mejoramiento de las masas!
En el nombre de Dios está el [illegible],
luego el cuartel en nombre de la patria
y por último en nombre de las leyes
¡á la penitenciaría!

. . . .

Federico A. GUTIÉRREZ.»

Julio 12/907.

Gutiérrez en su imprenta, «que alcanza más lejos que los cañones y es más veloz que el escuadrón de seguridad»

Fot. de CARAS Y CARETAS.

Figura 5.2. "Un poeta anarquista expulsado de la policía", CyC, año X, nº 459, 20 de julio de 1907

Solo los socialistas de La Vanguardia, siempre a contramano en todo lo que tuviera que ver con el anarquismo, notaron cierta injusticia en el doble estándar exhibido por La Protesta. En todo momento se habían mostrado tan inflexibles con la policía que, según decían, su celebración de la confesión de Fag Libert llamaba la atención. En cualquier caso, la ocasión era propicia para confirmar lo que los socialistas siempre habían sostenido: anarquistas y policías, expresiones ambas de la lucha contra el socialismo científico, eran términos intercambiables. Por eso, era esperable que, en un futuro no muy lejano, "la policía esté en poder de los ácratas y que Rossi se declare anarquista".[423]

Federico Gutiérrez cumplió su promesa. Meses más tarde daba a conocer su libro Noticias de Policía…, un testimonio notable sobre las formas en las que podían procesarse los complejos e incesantes intercambios entre anarquistas y policías. El libro también permite situar ciertos personajes típicos del ecosistema en el que unos y otros se movían. De hecho, para el dramaturgo Rodolfo González Pacheco no se trataba de la historia de una vida, sino de "muchas vidas que él vio cruzar frente a la suya, que asqueaba o se enfurecía, según fuera un harapo doliente o una carroña perfumada, con melena cerdosa, guantes perla o instintos de bruto. De muchas vidas que le ofendieron olfato, pupila y nervios, y que aún siguen moviéndose en esos bajos fondos que hoy rigen y enredan la vida de los pueblos".[424] Menos lírica, más concisa, fue una breve reseña que apareció La Nación. El libro de Gutiérrez consistía en "una serie de escenas y cuadros destinados a reflejar los interiores de la vida policial" con "trozos vigorosos y pasajes en que las cosas y las personas se delinean con precisión".[425]

La descripción de la policía, según afirmaba La Nación, tendía a resaltar el carácter chapucero, improvisado y embrionario de esta institución. Era un "como si", caótico y desordenado. Policías que fumaban y que dormían en servicio, escribientes analfabetos, desconocedores de la ley; todos ellos, además, particularmente proclives a dejarse sobornar. Brutales, ignorantes, vinculados al delito, capaces de detener por la más nimia contravención, los policías descriptos

por Gutiérrez eran un verdadero oprobio para un país que se pretendía civilizado.

En ese mundo espeso, un lugar particularmente ominoso le cabía a la “cloaca” de la institución: la Comisaría de Investigaciones. Marcada por el encono que tenían los anarquistas contra sus miembros, con los que debían coexistir, la descripción permite recuperar un “tipo político” muy particular: el del espía. Se trata de otra faz del “agente provocador” que denunciaban los socialistas. Como no podía ser de otra manera, dentro de Investigaciones, Orden Social –“cuyos brigantes se han personalizado, también a lo serio, con Bakunin”– estaba al mando un exanarquista. Se trataba de Víctor Valle, quien en sus años de agitador se la pasaba “vociferando amenazas” de una forma que ya despertaba sospechas. Años más tarde, ya convertido en auxiliar de la repartición, “hizo a gusto lo que le dio la gana: calumnió, atropelló, coimeó, apaleó, encarceló y desterró”.[426]

Vecino de “el Manchao”, era el confidente a quien tanto anarquistas como policías consideraban un “alcahuete”, un “judas”, un “batidor”, “un perro de segundo orden”, despreciado por todos. Sobre este actor elusivo que habitaba la zona más sucia de los intercambios entre anarquistas y policías, el propio Gutiérrez sugiere que solo es posible conjeturar lo siguiente:

Es el pobre simulador que se nos aproxima con amabilidad o desgano, en el café o las reuniones. Charla para inquirir; lo que uno sepa, cualquier cosa. Abusa de la palabra compañero, y de los cigarrillos de los compañeros. Su opinión es mixta; su criterio acerca de la novedad del día es siempre al revés; duda de lo que se dice, asegura lo que no es cierto, hace hincapié en las murmuraciones. Conoce apenas el ideal y elude discutirlo. […] Propone formar grupos de acción y de propaganda, sabe combinaciones químicas maravillosas, canta todos los himnos revolucionarios y concurre a los mitins [sic] y las veladas de los trabajadores. Un rebelde de calcomanía.[427]

El desprecio que el expolicía Federico Gutiérrez profesaba por el exanarquista Víctor Valle no era singular. Hasta que renunció en 1907, los ácratas volvieron una y otra vez sobre él.[428] Lo denunciaron, le enviaron cartas y lo convirtieron en objeto de burla. Un tal Alfonso Grijalbo le dedicó unos versos:

Y ahora al frente de cosacos

El anarquista de ayer

Persigue a más no poder

A todos los anarquistas

Y los mide y los retrata

Y discute con calor

Pues dice que es

La figura de Valle no solo era insidiosa por su rol al frente de Orden Social, sino ante todo porque representaba un deslizamiento difícil de admitir desde la lógica militante: que un anarquista se volviera policía. Ni espías ni traidores, varias personas transitaron ambos mundos. Por su inserción en una misma trama social y cultural, no resultaba excepcional que trabajadores que eran (o serían) anarquistas, en un mercado laboral a veces estrecho, integraran las filas de la policía. Esta deriva, aunque justificada como producto del imperio de la necesidad, no estuvo exenta de reproches que exigían aclaraciones. Todavía en la década de 1920, el militante anarquista Teodoro Antillí tuvo que rendir cuentas frente al tribunal de sus compañeros por haber sido escribiente de la policía en su juventud. En el resumen que él mismo hacía de su vida, las piezas encajaban de manera bastante armónica: “De los 14 a los 21 he estado en la policía. Procedo, pues, de esa institución como otros proceden de las iglesias, el ejército, hasta la propia familia imperial como Kropotkin”.[429]

Pensadores policiales

Víctor Valle hizo carrera dentro de la policía gracias a los anarquistas. No necesariamente por ser brutal. O no únicamente por eso. Su trabajo también era cerebral. Tenía fama de conversador. Y también, como otros policías, mostró una fuerte vocación por el estudio. Es posible imaginarlo leyendo la prensa libertaria en la que encontraría, entre otras cosas, una infinidad de alusiones despectivas y burlonas sobre él. A su vez, a la zaga de los policías viajeros estudiados por Diego Galeano, prestó atención a lo que sucedía en otros países. Esto lo llevó, a mediados de 1906, a emprender una gira por Francia, Alemania, España e Italia para aprender cómo se organizaba la vigilancia de los anarquistas en el extranjero.[430] A su regreso, el Boletín de Policía publicó una elogiosa semblanza: “El Subcomisario Valle, que con tanto esmero vigila el núcleo anarquista argentino, publicará sin duda, el resultado de sus estudios e impresiones en Europa”.[431]

Con Valle comenzaba a forjarse una suerte de linaje policial vinculado con la Comisaría de Investigaciones que, durante la primera década del siglo XX, los propios libertarios denominaron, irónicamente, “pensadores policiales”. Por supuesto, despreciaban esa pretensión, como una suerte de contradicción en los términos, pero no dejaban de reconocer que la policía se estaba volviendo “un poco más inteligente que antes”.[432] No tenemos modo de constatar si la sagacidad policial había aumentado, aunque sí sabemos que la respuesta insumió bastante energía intelectual. Crónicas, editoriales, información proveniente del exterior y traducciones fueron parte de los múltiples registros a través de los cuales estos personajes intentaron, mediante la lectura y la escritura, dotar de sentido a su acción.

En su edición del 10 de noviembre de 1900, La Protesta Humana anunció que ese día, a las 14 hs, tendría lugar en el Teatro Doria un acto en conmemoración de la muerte en la horca de cuatro anarquistas, ocurrida en Chicago en 1887. “Historiando el asesinato legal cometido por la burguesía norteamericana”, harían uso de la palabra Arturo Montesano y el popular Pietro Gori.[433] Una semana después, el mismo periódico publicó una crónica que, además de celebrar el éxito del acto, destacaba que los policías presentes en el lugar no

habían cometido “provocación ni desorden alguno”. Por el contrario, “esos proletarios que por ignorancia o necesidad ejercen la profesión de defensores de la burguesía” se habían ido con los bolsillos llenos de periódicos y folletos. Al fin y al cabo, esos “infelices”, “más pobres y desgraciados que cualquier otro obrero”, también eran dignos de ser redimidos.[434]

Lo que los anarquistas no sabían es que entre el público se encontraba el comisario Antonio Ballvé, uno de los fundadores y directores de Revista de Policía. Bajo uno de sus seudónimos habituales (Bedel), Ballvé redactó una extensa y colorida crónica en la cual se presentaba a sí mismo como un “fino observador” y un “fisionomista” capaz de distinguir a un anarquista en la multitud con solo mirarle el rostro. Sin ocultar su desagrado, el escrito combinaba giros propios de las crónicas periodísticas con saberes estrictamente policiales y mucho sentido del humor. Por ejemplo, al juzgar al primero de los oradores, Arturo Montesano, apuntó que su disertación le había resultado extensa y difusa, por momentos francamente delirante y aburrida. Tan aburrida que se entretuvo observando su aspecto “enclenque”, “pálido” y “frágil”. Otra impresión le despertó Pietro Gori, quien “se expresa con fluidez”, “cautiva” y “su verba seduce a ratos”.[435] De paso, en diálogo con la imaginación que atribuía a las reuniones un aire de catacumba, apuntaba que “lejos de celebrarse en antros misteriosos y escondidos”, la reunión tuvo “lugar a pleno día, en un teatrito de verdad”.

Las abundantes ironías desplegadas en el escrito buscaban desacreditar al anarquismo. Las incongruencias libertarias –cobrar entrada, la fealdad de sus mujeres, comenzar una hora más tarde y el empaque artificial de sus asistentes– eran objeto de una exagerada y piadosa condescendencia, e incluso de irrisión. Sin embargo, había un punto de no retorno: la saturada hostilidad de los anarquistas contra la policía. Incluso el elegante Gori, incapaz de una nota destemplada, se encarnizó con ellos.[436] Ante quienes se expresaban de ese modo, ¿qué disposición anímica podían desarrollar los policías? ¿Cuánta calma había que poseer para no reaccionar ante “semejantes insolencias”? En ese contexto –concluía la crónica–, era un milagro que los cuatro agentes que custodiaban el acto, con “su honroso uniforme”, soportaran tan estoicamente semejantes agresiones sin reaccionar.

El acontecimiento que había motivado la reunión objeto de la crónica –el homenaje a los ajusticiados en Chicago– era un tema al cual Revista de Policía volvería una y otra vez. De hecho, Ballvé acotaba que “los lectores de la revista

saben sin duda de qué se trata”. Desde la perspectiva policial, y lejos de conmoverse por el destino de esos mártires, en su crónica los incidentes atañían a una dimensión diferente que quedaba ocluida en la narrativa libertaria. ¿Qué sabían realmente sobre los sucesos ocurridos en los Estados Unidos en mayo de 1886 quienes escuchaban esos discursos destemplados? En parte, lo que la propia prensa comercial había dado a conocer en su momento. Que durante una manifestación obrera en Haymarket Square, Chicago, en el contexto de una huelga para reclamar la jornada laboral de ocho horas, cayó sobre un escuadrón de policía una bomba que segó la vida de, por lo menos, tres agentes.[437] Pero también sabían lo que la Revista de Policía publicaría al respecto.

En 1902 había tenido lugar en Kentucky un congreso internacional de policía al que fue invitado Francisco Beazley quien, por razones personales, tuvo que declinar el convite. Para compensar su ausencia, Beazley le solicitó al cónsul argentino en los Estados Unidos, Martín García Mérou, que le enviara toda la información vinculada con el encuentro que pudiera resultar de interés. De todo lo que García Mérou remitió al país, la Revista de Policía decidió traducir un documento de Francis O’Neill, jefe de la policía de Chicago, titulado “Anarquismo y anarquistas”. El texto era una exhaustiva y bastante desapasionada historia del anarquismo, sus hitos fundadores, sus ideas fuerza y sus figuras principales, gracias al cual un agente interesado podía obtener un panorama general. Pero lo importante era la enseñanza que había dejado Chicago. No era la del martirio y la legitimidad de la lucha por un mundo mejor, sino la de la afirmación del poder punitivo del estado y, sobre todo, de sus fuerzas del orden: “La bandera roja ya no ondea desafiante en la brisa y sus allegados no han olvidado, y probablemente no olvidarán el 4 de mayo de 1886, día en que fueron puestos a raya por la policía”.[438]

El documento de O’Neill no resaltaba como un texto aislado en la publicación. En lo referente al anarquismo, la política de traducciones de Revista de Policía tendió a priorizar textos similares, de combate, en los cuales se asumía que si los anarquistas se posicionaban fuera de la ley, la policía sería la primera en hacerles pagar las consecuencias de esa decisión. Esto era también, por ejemplo, lo que preconizaba el jurista y escritor estadounidense Henry Holt en un ensayo publicado en números sucesivos de la Revista de Policía de 1900, traducido por el propio Beazley. Es interesante hacer notar que al staff de la revista le resultaban demasiado avanzadas algunas teorías de “Mr. Holt”.[439] En todo caso, a la policía le importaban mucho menos los grandes despliegues conceptuales de la criminología moderna –que estaban en el corazón de su

argumento– que las enseñanzas prácticas que la política del garrote podía contener.

Holt comenzaba por una alambicada puesta en cuestión de la necesidad de actualizar las nociones del crimen y el castigo. Era completamente abstracto y retorcido en su apreciación general del problema; mezclaba nombres y tendencias del anarquismo con viajes en el tiempo: se remontaba a las tribus “incivilizadas” en las cuales el castigo era impuesto por los propios afectados. Entretanto, aclaraba que en tiempos modernos esas prácticas habrían tendido a suavizarse, lo cual era bueno. Sin embargo, imponía un sesgo excepcional al asunto, porque los anarquistas no querían estar incluidos en esa sociedad dulcificada. “Spencerianamente”, sostenía el erudito, la respuesta al crimen anarquista debía ser “natural”:

Desde que el anarquista no reconoce deberes al gobierno, por consiguiente, cuando el hombre está convicto de profesar ideas y sentimientos anárquicos, séale permitido al gobierno que le anuncie que no extenderá en adelante su protección a su persona o su propiedad, que está fuera de la ley, sin otra defensa que su propia fuerza o vigor, contra cualquier odio o codicia de que sea o pueda ser objeto.[440]

Este tipo de argumentos se aplicaba contra todo aquel amparo que el anarquista pudiera pedir en favor de la libertad de palabra, reunión y manifestación. Su existencia misma quedaba condicionada por las consecuencias lógicas de sus teorías. Parecía sugerirse que la única solución para el fenómeno anarquista era la pena de muerte que, eventualmente, podría morigerarse en una expulsión. Lo que resultaba más que evidente para Holt era que los anarquistas lo sabían. En esto, los libertarios tendrían razón al proclamar que daban la vida por el ideal porque era su ideal el que los dejaba en manos de la muerte y el destierro.[441]

Las traducciones se complementaron con informes de viajes de estudio como el que realizó Víctor Valle en 1906. En 1900 el secretario general de Policía, Manuel Mujica Farías, partió a Europa para observar el funcionamiento de diversas policías, particularmente las de París y Bruselas. El libro que publicó a su regreso agrupaba un extenso escrito de impresiones de cada una de las

dependencias que daban forma a la fuerza en la capital francesa, narraba su desenvolvimiento histórico y sus principales características. La Dirección General de Investigaciones ocupó tres capítulos, en los que describía el anarquismo francés como motor de ciertos cambios obrados en la propia acción policial.

Mujica Farías dedicó bastante espacio a destacar cuán eficaz había sido la tarea de la Dirección General de Investigaciones contra el anarquismo parisino. Señaló que en 1900 los resonantes atentados del pasado habían devenido inofensivos, tomando “un carácter de broma macabra poco inquietante”.[442] La clave era el conocimiento, no la fuerza. A diferencia de lo sucedido en Chicago, la actividad policial de París se había concentrado en la recolección de información, ordenada en una increíble cantidad de fichas, sobre todos aquellos anarquistas que habían sido objeto de investigación. El repertorio contemplaba diversas clasificaciones: todos los individuos sospechados de anarquismo, anarquistas arrestados en 1894, anarquistas menores de 30 años en 1900, anarquistas por profesiones, anarquistas extranjeros expulsados, anarquistas franceses, anarquistas extranjeros no expulsados, distribución por arrondissements y banlieues [distritos y periferias] en función de los lugares de reunión anarquistas y domicilios de todos los anarquistas conocidos de París.[443] Este vasto reservorio de información se daba sobre una población de ácratas residentes que casi triplicaba a la porteña.

La experiencia extranjera, de París a Chicago, fue una de las fuentes en las que los policías de Buenos Aires abrevaron en su lucha contra los anarquistas. Esa experiencia fue tamizada de acuerdo con la propia dinámica local. Si Chicago representaba un instante de fuego y enfrentamiento que se podía invocar en contextos espasmódicos como los choques callejeros, París representaba un tipo de actividad más constante y menos vistosa que demandaba la reestructuración de la Comisaría de Investigaciones.

Todos los sentimientos contenidos

El domingo 1º de agosto de 1897, diferentes gremios de la ciudad convocaron a un acto en el Teatro Doria, para protestar por el aumento de la desocupación. Cálculos generosos de los organizadores estimaron que 5000 personas abarrotaron la sala y que otras tantas debieron quedarse en la calle.[444] Según el recuerdo del socialista Enrique Dickmann, el aspecto del público era "raro y desconsolador". Parecía un muestrario del "bajo fondo social": individuos "harapientos y famélicos" con miradas "torvas", "rebeldes instintivos" "atiborrados de La conquista del pan de Kropotkin". Uno de ellos le llamó la atención: el "viejo Aimamí", cuya espectral aparición en el escenario hizo estremecer a todos los presentes. Era la encarnación misma del drama proletario en su versión más desgarrada. Alto, flaco, harapiento, de aspecto famélico, portaba un extraño estandarte en cuya punta había clavado un pan. Luego de una caótica serie de discursos, los asistentes salieron enfervorizados a la calle al grito de "¡A La Prensa, a La Prensa!". "Como la marea que sube e inunda la playa con su furia cósmica", la multitud se llevó por delante todo lo que encontró a su paso y "los pocos vigilantes apostados en las puertas del Doria estaban perplejos y azorados". En medio del remolino humano, Dickmann reconoció al cochero anarquista Ezquerre que, presa del entusiasmo, sostenía que por fin había llegado el momento de la revolución. Una vez frente al diario La Prensa –que se había ganado el odio de los manifestantes por haber afirmado que en Buenos Aires no trabajaba el que no quería–, un grupo arrojó piedras contra los ventanales. No terminaban de caer los cristales cuando alguien exclamó: "¡A La Nación, a La Nación!". Cuando llegaron a la esquina de Florida y Cuyo (actual Sarmiento), un cordón de policías y bomberos, armados con fusiles, les cortó el paso. Se produjo una refriega. En el amasijo de personas, todavía se podía observar, bamboleante, el estandarte de Aimamí. Al que no se vio más fue al feroz anarquista Ezquerre: "Malas lenguas decían que era un agente provocador".[445]

La situación desatada a propósito de la manifestación de desocupados, que tan vívidamente quedó en el recuerdo de Enrique Dickmann, fue algo distinto para la policía: apenas "una manifestación anarquista que recorrió impunemente las calles más centrales de la ciudad".[446] Nada más. Sin embargo, la opinión de la prensa no podía ser peor: vigilantes timoratos, falta de previsión, torpeza por

doquier. Como ejemplo de todo eso, La Nación hacía saber a sus lectores que en la refriega un vigilante había perdido su machete, a la vez que otro grupo de policías no había podido evitar que varios detenidos se escabulleran. Entre ellos, uno llamó la atención de los cronistas por su “mirada de anarquista”. La cuestión es que “la policía debía haber previsto todo” y no lo había hecho.[447] Dos días después, desde el diario fundado por Bartolomé Mitre se continuaba llamando la atención sobre esa impericia: “Los hechos del domingo, si no son graves por sus consecuencias, lo son respecto de la actitud de la policía”.[448]

Las dificultades para intervenir de manera adecuada en el espacio público también fueron notadas por la propia jefatura, algo que molestó especialmente a los redactores de la Revista de Policía. A finales de noviembre de ese mismo año, otro mitin en el Teatro Doria, esta vez en favor de la independencia de Cuba, terminó en un escándalo callejero que desbordó al pequeño grupo de policías que se encontraba en el lugar. Por esta razón, Beazley envió al ministro del Interior una nota en la cual reconocía que en materia de orden público las fuerzas policiales se encontraban en serias dificultades para imponer su autoridad. Esa aseveración, se lamentaba el jefe, “hería el amor propio”. Beazley no aspiraba a que la institución lograra quedar por fuera de la crítica. Le dolía, en cambio, que se afirmara que los vigilantes mostraban su impotencia frente al menor descalabro. Eso era imperdonable: “Esta policía de la ciudad de Buenos Aires, tan numerosa, tan disciplinada, tan dispuesta siempre en ir hasta el sacrificio en aras de su deber, que tiene dadas tantas y tantas pruebas de valor, de abnegación y de poder, no puede ser tachada de incapaz para mantener el orden público en las calles del municipio”.[449]

Incidentes como los de 1897 –que se volverían recurrentes e intensos en los años siguientes– reactualizaron, una y otra vez, el problema de las delicadas relaciones entre policía y pueblo, entre policía y sociedad.[450] Los comportamientos de los agentes, su adecuación (o no) a la misión, sus deficiencias o excesos, cobraron, como todo lo que la institución policial hacía o dejaba de hacer, una enorme visibilidad en la prensa comercial. Cuando a comienzos del siglo XX los anarquistas comenzaron a ganar las calles de la ciudad con mayor frecuencia y en mayor número, la situación no hizo más que empeorar. Ya no se trataba de lidiar con desbandes ocasionales ni de desplegar una atenta vigilancia, sino de afrontar el reto de controlar e intervenir en situaciones en las cuales la acción policial podía encontrar (y propiciar) respuestas violentas.

Dentro del repertorio de movilización e intervención en el espacio público de los libertarios, dos tipos de eventos distintos preocuparon particularmente a los miembros de las fuerzas policiales: las celebraciones del 1º de Mayo y las huelgas. No solo porque un mal desempeño o un desborde podían generar la amonestación de la opinión pública, sino porque en esas situaciones la vida de los agentes estaba en riesgo. Sin una noción del impacto que tuvo la figura de la "víctima del deber" en la construcción de la propia identidad policial, difícilmente se pueda comprender la dinámica que unió a anarquistas y policías a comienzos del siglo XX. Mediante esa figura, recortada sobre el molde del mártir cristiano, la institución intentó reunir y organizar simbólicamente todos los atributos positivos que servirían para honrar la memoria del muerto caído en servicio y dignificar a la institución.[451] Por otro lado, permitía exteriorizar cierto malestar frente a la desidia del Estado en relación con los familiares del policía asesinado. En ocasión de la muerte de tres agentes de la comisaría 32, que intentaron interceder en un robo, la Revista de Policía en su necrológica sostuvo: "Como siempre que se produce uno de estos dramas conmovedores, se ha presentado ahora una vez más el problema pavoroso del abandono en que el Estado deja a los deudos de aquellos de sus servidores que rinden la vida en el cumplimiento de su deber".[452]

Los anarquistas extrajeron del enfrentamiento con la policía una figura de significación similar. El que moría víctima de una bala policial no era cualquier muerto. No podía confundirse con los miles de vidas inocentes que el capitalismo y el Estado se cobraban a cada instante. Era otra cosa, era un "mártir de la idea" que ofrendaba su vida en favor de los ideales que profesaba, de sus compañeros y de una sociedad mejor.[453] Los vivos contraían una deuda con él: continuar la lucha hasta el triunfo de la revolución social. En este caso, entonces, se trataba de una suerte de muerte fecunda y cargada de sentido. Debieron esperar hasta el nuevo siglo para encontrar su primer mártir. Y así fue cuando en octubre de 1901, durante una huelga en la refinería de Rosario, cayó muerto el obrero austrohúngaro Cosme Budislavich. Poco importó que no tuviera una destacada actuación en el anarquismo rosarino. La Protesta Humana afirmó: "Necesitaba este hermoso movimiento que viene a orientar a las masas productoras de este país ser regado con sangre de los mártires para producirse lozano y fecundo, como regada con la sangre fue bajo la dominación de todas las tiranías, toda generosa aspiración del pueblo. […] Lo ocurrido no son más que incidentes preliminares de la gran lucha por la emancipación obrera que se avecina".[454]

Los estudios sobre los enfrentamientos entre anarquistas y policías hicieron foco en torno a 1909. Ese año, durante el acto libertario del 1° de Mayo en Plaza Lorea, la policía cargó contra los manifestantes, lo que dejó un saldo aproximado de once muertos. Meses después, el 14 de noviembre, el jefe de la Policía de la Capital, Ramón Falcón, sindicado como responsable de la masacre, fue asesinado junto con su secretario Juan Lartiguau por el anarquista ruso Simón Radowitzky, que usó una bomba de fabricación casera. Esos incidentes y la represalia que le siguió fueron tomados como representativos de todas las interacciones entre agentes y libertarios, echando un manto de sombra sobre lo sucedido anteriormente. De este modo, poco se sabe sobre la significación que tuvieron los "caídos en el cumplimiento del deber" o "los mártires de la idea" en los años previos a la jefatura del coronel Ramón Falcón. Al abandonar la centralidad de los choques de 1909, es posible advertir otra historia: el proceso de articulación de los intercambios y antagonismos entre anarquistas y policías fue dinámico y respondió, entre otras cosas, a acontecimientos concretos en los cuales los actores no recitaban un libreto escrito de antemano.

A principios de julio de 1901, se esparció por las calles de la ciudad una ruidosa protesta contra el proyecto de unificación de la deuda pública impulsado por el gobierno de Roca. Fueron los estudiantes universitarios los que inicialmente pusieron el cuerpo a la movilización. La Facultad de Derecho fue sede de diversas asambleas, y el 3 de julio tuvo lugar una manifestación en Plaza de Mayo que, al concluir, derivó en varios incidentes: el apedreamiento de las redacciones de diarios oficialistas como Tribuna y El País y los domicilios particulares de Roca y Pellegrini. Al día siguiente todo fue peor. Un grupo de universitarios, secundados por "gente del pueblo", intentaron irrumpir en la Casa de Gobierno. En la refriega murió el agente Rosario Villalba, además de varios manifestantes. Ese mismo día, el Poder Ejecutivo decretó el estado de sitio.[455]

Durante ese mes, en la ciudad de Buenos Aires se vieron escenas que evocaban las sucedidas en Chicago. Si bien los ácratas no participaron activamente en la manifestación, esto no impidió que el gobierno se refiriera a la presencia de elementos "mal avenidos con el orden social", incluso de anarquistas, socialistas y anticlericales preparados para "destruir hoy con piedras y mañana con bombas".[456]

Revista de Policía no pudo soportar que la prensa considerara que la actuación policial había sido timorata. Sostuvo que, si los efectivos hubiesen recurrido a la violencia, "habrían quedado tendidos en las calles de Buenos Aires, quince o

veinte cadáveres, que abr[ir]ían al caer un verdadero abismo entre la policía y el pueblo, entre el gobierno y la opinión".[457] Como testimonio del compromiso con el pueblo, quedaba el cuerpo sin vida de Rosario Villalba, que dejaba una viuda y cuatro hijos en la indigencia. Días más tarde, el Congreso aprobaría el otorgamiento de una pensión para sus deudos.[458]

Un año después, la policía volvió a sacar todas sus fuerzas a la calle. Entre el 22 y el 24 de noviembre de 1902, se generalizó un conflicto que había tenido su origen en los reclamos del gremio de estibadores. Pasó a la historia como la primera huelga general del país, aunque su epicentro fuera principalmente Buenos Aires. En esta coyuntura, el Congreso aprobó en forma veloz la Ley 4144, conocida como Ley de Residencia, la cual autorizaba al Poder Ejecutivo a decretar la expulsión de extranjeros considerados indeseables. Con idéntico criterio se restringía su ingreso al país. En ambos casos, la labor policial sería crucial, ya que de ella dependería identificar a quiénes debería aplicárseles la Ley de Residencia. Sin embargo, la aprobación de la ley y el decreto que, un par de días más tarde, estableció el estado de sitio no fueron los únicos sucesos que marcaron la interacción entre agentes policiales y anarquistas en esos días agitados. Menos visible para la historiografía, pero sensiblemente significativo para la policía, fue el "atentado" sufrido por el "infeliz" y "humilde agente" Eugenio Maglieta el 23 de noviembre.

Ese día, Eugenio Maglieta se encontraba de servicio en la esquina de Humberto I y Buen Orden (actual Bernardo de Irigoyen) cuando se le acercó, agitado, el cochero José Casal. Minutos antes, cinco panaderos habían descendido de su coche. No solo no le habían pagado el viaje sino que, tras acusarlo de traidor a la huelga que llevaban adelante sus compañeros de oficio, arrojaron ácido sobre los asientos y la capota de su carruaje. A continuación, entraron al café San Sebastián. Maglieta ingresó al local dispuesto a detenerlos. Se oyó un "¡Viva la anarquía!" y, segundos después, el policía recibió en pleno rostro dos frascos de vitriolo que le quemaron los ojos, la frente, la nariz y las manos.[459] Este incidente, que no pudo ser nombrado de otra forma más que "atentado", se incrustó en la narración de los hechos como algo exterior a la huelga, aunque terminó por apropiarse de su sentido inmediato.

Una ola de conmiseración cubrió al policía. La revista Caras y Caretas publicó su foto en la cama del hospital Rawson, con el rostro vendado.[460] Los partes médicos se publicaron durante varios días poniendo al corriente a los lectores sobre los escasos progresos de su salud. Maglieta, argentino de 25 años, soltero y

sin familia, que reportaba en la sección 16ª, quedó ciego e inválido para el resto de su vida. Tan hondo fue el pesar que el diario La Nación lanzó una suscripción en su favor:

Ha bastado la sencilla narración de los hechos ocurridos, para que espontáneamente surja un movimiento general de simpatía en favor del guardián del orden y la cifra de 141.950 pesos que hemos recibido ayer, unida a la de 550 pesos enviada a la policía, significa que el público no dejará en la miseria al pobre agente, inválido y ciego en plena juventud.[461]

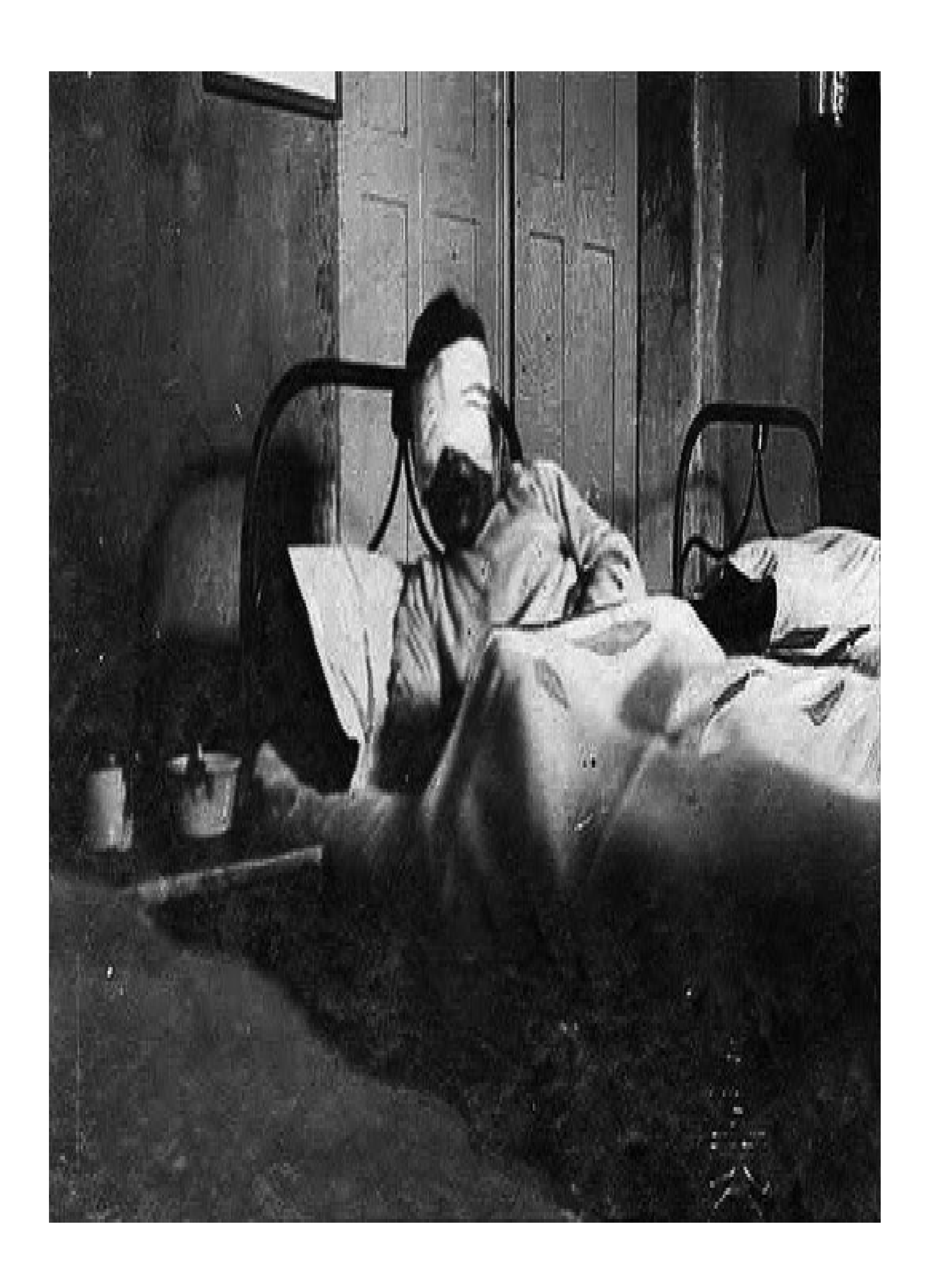


Figura 5.3. “El vigilante Eugenio Maglieta, a quien cinco obreros panaderos abrasaron la cara con vitriolo”, CyC, año V, nº 217, 29 de noviembre de 1902

Nunca se supo la identidad de sus agresores. En pleno estado de sitio y con la Ley de Residencia ya en vigor, la policía allanó y rodeó el local de los obreros panaderos buscando culpables que nunca encontró. Cuatro años más tarde, el Poder Ejecutivo informaba en el Boletín Oficial que el agente Eugenio Maglieta, “víctima de un cobarde atentado”, se hacía merecedor de una pensión vitalicia.[462]

Por supuesto, la Revista de Policía no dejó pasar la ocasión para dar su veredicto. Pese al daño sufrido por Maglieta, la policía había garantizado el orden en la ciudad y había forzado el retorno a la normalidad laboral. Y en la gran batalla entre agentes y anarquistas, la institución salía victoriosa:

La prueba ha sido dura, pero de ella ha salido triunfante la policía. El movimiento, que en algunos momentos adquirió las proporciones de una verdadera conflagración, ha terminado por completo, sin que los agentes se hayan extralimitado en un solo caso, y sin que hayan recurrido a los medios tan violentos de represión tan comunes, por desgracia, en todas partes del mundo en circunstancias semejantes.[463]

Esa victoria, esgrimida como un triunfo de la “civilización”, habría recompuesto el lazo entre la institución policial y la sociedad, tal como lo evidenciaba la importante suma reunida en la colecta. La policía conquistó “un nuevo y valioso título en la consideración pública, consideración elocuentemente manifestada, en diversas formas, y especialmente en la suscripción iniciada para aliviar la sangre del agente Maglieta, la única y desgraciada víctima de algunos alucinados y desalmados agitadores de huelgas”.[464]

Sin embargo, la revista estaba muy lejos de invitar a pensar que el atentado

sufrido por Maglieta fuese el último de su especie:

Los criminales, anónimos aún, que aprovecharon la sucesión de hechos para huir, y con los cuales, mejor que nunca, sería justa la aplicación de la Ley del Talión, han de ser almas atravesadas, constitutivas de esa resaca que el mar de la vida va separando en su ordinario funcionamiento, y que la vieja Europa nos envía periódicamente, a ver si estos pueblos llenos de vida, regenera[n] con su sa[v]ia a estos monstruos humanos. Pero nada, el mal es incurable, son fieras que en libertad darán vuelo a sus malvados instintos, y que aprovecharán cualquier circunstancia para desencadenar todo el odio que llevan reconcentrado en sus entrañas por la maldad y la infamia de una envidia.[465]

La huelga general de 1902 marcó un antes y un después en las formas de intervención de la policía en conflictos obreros. Durante todo 1903, la Revista de Policía mostró una preocupación creciente por la actividad huelguística, principalmente en lo atinente a su rol. Buscó demostrar cierta ecuanimidad, aun cuando sus crónicas azuzaban muchas dudas sobre las huelgas en sí:

La policía, lo repetimos, es guardadora del orden público y no le interesan las huelgas sino en la parte que le atañe, es decir, para restablecer la tranquilidad cuando fuese alterada, pero no para hacer presión sobre el espíritu de los obreros o de los patrones, según el caso, que para ella, tanto el uno como el otro, son dos entidades muy respetables en la sociedad. […] Ni una línea más adelante, ni una línea más atrás. Así[,] precisamente así, en el justo término medio de los derechos recíprocos y bien entendidos.[466]

En un mundo ideal, en el cual las relaciones entre los trabajadores y los patrones fueran reguladas solamente por la ley de la oferta y la demanda, entre uno y otro polo, la policía se encargaría nada más que de ajustar sus procedimientos en función de alguna forma de equilibrio. Pero la Buenos Aires de principios de siglo distaba de ese escenario. Los causantes del mal eran los “agitadores” que, por su odio y falta de tino, alentaban todos los incidentes. Por otra parte, el

aumento del número y de la frecuencia de las huelgas, su carácter más confrontativo, implicaron mayor trabajo y desafíos extraordinarios para la fuerza. Dicho en otras palabras: tenían que trabajar más y en peores condiciones. Cuando en señal de protesta los “agitadores” abandonaban sus tareas, la policía sumaba horas a su jornada laboral. Con formas de protesta más civilizadas, otro habría sido el cuadro general. La mediación policial no habría hecho falta, obreros y patrones se habrían entendido, y los vigilantes podrían haber descansado.[467]

Los comentarios sobre las huelgas y la alusión al comportamiento de elementos “extraños” fue tema recurrente en los primeros meses de 1904.[468] Sin embargo, el choque más violento no ocurrió en una huelga, sino en la celebración del 1º de Mayo. Fecha central del calendario anarquista, hasta ese momento, la jornada de conmemoración siempre había discurrido de forma más o menos pacífica. Los incidentes de 1904, con sus tres muertos –dos de ellos policías–, y sus decenas de heridos, provocaron consternación, como si no hubiese existido continuidad alguna entre las huelgas y las movilizaciones. Para La Nación, “este hecho no puede menos que causar sorpresa”, “ningún antecedente lo preparaba y ninguna circunstancia permitía preverlo”.

Ese 1º de mayo de 1904 –decía el diario de Mitre–, estallaron “todos los sentimientos contenidos”.[469]

Ese desenlace de violencia fue igualmente inaudito para los anarquistas. El clima, de un sol radiante y una temperatura agradable, acompañaban a la demostración en su recorrido. Todo se desarrollaba en perfecta calma, acompañado de “vivas”, “cánticos” y “músicas”. En Plaza Lorea se desplegaron las banderas y comenzó la marcha; en el trayecto saludaron al local de La Protesta y al llegar a Plaza Mazzini (actual Plaza Roma), los oradores tomaban posición en la tribuna. De pronto, sonó el primer disparo:

Los revólveres en su desesperado vomitar de balas, alevoso y asesino, con implacable ensañamiento, con furia incontenible, produciendo la dispersión precipitada, el arremolinar de los que resueltos a morir querían vender cara su vida, el levantarse de mujeres arrojadas por el suelo, despedazadas las ropas, el refugiarse de hombres sin armas que se protegían atrás de los árboles, de los escaños, de las plantas.[470]

Un pequeño incidente fue el origen del drama. Según la versión policial, reproducida por la prensa, un tranvía quiso atravesar la columna de manifestantes. En ese instante, un pequeño grupo se desprendió de la multitud con la intención de desatar los caballos del coche. Este tipo de pujas por el control del espacio en el que se desplegaba una manifestación se daba con frecuencia. Para liberar el paso del tranvía se aproximó el agente Manzano, a caballo y con el sable desenfundado. El relato policial no difiere en patetismo del relato anarquista:

Al intervenir en un incidente, un agente es muerto de un tiro, y cae de su caballo. Un desalmado va a degollarlo; otro agente impide que se consume su feroz propósito, matándolo allí mismo de otro tiro. Ambas detonaciones dan la señal de la conflagración general; grupos de individuos armados atacan por todas partes a los agentes, a tiros, a puñaladas, a pedradas; los pobres vigilantes se defienden como pueden; a uno que cae lo acosan de tal suerte que le infieren treinta heridas en el cuerpo –brutal encarnizamiento cuyo solo recuerdo horroriza profundamente–; huyen primero los curiosos y los timoratos y después los combatientes, agotadas sus municiones o temerosos de la represión. Todo eso sucede en breves momentos.[471]

El relato de la Revista de Policía omitió que en el choque también murió el estibador José Ocampo, de 25 años, a quien los anarquistas rápidamente convirtieron en héroe.[472] La Protesta consideró oportuno subrayar que “no era un gringo”: “Ocampo, la víctima inmolada por las feroces hordas policiales era argentino, nacido en el Chaco Austral”.[473] Además, había caído “como un héroe” un hombre de cuya vida nadie sabía demasiado. Con “vuelo de águila”, había venido a Buenos Aires, ciudad de “buitres” y “hienas”, a conquistar su pan. Guerrero “de las pampas”, vivió y sufrió con sus hermanos trabajadores. Tenía “melena de centauro” y “frente altanera”. Las libres auras de las pampas habían “oreado su carne de bronce”, “tonificado sus músculos”. Poseía “luz”, “amor” y una “indomable audacia”.

La policía también hizo brillar a los “pobres”, “sufridos y modestos” agentes,

cuyos nombres fueron sumados “a la ya larga lista de mártires del deber”. El plural se debe a que ese 1º de Mayo de 1904 murieron dos policías: el mencionado Luis Manzano, agente del escuadrón de seguridad, y Rafael Ferreyra, de la 1ª sección. Manzano había ingresado a la policía en abril de 1901, prestando sus primeros servicios en la 15ª sección, y un año después pasó al escuadrón. Correcto, moderado y afecto al estudio, dejaba una viuda y un hijo de 9 años. Ferreyra, acuchillado, fue el primer caído en la refriega, dato que por sí solo demostraba que inicialmente la institución era la agredida. Poco antes de morir tuvo recuerdos para su anciana madre. De foja de servicios más irregular, Ferreyra había ingresado a la policía en 1900, pero había pedido la baja al poco tiempo y se había reincorporado apenas tres meses atrás. La necrológica era acompañada con retratos de los dos efectivos. En ellas se los ve dignos.[474]

darse cuenta y condolerse.—No los menciona con piedad la crónica; no se condenan con la energía debida esos atentados; no se dice la verdad, exponiendo que la primera víctima fué un agente de policía que no cometía más falta que cumplir con su deber conteniendo un desmán; que la policía fué la atacada y repelió la agresión dentro de los límites de la justa y lejítima defensa. Lo prueba el hecho de que siendo cuarenta los agentes que iban de servicio, en la manifestación, ha habido de ellos dos muertos y seis heridos.—¿guarda, acaso, relación con un muerto y quince heridos, entre ocho mil manifestantes? ¿Y de éstos, cuántos fueron heridos por los mismos de la manifestación?.

No debemos insistir más sobre este punto.

Al personal de policía le queda la convicción, tiene la conciencia tranquila, por que ha cumplido con su deber; algunos de sus mienbros han caído, por que con serenidad y abnegacion, llenaban su misión defendiendo el orden público.

La Federación obrera y sus afiliados, los que se llaman oprimidos, los que proclaman sus derechos sin reconocer los ajenos ¿querrán cargar con la responsabilidad de esos incidentes tumultuosos y los crímenes de aquí derivados?.



LUIS MANZANO

Ingreso á la policía como ajente, el 3 de Abril de 1901. Sus primeros servicios los prestó en la Sección 15ª. Pasó al Escuadrón el 13 de marzo de 1902.

Era un ajente subordinado, se desempeñó siempre con corrección y moderadamente. Se distinguió por su contracción y estudio para el servicio.

Deja esposa y un hijo de nueve años.



RAFAEL FERREYRA

En Setiembre de 1900, entró á la Sección 18ª, y sirvió en ella hasta Eebrero del corriente año, en qne solicitó su baja. Reanudó sus servicios, ingresando á la Sección 1ª, el 6 del mes pasado. Fué un ajente cumplidor, que mereció consideraciones de sus superiores por su comportamiento.

Deja una madre anciana, para la que tuvo un recuerdo en sus últimos momentos, recomendando al personal de policía que la amparase.

—

El entierro de estos dos ajentes, se hizo por cuenta de la Caja de Socorros de la Policía.

Los cadáveres fueron velados en el Escuadrón de Seguridad el de Manzano y en la Comisaría de la Sección 1ª el de Ferreyra.

Al ser conducidos al Cementerio, se les llevó á pulso más de diez cuadras, á pedido de sus compañeros.

Al acompañamiento concurrió una delega-

Figura 5.4. “Las dos víctimas”, RP, año VII, nº 168, p. 375

Para un editorialista de La Nación, era incomprensible el odio de los manifestantes hacia la policía, cuyos agentes, “ajenos a toda culpa, desheredados también que comparten todos los sufrimientos y todas las aspiraciones de la solidaridad obrera”. Desde su perspectiva, eso revelaba el fondo irracional de la doctrina anarquista. El problema era recuperado por la Revista de Policía: ¿dónde podía residir el igualitarismo, el anhelo de justicia y solidaridad, en un pensamiento que negaba a los agentes su carácter de trabajadores? ¿Cómo se podía suponer que esos “trabajadores” que pagaban con la vida “las largas noches sin luz y los sombríos días sin pan” eran los defensores del capital?

Si la propaganda fuera bienintencionada, si se encaminara al fin que la teoría proclama, habría englobado en su tarea a esos mismos agentes, no predicándoles con exagerados adjetivos, no llamándolos parias y esclavos, e ilotas, sino simplemente otorgándoles el título, el diploma que les corresponde, bajo cuya sencillez está todo el poema de la vida: el de trabajadores.[475]

El escándalo del 1º de Mayo continuó una semana más tarde en el Congreso. El flamante diputado socialista Alfredo Palacios pidió la palabra en la Cámara de Diputados para solicitar una interpelación al ministro del Interior, Joaquín V. González, para obtener explicaciones por la actuación de la policía. Belisario Roldán le salió al cruce. Aunque apoyaba la moción, le recordaba que esos anarquistas que Palacios pretendía defender nunca aceptarían el amparo que les ofrecía, porque –como era sabido por todos– los anarquistas odiaban a la burguesía y al Partido Socialista por igual. Dos días más tarde, respondiendo al pedido de Palacios, González se hizo presente en la Cámara para defender el accionar policial. Una vez más, le recordó al joven diputado socialista la incongruencia de que un afectado directo por la inquina anarquista defendiera a los libertarios. También se refirió al asesinato de los agentes. El primero, Manzano, había muerto por una “bala oculta”, luego de lo cual “otro individuo, salido de la masa turbulenta, fue a cortarle la cabeza. ¿Con qué objeto? ¿Acaso

para pasearla en triunfo por las calles de Buenos Aires? ¿Acaso nos iban a ofrecer ese espectáculo macabro y siniestro de pasear la cabeza de un agente de la autoridad por las calles de la ciudad?”.

Tan distintos eran anarquistas y policías que las armas esgrimidas por unos y otros –decía el ministro– no podían poseer significaciones más opuestas. Luego de hacer un minucioso conteo de las puñaladas que le fueron asestadas a Ferreyra, González sentenció: “¡Todas esas heridas no han sido producidas por la noble arma del soldado argentino: ¡han sido producidas con estilet[e]s, con puñales ocultos! ¡Esa no es el arma que carga la policía de la capital: es el arma oculta y secreta de los que llevan el designio de cometer un crimen!”.[476] Por supuesto, la policía celebró las sentidas palabras del ministro.

Anarquistas, socialistas, periodistas, policías, diputados o ministros: todos se sintieron consternados por el choque entre las “fuerzas del orden” y los manifestantes en 1904. Ese sentimiento solo fue quebrado por una de las crónicas, que retrató un costado más humano de esa tragedia. Un periodista de El Diario, que con vehemencia había tomado partido por la policía, descubrió, en una ronda por los hospitales en los que se hallaban internados los heridos, que en el Rawson, en camas contiguas, se recuperaban un agente del orden y un manifestante. Por la información que había aportado un joven ayudante de medicina, el cronista apuntaba que, al llegar estos dos heridos, se habían mirado con odio, pero al correr los días y con el atenuarse de los dolores comenzaban a charlar “como viejos conocidos”.[477]

Más allá del énfasis que el artículo quisiera sumar, lo cierto es que anarquistas y policías eran, en 1904, viejos conocidos. Diversas situaciones los habían puesto en contacto, y el roce entre ellos había contribuido, a su modo, a forjar sus mutuas identidades. El hecho de pertenecer a la misma clase social ya los colocaba en una zona de interacciones frecuentes. Pero también los acercaba la vigilancia y el desafío constante, que más allá de cualquier consideración, se prodigaron unos a otros. La policía se sintió interpelada por el discurso y las acciones de los anarquistas. Esta institución no solo se conformó con asumir el papel que su función le reservaba; desde luego, esta tampoco puede interpretarse como meramente instrumental y muscular. De hecho, sus acciones involucraron altas dosis de reflexividad y estudio. Los “pensadores policiales” tuvieron muy claro que el anarquismo, por su novedad, debía ser comprendido sin perder de vista experiencias que habían tenido lugar en otras ciudades ni las singularidades de la propia ciudad de Buenos Aires. Fue en ese terreno donde los propios

agentes pusieron en juego un saber que difícilmente resultaría de la adaptación de un libreto.

Algo similar sucedió en la otra trinchera: los anarquistas amarraron su experiencia porteña a lo que sucedía en distintas partes del mundo. Sin embargo, tampoco para ellos la decodificación de eso que ocurría en Europa fue un ejercicio doctrinario. Esta interpretación se tramó en la ya mencionada intimidad tamizada por el contacto estrecho y cotidiano. Intimidad con policías como Víctor Valle, un exanarquista, que desde la Comisaría de Investigaciones comandó un grupo de agentes encubiertos que hicieron del ecosistema libertario su propio espacio vital. O, al menos, ese fue el intento.

▪

[381] “Contra la burguesía argentina”, LP, 29 de septiembre de 1889.

[382] Memoria del Departamento de Policía de la Capital, 1889-1890, Buenos Aires, Imprenta del Departamento de Policía de la Capital, 1890, pp. xi-xv.

[383] “Edificante aneddoto”, Il Socialista, 27 de octubre de 1889.

[384] “Republicanos escuchad”, El Productor, 15 de noviembre de 1889.

[385] “Los movimientos obreros”, RP, año XII, nº 268, 16 de julio de 1908.

[386] Julio Camba, “Gesta”, en “¡Oh, justo, sutil y poderoso veneno!”. Los escritos de la anarquía, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2014, pp. 277-279.

[387] Recapitular la historiografía que alimentó esta perspectiva implicaría incluir casi todos los libros y artículos académicos dedicados al tema desde 1970 hasta 2020. Solo en fecha reciente, la investigación de Roy Hora ilumina que las tempranas interacciones entre policía y anarquistas eran mucho más cercanas y complejas de lo visto hasta el momento (“Trabajadores, protesta obrera y orden oligárquico. Argentina, 1880-1900”, Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales, vol. 59, nº 229, 2020, pp. 329-360).

[388] Memoria de la Comisaría de Investigaciones. Correspondiente al año 1904, Buenos Aires, Imprenta y Encuadernación de la Policía, 1905, p. 12.

[389] “La ley nacional del trabajo”, RP, año VII, 169, 1º de junio de 1904, pp. 1-4.

[390] “Las intervención en las huelgas”, RP, año III, 179, 1º de noviembre de 1904, pp. 169-171.

[391] “El gobierno y la cuestión obrera”, LPT, 22 de noviembre de 1904.

[392] Véase Mercedes García Ferrari y Diego Galeano, “En búsqueda del vigilante lector. Cuatro décadas de la revista de policía (Buenos Aires, 1897-1939)”, en Diego Galeano y Marcos Bretas (coords.), Policías escritores, delitos impresos. Revistas policiales en América del Sur, Buenos Aires, Teseo, 2016, pp. 57-88.

[393] “Periódicos anarquistas”, RP, año IV, nº 87, 1º de enero de 1901.

[394] “Carta abierta”, LPT, 24 de agosto de 1904.

[395] “Anarquía y anarquistas”, RP, año IV, nº 78, 16 de agosto de 1900, pp. 81-83.

[396] Memoria del Departamento de la Policía de la Capital, 1893-1894, Buenos Aires, Imprenta y Encuadernación de la Policía de la Capital, 1894, p. 11.

[397] Memoria del Departamento de Policía de la Capital, 1894-1895, Buenos Aires, Imprenta y Encuadernación de la Policía de la Capital, 1895, p. 8.

[398] Ibíd., p. 9.

[399] Francisco Beazley, “Carta al ministro del Interior Felipe Yofre”, 1º de septiembre de 1900, AGN, Archivo Intermedio, Ministerio del Interior, Legajo 16, n. 3080.

[400] “Anarquía y anarquistas”, ob. cit.

[401] Sobre la historia de la Comisaría de Investigaciones, véase Martín Albornoz y Diego Galeano, “A History of the City of Buenos Aires Police Bureau of Investigations, 1880-1910”, en Agustina Carrizo de Reimann (ed.), Making Modern Police in Latin America: Beiträge zur Geschichte der Polizeien im 19. und 20. Jahrhundert, Leipzig, Leipziger Universitätsverlag, 2020, pp. 37-

65.

[402] Manuel Mujica Farías, “Comisaría de investigaciones”, en su Repertorio de policía, 1880-1899. Compilación de las disposiciones vigentes comunicadas por la “orden del día” de la Policía de la Capital, Buenos Aires, Imprenta y Encuadernación de la Policía de la Capital, 1899, p. 185.

[403] Julio Camba, “El destierro”, en “¡Oh, justo, sutil y poderoso veneno!”, ob. cit., p. 62.

[404] “Persecuciones estúpidas”, EP, 18 de febrero de 1894.

[405] “Cruzada policial”, LPH, 20 de noviembre de 1898.

[406] Pierre Quiroule, “Una opinión”, LPT, 21 de julio de 1907.

[407] “Guarangadas policiales”, LPT, 9 de junio de 1904.

[408] “La acción policial”, LPT, 5 de septiembre de 1905.

[409] Ibíd., 10 de junio de 1906.

[410] Memoria de la Policía de Buenos Aires, 1906-1909, Capital Federal, Imprenta y Encuadernación de la Policía, 1909, Anexo estadístico, p. 523.

[411] “A todos los obreros en general”, El Obrero Panadero, 14 de marzo de 1895.

[412] Aunque quizás fuese una “broma” o una provocación, varias listas de suscripción de impresos libertarios tenían entre sus cotizantes a vigilantes. El primer folleto que publicó el grupo anarquista porteño La Expropiación enumeraba como suscriptores a “Dos Vigilantes” que, de haber sido reales, colaboraron con otra persona que eligió como seudónimo “Mata vigilantes”. Véase Declaraciones de J. Etievant, Buenos Aires, La Expropiación-Grupo de Propaganda Comunista Anárquica, 1895, pp. 27 y 28.

[413] “A los explotadores de El Obrero Panadero”, LA, 14 de marzo de 1895.

[414] C. M., “Declaración”, LA, 14 de marzo de 1895.

[415] “Al saqueo”, EP, 18 de enero de 1891.

[416] “¿Puede un vigilante ser anarquista?”, LPT, 18 de junio de 1904.

[417] “Vigilantes anarquistas”, RP, año V, nº 107, 1º de noviembre de 1901, p. 176.

[418] “Un policía menos, un anarquista más”, LPT, 7 de julio de 1907.

[419] “Ante el tribunal”, LPT, 13 de junio de 1907.

[420] “Caso extraordinario”, LN, 9 de junio de 1907.

[421] “Un poeta anarquista expulsado de la policía”, Caras y Caretas, año X, nº 459, 20 de julio de 1907. De forma menos vistosa el caso también tuvo cobertura en otra revista ilustrada: “Funcionario policial anarquista”, P.B.T. Semanario Infantil Ilustrado (para Niños de 6 a 80 Años), año IV, nº 140, 20 de julio de 1907, p. 78.

[422] “El caso Fag Libert. Opiniones periodísticas”, LPT, 10 de julio de 1907 y “El caso Fag Libert”, LPT, 11 de julio de 1907.

[423] “El gran abrazo. Historia que parece cuento”, LV, 9 de julio de 1907.

[424] Rodolfo González Pacheco, “Noticias de policía… por Federico Gutiérrez”, LPT, 31 de diciembre de 1907.

[425] “Noticias de policía”, LN, 23 de febrero de 1908.

[426] Federico Gutiérrez, Noticias de Policía…, s.d., 1907, p. 167.

[427] Ibíd., p. 188.

[428] “Ascensos policiales”, LN, 3 de abril de 1907.

[429] Teodoro Antilli, “Palabras finales”, La Antorcha, 2 de junio de 1922.

[430] Sobre los viajes de estudio de miembros de la policía a comienzos del siglo XX, véase Diego Galeano, Delincuentes viajeros. Estafadores, punguistas y policías en el Atlántico Sudamericano, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, pp. 85-97.

[431] “El subcomisario Valle”, Boletín de Policía, año II, nº 36, 15 de diciembre de 1906.

[432] “Pensadores policiales”, La Acción Socialista, 26 de marzo de 1910.

[433] “Conmemoración de los mártires de Chicago”, LPH,10 de noviembre de 1900.

[434] “El mitin anarquista del domingo”, LPH, 17 de noviembre de 1900.

[435] Bedel, “Una tenida anarquista”, RP, 16 de noviembre de 1900, nº 84, año IV, p. 183.

[436] Ibíd., p. 184.

[437] “Boletín telegráfico”, LP, eds. del 6 y del 8 de mayo de 1886.

[438] “Anarquismo y anarquistas. Por Mr. O’Neill. Jefe de la policía de Chicago”, RP, año VI, nº 135, 1º de enero de 1903, p. 233.

[439] “Castigo de anarquistas y otros criminales”, RP, año IV, nº 79, 1º de septiembre de 1900, p. 110.

[440] Ibíd., nº 81, 1º de octubre de 1900, p. 129.

[441] Ibíd., nº 82, 16 de octubre de 1900, p. 146.

[442] Manuel Mujica Farías, La policía de París, Buenos Aires, Arnold Möen, 1901, p. 232.

[443] Ibíd., p. 234. Un tramo contenía información relevante, y despertó tanto interés que fue publicado en Revista de Policía en calidad de adelanto; “Dirección General de Investigaciones. Fragmentos del capítulo XIII del libro en prensa La Policía de París”, RP, año IV, nº 87, pp. 230-232.

[444] “La reunión del domingo. Su significado”, LV, 7 de agosto de 1897.

[445] Enrique Dickmann, Recuerdos de un militante socialista, ob. cit, p. 75.

[446] “Retrospectivo del año 1897”, RP, año I, nº 15, 1º de enero de 1898, p. 249.

[447] “Los escándalos de ayer”, LN, 2 de agosto de 1897.

[448] “Policía”, LN, 3 de agosto de 1897.

[449] “La policía y el orden público. Una nota de la jefatura”, RP, año I, nº 13, 1º de diciembre de 1897, p. 198.

[450] Sobre la preocupación por la aspereza de las relaciones entre la policía y el pueblo como tema recurrente desde finales del siglo XIX, véase Sandra Gayol, “Entre lo deseable y lo posible. Perfil de la policía de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX”, Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral, año VI, nº 10, primer semestre de 1996, pp. 132-133. Sobre las continuidades y transformaciones de esa preocupación durante la primera mitad del siglo XX, véase Lila Caimari, Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, pp. 187-191.

[451] Acerca de esa figura, véase Diego Galeano, “Caídos en el cumplimiento del deber’. Notas sobre la construcción del heroísmo policial”, en Diego Galeano y Gregorio Kaminsky (coords.), Mirada (de) uniforme. Historia y crítica de la razón policial, Buenos Aires, Teseo, 2010, pp. 185-219.

[452] “Las víctimas del deber. El drama de la sección 32”, RP, año V, nº 108, p. 180.

[453] Rafael Núñez Florencio, El terrorismo anarquista. 1888-1909, Madrid, Siglo XXI, 1983, p. 128. Sobre las figuras del mártir anarquista en Buenos Aires, véase Martín Albornoz, “Rigorosamente de negro: situação da morte no discurso e nas prácticas do anarquismo argentino (1890-1910)”, Verve. Revista do NU-SOL, nº 22, 2012, pp. 65-99.

[454] Gregorio Inglán Lafarga, “La primera víctima”, LPH, 26 de octubre de 1901.

[455] Inés Rojkind, “‘El gobierno de la calle’. Diarios, movilizaciones y política en el Buenos Aires del novecientos”, Secuencia, nº 84, septiembre-diciembre de 2012.

[456] Mensaje del Poder Ejecutivo al Congreso el día 4 de julio. Cit. por Inés Rojkind, “Una explosión ruidosa de indignación pública: deuda, honor nacional

y protesta política en el 900", en Mirta Lobato (ed.), Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX, Buenos Aires, Biblos, 2011, p. 35.

[457] "La policía y los últimos sucesos", RP, año V, nº 100, 16 de julio de 1901, p. 50.

[458] "El agente Rosario Villalba", ibíd., p. 52.

[459] "Los dramas de la huelga. El atentado de anoche", LN, 24 de noviembre de 1902.

[460] "La huelga", CyC, año V, nº 217, 29 de noviembre de 1902.

[461] "El vigilante quemado con vitriolo. Suscripción popular", LN, 25 de noviembre de 1902.

[462] Boletín Oficial de la República Argentina, año XII, nº 3116, 29 de febrero de 1904, p. 14.916.

[463] "La huelga", RP, año VI, nº 133, diciembre de 1902, p. 193.

[464] Íd.

[465] "El atentado al agente Maglieta", RP, año VI, nº 133, diciembre de 1902, p. 200.

[466] "Las huelgas y la policía", RP, año VII, nº 157, 1º de diciembre de 1902, p. 214.

[467] "Vigilantes y huelgas", RP, año VII, nº 159, 2 de enero de 1904, p. 234.

[468] Artículos de RP, año VII (1904): "Las huelgas y la policía", nº 160, 16 de enero, pp. 246-248; "Las huelgas, nº 162, 16 de febrero, pp. 276-277; "Las huelgas y el país", nº 164, 16 de marzo, pp. 303-305.

[469] "La policía y los obreros", LN, 2 de mayo de 1904.

[470] "El pueblo asesinado", LPT, 3 de mayo de 1904.

[471] "Los sucesos del Primero de Mayo. Algunas consideraciones", RP, año

VII, nº 168, 16 de mayo de 1904.

[472] “Primero de mayo. Las dos manifestaciones de ayer”, LN, 2 de mayo de 1904.

[473] “José Ocampo”, LPT, 3 mayo de 1904.

[474] “Las dos víctimas”, RP, año VII, nº 168, 16 de mayo de 1904.

[475] “¡Pobres vigilantes!”, RP, año VII, nº 168, 16 de mayo de 1904.

[476] Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, año 1904, t. I, Buenos Aires, p. 153.

[477] “Ecos de los sucesos sangrientos”, ED, 4 de mayo de 1904.

Epílogo

Siete años después de los enfrentamientos del 1º de Mayo de 1904, Buenos Aires asistió a un acontecimiento insólito. El 6 de enero de 1911, se fugaron trece presos de la Penitenciaría Nacional. Según la crónica periodística, once de ellos eran delincuentes comunes y, por tanto, considerados incapaces por sí mismos de semejante hazaña. En los otros dos, los internos 335 y 344, debía estar la clave. El primero era Francisco Solano Regis, condenado a veinte años de prisión por haber intentado asesinar, el 28 de febrero de 1908, al presidente José Figuera Alcorta. El segundo, Salvador Planas, el desolado tipógrafo a quien el criminólogo Francisco de Veyga no había logrado eximir de la prisión después de que intentara asesinar al presidente Quintana. Fue en torno a ellos donde se urdió la trama del escape. Se conjeturaba que, desde el interior y el exterior de la prisión, habían recibido ayuda de otros anarquistas para construir un pequeño túnel por debajo del muro perimetral. Una vez que llegaron a la escuela de horticultura de la cárcel, cambiaron el traje a rayas por ropa de civil. El resto fue saltar la alambrada exterior –algo relativamente sencillo gracias a una oportuna “distracción” de los centinelas–, ganar la calle y perderse en la ciudad.

Dos semanas después, La Nación publicó un aviso clasificado ofreciendo una retribución de $10.000 a quien prestara su ayuda para hacerle un reportaje in situ a los anarquistas prófugos. Llevaba la firma del periodista y escritor Juan José de Soiza Reilly. Este eximio conocedor de la atracción que la crónica policial generaba en un público cada vez más ávido de noticias espectaculares (y escabrosas) advirtió, con razón, que ahí había una buena historia. Cualquier detalle sería importante. Sin embargo, los resultados no fueron los esperados.

El 28 de febrero, publicó los magros resultados de su pesquisa en Caras y Caretas. Entre un mar de falsas pistas y de personas que, a la pesca de la recompensa, se hacían pasar por los fugitivos, solo una carta y una fotografía de Salvador Planas –reproducidas en el semanario– resultaron, aunque insuficientes, relevantes. En la carta, Planas se excusaba por no dar a conocer su paradero, ya que, de hacerlo, equivaldría a un suicidio. Tampoco quería exponer la vida de Solano Regis, su hermano de “corazón y cerebro”. De todas formas,

por la extrema necesidad de dinero que la clandestinidad exigía, accedió a “venderle” una fotografía suya, además de ciertos datos. En la foto se lo ve posando con sombrero bombín, saco y corbata en un patio. Aun con los pocos datos que tenía a su disposición, Soiza Reilly intentó imaginar la densa red de solidaridades invisibles de las que gozaban los anarquistas, a diferencia de los delincuentes comunes. Pero, enfadado, llegó a una conclusión frustrante:

La secta de los anarquistas es en Buenos Aires una masonería fuerte y peligrosa. La naturaleza ha dado a cada ser armas para defenderse. Desde el mosquito hasta el toro, todos se defienden… De ahí que los anarquistas fugados estén bien escondidos. Bien defendidos… Tienen como escudo el formidable fanatismo de muchos hombres y no pocas mujeres. Sobre todo mujeres… Esto prueba que el anarquismo no es lo que se cree.[478]

La crónica sobre la evasión de presos anarquistas fue la crónica de un fracaso periodístico. De hecho, Soiza Reilly decidió no adjudicarle a Planas los $10.000. Sin embargo, es posible suponer que el artículo fuera, en realidad, un invento de quien lo firmaba y de unos editores que buscaban explotar los últimos cartuchos del fenómeno mediático que fue el anarquismo. Si se observa con atención la foto y se la compara con la incluida en el expediente judicial, salta a la luz que el rostro está recortado y pegado sobre un cuerpo al que no le pertenecía.[479]

Una pesquisa policial

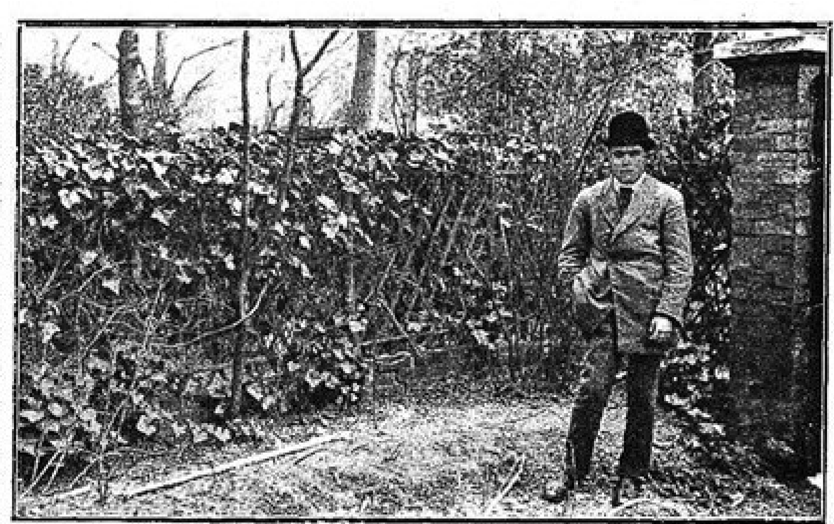
¿Dónde están los dos anarquistas?

UN PREMIO DE 10.000 $ RECIBIRA LA persona que facilite la manera de hacer un reportaje periodístico á cualquiera de los dos prófugos de la penitenciaría Solano Regis ó José Planas Virella. Reserva absoluta garantizada. Por carta ó personalmente á Juan José Soiza Reilly. Bolivar 580. a1221

VAPORES

De «La Nación»

La policía persigue á los doce prófugos que huyeron de la cárcel. Eran trece. Sólo ha podido capturar á uno. Pero era el más vulgar. Era un simple ladrón. Merecía cuatro tiros, por imbécil... Cuando ya estaba libre, en vez de aprovechar su libertad, se empeñó en que lo creyeran sospechoso. Lo sorprendieron con llaves y ganzúas. De los doce restantes, es casi seguro que la policía encontrará tarde ó temprano, únicamente á diez. Son criminales y ladrones de oficio, á quienes la costumbre les hará reincidir. Se posee de todos ellos, las impresiones digitales. Un día caerán presos. Se les identificará, y pasarán de nuevo á su prisión. La merecen. Pero lo que la policía no logrará fácilmente es encontrar á los dos anarquistas que fugaron: Solano Regis y Planas Virella. La secta de los anarquistas es en Buenos Aires una masonería fuerte y peligrosa como la "Mano Negra". La naturaleza ha dado á cada ser armas para defenderse. Desde el mosquito hasta el toro, todos se defienden... De ahí que los dos anarquistas fugados estén bien escondidos. Bien defendidos... Tienen como escudo el formidable fanatismo de muchos hombres y no pocas mujeres. Sobre todo, mujeres... Esto prueba que el anarquismo no es lo que se cree. ¡Es un delito! Sí. Muy bien... Pero á un ladrón ó á un criminal sus mismos compañeros lo delatan. En cambio, á un anarquista sus mismos compañeros lo protegen... Por eso, no será muy fácil detener ni á Regis ni á Virella... Mientras tanto: ¿dónde se encuentran ambos? Hemos querido verlos. No para delatarlos. ¡No! Ese no es oficio que cuadre á periodistas, ni á poetas... El premio de diez mil pesos ofrecido á la persona que facilite la manera de hacerles un reportaje, ha traído á CARAS Y CARETAS una caravana continua de sujetos, de anónimos, de cartas... Hasta vino un muchacho afeitado y rapado, diciendo que era un prófugo. Pero era un pescador de los 10.000. De todo lo recibido, sólo tiene importancia la carta que nos llegó firmada por el mismo Planas Virella. Conjuntamente nos vino su retrato, tomado, según dice, en su actual residencia... En la fotografía aparece efectivamente



Fotografía que se nos remitió, del anarquista Planas Virella, — fugado de la Penitenciaría, — en su residencia actual

el mismo Planas Virella... A pesar de la intervención misteriosa de una persona de carne y hueso, y no obstante algunos detalles particulares que no debemos, por cierto, divulgar, nos parece que el premio prometido no debe ser adjudicado á nadie todavía... Los diez mil pesos se otorgarán en el caso de que alguno de los dos anarquistas nos cite, sin testigos, en cualquier parte del mundo, para poder hablar con él y retratarlo. Tal es la cláusula. Mandar retratos, no... El secreto profesional, muy absoluto, corre por nuestra cuenta. Respecto á los detalles de la fuga que el mismo firmante nos envía, sólo publicaremos los siguientes: la evasión fué costeada, según dicen, por anarquistas de Francia, España, Uruguay y Argentina. Costó alrededor de cincuenta mil pesos. Ni Regis ni Planas Virella han salido de la provincia de Buenos Aires. Uno de ellos ha paseado el sábado por la Avenida de Mayo, con hábito de sacerdote...

No tienen miedo de que la policía los encuentre. Suponen que aunque los diez prófugos sean capturados, ninguno de ellos podrá comprometerlos. Los diez ignoran como D'Emilio, el paradero de Regis y de Planas. Los directores de la evasión quisieron salvar á los dos anarquistas solamente. Tan pronto como se les olvide, se irán al extranjero... ¿Será cierto?

Juan José SOIZA REILLY.

Enero 24 de 1911.

Muy señor mío:

He leído la publicación que ha hecho usted en LA NACION del 22 ofreciendo un premio de DIEZ MIL PESOS á quien le facilite la manera de hacerme un reportaje periodístico, lo mismo que á mi ex-compañero de cerebro y corazón Solano Regis. Con facilidad comprenderá usted, estimado señor, que yo no puedo indicarle el sitio donde estoy porque aunque tengo confianza en su palabra de honor y en la honradez de CARAS Y CARETAS, si yo le dijera en qué sitio me oculto, sería como suicidarme pues mi vida peligra. Sin embargo, como me menester [illegible] dinero para continuar escondido a pesar del apoyo grandioso de mis compañeros, he resuelto escribirle enviándole por separado algunos datos de nuestra salida de la cárcel. Como la persona que habló con usted me ha informado que usted necesita varias fotografías le envío esas dos que un compañero me ha tomado ayer. Creyendo merecer el premio que usted ofrece lo autorizo á publicar esta carta: pero le ruego, por su palabra de honor de caballero, que oculte los demás datos y la filiación del intermediario, á quien podrá usted contestar en la forma que ya sabe para esa discreción. Saludo á usted atentamente

Salvador Planas y Virella

Carta firmada por Planas Virella, que acompañaba la fotografía

Figura E.1. "Una pesquisa policial: ¿dónde están los dos anarquistas?", CyC, año XIV, nº 643, 28 de enero de 1911

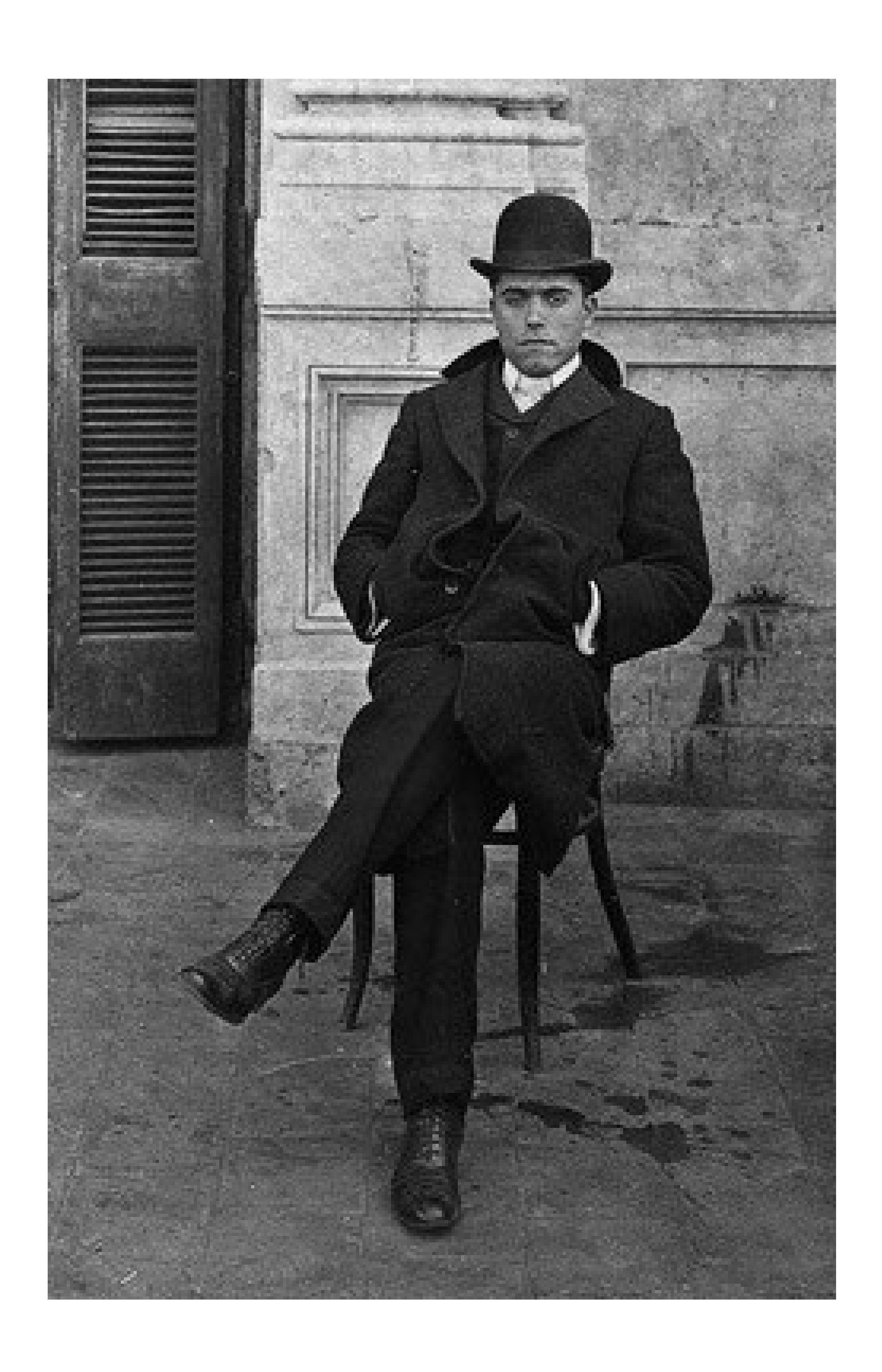


Figura E.2. Foto incluida en la causa judicial contra Salvador Planas y publicada por Caras y Caretas (el AGN la conserva en el fondo correspondiente: AAR-AGN-CyC01-f-5-353689)



Figura E.3. Salvador Planas, Departamento de Documentos Fotográficos, AGN (detalle; véase figura E.1)

En la composición, Planas era una simple máscara, lo que invita a pensar que en realidad los anarquistas no eran indispensables para que se escribiera sobre ellos, algo que por otra parte no era ninguna novedad. En resumen: muchas noticias, muy pocos anarquistas a la altura del aura que rodeaba a su figura. En Buenos Aires, durante la última década del siglo XIX, esa asimetría era usual y, por mucho que se buscara a los émulos de Ravachol, no se los encontraba en ninguna parte. Pero esa no era la conclusión de Soiza Reilly. Algo se había perdido en el camino. Un anarquismo poco valiente y huidizo ya no estaba a la altura de la leyenda fascinante que sobre él se había tejido en los años previos.

A comienzos de 1911, los anarquistas parecían estar agotando su repertorio. Sin embargo, su ocaso fue lento. Durante otros veinte años, siguieron ejerciendo distintos grados de influencia en la imaginación porteña. De hecho, durante la década de 1920, una corriente dentro del movimiento libertario acaparó la atención pública gracias a un raid frenético y violento de tiroteos, asaltos y atentados.[480] Cabe decir que ese pistolerismo anarquista fue más bien considerado un nuevo ciclo de modernidad delictiva, antes que expresión de un reflorecimiento libertario.

En los tres años previos a la fuga, los ácratas habían llegado a un pico de espectacularidad difícil de igualar. Solo durante 1909 y 1910 proclamaron dos huelgas generales –la primera en protesta contra la represión de que fueron víctimas el 1º de Mayo de 1909, la segunda en vísperas del Centenario–; Simón Radowitzky asesinó al jefe de la policía Ramón Falcón y a su secretario Juan Lartigau; individuos rotulados como libertarios lanzaron una bomba en una gala del Teatro Colón; se decretó el estado de sitio y en junio de 1910 se aprobó la Ley de Defensa Social. Esta última, a diferencia de su antecesora, la Ley de Residencia de 1902, sí perseguía explícitamente al anarquismo. En ese clima de fervor y exaltación, en pleno tratamiento de la nueva ley, el diputado Francisco Oliver exclamó:

Hordas de criminales sí, señor presidente, que este es el anarquismo, que predica el exterminio y la disolución de lo existente. Que declara impúdica y públicamente no tener ley, ni patria, ni religión; que prepara en la sombra los medios más mortíferos para asesinar a mansalva e indistintamente a ancianos y mujeres indefensas y a niños inocentes. Sostengo, señor, que estos monstruos están fuera de toda ley social que los ampare.[481]

La cerrada caracterización sintetizaba un ciclo de las representaciones del anarquismo en la ciudad. La palabra “anarquista” definía una serie de peligros extraordinarios para el orden social, algunos francamente inquietantes. Así lo hizo saber el senador Salvador Maciá que, también en 1910, mostró su estupor tanto por los grandes atentados anarquistas como por los ínfimos detalles de sus acciones:

A mí me asustan tanto los hechos que parecen grandes y notables, como los que parecen nimios y pequeños. Síntoma de la misma honda perturbación, me impresionan los documentos anarquistas, como aquel que llaman al gobierno argentino “gobierno provisorio de la Nación”, como el hecho, pequeño al parecer, sucedido en las calles, de las escarapelas arrancadas a viva fuerza de las solapas del saco de los niños inermes e indefensos de las escuelas primarias.[482]

Este tipo de pronunciamientos, tan severos en sus términos y tan cargados de recursos expresivos, sugieren una sintonía muy clara entre el anarquismo, sus figuraciones sociales y su exclusión de la vida pública; precisamente lo que la historiografía reseñó en muchos casos. Sin embargo, quizás incluso en ese momento hubiera algún matiz que merece ser considerado. Testigo de las fastuosas celebraciones del Centenario, el ex primer ministro francés Georges Clemenceau no dejó de observar con cierta sorpresa que, pese a todo, el anarquismo no era una gran preocupación: “En los diferentes círculos de la población de Buenos Aires, donde me ha sido dado penetrar, he podido observar que ni los atentados anarquistas ni la ley de represión eran objetos de conversación”.[483]

La sobreactuación de unos cuantos parlamentarios no debe hacernos olvidar que la cultura y la sociedad porteñas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX cobijó la esperanza de que el anarquismo fuera un fantasma asombroso de imposible radicación en la ciudad. De allí nació un interés curioso y diverso por conocer sus características, que atravesó múltiples sensibilidades y prácticas sociales. Este aspecto es el que ha intentado poner de relieve el presente libro.

Para captar esa singularidad, que hizo del anarquismo un espectáculo de la incipiente cultura de masas, esta investigación procuró reconstruir en su dinamismo y fluidez sus primeras representaciones, acompañándolas en su deriva. Desde las primeras noticias internacionales, compuestas de cables telegráficos, crónicas enviadas por los corresponsales, artículos de opinión y ensayos criminológicos que, como los de Lombroso, también fueron ofrecidos al lector, el anarquismo logró captar la atención de muchos porteños, aun cuando el movimiento estuviera dando sus primeros y trabajosos pasos en la ciudad. Este tipo de información internacional abrió toda una gama de percepciones sobre el anarquismo y los anarquistas, algunas de las cuales estuvieron vigentes hasta el Centenario.

Por otra parte, al analizar la vida cotidiana del anarquismo a través de diarios y revistas, fue posible recuperar otros sentidos y otras representaciones, muchas de ellas distantes de las de otras partes del mundo donde los anarquistas solo parecían tener una faz tenebrosa. De hecho, los diarios de Buenos Aires –en busca de homologar una figura única– trataron constantemente de colmar la enorme brecha entre el anarquista que ponía bombas y hacía blanco de su furia a figuras relevantes de la política del exterior, y el tibio libertario que, como montado en el progreso argentino y en un clima optimista con el que se interpretaba como el progreso argentino, era representado como francamente inofensivo. A la hora de construir un modelo verosímil y civilizado de anarquista, diarios como La Nación y La Prensa, y revistas como Caras y Caretas, pusieron mucho empeño en tranquilizar a una opinión pública que, probablemente, compartía esta visión. De ahí que al narrar el paso por Buenos Aires de Pietro Gori –afamado criminólogo y abogado, pero también prófugo de la justicia italiana–, el temor cediera paso al aplauso entusiasta. Incluso cuando, ya en torno a 1900, el anarquismo motorizaba algunas huelgas, cualquier etnografía periodística de los bastiones del anarquismo en los barrios obreros o de sus reuniones solo podía sugerir que se trataba de un fenómeno encantador y poco peligroso.

Quienes se proclamaron anarquistas, entre 1890 y 1905, tuvieron su lugar en esta historia. Innumerables veces criticaron la enorme atención que les prodigaba la “prensa burguesa”, para sostener que en realidad el anarquismo era un proyecto amoroso. Pero también supieron valorar la extraordinaria publicidad que esa misma atención implicaba. Llamaron a esa sobrerrepresentación “cosechar en el campo enemigo”. Sin embargo, la percepción ambigua no se limitó a lo dicho o lo escrito en la prensa. Sintomática de esta ambivalencia fue una caricatura de Alma Roja (seudónimo del dibujante Gabriel Curtis) publicada en La Protesta en marzo de 1908, titulada “Cómo ve la burguesía”. De un lado, personificando al anarquismo, una suerte de Atila alza una bomba con la mano izquierda y sostiene un machete ensangrentado en la otra. A sus espaldas se ven el vendaval y el reguero de sangre que los anarquistas dejaban a su paso. Del otro lado, representando al socialismo, un carnero manso, símbolo inequívoco, dentro del proletariado militante, del traidor a la causa. No es difícil imaginar cuál de las dos caricaturas prefería ser un lector de La Protesta, convencido de las bondades de su doctrina.

COMO VE LA BURGUESIA



al anarquismo y al socialismo

Figura E.4. “Cómo ve la burguesía al anarquismo y al socialismo”, LPT, 22 de marzo de 1908

La caricatura no solo reflejaba la extraña apropiación que la “burguesía” hacía de los términos, pues difícilmente viera un problema en la mansedumbre socialista, sino que conectaba además con los vistosos enfrentamientos que tenían lugar dentro del “campo socialista”. Este campo, con sus tiempos y términos propios, fue un prolífico manantial de imágenes y representaciones del anarquismo, muchas de las cuales tuvieron fuerte impacto en el repertorio periodístico porteño del novecientos. Las disputas entre anarquistas y socialistas por conquistar el favor del heterogéneo mundo de los trabajadores urbanos, que en este libro se reconstruyen atendiendo a la perspectiva de los segundos, ponen de manifiesto intensidades y temporalidades particulares. Si un lector cualquiera de la gran prensa podía sentir curiosidad al leer las crónicas sobre los libertarios, un socialista las veía como un precioso material para fundamentar las toneladas de tinta que derramaron sobre los libertarios en las páginas de El Obrero o La Vanguardia. La beligerancia, el denuesto, la denuncia de conductas anárquicas inadmisibles y la pasión que los miembros del Partido Socialista pusieron en juego en su disputa con el anarquismo no fueron meros datos anecdóticos o notas de color de un supuesto fondo doctrinario. Fueron, antes bien, elementos constitutivos de la propia historia del anarquismo en la ciudad, tallada además en el molde de ciertas figuras polémicas como la del agente provocador, el espía, la excrecencia funcional al sistema o el converso.

Por contraste, frente al interés inmediato y palpable de los socialistas por denunciar el “mal anarquista” y el daño que suponía su despliegue, este trabajo muestra que las interpretaciones criminológicas sobre el anarquismo aportan matices y lecturas diferentes de las ensayadas hasta el momento. Oficiando de puente entre el “campo socialista” y la naciente ciencia criminológica, la aproximación de Ingenieros (a quien la historiografía y cierto sentido común de izquierdas han considerado como cuasi anarquista) resulta a todas luces más apasionada que la curiosa y empática lectura del médico Francisco de Veyga. Recordemos su clara preocupación, contraintuitiva para quien la lee, de que no se cometiera un atropello judicial contra Salvador Planas. En el caso de De Veyga, pero también, aunque en menor medida, de Ingenieros, hemos

corroborado que, como sugiere Carlo Ginzburg, en las huellas del pasado pueden oírse “voces no controladas” ni por quienes la emitieron ni por los historiadores.[484]

Algo parecido puede decirse del análisis de los escritos policiales analizados en el último capítulo. Esos textos revelan cómo los policías se enfrentaron con un fenómeno que a todas luces representaba para ellos un desafío extravagante. A su vez, en consonancia con la actitud de los socialistas, eso pone de manifiesto que las imágenes y representaciones policiales sobre el anarquismo no emergieron del vacío emocional o de la mera apropiación y puesta en circulación de información socialmente disponible. Tampoco de la simple obediencia a un mandato inherente a sus funciones. Los anarquistas, reales o aparentes, incidieron en la acción policial y también contribuyeron a darle forma. Probablemente con razón, tenían una educación sentimental que hacía de los agentes un enemigo inmediato. Policías encubiertos, burdamente disfrazados –que susurraban la palabra “dinamita” tratando de imantar al incauto– y miembros del escuadrón de seguridad se entrometieron en el despliegue político y cultural del anarquismo y así generaron un sentimiento de hostilidad que esos policías mal pudieran desconocer. En cualquier caso, como el amor, el odio es negador de cualquier relación de indiferencia; en lo que respecta al anarquismo, miembros de la policía, especialmente a través de Revista de Policía, procuraron generar una masa de saberes y conocimientos destinada a aplacar una amenaza que, dentro de la égida estatal, fueron los primeros en percibir como tal. Además, con respecto a una institución que estaba haciendo del “caído en el cumplimiento del deber” parte de la construcción de su identidad, incluso antes de que el coronel Ramón Falcón y su secretario Lartigau perdieran la vida a manos de un joven anarquista ruso, ¿cómo soslayar que tomara nota de que al menos ciertos ácratas podían ser letales?

Para concluir: resulta evidente que el anarquismo, según lo que se dijo y se pensó sobre él, fue un fenómeno caleidoscópico y plural que concitaba iguales dosis de temor y curiosidad. También fue un espectáculo que en su forma originaria y múltiple, y tal como parece haber entrevisto Soiza Reilly, ya no sería tan atractivo de capturar en el futuro. La sorpresa, la novedad y la espectacularidad devinieron rutina y repetición en un mundo que tenía otras historias para contar. Quizás con ese horizonte en mente, el escritor libertario Rafael Barrett intentaba consolar a quien todavía en 1910 pensara que el anarquismo era una real amenaza: “No se asuste tanto del anarquismo; consuélese con la certidumbre de que los anarquistas parecerán algún día

anticuados y demasiado tímidos”.[485]

▪

[478] Juan José de Soiza Reilly, “Una pesquisa policial: ¿dónde están los dos anarquistas?”, CyC, año XIV, nº 643, 28 de enero de 1911.

[479] Agradezco a Diego Echezarreta por señalarme el claro montaje de Caras y Caretas.

[480] Véase Luciana Anapios, “La ciudad de las bombas. El anarquismo y la ‘propaganda por el hecho’ en la Buenos Aires de los años veinte”, Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, 3ª serie, nº 39, segundo semestre de 2013, pp. 42-75.

[481] Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 27 de junio de 1910, p. 298.

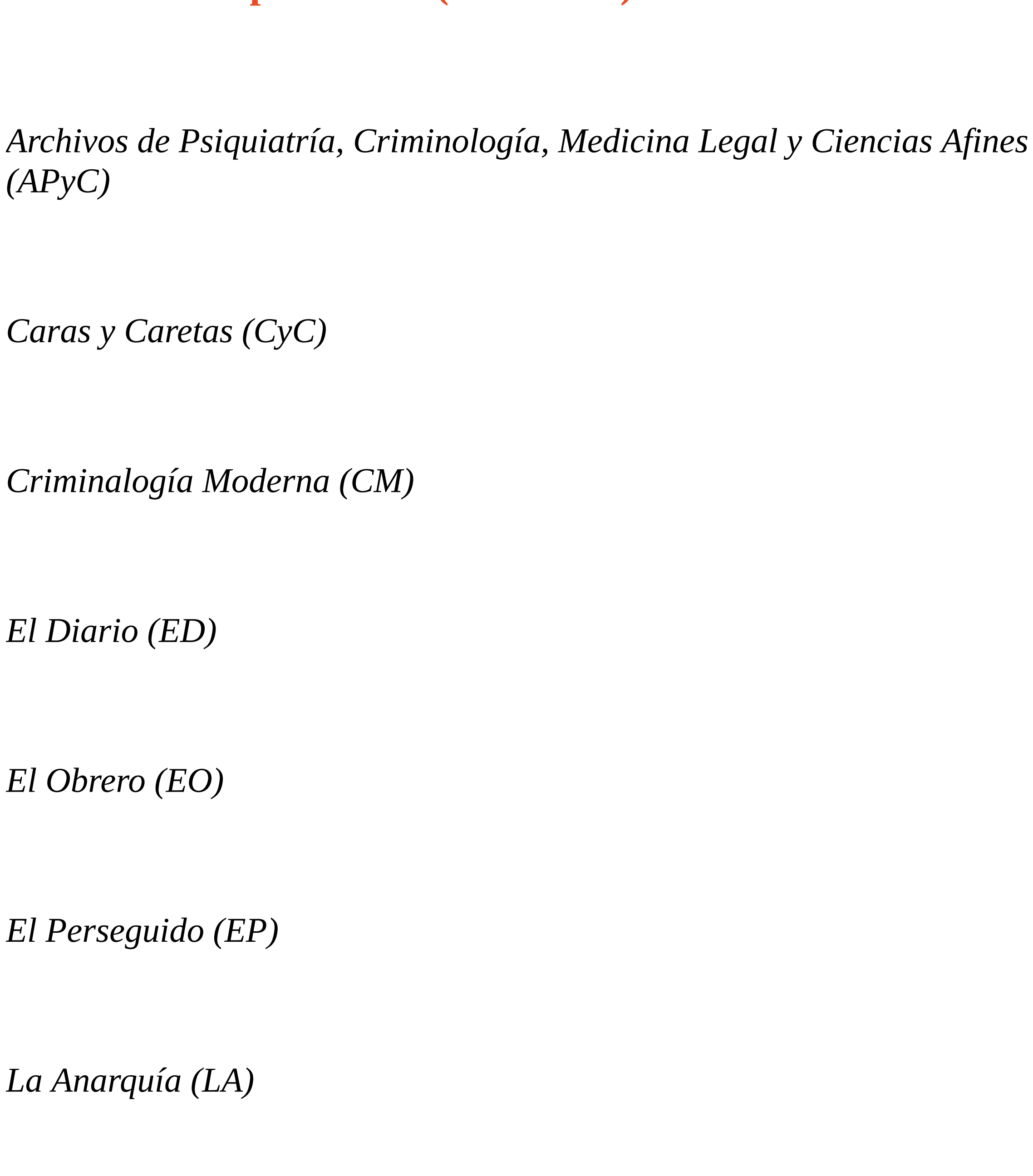
[482] Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores, 14 de mayo de 1910, p. 125.

[483] Georges Clemenceau, La Argentina del Centenario, Quilmes, UNQ, 1999, p. 49.

[484] Carlo Ginzburg, El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio, Buenos Aires, FCE, 2014, p. 15.

[485] Rafael Barrett, “El anarquismo en la Argentina”, en Moralidades actuales, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2010, p. 309.

Referencias



Publicaciones periódicas (1886-1911)

Archivos de Psiquiatría, Criminología, Medicina Legal y Ciencias Afines (APyC)

Caras y Caretas (CyC)

Criminalogía Moderna (CM)

El Diario (ED)

El Obrero (EO)

El Perseguido (EP)

La Anarquía (LA)

La Nación (LN)

La Prensa (LP)

La Protesta (LPT)

La Protesta Humana (LPH)

La Vanguardia (LV)

Revista de Policía (RP)

Bibliografía

Abad de Santillán, Diego, “La Protesta. Su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur”, en Certamen Internacional de La Protesta. En ocasión del 30 aniversario de su fundación: 1897 – 13 de junio – 1927, Buenos Aires, La Protesta, 1927.

— , El movimiento anarquista en la Argentina (desde sus comienzos hasta 1910), Buenos Aires, Argonauta, 1930.

Albornoz, Martín, “Eduardo Gilimón y la obsesión por la propaganda”, en Eduardo Gilimón, Hechos y comentarios y otros escritos. El anarquismo en Buenos Aires, 1890-1910, Buenos Aires, Anarres, 2011, pp. 7-24.

— , “Rigorosamente de negro: situação da morte no discurso e nas prácticas do anarquismo argentino (1890-1910)”, Verve. Revista do NU-SOL, nº 22, 2012, pp. 65-99.

— , “Los encuentros de controversia entre anarquistas y socialistas (1890-1902), en P. Bruno (dir.), Sociabilidades y vida cultural, Buenos Aires, 1860-1930, Bernal, UNQ, 2014, pp. 187-218.

— , “Pietro Gori en la Argentina (1898-1902): anarquismo y cultura”, en P. Bruno (coord.), Visitas culturales a la Argentina, 1898-1936, Buenos Aires, Biblos, 2014, pp. 23-49.

— , “‘Un estado anormal del espíritu’: el intento de asesinato del presidente Manuel Quintana en agosto de 1905”, Estudios del ISHiR, 15, 2016, pp. 7-34.

— , “Escenas de la lucha internacional contra el anarquismo en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina (1890-1910)”, Revista Electrónica de Fuentes y Archivos, año XI, n° 11, 2020, pp. 48-66.

Albornoz, Martín y Galeano, Diego, “A history of the City of Buenos Aires Police Bureau of Investigations, 1880-1910”, en A. Carrizo de Reimann (ed.), Making Modern Police in Latin America: Beiträge zur Geschichte der Polizeien im 19. und 20. Jahrhundert, Leipzig, Leipziger Universitätsverlag, 2020, pp. 37-65.

Anderson, Benedict, Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anticolonial, Madrid, Akal, 2008.

Andreucci, Franco y Detti, Tommaso, Il movimento operaio italiano. Dizionario biografico, 1853-1943, ed. en 6 vols., vol. 2 [Cec-J], Roma, Riuniti, 1979.

Angenot, Marc, La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes, París,

Payot, 1982.

— , “Anarchistes et socialistes: 35 ans de dialogue de sourds”, en M. Murat, J. Dangelet y G. de Clerq (comps.), La parole polémique [actas de congreso], París, Champion, 2003.

— , Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias, Córdoba, UNC, 2010.

Ansolabehere, Pablo, Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1910), Rosario, Beatriz Viterbo, 2012.

— , Oratoria y evocación. Un episodio perdido en la literatura argentina, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2012.

Aricó, José, La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Avrich, Paul, Anarchist Portraits, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1988.

Baer, James, Anarchist Immigrants in Spain and Argentina, Illinois, University of Illinois Press, 2015.

Bagú, Sergio, Vida ejemplar de José Ingenieros. Juventud y plenitud, Buenos Aires, Claridad, 1936.

Barrancos, Dora, Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.

Barrett, Rafael, Moralidades actuales [1910], Logroño, Pepitas de Calabaza, 2010.

Basterra, Félix, El crepúsculo de los gauchos, París, Montevideo, Juan Grave - Claudio García, 1904.

Bayer, Osvaldo, Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia, reed., Buenos Aires, Legasa, 1989.

Bergel, Martín, El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina, Bernal, UNQ, 2015.

Bertoni, Lilia Ana, Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX, Buenos Aires, FCE, 2001.

Bilbao, Manuel, Buenos Aires desde su fundación hasta nuestros días. Especialmente el período comprendido en los siglos XVIII y XIX, Buenos Aires, Imprenta de Juan A. Alsina, 1902.

Bloch, Marc, Apología para la historia o el oficio de historiador, México, FCE, 1996.

Bucich Escobar, Ismael, El atentado contra Roca. Perspectiva finisecular de una histórica agresión, Buenos Aires, Librería Americana, 1935.

Bunge, Roberto, Justicia por Salvador Planas, Buenos Aires, Centro Anarquista, 1907.

Buonuome, Juan, Periodismo militante en la era de la información. La Vanguardia, el socialismo y los orígenes de la cultura de masas en Argentina, tesis doctoral, Buenos Aires, Universidad de San Andrés, 2016.

— , "Los socialistas argentinos ante la 'prensa burguesa'. El semanario La Vanguardia y la modernización periodística en la Buenos Aires de entresiglos", Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", 3ª serie, nº 46, primer semestre de 2017, pp. 147-179.

Caimari, Lila, Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

— , La ciudad y el crimen. Delito y vida cotidiana en Buenos Aires, 1880-1940, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

— , Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

— , "En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX", Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", 3ª serie, nº 49, segundo semestre de 2018, pp. 81-116.

Camba, Julio, "¡Oh, justo, sutil y poderoso veneno!". Los escritos de la anarquía, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2014.

Cané, Miguel, Expulsión de extranjeros (apuntes), Buenos Aires, Imprenta de J.

Sarraillh, 1899.

Clemenceau, Georges, La Argentina del Centenario, Quilmes, UNQ, 1999.

Croce, Marcela, La Montaña. Jacobinismo y orografía, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1995.

Cúneo, Dardo, El romanticismo político, Buenos Aires, Transición, 1955.

Darío, Rubén, Peregrinaciones, Valencia, Renacimiento, 2014.

Del Campo, Ricardo, Defensa de Salvador Planas Virella en el proceso por tentativa de homicidio contra el ex-presidente Manuel Quintana, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1906.

Dickmann, Enrique, Ideas e ideales, Valencia, Prometeo, s.f.

— , Recuerdos de un militante socialista, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949.

Duffau, Nicolás, Historia de la locura en Uruguay. Alienados, médicos y representaciones sobre la enfermedad mental, Montevideo, CSIC - Universidad de la República, 2019.

Eça de Queirós, [José Maria,] Ecos de París, Barcelona, El Acantilado, 2004.

Echezarreta, Diego, “Noticias inquietantes. La prensa argentina y los anarquistas a la luz del asesinato de Sadi Carnot”, Travesía, vol. 17, nº 2, 2015, pp. 35-58.

Eisenzweig, Uri, Ficciones del anarquismo, México, FCE, 2004.

Fernández Cordero, Laura, “Historias de un largo siglo: estudios del anarquismo en Argentina”, en Lucas Domínguez Rubio, El anarquismo argentino. Bibliografía, hemerografía y fondos de archivo, Buenos Aires, Anarres, 2016, pp. 75-97.

Ferrer, Christian y Albornoz, Martín (eds.), Folletos anarquistas en Buenos Aires. Publicaciones de los grupos La Questione Sociale y La Expropiación, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2015.

Galeano, Diego, Escritores, detectives y archivistas. La cultura policial en Buenos Aires, Buenos Aires, Teseo - Biblioteca Nacional, 2009.

— , “Caídos en el cumplimiento del deber’. Notas sobre la construcción del heroísmo policial”, en Diego Galeano y Gregorio Kaminsky (coords.), Mirada (de) uniforme. Historia y crítica de la razón policial, Buenos Aires, Teseo, 2010, pp. 185-219.

— , Delincuentes viajeros. Estafadores, punguistas y policías en el Atlántico sudamericano, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

Galera Gómez, Andrés, “Acracia y antropología criminal: ciencia y revolución social decimonónica”, Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia, XXXIX-1, 1988, pp. 273-289.

Gálvez, Manuel, Recuerdos de la vida literaria, vol. I, Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios, Buenos Aires, Taurus, 2002.

García Ferrari, Mercedes y Galeano, Diego, “En búsqueda del vigilante lector. Cuatro décadas de la revista de policía (Buenos Aires, 1897-1939”, en D. Galeano y M. Bretas (coords.), Policías escritores, delitos impresos. Revistas policiales en América del Sur, Buenos Aires, Teseo, 2016, pp. 57-88.

Gayol, Sandra, “Entre lo deseable y lo posible. Perfil de la policía de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX”, Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral, año VI, nº 10, primer semestre de 1996, pp. 132-133.

— , “Los despojos sagrados: funerales de estado, muerte y política en la Argentina del Centenario”, en M. I. Tato y M. O. Castro (comps.), Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina, Buenos Aires, Imago Mundi, 2010, pp. 9-32.

— , “La celebración de los grandes hombres: funerales gloriosos y carreras post mortem en la Argentina”, Quinto Sol, Revista de Historia, vol. 16, nº 2, julio-diciembre de 2012, pp. 103-131.

Geli, Patricio. “Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900”, Entrepasados. Revista de Historia, año II, nº 2, comienzos de 1992, pp. 7-25.

Ghiraldo, Alberto, Humano ardor. Novela argentina, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1930.

Gilimón, Eduardo, Hechos y comentarios y otros escritos. El anarquismo en Buenos Aires (1890-1910), Buenos Aires, Anarres, 2011.

Ginzburg, Carlo, El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio, Buenos Aires, FCE, 2014.

Gómez, Eusebio, La mala vida en Buenos Aires, Buenos Aires, Juan Roldán, 1908.

Grasso, Claudio, "El caso de la Mano Negra en la historiografía española", Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea, nº 14, 2016, pp. 66-86.

Gutiérrez, Federico, Noticias de Policía…, s.d., 1907

Hamon, Augustin, Psicología del socialista anarquista, Buenos Aires, Imprenta Elzeviriana, 1898.

Herrerín López, Ángel, Anarquía, dinamita y revolución social. Violencia y represión en España de entre siglos (1868-1909), Madrid, Catarata, 2011.

Hirsch, Steven y Van der Walt, Lucien, Anarchism and Syndicalism in the Colonial and Postcolonial World, 1870-1940, Leiden - Boston, Brill, 2010.

Hora, Roy, "Trabajadores, protesta obrera y orden oligárquico. Argentina, 1880-1900", Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales, vol. 59, nº 229, pp.

329-360.

Ingenieros, José, Criminología, Madrid, Daniel Jorro, 1913.

— , Simulación de la locura, Buenos Aires, Ramón Roggero y Cía., 1949.

Jensen, Richard Bach, “The International Anti-anarchist Conference of 1898 and the origins of Interpol”, Journal of Contemporary History, vol. 16, nº 2, abril de 1981, pp. 323-347.

— , The Battle against Anarchist Terrorism. An International History, 1878-1934, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

Justo, Juan B., La realización del socialismo, Buenos Aires, La Vanguardia, 1947.

Kalifa, Dominique, L’encre et le sang. Récits de crimes et societé à la Belle Époque, París, Fayard, 1995.

— , Los bajos fondos. Historia de un imaginario, México, Instituto Mora, 2018.

— , “Escribir una historia del imaginario (siglos XIX-XX)”, Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales, nº 115, 2019, pp. 1-17.

Kühn, Augusto, “Apuntes para una historia del movimiento socialista en la República Argentina”, Políticas de la Memoria, nº 5, verano 2004/2005, pp. 123-136.

Lobato, Mirta, Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX,

Buenos Aires, Biblos, 2011.

Lombroso, Cesare, Gli anarchici, 2ª ed. aum., Turín, Fratelli Bocca, 1895 [ed. cast. a partir de la 1ª it.: Los anarquistas, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1894; reed. porteña: Buenos Aires, Imprenta Elzeviriana, 1895].

Maitron, Jean, Le mouvement anarchiste en France, t. I, Des origines à 1914, París, Gallimard, 1975.

Malosetti Costa, Laura y Plante, Isabel, "Imagen, cultura y anarquismo. Las primeras publicaciones ilustradas de Alberto Ghiraldo de El Sol a Martín Fierro", en L. Malosetti Costa y M. Gené (comps.), Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires, Buenos Aires, Edhasa, 2009, pp. 206-209.

Mapes, Erwin Kempton, "Escritos inéditos de Rubén Darío: recogidos de periódicos de Buenos Aires", Revista Hispánica Moderna, año 2, nº 2, enero de 1936, pp. 126-129.

Márquez Sterling, Manuel, Mesa revuelta. Política y literatura, Madrid, Hoeck y Hamilton Impresores, 1898.

Martínez Mazzola, Ricardo, "Campeones del proletariado. El periódico El Obrero y los comienzos del socialismo en la Argentina", Políticas de la Memoria, nº 4, verano 2003/2004, pp. 91-110.

Menchaca, Ángel, “El periodismo argentino”, en A. B. Martínez, Baedeker de la República Argentina, Buenos Aires, Peuser, 1900, pp. 84-88.

Merriman, John, The Dynamite Club. How a Bombing in Fin-de-Siècle Paris Ignited the Age of Modern Terror, Londres, Yale University Press, 2016.

Migueláñez Martínez, María, Más allá de las fronteras: el anarquismo argentino en el período de entreguerras, tesis doctoral, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2018.

Most, Johann, La peste, la bestia y el monstruo, Buenos Aires, Utopía Libertaria, 2014.

Moyano Gacitúa, Cornelio, Notas de filosofía penal. Sobre el anarquismo, Córdoba, La Patria, 1894.

— , El delito argentino ante algunas causas y teorías, Córdoba, F. Domenici, 1905.

Mujica Farías, Manuel, Repertorio de policía, 1880-1899. Compilación de las disposiciones vigentes comunicadas por la “orden del día” de la Policía de la Capital, Buenos Aires, Imprenta y Encuadernación de la Policía de la Capital, 1899.

— , La policía de París, Buenos Aires, Arnoldo Moen, 1901.

Navarro Viola, Jorge, Anuario de la prensa argentina, Buenos Aires, Pablo E. Coni e hijos, 1897.

O’Squarr, Flor, Los entresijos del anarquismo, Madrid, Melusina, 2008.

Oved, Iaacov, “El trasfondo histórico de la Ley de Residencia”, Desarrollo Económico, vol. 16, nº 61, abril-junio de 1976, pp. 123-150.

— , El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina, México, Siglo XXI, 1978.

Pacheco, Román, Los regicidios en 1905. Consideraciones médico-legales, Buenos Aires, Agustín Etchepareborda, 1905.

Piñeiro, Alberto Gabriel, Las calles de Buenos Aires. Sus nombres desde la fundación hasta nuestros días, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2003.

Ramos, Julio, Desencuentros en la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX, México, FCE, 2003.

Real de Azúa, Carlos, Escritos, Montevideo, Arca, 1987.

Reyes, Francisco, “De lecturas, maestros, sociabilidades. Memorias militantes y conversión al socialismo fin-de-siglo”, en A. R. Lazzeretti y F. M. Suárez (coords.), Socialismo & Democracia, Mar del Plata, Eudem, 2015, pp. 167-192.

Rogers, Geraldine, Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios

del siglo XX argentino, La Plata, UNLP, 2009.

Rojkind, Inés, "'El malestar obrero'. Visibilidad de la protesta social en Buenos Aires del novecientos", Travesía. Revista de Historia Económica y Social, nº 10-11, 2008-2009, pp. 15-44.

— , "Una explosión ruidosa de indignación pública: deuda, honor nacional y protesta política en el 900", en Mirta Lobato (ed.), Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX, Buenos Aires, Biblos, 2011.

— , "'El gobierno de la calle'. Diarios, movilizaciones y política en el Buenos Aires del novecientos", Secuencia, nº 84, septiembre-diciembre de 2012.

Román, Claudia, "La modernización de la prensa periódica, entre La Patria Argentina (1879) y Caras y Caretas (1898)", en A. Laera (dir.), Historia crítica de la literatura argentina, a cargo de Noé Jitrik, vol. III, El brote de los géneros, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-38.

Rouco Buela, Juana, Historia de un ideal vivido por una mujer, Buenos Aires, Tierra del Sur, 1964.

Salessi, Jorge, Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina (Buenos Aires: 1871-1914), Rosario, Beatriz Viterbo, 2000.

Salomé, Karine, L'ouragan homicide. L'attentat politique en France au XIXe siècle, París, Champ Vallon, 2011.

Salvatore, Ricardo, "Criminología positivista, reforma de prisiones y la cuestión social/obrera en Argentina", en J. Suriano (comp.), La cuestión social en

Argentina 1870-1943, Buenos Aires, La Colmena, 2000, pp. 127-158.

— , Subalternos, derechos y justicia penal. Ensayos de historia social y cultural argentina 1829-1940, México, Gedisa, 2010.

— , “Usos científicos en La mala vida de Eusebio Gómez”, en R. Salvatore y O. Barreneche (eds.), El delito y el orden en perspectiva histórica, Rosario, Prohistoria, 2013, pp. 99-121.

Sozzo, Máximo, “‘Traduttore traditore’. Traducción, importación cultural e historia del presente de la criminología en América Latina”, en M. Sozzo (coord.), Reconstruyendo las criminologías críticas, Buenos Aires, Ad·Hoc, 2006, pp. 374-382.

— , Locura y crimen. Nacimiento de la intersección entre los dispositivos penal y psiquiátrico, Buenos Aires, Didot, 2015.

Suriano, Juan, “El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1916”, Anuario, nº 14, 1989-1990, pp. 109-137.

— , Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910, Buenos Aires, Manantial, 2001.

Suriano, Juan (comp.), La cuestión social en Argentina 1870-1943, Buenos Aires, La Colmena, 2000.

Szir, Sandra, “Reporte documental, régimen visual y fotoperiodismo. La ilustración de noticias en la prensa periódica en Buenos Aires (1850-1910)”, Caiana, publicación digital, nº 3, diciembre de 2013.

Tarcus, Horacio, Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Tarde, Gabriel, Essais et mélanges sociologiques, París, A. Maloine, 1895.

Terán, Oscar, José Ingenieros: pensar la nación. Antología de textos, Buenos Aires, Alianza, 1986.

Valette, Pierre, De l'érostratisme ou vanité criminelle, Lyon, A. Storck, 1903 [ed. cast.: El erostratismo o vanidad criminal, Oviedo, Impr. de Eduardo Uría, 1911].

Vezzetti, Hugo, La locura en Argentina, Buenos Aires, Paidós, 1985.

Viñas, David, Literatura argentina y realidad política, reed., Buenos Aires, Siglo Veinte, 1971.

— , Rebeliones populares argentinas. De los montoneros a los anarquistas, Buenos Aires, Carlos Pérez, 1971.

Vitagliano, Miguel, La novela extraña de Sicardi. Una lectura de Libro extraño, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1996.

Weissmann, Patricia, "Francisco de Veyga. Prolegómenos de la clínica criminológica en la Argentina", Temas de Historia de la Psiquiatría Argentina, nº 7, verano de 1999.

Zaragoza, Gonzalo, Anarquismo argentino (1876-1902), Madrid, De la Torre, 1996.

Zimmermann, Eduardo, Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916, Buenos Aires, Sudamericana - Universidad de San Andrés, 1995.